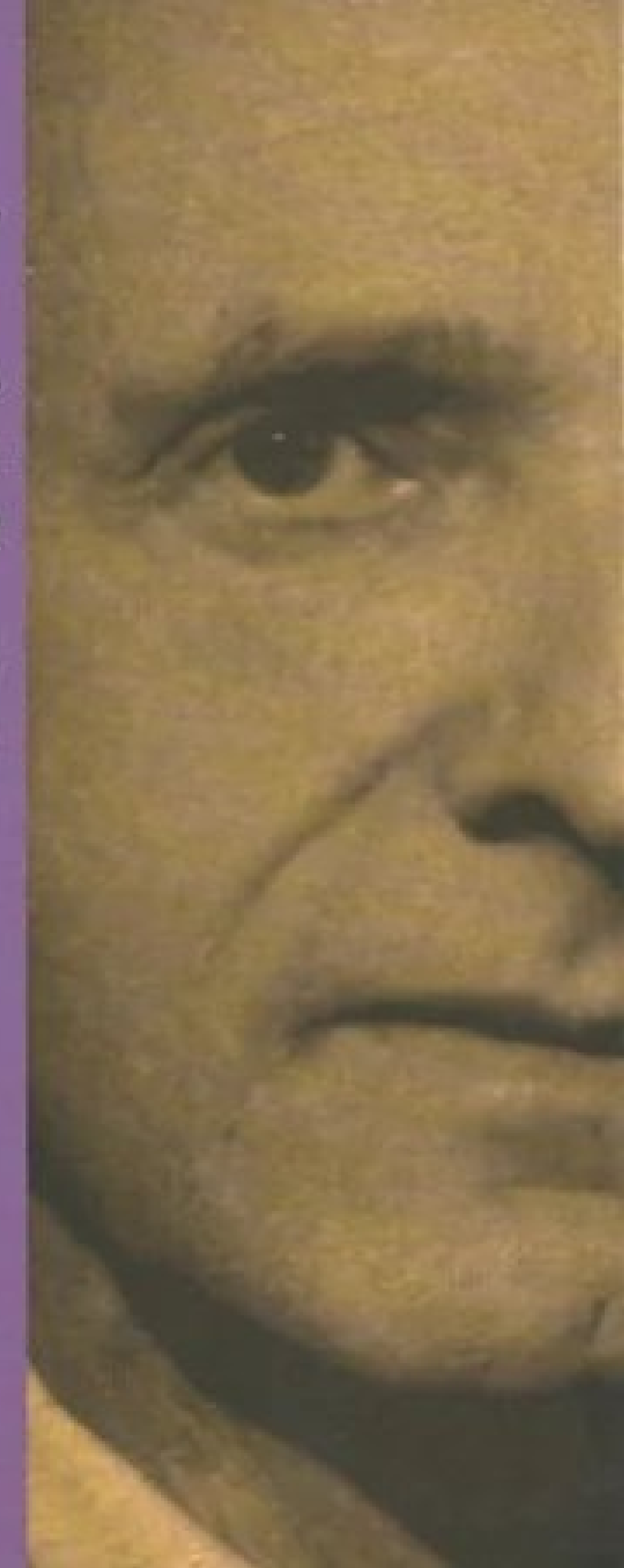
HENRY BUCKLEY

Vida y muerte de la República española

Prólogo
Paul Preston

Traducción
Ramón Buckley



VIDA Y MUERTE DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Henry Buckley fue testigo de excepción de una década crucial en la Historia contemporánea española, desde su llegada a Madrid en 1929, cuando solo es un periodista principiante, hasta que atraviesa los Pirineos en 1939 con los restos del ejército republicano, convertido ya en un corresponsal curtido.

Siempre objetivo, pero cada vez más involucrado en la vida española, Buckley vive en primera persona las convulsiones sociales, las pugnas políticas y los enfrentamientos bélicos que determinaron el futuro del país: presencia la caída de Primo de Rivera, está junto a Alcalá Zamora cuando se proclama la Segunda República, junto al general Líster en la batalla del Ebro y junto a Negrín en el último Consejo de Ministros de un gobierno al borde del exilio.

Vida y muerte de la República española es un relato periodístico vivo y directo de una época y de sus protagonistas, y desde su publicación en Londres en 1940 ha sido fuente inagotable de información para los historiadores. Esta primera edición en castellano ofrece a los lectores españoles la oportunidad de redescubrir un pasado que sigue marcando su presente.

Título Original: *Life and Death of the Spanish Republic*

Traductor: Buckley, Ramón

ISBN: 9788467015959
Generado con: QualityEbook v0.75
Generado por: 261200, 25/01/2015

Vida y muerte de la República española

Henry Buckley

Prólogo

LEÍ por vez primera *Vida y Muerte de la República española* en la biblioteca de la Universidad de Oxford en 1969 y me impresionó su extraordinaria descripción de la política española durante toda la vida de la Segunda República, desde su inicio el 14 de abril de 1931 hasta su derrota a finales de marzo de 1939. Era un libro que abarcaba el periodo completo, combinando recuerdos personales de los grandes políticos de la época con relatos de primera mano de los principales acontecimientos de esa década decisiva. Narraba esa compleja experiencia con una prosa rica, salpicada de humor e impregnada de compasión por el sufrimiento de los españoles, y de indignación hacia quienes lo provocaron. Sentí gran interés por saber más de ese hombre que sentía un afecto tan profundo por España y por los españoles. Lo único que sabía era que Henry Buckley había sido corresponsal de *The Daily Telegraph* durante la Guerra Civil española. Por ello sentí una gran alegría cuando, en 1971, un amigo mutuo, Agustín Gervás, me presentó a Ramón, hijo del autor.

Durante nuestro encuentro le manifesté mi entusiasmo por el libro de su padre y expresé mi asombro por el hecho de que nunca se hubiera vuelto a publicar. Sus respuestas a mis preguntas aumentaron mi interés tanto por el autor como por el libro. Me enteré de que Henry Buckley había nacido cerca de Manchester en 1904 y que, tras haber estado en París, había venido a España como corresponsal del ahora desaparecido *Daily Chronicle*.

En la época en que conocí al hijo de Henry Buckley, yo ya empezaba a coleccionar libros sobre la Guerra Civil española, que se convertiría en una de las grandes pasiones de mi vida. Le comenté que mientras que la mayoría de las obras sobre dicho tema publicadas en Inglaterra resultaban relativamente fáciles

de obtener en librerías de segunda mano, *Vida y Muerte de la República española* era absolutamente imposible de encontrar. Ramón me explicó que esa dificultad se debía al hecho de que, poco después de publicarse en 1940, el depósito londinense donde se almacenaban los ejemplares fue destruido por las bombas incendiarias alemanas. Tardé ocho años más en obtener un ejemplar propio. Durante los veinticinco años siguientes, el libro de Henry Buckley ha sido una de las obras sobre la Guerra Civil española que he releído con mayor frecuencia. Mi fascinación por el autor continuó, avivada en buena parte al enterarme de que había regresado a España tras la Segunda Guerra Mundial con su esposa catalana y vivido allí hasta su muerte, pese a haber sido un ferviente republicano. Resulta algo irónico que el propio Franco recibiera a Buckley en las audiencias anuales que otorgaba a los miembros de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en España.

Henry Buckley era un católico con una aguda conciencia social. A lo largo del libro, resulta evidente que era su compasión, más que su ideología, la que motivaba su apoyo a las luchas de obreros explotados y campesinos sin tierra en los años treinta. Buckley medía a las principales personalidades de la época con un rasero más humano que político. El general Miguel Primo de Rivera le parecía un «grandísimo caballero andaluz». Le desagradaba Alfonso XIII («su rostro revela maña, quizá astucia, pero no inteligencia»). Sentía simpatía personal por José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador, pero despreciaba a los matones a sueldo de la Falange.

En 1929, al adentrarse por primera vez en España, su primera impresión fue de decepción por la miseria general y la pobreza de los campesinos. A su llegada, Buckley era muy consciente de que iba a informar sobre un país que le era absolutamente desconocido. Escribe siempre con una percepción humorística de sus propias limitaciones, describiéndose al abandonar París rumbo a Madrid como «virgen, antojadizo y melindroso». Siempre se muestra sumamente sensible a la belleza femenina, pero jamás pierde su sentido del ridículo masculino. Nos habla, por ejemplo, de una novia alemana que se desmayaba en sus brazos cada vez que la besaba, aunque se apresura a aclaramos que los vahídos se debían a una deficiencia cardíaca de la teutona y no eran, en modo alguno, consecuencia de sus propias dotes amatorias.

Puede que Buckley fuera un ignorante a su llegada, pero se propuso aprender y lo logró. Al principio no le gustaba Madrid por «inhóspito, ventoso y monótono» y le indignaba esa colmena burocrática en la que «un millón de españoles viven a expensas del resto de la nación». Sin embargo, como muestra

su relato del sitio de la capital durante la guerra, acabó enamorándose de la ciudad y admirando a sus habitantes.

«Creo que el sistema democrático adoptado por la República cuando el rey Alfonso abandonó el país fue en buena parte responsable de la tragedia española», escribe Buckley en lo que, a primera vista, parecen palabras de buen conservador inglés. Sin embargo, pronto se hace evidente que su opinión se basaba en la creencia radical de que los republicanos no eran lo bastante autoritarios como para acometer una reforma completa de la arcaica estructura económica del país.

El valor abrumador de este maravilloso libro estriba en proporcionarnos la visión objetiva de un testigo presencial en esa década crucial de la Historia contemporánea de España. Su relato está plagado de anécdotas tan perspicaces como reveladoras. Mientras las masas republicanas invaden las calles de Madrid, Buckley, esperando en el frío cortante de la noche del 13 de abril ante el Palacio de Oriente, le pregunta a un portero qué está haciendo la familia real. «Imaginaba a sus miembros en angustioso cónclave, llamando a amigos y realizando consultas desesperadas —escribe Buckley—. Sin embargo, la respuesta del portero fue tranquila y comedida: "Sus majestades están asistiendo a una función cinematográfica en el salón en el que recientemente se ha instalado un aparato de sonido"». Al día siguiente, presenció cómo el entonces desconocido doctor Negrín calmaba a una muchedumbre impaciente disponiendo que se colgara una bandera republicana de un balcón del Palacio de Oriente. En el bar Chicote de la Gran Vía madrileña, un banquero español le dijo que «el único futuro que iban a tener los republicanos y socialistas era la horca o la cárcel». En el otoño de 1931, presenció cómo se le negaba la entrada al Palacio de Oriente a la esposa de Alcalá Zamora el día de su investidura como presidente de la República, gesto que Buckley considera simbólico de la posición que ocupaban las mujeres españolas en esa época.

Tanto para el historiador como para el lector general, uno de los mayores placeres de la prosa de Buckley se halla en sus agudos retratos de los principales políticos y militares de la época. Sobre Julián Besteiro, un presidente de las Cortes algo desencaminado, escribe con mordaz ironía que «mostraba buena tolerancia, siempre dispuesto a ayudar a los débiles; en este caso los representantes del feudalismo que habían tratado sin escrúpulos a sus oponentes durante muchos siglos». Después de la matanza a manos de las fuerzas de seguridad de los campesinos anarquistas de Casas Viejas, en la provincia de Cádiz, el 8 de enero de 1933, Buckley describe a Carlos Esplá, entonces

subsecretario de Gobernación, como «un republicano excepcionalmente inepto y confuso». Pese a que no le gustaban sus medidas, admiraba la eficacia política del dirigente de la CEDA, José María Gil Robles, «truculento, enérgico, ejecutivo excelente, con un buen juicio sobre los hombres y la política». Por otra parte, consideraba el pretendido cariz revolucionario de Largo Caballero en 1934 completamente falso. Se refería al general Gonzalo Queipo de Llano como un «oficial excitable e irascible» y describe la oratoria vacía de Alcalá Zamora en términos satíricos.

De todos los políticos de la década, quien más le impresionó fue Dolores Ibárruri. Tras entrevistarla por primera vez en Valencia en mayo de 1937, habla con admiración ilimitada de la energía, la capacidad de liderazgo y la claridad de ideas de La Pasionaria. Le agradaba Indalecio Prieto y admiraba su labor incansable como ministro durante la Guerra Civil, pero se daba cuenta de que su trabajo febril no era muy productivo por su empeño en ocuparse hasta de los más mínimos detalles, llegando hasta el extremo de examinar personalmente las peticiones de los periodistas para visitar el frente. Buckley señala con exasperación cómo el secretario de Prieto, Cruz Salido, se limitaba a remitírselo todo a Prieto. De Valentín González, *El Campesino*, su opinión confirma la de otros observadores: «Poseía en la mirada el extraño magnetismo de un loco». Por el contrario, pocos observadores esperarían que se describiera al brutal estalinista Enrique Líster como un gourmet. «Tenía un cocinero que había estado en los vagones-restaurante de los coches-cama antes de la guerra, y de las diversas ocasiones, durante varias retiradas, que tuve ocasión de comer en el cuartel general de Líster, creo que ninguna resultó mala». También podía admirar «el manejo de Líster de los restos de un ejército con frialdad y una destreza considerable». Reserva su mayor admiración para Negrín no solo por su dinamismo, sino también por su generosidad: «Lo que más me impresionó de él fue su compasión por el sufrimiento humano. Se quedaba mirando al vendedor de periódicos al que acababa de comprar el diario vespertino y le decía: "¿Te han tratado esos ojos, hijo? ¿No? Pues ve al doctor fulano de tal en la clínica tal y tal, entrégale esta tarjeta y él se ocupará de que te curen de inmediato"».

La visión de Buckley para los detalles reveladores hace que la política de la Segunda República cobre vida en las páginas de su libro. Durante el período previo a las elecciones de noviembre de 1933, visitó la sede de la CEDA y señaló la espléndida calidad de los carteles utilizados en la campaña de Gil Robles. El 21 de abril de 1934 asistió, bajo una lluvia torrencial, a la concentración de la Juventud de Acción Popular en El Escorial. El desfile, los

saludos romanos y los cánticos llevaron a Buckley a considerarla un ensayo para la creación de los escuadrones de choque fascistas. Se esperaba una asistencia de cincuenta mil personas, pero pese a los servicios de transporte, la gigantesca campaña de publicidad y las grandes sumas gastadas, llegó a menos de la mitad de ese número. Además, como observa Buckley, «había demasiados campesinos en El Escorial dispuestos a contar a los reporteros cómo el cacique del pueblo los había mandado con el billete y los gastos pagados». La víspera de la insurrección de los mineros en Asturias, la noche del 5 de octubre, Buckley se hallaba con los socialistas Luis Araquistáin, Juan Negrín y Julio Álvarez del Vayo en un bar de Alcalá discutiendo la conveniencia de la estrategia de Largo Caballero. Durante el sitio de Madrid, describe cómo el hotel Palace se convierte en hospital. Durante la batalla de Guadalajara, entrevista a soldados regulares italianos que habían venido a España siguiendo las órdenes de sus superiores. A finales de mayo de 1937, se apresura a visitar Almería para examinar los daños causados por el buque de guerra alemán *Admiral Scheer* el 31 de mayo de 1937, en represalia por el bombardeo republicano del crucero *Deutschland* dos días antes, y aporta una sombría descripción de los destrozos producidos en los barrios obreros de ese puerto indefenso.

Buckley se indigna ante las injusticias de una guerra desigual, aunque su indignación por las injusticias sociales ya era evidente desde 1931. Reflexionando sobre la situación de Alfonso XIII la noche antes de su partida de Madrid, pregunta retóricamente: «¿Dónde están sus amigos? ¿Puede alguien creer que este buen pueblo de España tenga un corazón de piedra? No. Si alguna vez hubiera mostrado generosidad o comprensión por sus padecimientos y luchas, no le dejarían solo esta noche. Pero nunca lo hizo». Aunque católico practicante toda su vida, la fe católica de Buckley flaqueó debido a la hostilidad de los católicos de derecha hacia la República, comentando: «Del mismo modo que me disgusta la violencia de las turbas y la quema de iglesias, creo que la gente de España que proclamaba a voz en grito su fe católica era la que más culpa tenía de la existencia de masas analfabetas y una economía nacional en ruinas». Su humanidad entró en pugna con su fe religiosa, como puede verse en sus gráficos relatos de las vidas cotidianas de los braceros hambrientos en el Sur.

La indignación de Buckley se convierte en furia cuando llega al terrible relato de los refugiados que llegan a la frontera francesa. Le enfurecía especialmente la hipocresía de británicos y franceses, más preocupados por la suerte de los tesoros del Museo del Prado que de la suerte de medio millón de seres humanos. «El mundo entero estaba pendiente del rescate de unas

seiscientas obras maestras del arte español e italiano que se guardaban cerca de Figueras después de su larga odisea. Pero no nos importaba nada el alma de un pueblo que estaba siendo pisoteado. Fuimos incapaces de acoger a ese medio millón de personas, a las que hubiéramos podido alentar y proporcionar trabajo en Gran Bretaña, Francia y sus colonias. Eso sí que hubiera sido cultura en el sentido real de la palabra […]. Las mujeres, los niños, los enfermos y los heridos podían dormir al aire libre sin que a nadie le importara. Pero los veinte camiones de los cuadros del Prado contaban con grandes cubiertas de lona y el cuidado de una veintena de expertos».

En cierta medida, la indignación de Buckley se dirige sobre todo al papel del gobierno británico y del cuerpo diplomático.

Comenta que «cuando hablaba con alguna de nuestras autoridades diplomáticas, las encontraba bien dispuestas hacia la derecha española. La consideraban una garantía contra el bolchevismo, pensaban que era preferible tenerlos a ellos en el poder que a los socialistas o republicanos por esta razón, y desdeñaban amablemente cualquier sugerencia de que la derecha española pudiera alinearse algún día con Alemania e Italia, con lo cual nuestras rutas imperiales se hallarían repentinamente en peligro». Apenas le sorprendió que su amigo Jay Alien, el gran corresponsal de guerra estadounidense, le contara que había visto desembarcar a pilotos italianos en Gibraltar y las autoridades británicas les habían permitido y facilitado su paso por el Peñón para llegar a Sevilla. Tras el bombardeo del acorazado *Deutschland*, los alemanes muertos fueron enterrados con todos los honores militares en Gibraltar. Le consternó que las autoridades ordenaran a un destructor británico que no interviniera mientras el puerto de Gandía era bombardeado por la aviación alemana. De hecho, Buckley describe a una clase dirigente británica que anteponía sus prejuicios clasistas a sus intereses estratégicos. A este respecto cita a un diplomático británico que afirma: «lo esencial que hay que recordar en el caso de España es que se trata de un conflicto civil y es muy necesario que apoyemos a nuestra clase».

Buckley no compartía en modo alguno la histeria anticomunista de las clases medias británicas. Se mostraba escéptico ante las declaraciones de que la Unión Soviética quería crear un satélite español. «Incluso suponiendo que el Partido Comunista llegara a conseguir el control completo del gobierno y la nación, seguiría probablemente estando compuesto por españoles, y me parecía que a Rusia le iba a resultar muy difícil imponer una línea de conducta que no aprobara el conjunto de los españoles […]. Por supuesto, Rusia tenía gran interés

en salvar a la República, pero no creo que, aparte del deseo natural de ver al Partido Comunista español con el mayor poder posible y propagar sus ideas al máximo, los rusos tuvieran idea alguna de convertir a España en un estado sometido, y no lograba imaginar cómo podrían haberlo hecho a tan larga distancia […]. Se ha escrito mucho sobre las actividades rusas en España durante la Guerra Civil, pero yo no vi rusos en las fuerzas policiales ni como personas particulares, exceptuando el personal diplomático, unos cuantos periodistas y algunos consejeros militares. También hubo, durante algún tiempo, varios aviadores y tanquistas a partir de octubre de 1936, hasta que la mayoría fueron reemplazados de forma gradual». Por esta razón, distó mucho de convencerle el coronel Segismundo Casado, comandante del Ejército Republicano del Centro, cuando sostuvo que su golpe del 4 de marzo de 1939 pretendía «salvar a España del comunismo».

Como corresponsal del *Daily Telegraph*, Henry Buckley entabló amistad con los principales corresponsales de guerra en España, entre ellos Jay Alien, Vincent Sheehan, Lawrence Fernsworth, Herbert Matthews y Ernest Hemingway. Buckley era un hombre sensible, modesto y lacónico. Un periodista español describió su voz como «casi un susurro». Era muy popular entre los demás corresponsales extranjeros, que solían llamarle «Enrique». Constancia de la Mora, esposa del jefe de la aviación republicana Ignacio Hidalgo de Cisneros, describía a Buckley como «un hombre de cara tímida, con un pequeño tic en la comisura de los labios que le daba una pincelada sardónica a su humor seco». Sin embargo, su aspecto reposado y modales tranquilos ocultaban el valor de un periodista siempre dispuesto a correr considerables riesgos para cubrir la información. En las últimas fases de la batalla del Ebro, cruzó el río en una barca con Ernest Hemingway, Vincent Sheehan y Herbert Matthews. Después explicó: «Nos enviaron para informar de las noticias en el frente de Líster […]. En ese momento casi todos los puentes que cruzaban el Ebro habían resultado destruidos por la lucha, y se habían hundido en el río una serie de aspas de hierro para desalentar la navegación. Sin embargo, como no había otra vía para alcanzar el frente, nos montamos los cuatro en una barca con la idea de remar a lo largo de la orilla hasta que llegáramos a la parte más profunda del cauce, luego lo cruzaríamos y volveríamos a remar hasta la orilla opuesta. El problema fue que nos vimos atrapados en la corriente y comenzamos a desviarnos hacia el centro. Cada momento que pasaba la situación se hacía más amenazadora, pues una vez sobre las aspas era seguro que el fondo de la barca se destrozaría; y casi igual de seguro que nos ahogaríamos tan pronto como la barca hubiera volcado.

Fue Hemingway quien salvó la situación porque se puso a los remos como un héroe y con tanto ahínco que logró que lo cruzáramos sanos y salvos».

Durante la batalla del Ebro, Henry Buckley visitó Sitges acompañado del pintor Luis Quintanilla y de Herbert Matthews. Allí conoció a María Planas, hija de un industrial local y catalanista conservador. Pocos meses más tarde, decidieron casarse. Aunque la Iglesia católica estaba oficialmente proscrita en la España republicana, Constancia de la Mora, encargada de las relaciones del gobierno con la prensa extranjera, consiguió que pudieran contraer matrimonio en una capilla utilizada por las autoridades vascas exiliadas en Barcelona.

Tras la Guerra Civil, Buckley regresó a Londres con su esposa y más tarde fue destinado a Ámsterdam, de dónde tuvo que huir tras la invasión alemana. Posteriormente fue corresponsal de guerra con la flota británica en el Mediterráneo y en la campaña del norte de África. Al iniciarse la invasión de Italia desembarcó con las tropas aliadas en Anzio, donde resultó gravemente herido por un obús alemán. Inmediatamente después de la guerra fue adscrito a las fuerzas aliadas en Berlín y luego nombrado corresponsal de Reuters en Madrid, para después pasar a Roma en 1947 y 1948 antes de regresar a Madrid.

En 1949 volvió a Madrid como director de Reuters, donde permaneció hasta septiembre de 1966, salvo breves misiones en Marruecos y Argelia. En 1962 cubrió la última resistencia de la OAS en Orán. Continuó siendo amigo de Hemingway, y siempre que el novelista estadounidense visitaba Madrid iba a verlo para enterarse de lo que pasaba. Era tal su conocimiento de la Guerra Civil española que Hugh Thomas confesó que «había escarbado en su cerebro sin piedad» mientras preparaba su clásica obra sobre el tema. Después de haber vivido treinta años en el país, el gobierno de España solemnizó su jubilación en 1966 con la concesión de la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica, que le impuso el entonces ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella. En enero de 1968 la reina Isabel II de Inglaterra le nombró miembro de la Orden del Imperio Británico, galardón que le entregó el entonces embajador británico *sir* Alan Williams.

A partir de 1966 Henry Buckley se retiró a vivir en Sitges, pero continuó trabajando para la BBC como corresponsal ocasional. Murió el 9 de noviembre de 1972. Manuel Aznar, uno de los periodistas más prestigiosos del franquismo, escribió en *La Vanguardia*: «Por ser un inglés de condición muy distinguida fue, entre nosotros, ejemplo de gentilhombría. Así quisiéramos que fuesen todos los ingleses entre nosotros». Su amigo Willy Forrest escribió en el *Times* del 15 de noviembre de 1972: «Buckley vio más de la Guerra Civil que ningún otro

corresponsal extranjero e informó al respecto con un apego tan escrupuloso a la verdad que se ganó el respeto incluso de aquellos que a veces hubieran preferido que la verdad permaneciera oculta».

Vida y Muerte de la República española es un digno monumento a un gran periodista.

PAUL PRESTON

NOTA DEL TRADUCTOR

RECUERDO que cuando yo era niño recibíamos en nuestra casa de Madrid las visitas, bastante asiduas, de un joven inglés de melena rubia y aspecto algo desgarbado que asediaba a mi padre con su bloc de notas en la mano y un verdadero arsenal de preguntas siempre dispuestas en la punta de la lengua. Por aquel entonces, palabras como «Brunete» o «Miaja», «Teruel» o «Pasionaria» significaban muy poco para mí.

El jovencito en cuestión se llamaba Hugh Thomas y entonces empezaba a elaborar lo que acabaría siendo el libro más emblemático sobre la guerra española. Sin apenas darme cuenta de ello, estaba presenciando, en aquellos encuentros en casa, la verdadera lanzadera de la Historia: el testigo de unos acontecimientos históricos estaba siendo interrogado, muchos años después, por una persona que no los había vivido pero cuya misión era justamente la de configurarlos, la de ponerlos en orden, la de darles un sentido y una dirección. La Historia no era más que eso, la lanzadera que iba y venía de la primera persona de mi padre a la tercera persona de Thomas, de la expresión de la verdad de una persona a la configuración de una realidad colectiva.

Es justamente esa primera persona narrativa —«yo vi… hablé con… interrogué… pensé… sentí… amé… odié…»— la que he pretendido subrayar en esta traducción al español del libro que escribió mi padre. Es un libro donde el «yo» aparece en todo momento y constituye, más aún que los acontecimientos que describe, el verdadero hilo conductor del relato. He aquí la Historia, pero la Historia en vivo y en directo, con todas las limitaciones que esto supone —se trata, al fin y al cabo, solamente de las vivencias de una persona—, pero también con todas sus ventajas, con el calor humano que desprende cada una de sus

páginas. Y, sin embargo, el libro de mi padre no transmite solo la inmediatez de los acontecimientos, sino que es también una reflexión personal sobre los sucesos que estaban ocurriendo en España. Téngase en cuenta que mi padre lo escribió cuando la contienda española ya había concluido pero el conflicto mundial todavía no había estallado.

Aquellos escasos meses que separaron las dos guerras fueron un verdadero trampolín de la Historia, es decir, un lugar privilegiado desde donde otear el horizonte, mirando hacia delante y hacia atrás, una verdadera «palanca» desde la que uno podía «saltar» en el tiempo, estableciendo los vínculos entre lo que ya había ocurrido y lo que estaba a punto de acaecer. La democracia había fracasado en España y, por razones muy similares, estaba ahora a punto de fracasar en todo el mundo occidental. Los líderes británicos y la opinión pública inglesa ya no podían «desvincularse» de los sucesos de España —como hasta entonces habían hecho— por la sencilla razón de que la República española estaba a punto de arrastrar en su caída a todas las democracias occidentales.

Por eso no estamos solo ante unas memorias personales o un libro de Historia. El libro que escribió mi padre era un alegato contra sus propios paisanos, contra el pueblo inglés que había vuelto la espalda a España y que entonces, en ese año de 1939, con el aliento de Hitler en el cogote, ya no podía ignorar por más tiempo. Las noticias y las reflexiones sobre España eran el espejo mismo en el que los ingleses debían contemplarse si pretendían enderezar el torcido rumbo de su propia Historia.

Como en su redacción mi padre dirigió su escrito a un público inglés, al realizar la traducción me he visto obligado a suprimir algunos detalles sobre los políticos y la política inglesa de la época que, me imagino, tendrían escaso interés para el lector español de hoy. También me ha parecido oportuno aligerar algunas alusiones a la composición de ciertos gobiernos de la República y a la distribución de las carteras ministeriales, pensando que se trata de hechos históricos suficientemente conocidos por el público español en general. Mi intención ha sido subrayar el ritmo narrativo que tiene el libro, la viveza y la espontaneidad misma de la narración, que constituyen, a mi modo de ver, su mayor virtud.

Finalmente, me parece importante precisar que la palabra «república» tiene distintos y diversos significados en el libro de mi padre. Puede significar: a) una forma de Estado, un determinado régimen político; b) una parte del territorio español, diferente a la zona ocupada por las tropas del general Franco; c) una quimera, una utopía, una entelequia, un ideal de convivencia, una forma de ser y

de estar, un paraíso perdido antes, casi, de haberlo podido disfrutar.

RAMÓN BUCKLEY

INTRODUCCIÓN

ES muy posible que tú, amable lector, que tienes este libro entre las manos, te preguntes, antes de comenzar a leer sus páginas, sobre la oportunidad de su publicación en unos momentos en que los cimientos mismos del mundo occidental en el que vivimos parecen estremecerse. La verdad es que el libro estaba ya escrito antes de ese fatídico 3 de septiembre de 1939, antes de esta fecha que quedará ya para siempre inscrita en los anales de la humanidad. Pero también es cierto que su publicación podría haber esperado unos meses si de lo que se tratara fuera de realizar un simple análisis de la historia de la República española, que nacía el 14 de abril de 1931 y moría el 1 de abril de 1939, con la proclamación del régimen totalitario del general Franco en todo el territorio español.

Pero el propósito de este libro no es el simple análisis político del régimen de un país cercano al nuestro. Se trata de averiguar las causas por las cuales la democracia fracasó en España, y en definitiva las causas por las que la democracia está fracasando, o está a punto de fracasar, en el mundo entero. ¿No es esa justamente la causa por la que estamos luchando, no es la democracia misma lo que está en juego en nuestro país, en nuestro Imperio, y en todos los países de Occidente? Unas semanas antes de que entráramos, una vez más, en guerra con Alemania, el propio lord Baldwin había alzado la voz de alarma en un discurso pronunciado en Nueva York. Decía Baldwin que la democracia solo sobrevivirá en nuestro mundo occidental si somos capaces de dotarla de un carácter constructivo. Un sistema político no es bueno simplemente porque los principios en los que está basado sean buenos, sino en la medida en que se muestre capaz de resolver, de manera rápida y eficaz, los problemas políticos y económicos con los que se enfrenta un país.

¿Acaso no eran buenas personas los políticos que tomaron el poder cuando

Alfonso XIII salió de España?

¿Alguien puede poner en duda sus buenas intenciones, su preparación, su inteligencia, su calidad humana?

Estaban todos ellos —o casi todos ellos— imbuidos de las ideas liberales del siglo XIX, dispuestos a que España, por primera vez en su Historia, tuviera un verdadero régimen democrático. Desde el mismo momento en que llegaron al poder, organizaron elecciones, crearon un parlamento representativo, diseñaron una nueva Constitución para el país… ¡Qué duda cabe que aquellos cuatrocientos setenta hombres, a pesar de las diferencias de educación, de clase social y de ideas, supieron trabajar juntos formando —aun con todas las discrepancias que podía haber entre ellos— un solo cuerpo, preparando, en definitiva, el futuro de la nación!

¿Cuál era la tarea fundamental de aquellos hombres, cuál la de la República española? Convertir un país cuya economía y cuyo sistema político respondía todavía a los viejos principios del feudalismo, en un país moderno, progresista, que mirara no hacia el pasado, sino al futuro, abierto a todas las grandes innovaciones y revoluciones de nuestro tiempo: la revolución y mecanización en el campo, la revolución en el transporte, en la industria, en la educación y en la mejora del ser humano.

La democracia no llegó fácilmente a nuestro propio país, y fue Oliver Cromwell el que dio el golpe de muerte al feudalismo. La República francesa de hoy tiene su origen en la Revolución francesa de ayer. Estas democracias, creadas hace siglos, han llegado hasta nuestros días, sí, pero en estado de letargo profundo. Porque si no fuera así, ¿cómo se explica que los demócratas franceses e ingleses no advirtieran a la joven República española de los peligros que corría, de los enemigos que la acechaban? ¿Se puede construir una democracia sin haber destruido antes los cimientos del feudalismo que todavía existen en aquel país?

Y a continuación se precisaba la formación de una clase media, el fomento de la iniciativa privada, la colaboración con el dinero público, la formación de empresas estatales colaborando con la empresa privada.

Ya sé que todo esto requiere tiempo, que sin duda habría producido muchos conflictos y enfrentamientos, pero al menos se habría iniciado el camino que puede conducir a un país desde la era feudal a la moderna, un país que buscará algún día su lugar en la fraternidad de naciones europeas…

Pero no fueron esos los consejos que ingleses y franceses dieron a la joven

República española. Los políticos ingleses aconsejaron a los españoles que, aceptado el cambio político, se modificara lo menos posible, es decir, que todo cambiara (antes una monarquía, ahora una república) para que todo permaneciera igual. Porque en el fondo esa es la esencia de la filosofía política que tenemos hoy en día los ingleses: que no ocurra nada y, si algo ocurre, si se produce algún cambio, que sea superficial.

La República española fracasó porque se inspiró en los principios liberales de nuestras viejas democracias sin advertir que estas antiguas democracias liberales estaban cuarteándose y resquebrajándose, tratando de construir un edificio ya caduco sobre unos cimientos claramente reaccionarios.

Año tras año fui observando la construcción de aquel edificio de la democracia española, intuyendo que le faltaba algún elemento esencial, que algo no funcionaba, pero sin poder precisar con exactitud cuál era el error que se estaba cometiendo. Al cabo de esos años, y cuando ya es demasiado tarde, me parece que estoy en situación de poder detectarlo.

¡Qué fácil es, en estos dramáticos momentos de nuestra historia, echarle la culpa al fascismo, echar la culpa al fascismo de lo que ocurrió en España en estos últimos años y de lo que nos está ocurriendo a nosotros ahora! El verdadero enemigo no es el fascismo, sino nuestro propio sistema, nuestra democracia.

Si seguimos pensando que la democracia consiste en seguir las reglas del juego y mantener el *statu quo* de un país, de una determinada sociedad, de una determinada clase social, es que seguimos viviendo en el siglo pasado, que no somos capaces de responder a los retos del presente. Partiendo de los principios de la democracia, hay que elaborar un nuevo sistema político que nos permita hacer frente a los cambios —científicos, tecnológicos, sociales— que se están produciendo en nuestros días, con tal rapidez y de tal magnitud como jamás antes había conocido la humanidad.

Llegué a España a tiempo de presenciar la caída del general Primo de Rivera, salí de España con los últimos refugiados republicanos que cruzaron la frontera francesa en febrero de 1939. Esta es mi historia de aquellos años, que ha de servir como reflexión, como telón de fondo, para entender los dramáticos acontecimientos que en estos momentos se están produciendo en nuestro país… Tratar de entender los motivos del fracaso de la República española es tratar de entender los motivos de nuestro propio fracaso.

Es buscar soluciones para nuestro propio país, asediado y amenazado de muerte.

Londres, diciembre de 1939

I

Primo de Rivera

NADIE me había preparado para mi encuentro con el aspecto desolador que ofrece la meseta castellana en noviembre, ni con la pobreza de sus campesinos, ni con el olor a aceite de oliva rancio que despedían las cantinas de las estaciones por las que íbamos pasando. A medida que el tren se acercaba a Madrid, en su lento discurrir desde la frontera de Irún, mi desazón iba en aumento.

He hablado con muchos viajeros que han experimentado la misma sensación al llegar a España por primera vez. Por mucho que nuestros maestros nos hablen de la aridez de la geografía española, lo que prevalece en nuestras mentes es la visión de una España romántica en la que unos amantes hablan de amor bajo los naranjos con un fondo musical de guitarras… Los alemanes se vuelven particularmente lacrimosos al hablar de España: *das lande ube die zitronen bluehen*. (¿Por qué será que los alemanes hablan de limoneros y nosotros de naranjos?). Lo cierto es que ante mí solo había un yermo, espléndido en su grandeza y en su colorido, eso sí, pero muy diferente a lo que yo había esperado encontrar.

Allí estaba yo, sentado en un vagón de tren en una tarde del mes de noviembre de 1929, con dos frailes gordos y algo malolientes en mi compartimento, lo que aumentaba aún más mi depresión. Porque como católico practicante me molestaban esos monjes sin afeitar que, además, no hacían esfuerzo alguno para entender mi pobre español. Algo había en ellos que chocaba con mi intolerancia anglosajona, que impedía conciliar un rostro seboso y mal afeitado con un profundo sentimiento religioso. Al llegar a Madrid, la

llovizna y la densa niebla me trajeron recuerdos de mi infancia en los montes de Derbyshire. Algunos años más tarde me encontraría en ese mismo lugar, junto a la estación de Príncipe Pío, tirado en una trinchera mientras las balas y los obuses silbaban a mi alrededor, y el tiempo entonces carecería de importancia. Pero en esa tarde de 1929 yo era un inglés impaciente por descubrir Madrid y recuperar las ilusiones perdidas en aquel largo viaje.

Y la verdad es que no me costó mucho recobrarlas. Subiendo la cuesta de Príncipe Pío pude contemplar el Palacio Real, los soldados emplumados montando guardia en el exterior con sus uniformes azules y escarlata, vigilando la entrada a la residencia de Alfonso XIII, aquel rey que tantas veces había contemplado en las portadas de las revistas internacionales con cara de buena persona, de gobernante que quería lo mejor para su país, tan difícil de gobernar. Quizá España no fuera tan sórdida como la había imaginado durante el viaje… Diez minutos más tarde me encontraba en la habitación de un excelente hotel con teléfono y baño privado, desayuno y dos comidas, todo por el equivalente de diez chelines. Vivir en España podía tener sus encantos.

Allí estaba yo, un reportero inexperto de veintiún años, dispuesto a enviar, con toda la arrogancia de mi juventud, crónicas sobre un país que desconocía por completo. Mi única experiencia periodística consistía en mis dos años anteriores en París; una experiencia profesional y personalmente pobre. Ni siquiera la famosa libertad sexual del París de los años veinte había conseguido vencer mis prejuicios religiosos y me había ido de la capital francesa tan virgen como llegué. Había aprendido, eso sí, a informar sobre carreras de caballos y a boxear, gracias a las lecciones que había tomado en un gimnasio parisiense. Fueron conocimientos que jamás utilicé luego. Trabajaba mucho y comía cualquier cosa y eso no es bueno para la salud.

En España, por lo menos, me alimentaba mejor: dos buenas y abundantes comidas al día. La vida se ve de otra manera con el estómago lleno. Trabajaba menos y leía más, y sobre todo tenía tiempo para pasearme a mis anchas por Madrid. Felipe II, aquel rey que nos envió la Armada, cometió ese otro desaguisado que fue hacer de Madrid la capital de España. Escogió uno de los lugares más inhóspitos y desérticos de toda la península Ibérica. Él sabrá por qué lo hizo, pues no se lo explicó a nadie. El caso es que a día de hoy casi un millón de personas habitan en ese lugar tan poco habitable. Y resulta que en esta ciudad de un millón de habitantes la mayor fábrica tiene solamente setecientos obreros. Es decir, un millón de madrileños vive, en cierta manera, a costa del resto de la nación. Comparemos la población de Madrid con la de Washington D. C. (600

000 habitantes) o la de Canberra (40 000 habitantes) y tendremos una idea de la magnitud de la máquina burocrática instalada en la capital de España. Aquella burocracia creada por el propio Felipe II había crecido fuera de toda proporción. Para instalar un retrete nuevo en una pequeña escuela de la provincia de Cádiz había que solicitar el permiso en Madrid. Madrid me parecía una burocracia masiva e ineficaz que vivía a costa, y a espaldas, del resto del país. No es exagerado decir que en aquellos días Madrid chupaba la sangre de España, la misma sangre que, unos años más tarde, donaría tan generosamente en su defensa. Los grandes terratenientes iban a Madrid a gastarse el dinero ganado cultivando el trigo. Podían invertirlo en bloques de pisos o gastárselo alegremente en el juego o la prostitución, pero en cualquier caso el dinero volaba de su lugar de origen y obligaba a los campesinos a seguir el mismo camino: emigraban en masa a la capital en busca de cualquier empleo. Así es como Madrid sangraba a España en aquellos días, la misma sangre que, años después, como ya he señalado, entregaría con tanta generosidad.

No quiero decir con esto que me disguste Madrid. Al contrario, me encanta.

El centro de la ciudad tiene elegantes edificios de los siglos XVIII y XIX con algún pequeño rascacielos de nuestro siglo despuntando aquí y allí. En 1929 encontré una ciudad más moderna de lo que yo me había imaginado, con calefacción central en muchos edificios, ascensores, neveras eléctricas en los apartamentos y las demás comodidades que se pueden encontrar en una ciudad como Londres. Naturalmente, pienso que era un error y que ese dinero que se había invertido en modernizar Madrid debía haberse invertido en modernizar el campo español, en tractores y cosechadoras más que en pisos. Pero la verdad es que yo, en aquellos momentos, no estaba dispuesto a quejarme. Vivir en Madrid era, contra todo pronóstico, mucho más agradable que vivir en cualquier ciudad de provincias de Francia o Inglaterra.

Incluso, por extraño que pueda parecer, la prefería a París. Quizá tuviera que ver la altura —más de dos mil pies—, que proporciona al cuerpo una inusitada energía, o tal vez fuera cosa de la comida española, que siempre me ha parecido excelente, o quizá de mi recién descubierta pasión por la manzanilla, acompañada siempre de alguna tapa (que podía ser cualquier cosa, desde caracoles hasta callos), o del espectáculo de la vida en las calles de Madrid, esos constantes piropos de los hombres a las chicas que pasaban y que no hacían más que recordarme mis propias limitaciones en ese terreno. El caso es que Madrid me fascinaba, aunque en aquellos momentos no habría sido capaz de precisar por qué.

Una noche, bajando por la calle de Alcalá, un amigo me llamó la atención sobre un hombre envuelto en una capa que cruzaba la calle. Se apoyaba en un bastón, pero aún mantenía un cierto aire juvenil. Era Primo de Rivera. Siempre he sentido no haberlo podido entrevistar antes de su caída, pero estábamos viviendo los últimos días de su gobierno y el dictador ya no concedía entrevistas. De todas maneras, era aleccionador ver a aquel dictador paseándose por las calles de Madrid sin escolta. Me imagino que le seguiría algún policía de paisano, pero lo que yo recuerdo es la solitaria y algo melancólica figura de un madrileño bajando lentamente por la calle de Alcalá.

Que el dictador estaba acabado lo sabía todo el mundo menos el propio dictador. Poco antes de mi llegada a España, el rey había organizado una montería con el objeto de persuadir a Primo de Rivera para que abandonara el poder y así formar un nuevo gobierno en torno al duque de Alba. Pero Primo de Rivera se negaba a presentar la dimisión. No podía entender cómo el rey, que tanto le había apoyado, le retiraba ahora su confianza. Más que un dictador, Primo de Rivera me parecía entonces un dadivoso Papá Noel. Había embarcado a España en una política de grandes inversiones públicas que ahora no encontraba forma de pagar. Con la ayuda de Estados Unidos estaba intentando convertir a España en un país moderno, construyendo carreteras, líneas de ferrocarril, grandes embalses para la producción de energía eléctrica… Cuando los créditos internacionales comenzaron a flaquear, decidió nacionalizar las grandes compañías de petróleo.

El éxito del gobierno de Primo de Rivera había radicado justamente en la ductilidad de sus finanzas, libres de toda traba parlamentaria, y en la disponibilidad del dinero público. Y ahora que los créditos empezaban a flaquear, en los principios de la crisis económica mundial, era inevitable que sus enemigos (incluidos los magnates del petróleo) se le echaran encima. La clase política no le perdonaba que hubiese gastado billones de pesetas sin contar con ella, y la pequeña burguesía, que había conseguido una relativa prosperidad bajo su gobierno, buscaba ahora el acceso al poder político. Las viejas instituciones feudales que todavía gobernaban el país tampoco acababan de fiarse de la manera tan personal que Primo de Rivera tenía de gobernar. Ni el Ejército, ni la Iglesia, ni la propia Corona iban a derribar a Primo de Rivera, pero tampoco harían nada para mantenerlo en el poder. Hasta su protegido, el joven ministro de Hacienda, José Calvo Sotelo, parecía haberlo abandonado en sus últimas y amargas horas en España. Quizá no sea una comparación muy correcta, pero en aquellos momentos me parecía un toro al final de la corrida, estoqueado ya por

el propio matador y rodeado de los peones que trataban de marearle (como se dice en España) con sus capas, esperando que él solo acabe derrumbándose… Era, desde luego, un espectáculo poco edificante ver al viejo «toro» dando cornadas al azar —vendiendo oro para tratar de detener la ya imparable caída de la peseta—, pensando que su derrumbe no era inevitable, sin darse cuenta de que en los «tendidos» el público comenzaba ya a impacientarse.

Volví a ver a Primo de Rivera en la estación del Norte de Madrid, en una fría mañana de marzo, cuando regresaba, ya cadáver, de su corto exilio en París, dos meses después de su caída. La sala de espera de la estación se había llenado de flores, y en el centro, rodeado de velas, yacía el viejo general en un catafalco envuelto en la bandera nacional. Arrodillado ante su cuerpo estaba el rey Alfonso XIII con su uniforme de gala, azul y escarlata. Desde la posición en que me encontraba podía ver su rostro. No había ni rastro de emoción en aquella cara, mejor dicho, en aquella máscara, la máscara de un hombre educado para ocultar sus propios sentimientos… Era la máscara de un hombre que pasaba por ser hábil en los asuntos de gobierno, listo y simpático en sus relaciones personales. Cuando el rey y sus ayudantes se marcharon al fin de aquella improvisada capilla, todos pudimos respirar con más desahogo.

II

Don Alfonso

LA atención del mundo se centraba ahora en la figura de Alfonso XIII. ¿Sobreviviría el rey a la caída de su dictador? En los primeros días de la Dictadura, el rey había hecho ostentosa exhibición de su estrecha relación con Primo. «¡Aquí está mi Mussolini!», le había dicho al presentárselo al rey Víctor Manuel de Italia. Pero la relación entre los dos se había agriado en los últimos años y los corrillos madrileños repetían una frase del dictador: «Los Borbones, a mí, no me la juegan».

El día de la caída de Primo, todos los viejos líderes políticos aguardaban impacientes la llamada de Palacio. Pero el rey no llamó a Sánchez Guerra, a Alcalá Zamora, ni siquiera al conde de Romanones, sino que buscó más cerca, en el Palacio mismo. Llamó al jefe de su Casa Militar, el general Dámaso Berenguer, y a una serie de amigos íntimos, entre ellos el duque de Alba. En otras palabras, el rey había decidido gobernar él mismo.

Nunca entenderé por qué, en este momento crucial de su vida política, don Alfonso, una vez más, volvió la espalda a la clase política. Lo había hecho ya en 1923, cuando dio su bendición al golpe de Estado del general Primo de Rivera. Y lo hacía de nuevo ahora, en un momento aún más delicado de la Historia de España. La reacción de los políticos no se hizo esperar. El señor Sánchez Guerra, del Partido Conservador, pronunció un discurso en el que comparaba al rey con un gusano. Don Niceto Alcalá Zamora, uno de los líderes del Partido Liberal, anunció su conversión al republicanismo. Los más discretos decían que era poco menos que suicida intentar liquidar los efectos de una dictadura sin contar con la ayuda de la clase política. Yo no digo que los políticos hubieran podido salvar a

Alfonso XIII, pero sí que, con su apoyo, se hubiera podido encontrar alguna fórmula de transición, como la regencia. Pero no, el rey prefirió cerrar filas usando para ello las figuras de la vieja aristocracia. La aristocracia española es una de las instituciones más decrépitas que existen en este país.

Para acabarlo de arreglar, el rey escogió como presidente de gobierno al general Berenguer. Como alto comisionado de Marruecos, Berenguer había sido el responsable político del desastre de Annual, donde diez mil soldados españoles capitaneados por el general Silvestre habían sido masacrados por las tropas de Abd el-Krim en 1921. La Comisión Investigadora del desastre de Annual tenía que presentar sus conclusiones al parlamento español en el mes de octubre de 1923, pero el golpe de Estado de Primo de Rivera en el mes de septiembre lo impidió. Y justamente ahora, cuando la opinión pública hablaba de nuevo del desastre y de la extraña coincidencia del golpe de Primo que puso fin a la Comisión Investigadora, al rey no se le ocurre otra cosa que resucitar a Berenguer. Nunca tuvo don Alfonso muy en cuenta a la opinión pública española, pero en ese momento trascendental de su reinado, menos que nunca.

Basta recordar algunos momentos de la vida del monarca para entender hasta qué punto el rey había vivido de espaldas al país, a la opinión popular. Al rey le tocaron en suerte los treinta años más duros en la historia reciente de este país, cuando acababan de desaparecer los últimos vestigios del mayor imperio de todos los tiempos, un país que apenas se había incorporado a la revolución industrial que había revolucionado la economía de otras naciones europeas, un país, en definitiva, que seguía viviendo en la era feudal, a pesar de que el calendario señalaba que estábamos ya en los albores del siglo XX. Sería, por tanto, absurdo achacar a don Alfonso toda la responsabilidad de los sucesos producidos en los últimos años.

Pero pienso que es igualmente absurdo sostener lo contrario, es decir, exculpar a don Alfonso de toda responsabilidad. Por eso me parece interesante repasar algunos momentos de la biografía del rey antes de hacer balance de su reinado. Se ha dicho, por ejemplo, que recibió una educación esmerada, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias en las que accedió al trono: Alfonso era rey desde que nació, debido a la prematura muerte de su padre. Su madre, aquella pequeña mujer austríaca llamada María Cristina, se encargó de su educación y evidentemente no estuvo a la altura de las circunstancias. Lo rodeó de curas y de militares, es decir, de la España feudal, cuando lo que el país necesitaba era un monarca de nuestro tiempo. Eso sí, a aquella criatura se le dio un barniz moderno. Era bien conocida su afición por los automóviles y pasaba

por ser un buen jugador de polo. Con aquella cáscara moderna se trataba de ocultar una personalidad profundamente reaccionaria y conservadora. Baste recordar el primer Consejo de Ministros al que asistió poco después de acceder al trono. Acababa de cumplir don Alfonso los dieciséis años, y supongo que a esa edad casi todo es disculpable.

De todas maneras, me imagino la cara de los ministros cuando vieron entrar al rey, en aquella primera cita con el gobierno del país, vestido con su uniforme militar. A aquellos hombres que procedían de la vida civil aquello les debió de parecer casi una provocación. Y lo primero que quiso dejar claro el joven rey fue que estaba allí no para escuchar, sino para ser escuchado. Se encaró con el general Weyler y le preguntó qué pretendía al cerrar algunas de las academias militares que había en España. El regreso de los cientos de oficiales que España tenía en las colonias había ocasionado un gran excedente de militares graduados sin destino, lo que había obligado al cierre temporal de algunas academias militares. Pero esas razones no las entendía el joven rey, que hablaba por boca de los estamentos más reaccionarios del Ejército. Hubo de intervenir Sagasta en aquella disputa entre el rey y Weyler, y propuso que se aceptara la propuesta del rey de que no se cerrara ninguna academia. Romanones señala en sus memorias la perplejidad de los ministros ante el talante del joven monarca.

Bajo su vigilante mirada, ningún político estaba a salvo. Después de su coronación, las Cortes permanecieron cerradas durante largo tiempo con la intención de obstruir un proyecto de ley del gobierno liberal de Canalejas que controlaba y restringía las actividades del clero y las órdenes religiosas. Canalejas presentó la dimisión, pero su sucesor, el conservador Antonio Maura, tampoco permaneció en el poder… Maura cometió la imprudencia de nombrar capitán general de Castilla al general Weyler, que, como antes hemos señalado, había tenido un duro enfrentamiento con el rey. Este se negó a firmar el nombramiento de Maura y propuso a otro general más de su gusto y del de la camarilla del Ejército que le apoyaba… Maura se vio obligado a presentar la dimisión.

En el año 1905 se produjo otro incidente con el Ejército. Un grupo de jóvenes oficiales destrozaron en Barcelona la redacción de la revista satírica *Cu-Cut* por un artículo que había publicado caricaturizando algunas actividades del Ejército. El capitán general de Cataluña se negó a castigar a dichos oficiales y, además, recibió felicitaciones de varias comandancias de toda España. Finalmente, el propio gobierno decidió intervenir para proceder contra los oficiales, pero el rey lo impidió y obligó a su presidente, el liberal Montero Ríos,

a presentar su dimisión. Encargó de formar gobierno al dócil y ambicioso Moret, que no solo no castigó a los oficiales, sino que aprobó, como primera medida de su gobierno, un proyecto de ley que aplicaba la ley marcial y sometía a jurisdicción militar al autor de cualquier artículo o escrito publicado en la prensa española que atacara el «honor del Ejército» o «la unidad de la nación». He aquí cómo el rey había conseguido dar un giro de ciento ochenta grados a un acto de vandalismo, a un acto punible que, en lugar de ser castigado, era premiado.

De nada serviría seguir enumerando las continuas interferencias y tropelías del rey en la acción de sus gobiernos si no se comprendiera la relación que se había establecido entre estos y el monarca. El presidente del ejecutivo debía acudir cada día a Palacio para discutir y mantener informado al rey de las actividades del gobierno. Pero es que, además de sus encuentros con el presidente, el rey solía despachar una o dos veces por semana con cada uno de los ministros. Esto permitía al soberano todo tipo de intrigas a espaldas del propio presidente, y era el propio rey quien, en definitiva, movía los hilos del poder. Los hilos de aquella tramoya estaban en manos del más fiel guardián del sistema feudal, y mientras él gobernara no había peligro alguno de que algo cambiara en el país…

De cuando en cuando, había alguna luz entre tanta sombra. Sorprendentemente, el rey pidió clemencia al gobierno Maura, que había ratificado la pena de muerte dictada contra Francisco Ferrer después de los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. A pesar de que Ferrer era un conocido anarquista catalán, no había ningún indicio que lo relacionara con el levantamiento que se produjo en 1909 en la Ciudad Condal a raíz del embarque de tropas a Marruecos. Incluso el Papa había pedido clemencia para Ferrer. El rey podía haber presionado a Maura para que lo indultara, pero no lo hizo… No se le ocurrió en esta ocasión intrigar a sus espaldas. Se limitó a hacer una sugerencia que no fue aceptada.

A partir de 1907, disminuyó la frecuencia de los cambios de gobierno, lo cual no era de extrañar porque se estaba produciendo un déficit de políticos en España para ocupar tantas carteras ministeriales, y no era cuestión de importarlos del extranjero. Después de la dimisión de Maura, Canalejas volvió a acceder al poder en 1911, dispuesto a llevar a cabo el programa político de los liberales: debate parlamentario y creación de una comisión de investigación sobre los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, incluida la ejecución de Ferrer; proyecto de ley del «candado», que prohibía el establecimiento de nuevas órdenes religiosas en territorio español; censo de todas las comunidades

religiosas en España en el que constaran los bienes muebles e inmuebles de dichas comunidades. Pero cada vez que Canalejas «topaba» con la Iglesia o con el Ejército ya sabía de antemano cuál sería el resultado… Hay que reconocerle al rey la maestría de manejar perfectamente los hilos de aquel entramado, de convertir a Canalejas, otrora fogoso liberal, en una marioneta más de su particular teatrillo de títeres. El verdadero Canalejas había muerto mucho antes de que aquel anarquista le disparara en plena Puerta del Sol madrileña.

Durante unos años después de la muerte de Canalejas, el rey pareció flirtear con personajes liberales o incluso intelectuales que se declaraban abiertamente republicanos. Personas como Gumersindo de Azcárate o Miguel de Unamuno comenzaron a visitar Palacio, dando así la impresión de que el rey podía evolucionar y cambiar su ideología. Pero pronto se pudo comprobar que aquello había sido flor de un día. En 1915 se celebró en España un congreso eucarístico y el rey obligó a todo su gobierno a asistir a la ceremonia de clausura en el propio Palacio Real. Unos meses más tarde se inauguró el monumento al Sagrado Corazón de Jesús en el cerro de los Ángeles, el centro geográfico de España, y el propio rey pronunció el discurso en el que se consagraba España al Corazón de Jesús. Actos como aquellos no solo suponían el reconocimiento de que España era un país católico, sino la vinculación directa del poder político con la Iglesia, en unos momentos en que las clases populares cuestionaban el papel de esta en España.

Supongo que uno de los temas candentes del reinado de Alfonso XIII fue la neutralidad de España en la Gran Guerra. El rey había reflejado perfectamente su propia opinión y la del país en general cuando le comentó confidencialmente a Winston Churchill: «Aquí, los únicos que estamos a favor de los aliados somos el populacho y yo».

Por una vez, el rey se alineaba con las clases populares, los intelectuales y un gran sector de la clase media adscrita al pensamiento liberal. Pero, naturalmente, la Iglesia y el Ejército estaban del lado de las potencias del Eje, y así lo proclamaban a diario a través de los medios de comunicación.

La neutralidad en la guerra mundial proporcionó a España una gran ocasión para que el país se modernizase. A cambio del envío masivo de comida y armamento, el dinero comenzó a afluir a España, pero sin que aquel capital supusiera una inmediata modernización de la industria española o una mecanización del campo. El impulso para efectuar el cambio estaba allí, pero de nuevo las fuerzas de la reacción parecían dispuestas a que aquello no sucediera.

Antes incluso de que concluyera la Gran Guerra, se habían producido

tensiones dentro del propio Ejército. Las Juntas de Defensa que aparecieron en Barcelona en el año 1917 debían entenderse como una especie de golpe militar dentro del propio Ejército, protagonizado por jóvenes oficiales que se sentían discriminados con respecto al trato de favor que recibían los oficiales destinados a Marruecos. El Ejército —o una parte de él— se había tomado la justicia por su mano y el gobierno del conde de Romanones tuvo que dimitir: «Queríamos defender el poder civil y comprobamos que no disponíamos de los medios para hacerlo», escribió años más tarde. Aquel enfrentamiento de diferentes facciones del propio Ejército de una forma abierta y en la superficie misma de la vida del país, suponía efectivamente el principio del fin del poder civil en España, tal como había sentenciado Romanones. Maura auguraba el fin de aquel «poder civil» al declarar: «El único remedio que puede haber ante esta situación es la entrega del poder a aquellos que no están dispuestos a tolerar que otros lo tengan». Las Juntas de Defensa de 1917 fueron la antesala del golpe de 1923, auspiciado por el propio rey.

Mientras tanto, en el territorio del Rif, en el norte de Marruecos, diez mil soldados españoles perdían la vida al ser conducidos hacia una ratonera por el líder rebelde Abd el-Krim. Parece que el general Silvestre, al mando de las tropas españolas, había recibido unos días antes del «desastre» un telegrama del rey en el que le animaba a seguir adelante con sus tropas y a no cejar en la persecución del líder rebelde por parte de todo soldado «que tenga lo que hay que tener». La arenga real contenida en aquel telegrama nunca fue desmentida por Palacio. Simplemente se dijo que se trataba de felicitar al general Silvestre por celebrarse el día del santo patrón de la caballería española, cuerpo al que pertenecía el general. Naturalmente, nunca se hizo público el texto exacto de aquel telegrama. En cualquier caso, el general no sobrevivió a la batalla, pero sí lo hizo su hijo, que era su ayudante de campo. Aquel joven oficial se disponía a declarar sobre el «desastre de Annual» ante una comisión investigadora de las Cortes justamente cuando se produjo el golpe de Primo de Rivera y la vida parlamentaria quedó durante años en estado de hibernación.

Hasta aquí este rapidísimo bosquejo de la vida y las actividades políticas de don Alfonso, basado en las notas que en estos momentos tengo a mano. Podríamos resumir diciendo que en los años anteriores a la dictadura militar (1902-1923) se formaron treinta y dos gobiernos, lo cual da idea de la inestabilidad política que caracterizó su reinado. Pienso, como ya he señalado al comienzo de esta breve reseña, que no lo tuvo fácil y que ni las circunstancias ni, muy a menudo, la calidad de las personas que lo rodearon hicieron nada fácil su

labor… Pero creo también que usó su indudable talento para la intriga política siempre —o casi siempre— en sentido equivocado, es decir, favoreciendo a aquellas personas que representaban el feudalismo y la reacción. Su propia capacidad para la intriga ocasionó, además, otro daño irreparable para la política española: la fragmentación de los partidos. Al apoyar a diferentes personas en el mismo partido según conviniera a sus intereses, dividía y fraccionaba dicha formación política, y conseguía que sus miembros se vieran más como adversarios que como compañeros.

No quiero, desde luego, entrar en su vida personal. Pienso que bastante desgracia tenía con las enfermedades hereditarias de su propia familia. Creo también que su verdadera —y quizá única— afición fueron los coches, sobre todo los de carreras, y estoy convencido de que habría sido un excelente piloto de carreras si hubiera tenido ocasión de desarrollar esta vocación. No me parece que fuera persona de gran inteligencia, pero sí, desde luego, excepcionalmente listo y astuto, con una excelente memoria para acordarse de personas o de documentos que llegaban a sus manos. Cuando salió de Palacio en 1931, solo se encontraron álbumes militares y deportivos en sus habitaciones privadas, lo cual no dice mucho de su capacidad intelectual. Pero era, como ya he señalado, una persona con ciertos talentos y aptitudes que, en mi humilde opinión, malgastó a lo largo de su existencia. Al final de su vida política se quejó amargamente de que las Cortes ya no «funcionaban», cuando había sido precisamente él el máximo responsable de aquella parálisis de la democracia.

Pero volvamos otra vez a los acontecimientos que se estaban produciendo en el año 1930. En el mes de diciembre, mi periódico me envió a Jaca para presenciar la ejecución de dos oficiales que se habían declarado en rebeldía contra el gobierno de Berenguer. Afortunadamente no llegué más allá de Zaragoza, donde recibí instrucciones de regresar a Madrid, pues en la capital se estaban produciendo sucesos aún más importantes. Digo «afortunadamente» porque no es agradable ver a dos seres humanos ejecutados a sangre fría, sobre todo si estás convencido de que aquellas dos muertes no servirían de nada. Al contrario, la ejecución de los capitanes Fermín Galán y García Hernández habría de catapultarles a la leyenda y a la fama, convirtiéndolos en una suerte de mártires laicos y haciendo ya inevitable la proclamación de la República.

Desde la caída de Primo de Rivera, en el mes de enero, las fuerzas progresistas habían iniciado su ataque final contra el feudalismo, representado, ahora de forma bien tangible, por Alfonso XIII. En agosto de ese mismo año se reunían en San Sebastián para firmar el famoso pacto las más diversas facciones

del republicanismo, desde viejos liberales como Alcalá Zamora hasta socialistas y comunistas. El objetivo del pacto, que en aquellos momentos se mantenía en secreto, era el acoso y derribo de la monarquía española. Tampoco faltaron a la cita algunos jóvenes oficiales, como el capitán Fermín Galán, que protagonizaría en diciembre la rebelión de Jaca.

Tan fervoroso partidario de la República era el capitán Galán que decidió alzarse dos días antes de lo convenido con sus compañeros de conspiración para evitar que estos pudieran retractarse. Galán no pertenecía a partido político alguno. Era simplemente un joven idealista que se rebelaba contra las injusticias de su tiempo. Le habían enviado a una guarnición fronteriza porque sospechaban de sus vinculaciones políticas. Tan segura se sentía España, que mandaba a sus fronteras a los oficiales sospechosos. Galán y García Hernández, los líderes de la conspiración, fueron fusilados un domingo por la tarde después de un consejo de guerra que tuvo lugar en la misma mañana. Eso iba contra el reglamento, que ordenaba que las ejecuciones tuvieran lugar al día siguiente y que impedía, en todo caso, que se ejecutara en domingo. Uno de mis contactos en la Telefónica de Zaragoza me informó de que el general Berenguer había llamado a la guarnición de Jaca varias veces durante la mañana y había hablado con uno de los oficiales encargados de la ejecución instándole a que la realizara cuanto antes. Digo esto porque, en los días que siguieron a las ejecuciones, la Casa Real trató de dar un viso de legalidad a la ejecución al asegurar que el rey se había limitado a dar el «visto bueno». Ahora sabemos que el asunto se debatió ampliamente en un Consejo de Ministros y que el duque de Alba se opuso a la ejecución. La insistencia de Berenguer decidió finalmente el asunto, y ya sabemos quién hablaba por boca del general.

¿Y cuál era el suceso tan importante que reclamaba mi atención en Madrid y me impedía llegar a Jaca? Un piloto llamado Ramón Franco (no confundir con su hermano Francisco Franco, director de la Academia Militar de Zaragoza por aquel entonces) había tomado el aeródromo militar de Cuatro Vientos, se había apoderado de un bombardero y había hecho varias pasadas sobre el Palacio Real. Más tarde, Ramón Franco declaró que en el último momento no se atrevió a bombardear el Palacio al ver a muchos niños jugando en sus alrededores… Parece ser que el general Berenguer había ordenado a la Fuerza Aérea perseguir a Franco, pero los aviadores que se encontraban en Cuatro Vientos habían desobedecido esta orden. Cuando finalmente algunos aviones salieron del aeródromo de Getafe, Ramón Franco, al que acompañaba el general Queipo de Llano, había puesto proa a la frontera de Portugal. De la misma manera que la

muerte de Fermín Galán había dado alas a la República, el bombardeo del Palacio Real de Madrid habría tenido el efecto contrario, ya que inevitablemente habría decantado a la opinión pública del lado del bombardeado monarca y su familia.

La atención del país se centraba ahora en la Cárcel Modelo de Madrid. Tras el fracaso aparente de la conspiración republicana, líderes republicanos y socialistas fueron a parar a esa cárcel. Al ser arrestado en su domicilio, Alcalá Zamora insistió en oír misa en su parroquia antes de ser conducido a prisión, y así había aparecido en las portadas de los periódicos, demostrando su fino olfato político. Con imágenes como esa, de poco le servía a Berenguer proclamar que las conspiraciones republicanas' estaban financiadas por el dinero de Moscú. El duque de Alba intentó demostrar la veracidad de las acusaciones monárquicas afirmando que un agente comunista había sido detenido en la frontera con dos millones de pesetas en los bolsillos. Un joven periodista inglés amigo mío le había señalado al duque que no era nada fácil llevar encima, de forma discreta, dos millones de pesetas, ya que suponía, en el mejor de los casos, ocultar en la ropa dos mil voluminosos billetes de mil pesetas. El duque, sin duda más acostumbrado a manejar la chequera que la billetera, quedó algo perplejo ante la observación.

Fui a la Cárcel Modelo para visitar a tanta celebridad como había encerrada aquellos días en su interior. En el locutorio de la cárcel pude contemplar a través de las rejas a un sonriente grupo de personalidades políticas que parecían saborear anticipadamente las mieles de su triunfo. Tan seguros estaban de sí mismos que, según me contaron, se hallaban ultimando ya sus planes de gobierno en la misma cárcel. Allí estaban Alcalá Zamora, Fernando de los Ríos, Francisco Largo Caballero y Miguel Maura, entre otros. El que llevaba la voz cantante era Alcalá Zamora, si bien su pasado político podía poner en entredicho su recientemente adquirida fe en la democracia, la libertad y el progreso. La monarquía parecía herida de muerte, pero nadie se atrevía a vaticinar su caída, y menos aún la forma en la que se produciría.

En lo que se refiere a mi vida privada, los sucesos de Jaca tuvieron la gran virtud de sacarme del paro periodístico en el que me encontraba en aquellos momentos. Resulta que había perdido la corresponsalía del periódico londinense *The Daily Chronicle*, al ser este absorbido por *The Daily News*. Me había tenido que refugiar en la enseñanza del inglés como *modus vivendi*, y la verdad era que aquello de repetir a todas horas: *Is this chair black*?, para que el alumno te contestara *No, the chair is white,* no me iba. Me sirvió, sin embargo, para entrar

en contacto con una serie de personas muy interesantes, como aquel coronel de la Guardia Civil que era escolta del rey y se empeñaba en desarrollar unas aptitudes lingüísticas que Dios no le había dado. Me sirvió también para conocer a una deliciosa alemanita con la que estuve saliendo unos meses. Lo único malo de mi romance con la teutona era que esta, en cuanto la besaba, se me desmayaba en los brazos, debido sin duda a la debilidad de su corazón, más que a mis proezas amatorias. Recuerdo que, en uno de estos trances, me dirigí con ella en brazos hacia lo que parecía ser una farmacia y resultó ser una funeraria… Para restablecerla de aquellas dolencias conocía un buen remedio: la llevaba a algún restaurante alemán, de los muchos y buenos que hay en Madrid, y le hacía servir una enorme ración de tarta de manzana con nata, y después… ¡como nueva!

La noche del 13 de abril me encontró haciendo guardia en las puertas del Palacio Real. Envuelto en un grueso gabán para protegerme del viento helado que bajaba del Guadarrama, pasé allí la que iba a ser la última noche de don Alfonso en España. Aunque parezca mentira, había solo dos periodistas: un pequeño reportero español y yo. Tampoco parecía registrarse ninguna actividad inusitada en el interior del edificio. De vez en cuando, muy de vez en cuando, se abrían los grandes portones para dejar pasar algún coche que entraba o salía. La noticia allí aquella noche no era lo que pasaba, sino justamente lo que no pasaba.

Alrededor de la medianoche, abrió la puerta uno de los mayordomos y tuve ocasión de conversar unos minutos con él. Le pregunté qué hacía la familia real. Me los imaginaba reunidos en cónclave, llamando a sus amigos y haciendo urgentes consultas. El mayordomo me contestó con voz reposada: «Sus majestades están asistiendo a la proyección de una película en la nueva sala cinematográfica del Palacio». Si me hubiera contestado que el rey y la reina jugaban a la pídola en camisón por los pasillos me habría sorprendido bastante menos. Las elecciones municipales del día anterior habían puesto en entredicho no solo al rey, sino a la institución misma de la monarquía. Camino del Palacio había pasado por la Puerta del Sol y había contemplado a las multitudes enardecidas gritando a favor de la República. La policía apenas se molestaba en reprimirlas. Algunos agentes habían bajado de los caballos y confraternizaban con la muchedumbre, intercambiando chistes y cigarrillos. La zona de Palacio estaba acordonada y solo se permitía el acceso a las personas que teníamos alguna misión que cumplir. Y así, mientras Madrid explotaba de júbilo, el Palacio Real, a pocos metros de distancia de la Puerta del Sol, estaba sumido en el silencio y aparecía triste y solitario, como si se encontrara a muchos

kilómetros de distancia y ya no perteneciera a la realidad del país.

¿Dónde estaban aquella noche los cuatrocientos generales que dicen que hay en España? ¿Dónde se encontraban los doscientos grandes de España? ¿Y dónde el clero, los cardenales y obispos, de una España que me habían dicho que era «tan católica»? Esas eran las preguntas que yo me hacía, una y otra vez, mientras me paseaba aquella noche ante las puertas del Palacio. Muchos de ellos han lamentado desde entonces la caída de su rey, pero muy pocos hicieron algo por evitarlo, según pude comprobar esa noche mientras permanecía delante del edificio.

Fue en esa noche cuando don Alfonso constató la soledad en la que se encontraba. Y es que el que siembra vientos recoge tempestades. Don Alfonso no había movido un dedo para impedir la caída de Canalejas poco después de su acceso al trono. Y se había divertido enfureciendo a Maura para que un amigo suyo ocupara el puesto de capitán general de Castilla. O satisfaciendo todas las demandas del Ejército poco después de que un grupo de jóvenes oficiales devastara la redacción del periódico humorista catalán *Cu-Cut*… ¡Bonito premio! O cuando el pasatiempo favorito del monarca era intrigar con Romanones para echar a Moret, o, al contrario, intrigar con Moret para echar del gobierno a Romanones. Casi treinta años de intrigas políticas y ahora, para rematar la faena, se había quitado de encima a su *duce* con el mismo desenfado con el que se desprendía del gabán en días de calor… Esta noche tu pueblo mismo te está juzgando… ¿Y cómo te juzga? Volviéndote ostentosamente la espalda… Un pueblo tan agradecido como ha sido tradicionalmente el pueblo español está celebrando, a pocos metros de aquí, tu inminente caída… Hasta los políticos que tanto te necesitan hace ya bastante tiempo que te desprecian. Y me imagino que nunca habrías esperado que el Ejército, que te había ayudado a sofocar los tímidos intentos democráticos producidos a lo largo de tu reinado, te abandonara en esta hora de la verdad… Tan solo estabas, don Alfonso, en esa gélida noche del mes de abril, que únicamente un periodista español y un despistado periodista británico te acompañaban en las puertas de Palacio.

El día anterior, 12 de abril, se habían celebrado elecciones municipales en toda España. El rey había encargado a un grupo de políticos, encabezados por el conde de Romanones, la preparación de las elecciones. Al principio se había pensado en celebrar elecciones generales, pero el propio Romanones había desechado la idea, prefiriendo averiguar antes cómo soplaba el viento. No tardó en enterarse. Como dijo el almirante Aznar la mañana después de las elecciones a los periodistas que le interrogábamos: «¿Queréis mayor noticia que la de un

país que se acuesta monárquico y se levanta republicano?».

Aún hoy desconozco el resultado exacto de las elecciones del 12 de abril. Los únicos resultados que he visto publicados concedían unos sesenta mil escaños de concejal a los monárquicos y unos catorce mil a los republicanos. Así es que, desde un punto de vista aritmético, el triunfo había sido para la monarquía. Unos meses más tarde, me acerqué al Ministerio de la Gobernación para confirmar estos resultados. Me llevaron a los sótanos, y allí me mostraron centenares de paquetes que contenían los resultados telegrafiados desde cada uno de los ayuntamientos de España. Nadie se había molestado en abrirlos. Pregunté por qué no se había hecho y cuál era la razón por la que todavía no sabíamos el resultado final de aquellas elecciones que habían cambiado la historia del país. Me contestaron que harían falta muchos empleados para realizar el cómputo final y que no estaban disponibles. Me pregunto si aquellos sobres han sobrevivido a las bombas incendiarias del general Franco y si alguien en el futuro tendrá la paciencia de hacer ese recuento…

La coalición republicana había triunfado en casi todas las ciudades. También es verdad que había fracasado en la mayoría de los pueblos, porque los grandes terratenientes y los pequeños caciques controlaban aún a los campesinos y les exigían votar a la derecha. En algunos pueblos, ni siquiera las presiones de los caciques pudieron con las esperanzas que gran parte del campesinado depositaba en la República. Un amigo mío de Egea de los Caballeros, en Aragón, me describía las elecciones del 12 de abril en su pueblo: «Era impresionante ver cómo los campesinos, antes de depositar su voto, proclamaban en voz alta que votaban por la República. Los caciques tomaban nota de sus nombres, así como el cabo de la Guardia Civil. Seguro que si la República no hubiera triunfado, la mayoría de ellos se habría encontrado en la calle esa misma noche».

Incluso en los barrios burgueses de Madrid había triunfado la República, una evidencia más de la abrumadora falta de apoyo a la monarquía.

Se ha dicho muchas veces que las elecciones del 12 de abril eran de carácter municipal y no de carácter constitucional, y que, por tanto, no procedía un cambio de régimen. Desde un punto de vista legal, es posible que este argumento sea cierto. Pero desde un punto de vista práctico, el hecho de que esas elecciones fueran municipales facilitó mucho las cosas.

Si hubieran sido de carácter legislativo, se deberían haber seguido los plazos legales de disolución de las Cortes, preparación de elecciones, etc., y ello hubiera dado tiempo a que las fuerzas de la reacción y el feudalismo se prepararan y se organizaran. El factor más importante de las elecciones de abril

fue la sorpresa, y gracias a esa sorpresa se pudo cambiar de régimen sin derramamiento de sangre.

En estos cambios, y en otras muchas cosas, iba yo pensando a mi regreso del Palacio Real en aquella larga noche del 13 de abril, aterido el cuerpo por los fríos aires del Guadarrama. Un policía me detuvo en la calle para pedirme fuego. Pegamos la hebra y el policía, al despedirse, me dijo: «Nada, ya verá usted como todo se arregla en cuanto nos libremos de ese mono que tenemos sentado en el trono… Mi mujer y yo tenemos un retrato de Galán y Hernández en nuestro dormitorio desde el día en que los fusilaron». Cuando un miembro de la policía armada española hablaba de aquella manera, era evidente que todo intento por parte del rey o el gobierno de tratar de reprimir las manifestaciones de fervor republicano que se estaban produciendo por doquier en España habría sido en vano. Ese mismo policía me había contado que un joven oficial de su cuerpo había ordenado a sus hombres cargar contra la multitud en la Puerta del Sol. Sus hombres no solo le habían desobedecido, sino que se habían permitido arrestarle y llevarle preso a su propio cuartel… Los acontecimientos del nuevo día prometían ser muy interesantes… Amanecía en Madrid el 14 de abril.

A primeras horas de la mañana entraba en Palacio el conde de Casa Valencia. El rey don Alfonso es de las pocas personas que conozco que se han hecho amigas íntimas de su propio dentista. El conde de Casa Valencia, de personalidad exuberante, había hecho una carrera meteórica a la sombra de Palacio, desde simple sacamuelas a dentista de su majestad, y a partir de ahí le habían llovido los honores: título nobiliario y, más recientemente, secretario de la fundación de la nueva Ciudad Universitaria madrileña, la institución con la que el rey había celebrado el veinticinco aniversario de su coronación. Tuve ocasión de hablar con el conde varias veces y le encontré un hombre afable y dicharachero que evidentemente disfrutaba de su situación y de la publicidad que se le daba.

En aquella mañana del 14 de abril, el conde de Casa Valencia era portador de malas noticias para su amigo el rey. Llevaba una carta del conde de Romanones en la que este comunicaba al monarca que sería conveniente «se ausentase del país durante algún tiempo».

La noche anterior hubiera podido parecer que el rey y su familia hacían una demostración de sangre fría al pasar la velada contemplando una película americana. Pero, a la luz de los acontecimientos que comenzaban a precipitarse aquella mañana, estaba claro que no era sangre fría, sino pura inconsciencia lo que había motivado la asistencia del rey y la reina a la sala cinematográfica la noche anterior. El rey era totalmente ajeno a la realidad de su país. Y ahora,

demasiado tarde, trataba de reaccionar. Exigía la inmediata presencia de Romanones en Palacio.

No tardó en personarse el conde ante su majestad para darle cuenta de lo ocurrido en la reunión del Consejo de Ministros celebrada a primeras horas de la mañana. A ella había acudido el jefe de la Guardia Civil, el general Sanjurjo, para informar al gobierno de que, desde su punto de vista, era imposible reprimir las manifestaciones republicanas que se daban en toda España, y mucho menos impedir el acceso al poder de los concejales democráticamente elegidos por el pueblo. La Guardia Civil, según Sanjurjo, no debía ni podía intervenir en aquellos momentos. En el mismo sentido se expresó el general Berenguer, a la sazón ministro de la Guerra, que había tenido la prudencia de enviar, el día antes de las elecciones, una circular a todas las capitanías generales exigiendo se mantuvieran al margen de los acontecimientos que pudieran resultar de las elecciones «de carácter puramente político», como explicitó en su misiva. Un único ministro pidió la intervención del Ejército, don Juan de la Cierva, el «hombre de hierro» de la política española. Pero estaba solo frente a los otros ministros. ¿Cómo podían pedir la intervención del Ejército para anular unas elecciones que ellos mismos habían convocado?

No quedaba otra solución, según sugirió Romanones al monarca, que un entendimiento con los republicanos. La propuesta del rey, que Romanones transmitió a los republicanos, consistía en la inmediata celebración de nuevas elecciones para elegir unas Cortes Constituyentes, que se encargarían de redactar la Constitución deseada por el pueblo. El rey se comprometía a abandonar el país si el resultado de estas nuevas elecciones le era adverso.

Las negociaciones entre Romanones y los republicanos tuvieron lugar en el domicilio del prestigioso médico don Gregorio Marañón, antiguo amigo del rey y ahora simpatizante de las ideas republicanas. Allí fue donde el conde de Romanones se entrevistó con su adversario político que acababa de salir de la cárcel, Niceto Alcalá Zamora. Este rechazó la propuesta del rey y fue terminante con el conde. No podía haber un período neutral o constituyente. El monarca debía abandonar el país aquella misma tarde. De lo contrario, no respondía de lo que pudiera ocurrir cuando las masas trabajadoras acabaran su jornada.

El conde de Romanones transmitió el ultimátum de Alcalá Zamora al rey. Este aún trató de convencer a Romanones proponiendo una solución intermedia, la regencia de su primo el infante don Carlos, de reconocido talante liberal. El conde de Romanones expresó su opinión de que ya era demasiado tarde para cualquier solución que no significara la inmediata partida del rey de España. Se

pasó entonces a discutir la manera en que debería realizarse. Se descartó la salida por Irún porque se habían registrado disturbios en San Sebastián. Se consideró la posibilidad de que el rey se marchara por la frontera portuguesa, pero finalmente se optó por utilizar la base naval de Cartagena, donde el rey se embarcaría en un buque de la Armada.

Una vez se hubo adoptado esta decisión, Romanones y el rey salieron a una antecámara donde les aguardaban algunos ministros, grandes de España y otras personalidades. Un joven oficial de caballería, el marqués de Cavalcanti, se adelantó para decirle: «¡Pongo mis tropas a disposición de su majestad para la defensa del trono!». El general Berenguer, que estaba a su lado, le increpó: «¡Demuéstreme usted que es capaz de controlar la situación sacando las tropas a la calle! ¡Demuéstremelo!». En ese momento parece ser que intervino el rey y con voz sosegada les dijo: «Caballeros, no hay necesidad de discutir este tema. Mi decisión está tomada. Abandonaré España esta misma noche». Finalmente se acordó que el rey saldría del Palacio aquella misma tarde y que la reina y los infantes se marcharían al día siguiente, para darles tiempo a preparar lo indispensable para el viaje. «No debe su majestad preocuparse por ellos —le dijo Romanones al rey—. Quedan en manos de españoles». A la caída de la tarde, cinco o seis grandes automóviles salían del Palacio por la puerta del Campo del Moro y doce horas después don Alfonso estaba a bordo del crucero *Jaime I* rumbo a Marsella.

Se ha hablado mucho sobre esta salida tan precipitada del rey y algunos han llegado a acusarle de cobardía. Creo que la acusación es totalmente injusta. La permanencia del rey en Palacio no hacía sino poner en peligro no solo la vida de su familia y los servidores que estaban dentro, sino también la de muchos que estaban fuera. El rey comprendió perfectamente que el objeto de la ira popular era él y que, al quitarse de en medio, restaba intensidad a la virulencia callejera.

Se trataba, en todo caso, de que llegara a Cartagena de la manera más rápida y discreta posible. De hecho, se produjo un pequeño incidente cuando la comitiva real se paró para repostar en una gasolinera cerca de Murcia y el rey fue reconocido y, al parecer, abucheado. Por otra parte, que la reina abandonara a alguno de sus hijos y se marchara con su marido era impensable. Creo que los acontecimientos han venido a demostrar que el rey actuó de forma perfectamente correcta en este último acto de su vida política. Se marchó de la manera más rápida y discreta posible, y no cayó en la tentación de defender el trono con las armas, lo que hubiera ocasionado un innecesario derramamiento de sangre.

En aquellos momentos los acontecimientos fuera de Palacio se precipitaban.

Los catalanes habían declarado, por su cuenta y riesgo, su propia República. Desde que, a primeras horas de la mañana, la localidad guipuzcoana de Éibar se había pronunciado a favor de la República, llegaban a Madrid cientos y cientos de telegramas de toda España sumándose a esa proclamación. A mediodía conseguí acceder al Ministerio de la Gobernación en la Puerta del Sol. Allí pude entrevistarme con el subsecretario, Mariano Marfil. Normalmente, el ministerio es un hervidero de funcionarios y policías, pero en aquella mañana del 14 de abril se asemejaba a una balsa de aceite. El subsecretario parecía un hombre perdido en una isla desierta. Muy pocos funcionarios habían acudido al trabajo aquella mañana. El ministro tampoco llegaba y el señor Marfil no tenía idea de cuándo llegaría. Los teléfonos sonaban y nadie contestaba. En aquel silencio sepulcral solo podía escucharse, con toda nitidez, la caída del antiguo régimen como fruta madura.

Al salir a la calle pude contemplar un extraño cortejo que venía por la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol. Aparentemente, un oficial del Ejército se había hecho con una bandera republicana y, subiéndose sobre un taxi, se dirigía a la Puerta del Sol ondeando los colores de la que iba a ser la nueva bandera de España. Una multitud se había congregado a su alrededor coreando enfervorizada las palabras «República» y «Libertad». A las cuatro de la tarde, la Puerta del Sol estaba de bote en bote. A esa misma hora el rey y su séquito discutían la mejor manera de abandonar el país mientras Alcalá Zamora y sus amigos se dirigían hacia el Ministerio de la Gobernación, aclamados por la muchedumbre. Cuando por fin pudo llegar a la puerta del ministerio gritó: «¡Abran en nombre de la República!». Los guardias obedecieron y Alcalá Zamora subió hasta la planta principal en volandas. Yo di un suspiro de alivio. El ministerio más importante había pasado a manos de la República sin que se derramara una sola gota de sangre.

Es difícil que mis compatriotas ingleses puedan hacerse una idea de lo que significaba en España el Ministerio de la Gobernación. Toda la maquinaria del Estado que controla la vida del país se regía desde este organismo: la temible Guardia Civil que patrullaba los caminos de España recibía sus órdenes desde aquí; la policía en las ciudades no movía un dedo sin el permiso del ministro; los gobernadores civiles que rigen cada provincia española hablaban a diario con el ministro; y en las elecciones que hubo durante la monarquía todo se preparaba desde aquí, se hacían listas de los diputados que se creía iban a ganar las elecciones… y los resultados finales variaban muy poco de los vaticinios realizados en el propio ministerio.

Quedaba aún por tomar otro bastión de la intransigencia y del feudalismo español: el Ministerio de la Guerra. Afortunadamente, el general Berenguer era hombre de palabra, poco amigo de aventuras. Fue Manuel Azaña, con ese rostro que tanto me recuerda a Mr. Pickwick, el encargado de hacerse cargo de ese ministerio… Y había que ver a Dámaso Berenguer, con cara de póquer, entregando el Ministerio de la Guerra nada menos que a Azaña, el presidente del Ateneo de Madrid, ese «antro» de perversión donde las ideas liberales habían encontrado, desde hacía ya bastantes años, su caldo de cultivo… ¡Si Torquemada levantara la cabeza!

Caía la noche y la multitud de madrileños había roto el cordón policial que rodeaba el Palacio Real y se dirigía a las puertas. El rey se encontraba ya lejos del lugar, enfilando, por las llanuras de la Mancha, la carretera que le conduciría a Cartagena. Un escuadrón de caballería se había situado delante de las puertas del Palacio. Los soldados parecían desconcertados ante la muchedumbre que les increpaba y no sabían muy bien qué hacer en aquellas circunstancias. Los gritos del gentío iban en aumento y en cualquier momento se podía pasar de las palabras a los hechos. Apareció entonces un automóvil. Iba conducido por el doctor Juan Negrín. Le acompañaban dos jóvenes artistas, el pintor Luis Quintanilla y el escultor Emilio Barral, que moriría en la defensa de Madrid algunos años más tarde. Se bajaron del automóvil y se encararon con los policías que guardaban las puertas del Palacio. El diálogo que sostuvieron con los policías fue, más o menos, el siguiente:

Dr. NEGRÍN (*dirigiéndose a la multitud*). —No hay razón para armar este escándalo. El rey se ha marchado, la República ha sido proclamada desde el Ministerio de la Gobernación y este edificio pertenece desde ahora al pueblo español.

VOZ DEL PUEBLO. —Puede ser que lo que usted dice sea verdad, pero no nos gusta la pinta de estos soldados de caballería con el sable desenvainado.

DR. NEGRÍN. —Eso se arregla enseguida (*y dirigiéndose al escuadrón de caballería*). Mi capitán…

CAPITÁN. —A sus órdenes, señor.

Dr. NEGRÍN. —Soy un representante del nuevo Consejo Municipal Republicano de Madrid. En su nombre, le pido que se retire con su escuadrón a una posición más alejada, al Patio de Armas, con objeto de tranquilizar a esta gente.

CAPITÁN. —Acato sus órdenes, señor. Mi escuadrón se retirará al

momento.

Dr. NEGRÍN (*a la muchedumbre*). —¿Qué más queréis, amigos?

VOZ DEL PUEBLO. —Queremos que una bandera republicana ondee en el Palacio Real.

Dr. NEGRÍN. —Eso será más difícil, porque hemos dado órdenes de que ningún republicano entre en el Palacio hasta que no se haya marchado el último miembro de la familia real… Pero, en fin, veremos lo que se puede hacer… Quintanilla, tráeme una bandera republicana.

(*Quintanilla se dirige hacia la multitud y, después de unos momentos de incertidumbre, aparece con una magnífica enseña tricolor).*

Dr. Negrín. —Vamos a ver si hay algún voluntario que sepa trepar y coloque la bandera en el balcón central.

De esta forma tan sencilla se consiguió aplacar a las masas. Más tarde, alrededor de la medianoche, miembros de la Guardia Socialista, que llevaban un distintivo rojo en los brazos, tomaron posiciones frente al Palacio Real. Pero su presencia ya no era necesaria. A aquellas alturas de la noche, la multitud había adoptado un aire festivo y no se había producido ningún intento de agresión. Supongo que quienes se encontraban en el interior del Palacio mirarían con preocupación las evoluciones de la multitud que lo rodeaba, temiendo que en cualquier momento se desmandase. Pero, en realidad, el Palacio nunca estuvo en peligro de ser tomado por la multitud y, en cualquier caso, la Guardia Real se habría bastado para defenderlo de un ataque.

A la mañana siguiente, la reina Victoria Eugenia, sus dos hijas y sus tres hijos subían al expreso de Irún en la estación de El Escorial. Les despedían una multitud de amigos y criados. El tren llevaba en aquella solemne ocasión un maquinista singular, el duque de Zaragoza, personaje excéntrico, tan apto para conducir hábilmente la locomotora de un tren como para recitar de corrido los poemas de Lord Byron o Shelley. Conocía de antes al buen duque y en el andén de El Escorial, mientras la familia real española daba sus últimos adioses, le pregunté si era ese su último viaje oficial en una locomotora o pensaba llevar al presidente de la República también… Tengo entendido que el excéntrico duque tuvo ocasión de ser el maquinista de Alcalá Zamora en alguno de sus viajes oficiales.

Así fue como la reina Victoria Eugenia salió de España, conducida por un duque y despedida por un general, Sanjurjo, que, a pesar de haber sido

confirmado por la República como capitán general de la Guardia Civil, acudió a despedir a su reina en la estación de El Escorial. El día que la reina Victoria Eugenia salió de España, el 15 de abril, fue proclamado festividad nacional. Los madrileños se habían echado a la calle y gritaban: «No se han marchado, ¡les hemos echado!». Algunos, vestidos con disfraces, caricaturizaban a la familia real y con sus desgarradores llantos y golpes de pecho parodiaban su despedida. Aquello parecía más un carnaval que una revolución. Solo tuve ocasión de presenciar un pequeño incidente. Trataba yo de cruzar la Puerta del Sol para subir por la calle de la Montera cuando vi que por esta bajaba un camión engalanado con las insignias de la hoz y el martillo, y en el que se representaban las virtudes de la Rusia soviética, acompañado de una veintena de chicos y chicas con el puño en alto y cantando *La Internacional*. Al llegar el cortejo a la Puerta del Sol se produjo un enorme abucheo. La gente les increpaba gritando: «¡Abajo el comunismo! ¡Queremos la fiesta en paz! ¡Bolcheviques, a Moscú!», y frases similares. Apareció, no sé muy bien de dónde, un destacamento de policía que se encargó de conducirles lejos de aquel lugar y, al punto, la alegría y el buen humor volvieron a hacer acto de presencia entre la muchedumbre.

Y es que, en aquel día, todo parecía color de rosa. Se había producido un cambio de rumbo radical en el Estado español, un viraje de ciento ochenta grados, y todo ello casi sin incidentes, sin apenas derramamiento de sangre… ¡Pobres españoles! ¡Qué ilusos eran, éramos, en aquella mañana del 15 de abril, celebrando la caída de un régimen, el fin del feudalismo en España! Y el feudalismo, que había dejado caer a don Alfonso porque ya no le era útil, seguía tan fuerte como antes…

III

Manuel Azaña

TENGO la teoría de que las reacciones violentas de las masas varían según la nacionalidad. En Inglaterra, las masas suelen atacar y saquear en primer lugar las tiendas de comestibles. Las masas en Alemania suelen buscar a algún judío para que sea su chivo expiatorio. En Francia las masas se dirigen invariablemente hacia sus adversarios políticos, con los que se enzarzan en batallas campales. En España, en cambio, las multitudes se dirigen hacia las iglesias con objeto de saquearlas o quemarlas. Visto desde esta perspectiva, no resulta nada sorprendente que el primer conflicto con el que tuvo que enfrentarse el gobierno de la República fuera el de la quema de iglesias y conventos.

La luna de miel de la República duró apenas un mes. Durante ese tiempo los republicanos se dedicaron a cantar las alabanzas de la «pacífica revolución» española, tan distinta en ese sentido de la reciente revolución rusa, y los monárquicos, a publicar en las páginas centrales de *ABC* grandes reportajes y entrevistas con el rey exiliado.

Tan perfecto era el idilio, que los monárquicos se dedicaron a organizarse políticamente, algo que no habían hecho durante la monarquía. Hubo un mitin monárquico en Madrid en el que se interpretó la *Marcha Real*. Alguien debió de oírlo desde la calle y la gente se fue concentrando alrededor del edificio a la espera de que salieran los participantes. Cuando salieron, la muchedumbre les increpó y se produjeron enfrentamientos y carreras. A continuación, los manifestantes se dirigieron al edificio de *ABC*, donde fueron recibidos por disparos que quitaron la vida a dos personas. La breve luna de miel había concluido.

Y es que, para el hombre de la calle, la República era algo más que el cambio de una bandera por otra, de una administración por otra. Para el hombre de la calle, la llegada de la República significaba el fin de la era feudal en España; el fin de la hegemonía de la Iglesia, el Ejército, la Corona y la oligarquía sobre el resto de los españoles. La multitud había vuelto a cargar sobre el edificio del *ABC* y la policía se vio obligada a disparar al aire. Yo me encontraba en la primera fila de la manifestación y, al oír los disparos, me tiré bajo un seto, con tan mala suerte que los pantalones se me rasgaron en la alambrada que lo rodeaba. ¡Fue así como me convertí en el primer *sans coulotte* de la nueva República!

Madrid estaba al rojo vivo. El lunes 10 de mayo había sido convocada una huelga general por los anarquistas en protesta por los sucesos del *ABC*. Pronto, varias iglesias ardían en el centro de Madrid. Frente a las iglesias se congregaron grandes masas para disfrutar del espectáculo. La policía había desaparecido como por ensalmo y un grupo de bomberos contemplaban impotentes un incendio porque la multitud les impedía llegar hasta las bocas de agua. Me subí a un taxi. «¿Quiere usted que le lleve a dar una vuelta por el Madrid en llamas? Hago el recorrido completo por solo diez pesetas», me dijo el taxista.

El gobierno reaccionó tarde y mal ante los sucesos de aquel día. Había muchas divisiones en su seno: desde Manuel Azaña, quien más tarde afirmaría haber preferido que se quemaran todas las iglesias de España a que se derramara la sangre de un solo republicano, hasta el ministro de la Gobernación, Miguel Maura, que había pedido a la policía que disparara sobre la multitud para tratar de mantener el orden. Pero el orden solo logró restablecerse al atardecer, cuando fue declarado el estado de sitio y el ejército ocupó posiciones frente a las iglesias. En otras ciudades se habían producido disturbios semejantes o peores. En Málaga la multitud había saqueados templos y conventos hasta dejar muy pocos en pie. En total, unos ochenta edificios religiosos (iglesias, conventos, monasterios, etc.) ardieron en esos días terribles del mes de mayo.

Lo peor de todo fue que, al parecer, los republicanos aprendieron muy poco de aquellos días de mayo. No comprendieron que la única forma de impedir este tipo de acciones en el futuro era destituir a todas aquellas personas que todavía ejercían el poder de forma feudal y provocaban las iras de la multitud. La Iglesia católica, en cambio, aprendió la lección. Se dio cuenta al fin de que si quería defender su patrimonio y sus bienes, solo podía hacerlo desde dentro de la República, y no desde fuera. A partir de los sucesos de mayo, la Iglesia se puso en movimiento para reconquistar el poder dentro de la República.

Los acontecimientos de aquel mes de mayo me produjeron una fuerte impresión personal. Yo era católico practicante desde los seis años, y desde entonces no había dejado de ir a misa un solo domingo. Incluso había pertenecido, de niño, a una sociedad llamada «los caballeros del Santísimo Sacramento», lo que me obligaba a comulgar por lo menos una vez a la semana. Y es que en mi país no parecía haber conflicto entre las creencias religiosas y las ideas políticas. En aquellos días del mes de mayo yo vivía este conflicto por primera vez en toda su intensidad.

Por un lado, me horrorizaba presenciar la quema de iglesias y conventos y, sobre todo, la indiferencia de la gente de la calle ante estos sucesos. Pero me horrorizaba aún más oír a los católicos criticar a la República y todo lo que ella significaba. Yo había celebrado la llegada de la República porque estaba convencido de que iba a mejorar las condiciones de vida de la clase obrera española. Había viajado a lo largo y lo ancho de la geografía española y me escandalizaba la miseria en la que vivían los campesinos españoles y la brutalidad con que los trataba la policía y la Guardia Civil. La proclamación de la República significaba para mí el primer paso para poner remedio a aquella situación tan desesperada. Los católicos que más protestaban eran, pensaba yo, los responsables de que aquellas masas de obreros y campesinos vivieran en la miseria.

Me había llegado la hora de tomar una decisión. Dejé de ir a misa los domingos, supongo que porque no me sentía a gusto compartiendo el mismo banco en una iglesia con gente a la que despreciaba. Alguien puede suponer que me había dejado influir por el agnosticismo que se respiraba en círculos republicanos. Creo que no es el caso, porque desde entonces voy a la iglesia y a misa con frecuencia, tomo la comunión y hace poco me casé en una iglesia. Pero sigo oponiéndome al uso de la Santa Cruz para encubrir lo que no son más que intereses materiales. Y me alegra comprobar que, en los últimos años, la prensa católica inglesa ha denunciado siempre a Franco, poniéndose siempre del lado de la República.

La Iglesia española, que había perdido fuerza y poder en el siglo XIX con la desamortización de Mendizábal, se había recuperado a lo largo del siglo XX y al iniciarse la República contaba con más de treinta mil sacerdotes, ochenta mil monjas y frailes, y miles de edificios de su propiedad esparcidos por todo el territorio nacional. Volvía a ser una institución importante en España pero una institución sin vida, sin un mensaje espiritual claro que llegara a las masas. Se ocupaba de la enseñanza, sí, pero solo de las clases medias y altas que tenían el

suficiente poder adquisitivo para mandar a sus hijos a colegios de pago católicos. En los colegios públicos del Estado, donde se hacinaban los niños de las clases bajas, no se veía ningún sacerdote, pero no porque no se enseñara religión, sino porque a los sacerdotes no les interesaba… Estoy hablando, naturalmente, en términos generales, ya que había órdenes religiosas que tenían escuelas para niños pobres. Pero el espectáculo que ofrecía la Iglesia en España cuando yo llegué a este país era más bien desolador.

Después de la Gran Guerra, una serie de países europeos como Alemania, Austria, Checoslovaquia, Polonia y otros decidieron estrenar Constitución. Hoy en día todas esas constituciones son papel mojado y sus autores, si no han sido asesinados, están exiliados o pasando una temporadita de «vacaciones» en Dachau… Pero en el año 1931, cuando se acababa de inaugurar un nuevo Estado, no quedaba más remedio que elaborar su Constitución. Debo decir que aquello, además, sintonizaba admirablemente con el carácter español. Durante meses, la elaboración de la Constitución excluía toda acción, de manera que los legisladores podían pasarse horas, días o semanas discutiendo tal o cual artículo a sabiendas de que todas aquellas propuestas no se realizarían sino en un lejano y distante futuro…

Mi país ha sobrevivido muy bien durante siglos sin Constitución alguna, amparándose simplemente en documentos tan antiguos como la Carta Magna, el Bill of Rights o el Dominions Bill… No quiero con esto decir que esté en contra de las constituciones. Sería tanto como negar la necesidad de un plano para un edificio que va a ser construido. Lo que ocurre es que los cambios en la estructura misma del Estado son tan rápidos que hoy día apenas da tiempo a elaborar una Constitución sin que quede ya obsoleta antes de estrenarse. Estamos viviendo una época de cambios tan profundos, dramáticos y frecuentes, que los políticos ya no pueden permitirse el lujo de pensar en el futuro, sino de elaborar nuevas estrategias a día de hoy o de mañana. Los políticos no pueden ser ahora arquitectos que diseñan el futuro de una nación, sino más bien generales en campaña cuyos planes responden día a día a los movimientos del enemigo…

¿Qué quiero decir con todo esto? Que mientras los políticos españoles se reunían en las Cortes para debatir acalorada y apasionadamente cada uno de los 121 artículos de la nueva Constitución durante tres larguísimos meses, las fuerzas de la reacción empleaban ese tiempo para organizarse de nuevo. En realidad, nada había cambiado desde el 14 de abril: los grandes terratenientes seguían disfrutando de todas sus propiedades; la Guardia Civil seguía inspirando el mismo terror que antes; ninguno de los cuatrocientos generales con los que

contaba el Ejército había perdido su empleo, la Iglesia continuaba igual, con la única baja del cardenal Segura, que había sido expulsado del país, la policía era la misma que antes. Solo el monarca parecía estar ausente del país, pero nadie te aseguraba que no estuviera en algún balneario de vacaciones.

El primer gobierno de la República tampoco parecía dispuesto a tomar la iniciativa. En las nuevas Cortes se había elegido a cuatrocientos setenta y tres diputados, de los cuales trescientos sesenta pertenecían a la coalición de republicanos y socialistas. Por primera vez desde 1890, se habían celebrado unas elecciones en España sin contar con una maquinaria política que las encauzara. Los distritos electorales ya no eran los municipios, sino las provincias, y ello había contribuido a desbaratar el antiguo sistema de control de las elecciones por parte de los caciques locales. El feudalismo que controlaba los municipios aún no controlaba las provincias. Después de los disturbios del mes de mayo, el gobierno había cerrado muchos periódicos de la derecha y abolido los partidos o grupos que se denominaran «monárquicos». Podría entenderse que las fuerzas de la derecha concurrieron a las elecciones con un pequeño *hándicap*. Pero los católicos no tardaron en organizar su partido de Acción Popular. Este partido se proclamaba «neutral» en cuanto a la forma de Estado (monarquía o república) e insistía en que, en aquellos momentos, lo importante era ocuparse de «los grandes problemas de España». Al viejo feudalismo le habían salido nuevos criados.

A pesar de todo esto, puede afirmarse que las elecciones fueron de una transparencia y una pureza casi virginales si se las compara con cualquier otra elección celebrada anteriormente en la península Ibérica. Por primera vez en España, el pueblo podía votar libremente a quien quisiera y las excepciones que aún se produjeron (el amo que aún controlaba el voto de sus campesinos, la oficina donde estaba «mal visto» el voto de izquierdas, etc.) no hacían sino confirmar la novedad de este caso.

Antes de celebrarse las elecciones, el Gobierno había encomendado la tarea de redactar una nueva Constitución al abogado Ángel Osorio y Gallardo. Don Ángel se había descrito a sí mismo como «un monárquico sin rey», y al caer la monarquía había dicho en público que en su casa «hasta el gato es republicano». Tuve ocasión de entrevistarle y, desde luego, con su barba a lo Eduardo VIII, componía una bella estampa. Fue una de las entrevistas más extrañas de mi vida, porque don Ángel insistió en que no podía pronunciar palabra alguna para la prensa, de manera que yo hube de escribirle las preguntas mientras él me daba las respuestas también por escrito, y así nos pasamos un buen rato, como dos

aplicados colegiales. Acabada la silenciosa entrevista, don Ángel se mostró extremadamente dicharachero, hablando del tiempo, las islas Británicas y temas semejantes…

Don Ángel Osorio y otros abogados de su cuerda habían elaborado un proyecto de Constitución tan parecida a la monárquica de 1876 que, francamente, no entendía por qué se habían tomado tanto trabajo. Cuando las Cortes emanadas de las nuevas elecciones leyeron el proyecto elaborado por don Ángel y sus amigos, lo rechazaron de inmediato y encargaron la redacción de un nuevo proyecto a Luis Jiménez de Asúa, un abogado más joven, miembro del Partido Socialista. Se trataba de redactar un proyecto de Constitución acorde con las nuevas ideas de nuestro siglo, un siglo al que una parte de los españoles parecían haber renunciado a pertenecer.

Y mientras tanto las Cortes desperdiciaban un tiempo precioso polemizando sobre Alfonso XIII, sobre sus responsabilidades en el golpe de Primo de Rivera, sobre posibles sobornos que el rey habría recibido de compañías extranjeras por las obras públicas realizadas durante la Dictadura, olvidándose de que agua pasada no mueve molino… El Estado se había hecho cargo del patrimonio real, pero esto solo suponía nuevas y onerosas obligaciones para el gobierno, que de ahora en adelante se vería en la obligación de mantener y conservar dicho patrimonio. La República debió seguir el ejemplo de Alemania, que no expropió al káiser, obligándole así a correr con los gastos de mantenimiento de sus propiedades.

Otro de los asuntos que se discutieron en estas Cortes Constituyentes fue la elección de dos diputados que habrían de jugar un papel importante en la República. Me refiero a José María Gil Robles, que salió elegido por Salamanca, y José Calvo Sotelo, por Galicia. Parece ser que las elecciones no fueron nada claras, particularmente la de Calvo Sotelo, que prefirió quedarse en París y estuvo ausente de España durante todo el proceso electoral. Sin embargo, las Cortes dieron las elecciones por buenas.

Y así se sucedían los debates, que yo escuchaba desde el mullido banco rojo de la galería de prensa. Las interminables discusiones me enseñaron mucho sobre España, pero beneficiaron muy poco a la República. El presidente de las Cortes era Julián Besteiro, catedrático y socialista moderado. A mí, el señor Besteiro me parecía más liberal que socialista. Allí, sentado en su nueva cátedra parlamentaria, se mostraba como lo que era: un ser benigno y tolerante para con los «débiles»…, en este caso los poderes feudales que habían expoliado al país durante siglos.

El borrador de la nueva Constitución que Jiménez de Asúa presentó a las Cortes tenía un poco de todo, desde la Constitución de Weimar hasta la soviética de 1924; desde el Estatuto de la Revolución Mexicana a la nueva Constitución austríaca… Como era de esperar, los problemas empezaron en cuanto se empezó a discutir el artículo primero. Se trataba de definir en este artículo lo que era la nueva República española. Quizá en aquellos momentos lo más honesto hubiera sido describirla como una monarquía sin rey, pero había que buscar un título más atractivo. Los socialistas querían que se definiera como una República de trabajadores. Los catalanes querían que se mencionara el tema autonómico. Los republicanos se oponían a la «República de trabajadores» alegando que esta definición les separaría definitivamente de países amigos como Francia e Inglaterra. José Ortega y Gasset argumentaba que la República debía decidirse entre un centralismo y un federalismo pleno. El llamado «filósofo de la República» opinaba que una autonomía solo para Cataluña crearía un desequilibrio en todo el Estado español.

Toda esta pirotecnia verbal sobre el artículo primero de la nueva Constitución concluyó con una fórmula que pareció ser del gusto de todos. El nuevo régimen español sería una República «integral de trabajadores de todas las clases». Todavía no sé lo que es una República «integral». Se trataba de salir del paso como fuera. En el tema autonómico se rechazó la fórmula federalista y se optó porque cada región a petición propia pudiera tener poder sobre sus asuntos internos, propiciando la creación de Cortes regionales. Cataluña fue la primera en beneficiarse de la nueva Constitución. Se había mostrado unida en su empeño autonómico ante los ataques de la prensa de derechas de toda España, que acusaba a los catalanes de querer desmembrar el país. Era un triunfo de la sensatez de la clase media, a la que pertenecían la gran mayoría de los diputados. Solo doce de cuatrocientos setenta y tres diputados se definían a sí mismos como «trabajadores manuales» y, de estos, la mayoría eran líderes sindicales y no habían ejercido un trabajo físico desde hacía bastantes años.

Otro de los temas candentes era el del voto femenino. Los socialistas estaban a favor del voto para la mujer; los republicanos, en contra, porque consideraban que el voto femenino era reaccionario por naturaleza, tal como se había demostrado en las últimas elecciones de Alemania y Gran Bretaña. Desde luego, no les faltaba razón, y más aún en España, donde las mujeres de clase media solían ser muy conservadoras en todo lo que se refería a la cuestión social. Pero los socialistas no cejaron en su empeño hasta conseguir el voto para la mujer.

El tema de la nacionalización causaba escalofríos a ciertos políticos con solo

nombrarlo. Aquí, como en otros asuntos, se llegó a una fórmula de compromiso, dictaminando que se llegaría a la expropiación de empresas únicamente en casos de absoluta necesidad y después de negociación con las partes afectadas. Los socialistas se consolaban diciendo que eso era el primer paso hacia una futura socialización del Estado, y que en ningún caso significaba una traición a su programa revolucionario. En aquellos momentos, todo en España se dejaba para «mañana». Como me decía el hijo de un banquero español en la barra de Chicote una noche: «Eso es justamente lo que queremos, que todo se aplace, que todo quede para "mañana"… Lo que los socialistas no saben es que "mañana" estarán encerrados en chirona». Habría sido aleccionador para algunos diputados de las vecinas Cortes pasarse de cuando en cuando por la barra de Chicote para enterarse de lo que pensaban hacer con ellos ciertos señoritos madrileños, con la ayuda de algún oficial que también se dejaba caer por allí… Cuando uno, en los pasillos de las Cortes, les hablaba de la posibilidad de un golpe, ellos se reían…

Las relaciones entre Alcalá Zamora y el resto del gobierno, que nunca habían sido buenas, llegaron hasta la ruptura. Parecían ya muy lejanos los días en que socialistas y republicanos, encerrados juntos en la Cárcel Modelo de Madrid, elaboraban un ambicioso programa de gobierno que comprendía amplias nacionalizaciones, separación de Iglesia y Estado, Seguridad Social, etc. Don Niceto había empezado a distanciarse de sus colegas al insistir en la creación de una cámara alta o Senado, lo cual, en aquellos momentos, habría entorpecido aún más la actividad legislativa del gobierno. Pero la chispa que desencadenó la primera crisis de gobierno fue el debate sobre la cuestión religiosa. Las Cortes se pronunciaron a favor de la disolución de la Compañía de Jesús, la abolición del sueldo estatal a los sacerdotes… Un Alcalá Zamora iracundo se levantó de su asiento en el banco del gobierno en las Cortes para protestar contra el artículo que defendían sus propios compañeros de gobierno, antes de abandonar el hemiciclo amenazando con no volver jamás…

La ira de Alcalá Zamora era, hasta cierto punto, comprensible porque se trataba de un católico ferviente. Pero, entonces, ¿para qué había defendido un programa revolucionario en la prisión de Madrid? ¿De qué servía cambiar una monarquía por una república si no podían tocarse las sacrosantas instituciones de la España feudal? Nadie ponía en duda la fe católica del señor Zamora, pero sí, quizá, su fe republicana. En todo caso, su dimisión había creado una situación especial. Al no existir todavía la figura de jefe de Estado, el señor Zamora no tenía a quién presentar su dimisión. Los miembros del gobierno habían prometido permanecer en sus puestos hasta que se aprobara la nueva

Constitución. Fue el presidente de las Cortes, Besteiro, el encargado de suplir este vacío de poder. Y fue Besteiro quien encargó al ministro de la Guerra, Manuel Azaña, que se hiciera cargo también de la presidencia del gobierno. Un encendido alegato de Azaña en contra de la Compañía de Jesús había ayudado/ sin duda, a promocionar la figura de este intelectual madrileño.

Pero es que, además, Azaña no había perdido el tiempo en los seis meses que permaneció al frente del Ministerio de la Guerra, al conceder licencia a ocho mil oficiales para retirarse con el sueldo íntegro. La medida de Azaña tenía su lógica en un Ejército como el español, que contaba con un enorme excedente de oficiales. Pero quienes se acogieron a dicha medida eran, en la mayoría de los casos, personas sin una clara vocación militar, muchos de ellos simpatizantes con las ideas republicanas, que se encontraban a disgusto en el seno del Ejército español. En cambio, los Goded, Cavalcanti, Sanjurjo o Franco, es decir, los militares vocacionales que constituían un serio peligro para la supervivencia misma de la República, permanecieron en sus puestos, con lo cual el impacto político de la medida era bastante dudoso.

La crisis de gobierno me pilló, como casi todos los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en España, en una estación de tren. Había estado pasando unas vacaciones fuera de Madrid. Primero en Valencia, donde conocí a un tipo estupendo, un canónigo de la catedral. Me llevó de acá para allá para que lo viera todo. Comimos con cuatro sacerdotes que parecían campesinos y devoraban enormes cantidades de carne. El canónigo trataba de explicarles que la República era la nueva forma de gobierno en España y que lo mejor que podían hacer era adaptarse a ella. Ellos se reían y me decían que el canónigo era un buen hombre, pero algo simple, y que en realidad no se enteraba de lo que estaba ocurriendo en España. Después me fui a Palma de Mallorca y me dediqué a visitar su maravillosa catedral y a bañarme desnudo en las playas de Pollensa, en compañía de un funcionario del Estado y dos chicas americanas, pero todo fue muy inocente.

Así que la crisis de gobierno me pilló en el tren camino de Madrid, sin un céntimo en el bolsillo pero feliz. Viajaba entonces siempre en tercera clase, y no solo por cuestión de dinero. Ir en primera significaba encontrarme con tipos envarados y encorbatados que no hacían más que disculparse, como españoles, del espectáculo que ofrecía la República. Los de tercera, en cambio, solían hablar bien de la República e incluso presumían de ella ante un extranjero como yo. Un sargento de la Guardia Civil sentado junto a mí proclamaba en voz alta: «En este país no basta con quitarles a los curas y a las monjas sus propiedades…,

¡es preciso destruirlas para que no las ocupen de nuevo más adelante!». Afirmación un tanto sorprendente viniendo de quien venía… Sería, como mi amigo el canónigo de Valencia, uno entre mil de su clase. Era un tipo bien parecido y se dedicó durante todo el viaje a cortejar a una joven actriz que se desplazaba con su compañía a Zaragoza. En un compartimento de tercera en España, la conversación suele ser muy animada y se cuentan historias que harían sonrojar a un camionero inglés, pero aquí todo el mundo se ríe. En doce horas de viaje en un compartimento de tercera se aprende más sobre España que en doce meses viviendo en Madrid.

Al llegar a Madrid me enteré de que los jesuitas habían sido expropiados, pero no expulsados del país. En realidad, muchos de ellos continuaron viviendo en España, organizando retiros espirituales, etc. La expropiación significaba que perdían algunos magníficos edificios, pero en cambio dejaba intactas sus reservas monetarias porque estaban todas a nombre de terceras personas. Además de esta medida, se tomó la decisión de suspender el pago estatal a los sacerdotes a partir del siguiente mes de diciembre. Todo ello me parecía, como católico, un programa muy moderado, porque en realidad dejaba prácticamente intacta la fuerza y el poder de la Iglesia católica en España. La única medida decisiva que había de tomar el Estado contra la Iglesia —me refiero a la ley que prohibiría a las órdenes religiosas enseñar en España— aún no había sido adoptada. Pero, a pesar de su moderación, las medidas del gobierno tuvieron la virtud de enfurecer a Gil Robles y a sus amigos, que se marcharon de las Cortes para no volver hasta que la nueva Constitución fuera aprobada.

Una tarde a finales de noviembre, un grupo de socialistas y republicanos se encaminaron hacia el domicilio de Alcalá Zamora. Iban a pedirle que se convirtiera en el primer presidente de la República española. La elección de Alcalá Zamora podría parecer sorprendente después de lo ocurrido unos meses antes. Sin duda, se debía a que en aquellos momentos no había ninguna figura en el panorama político español de sobresaliente personalidad o prestigio. Quizá Julián Besteiro hubiera sido un candidato más idóneo, pero el hecho de ser socialista podría dar una imagen equivocada de la República española a los ojos de los otros países occidentales.

Yo estaba en las Cortes el día en que Alcalá Zamora prestó juramento como primer presidente de la República. Sentada a mi lado se encontraba una mujer delgada, de pelo blanco y aire distinguido, la esposa del nuevo presidente. La habían metido allí, arrinconada en la galería de prensa… Los diplomáticos extranjeros habían traído a sus mujeres a la ceremonia. Me fijé en la princesa

Bibiesco, hija de lord Oxford y esposa del embajador rumano en Madrid, sentada junto a su marido en la galería del cuerpo diplomático. A la mujer del presidente, en cambio, la habían escondido en la galería de prensa. Y lo peor fue cuando nos dirigimos con ella al Palacio Real. Una ujier le prohibió la entrada y tuvo que buscar a un oficial que acreditara su personalidad.

Cuando, por fin, conseguimos acceder a los balcones del Palacio, contemplamos el desfile de tropas. Pasaba ante nosotros el cuerpo de la Guardia Civil, con su uniforme de gala, y la multitud que se arremolinaba ante las puertas del Palacio mostraba división de opiniones. Mientras unos vitoreaban frenéticamente, otros prorrumpían en grandes abucheos… ¿No podrían llegar a entenderse nunca los españoles?, pensaba, algo deprimido por aquel espectáculo. Soplaba un viento frío cuando salimos del Palacio, y mientras caminaba entre una multitud de gente pobremente vestida me preguntaba qué necesidad había tenido la República de usar el Palacio Real para sus actos oficiales… La respuesta a mi pregunta quizá la tuviera el propio Alcalá Zamora, que, sin duda, había alcanzado en aquel día la ilusión de su vida: ocupar, aunque solo fuera por unas horas, el Palacio Real como jefe del nuevo Estado.

En todo caso, estaba claro que la clase media había regresado al poder en aquella España republicana. Tanto Azaña como Alcalá Zamora eran abogados de profesión, como manda la tradición de que un joven español de clase media estudie Derecho, sea cual sea su vocación o su futura dedicación profesional… Eso explica por qué hay tantos excelentes oradores en España y tan pocos científicos…

Ninguno de estos dos líderes tenía ribete revolucionario alguno. Pertenecían, como digo, a aquella clase media que había gobernado España a lo largo del reinado de Alfonso XIII y que, con la llegada de Primo de Rivera, se había sentido expulsada del poder. La República era, por tanto, la forma en que la clase media recuperaba el poder político perdido.

Se trataba ahora de observar su reacción ante los poderes feudales que la acechaban. Alcalá Zamora había tenido al menos la decencia de expresar su posición con meridiana claridad: al luchar contra el artículo 26 de la nueva Constitución, era evidente que quería que el catolicismo conservara la hegemonía social, los privilegios y las ventajas que desde siempre había tenido en España.

La posición de Azaña, en cambio, no estaba tan claramente definida. Como ministro de la Guerra, había conseguido reducir el número de oficiales en el Ejército español y ahora abanderaba el artículo 26, precisamente el atacado por

Alcalá Zamora. Estaba claro que Azaña se mostraba dispuesto a plantar cara a los poderes feudales, pero no lo estaba tanto si aquel enfrentamiento iba a ser a muerte o solo a primera sangre…

El problema de la clase media española era que no tenía la fuerza suficiente como para gobernar el país en solitario. En Inglaterra Cromwell y en Francia la Revolución habían acabado con los privilegios feudales, pero en España la burguesía no tenía la fuerza suficiente como para establecer su propio programa político. En aquellos momentos Azaña y Alcalá Zamora podían representar el poder político, pero las riendas del auténtico poder estaban en manos de los grandes terratenientes, de la Iglesia católica y del Ejército. Gobernaba la clase media pero dependía de una oligarquía sin la cual le era imposible gobernar: ese era el dilema de la burguesía en aquella época. Naturalmente, había una solución: la burguesía podría haberse aliado con los sindicatos obreros y haberse enfrentado a los poderes del feudalismo, pero aquello no se les había pasado ni por el forro de su imaginación.

Otra solución al problema podía haber venido de los propios poderes feudales, si estos se hubieran mostrado dispuestos a hacer concesiones. Si, por ejemplo, los grandes terratenientes hubieran accedido a donar al Estado una parte de sus propiedades, o los obispos a disminuir el número de sacerdotes, o el Ejército a someterse a un plan de reducción y modernización de sus efectivos. En otras palabras, podían haber colaborado con la clase media en la reconstrucción y modernización del país. Pero, naturalmente, eso habría sido como pedirle peras al olmo. Sin embargo, ahora sabemos ya que hubiera sido justamente el camino a seguir para evitar el derramamiento de sangre que se produciría unos años más tarde.

Y esta guerra de España —la que ya ha sido— desgraciadamente no nos advierte de la que está por venir. Si seiscientos líderes europeos (políticos, economistas, grandes empresarios, humanistas) se reunieran en algún lugar y tuvieran las manos libres, podrían rediseñar nuestro Viejo Continente: grandes proyectos de regadío, extensión y potenciación de la red ferroviaria, investigación y utilización de los últimos descubrimientos científicos, cooperación y desarrollo industrial. El problema es que en estos momentos ya nadie tiene las manos libres. Los empresarios ingleses pondrían el grito en el cielo si se les ofreciera colaborar con los alemanes, pero no solo los empresarios, sino el hombre de la calle; preocupado por no perder su puesto de trabajo, consideraría cualquier colaboración con Alemania un caso de alta traición.

Y así seguimos, ciegos a todo diálogo, a cualquier tipo de colaboración, hasta

que estas aguas que bajan tan turbias revienten el dique de contención y Europa toda se vea anegada en la más terrible batalla que jamás haya presenciado y nos encontremos un día, casi sin saber cómo ocurrió, con nuestras ciudades en ruinas, nuestros hijos respirando el gas letal y nuestros campos devastados por la guerra. Así que, ¿de qué sirve criticar la ceguera de la oligarquía española si esa misma ceguera es la que nos llevará pronto a nuestra propia destrucción? Sería como advertir la paja en el ojo ajeno sin percatarse de la viga en el propio. Continúo con mis reflexiones sobre la República española y que sea lo que Dios quiera…

El presidente de la República española es natural de Priego, en la provincia de Córdoba. Pertenece a la clase media rural, diferente, en sus aspiraciones, a la ciudadana… Su padre era propietario de grandes fincas de olivos y trigo. Nació nuestro presidente en el año 1870, estudió Derecho en la Universidad y entró en la política en el año 1907 de la mano del conde de Romanones. Tienen los andaluces la misma fama que nosotros atribuimos a los irlandeses, es decir, una excelente labia, y esta cualidad ayudó enormemente al joven Alcalá Zamora en su labor como diputado en Cortes, que en 1916 había conseguido ya una cartera ministerial, la de Fomento. Sus diferencias con Romanones sobre la guerra de Marruecos y la autonomía de Cataluña le apartaron durante unos años de la primera línea política, pero en 1923 fue nombrado ministro de la Guerra, con aspiraciones a convertirse en presidente de gobierno.

Se comprenderá ahora lo que señalaba antes: la dictadura de Primo de Rivera puso freno a la carrera profesional de todos aquellos políticos de clase media que no cejaron hasta verle destituido. Se mencionó su nombre en el complot para derribar a Primo —llamado «Sueño de una Noche de Verano»— que tan caro costó al propio Romanones… Pertenecía Alcalá Zamora al Partido Liberal, siempre se mantuvo dentro de las directrices del partido y destacó más por su facilidad de palabra que por sus ideas.

El señor Zamora era, desde luego, un político difícil de seguir para un reportero extranjero como yo. Sus discursos eran torrentes de oratoria y, en plena disquisición sobre la cuestión social, intercalaba metáforas sobre las verdes praderas de Galicia o las montañas nevadas de los Pirineos, que tenían muy difícil traducción a mi idioma. En una ocasión tuve que traducir uno de sus discursos para una emisora de radio inglesa. Como no me enteré de una palabra de lo que había dicho, decidí utilizar el texto de uno de sus discursos anteriores y, que yo sepa, nadie se dio cuenta del cambio… Pero lo que más me molestaba de él era su tremenda vanidad personal, como si identificara la República con su

propia persona. En las fechas anteriores al 14 de abril y en los primeros días de la República me había parecido una persona interesante con gran sentido del tacto y cierto atractivo personal. Pero cuando sus propios compañeros de gobierno le empezaron a llevar la contraria en temas como las relaciones con la Iglesia y la creación de una cámara alta, salió a relucir un engreimiento y una petulancia que antes no le había detectado. No habla inglés, pero su francés resulta aceptable.

Persona muy distinta es don Manuel Azaña. Su rostro amplio y bonachón, su mirada inquisitiva, sus amplias espaldas, su sobresaliente panza, me parecen el vivo retrato de nuestro Mr. Pickwick. Su padre se dedicaba a fabricar jabón y tenía grandes propiedades en Alcalá de Henares, donde nació don Manuel. Como todo joven de la clase media española, Manuel Azaña pasó por un colegio religioso antes de matricularse en la Facultad de Derecho de Madrid. Nos cuenta en uno de sus libros que a los quince años ya había abjurado de su fe católica. La muerte de su padre y la quiebra de los negocios familiares forzaron al joven Manuel a buscar empleo en Madrid. Después de aprobar brillantemente unas oposiciones, se convirtió en funcionario público, y muy pronto se adaptó a la vida que todo buen funcionario lleva en Madrid: levantarse a las diez, llegar al despacho a las once, comida a las dos, y después de la siesta al café, y de allí al Ateneo para leer o para seguir discutiendo…, volver a casa a las nueve para la cena, y después de cenar, de nuevo al café o al teatro, para retirarse a la una o las dos de la mañana… Azaña fue elegido secretario del Ateneo de Madrid, lugar de reunión de jóvenes inquietos muy diferente al tranquilo y conservador Ateneo londinense.

En el año 1928, solterón empedernido, sorprendió a todos sus conocidos casándose con Dolores Rivas Cherif, hermana de uno de sus mejores amigos. Por esa época, Azaña se había granjeado la amistad de don José Giral, catedrático de la Universidad de Madrid, y junto con otros amigos habían fundado el partido de Acción Republicana. Durante el levantamiento de Jaca hubo de huir a Francia, pero al cabo de pocas semanas estaba de nuevo en Madrid. Cuando fue nombrado ministro de la Guerra en el primer gobierno de la República, los madrileños pensaban que se trataba de un chiste. Que el secretario del Ateneo de Madrid se pusiera al frente de los ejércitos españoles parecía un episodio de ciencia-ficción…

Pero los militares españoles se equivocaron si pensaban que habrían de vérselas con un joven diletante que vivía en las nubes de la literatura. Ante su sorpresa se encontraron con un hombre que sabía muy bien lo que quería, que

podía ladrar y hasta morder… Después de pensionar, como ya he dicho, a buen número de oficiales, se dedicó a reestructurar el Ejército español, tratando de modernizar su equipo y armamento. Ya en el primer desfile que se celebró en tiempos de la República, el público comentaba admirativamente el aspecto marcial de las tropas españolas…

Posiblemente la clave de su personalidad estriba en su falta total de ambición. En ocasiones parecía un observador de la vida política española, como si contemplara todo desde otro planeta. Es posible que si hubiera dedicado todo su ingenio a destruir los poderes feudales que regían aún el destino de España, lo habría conseguido. Pero, tanto como al feudalismo, Manuel Azaña temía el poder de la clase obrera. Por eso se dedicaba a trabajar laboriosamente el espacio político que había entre estas dos clases, por eso se aplicaba a elaborar una República de las clases medias. Lo que no sabía Manuel Azaña es que ese espacio del centro se iba achicando y que acabaría desapareciendo bajo sus pies.

Ya por aquellos días, un panfleto semanal llamado *Grada y Justicia* alcanzaba enormes tiradas. Estaba repleto de caricaturas grotescas de Azaña y sus amigos. Se hacían innumerables chistes sobre las cosas que le pueden ocurrir a un hombre que se casa, por primera vez, a los cuarenta y ocho años… Yo me negaba a creer que ese panfleto vulgar lo publicara la misma editorial católica que sacaba *El Debate*. Pero así me lo confirmó uno de los que trabajan en la editorial, que tuvo al menos el buen gusto de decir que estaba totalmente avergonzado de ello y que había pedido a los editores que retiraran del mercado dicha publicación. Pero, en fin, la consigna en aquellos días en los círculos reaccionarios era la de desacreditar la figura de Azaña y, como no encontraban medios legítimos para hacerlo, se dedicaban a sacar esos infames bodrios…

Pero en realidad no hacía falta que las fuerzas de la reacción atacaran a los líderes republicanos, porque ellos mismos se hacían su propia guerra. Alejandro Lerroux acababa de retirarse, con sus noventa diputados, de la coalición republicano-socialista… Las clases medias de España comenzaban a derrotarse a sí mismas.

IV

Sanjurjo

EN la madrugada del 10 de agosto de 1932 me despertó el ruido de cohetes, bastante frecuentes en las cálidas noches de verano madrileñas.

Después de maldecir a los juerguistas que los disparaban a esas horas, y cuando ya comenzaba a conciliar otra vez el sueño, empezó a sonar el teléfono. No se trataba de cohetes, sino de disparos de artillería. La espada de Damocles que pendía desde el principio sobre la cabeza de la República parecía a punto de caer.

La algarada militar de Madrid tenía su origen en el levantamiento del general Sanjurjo en Sevilla. Sanjurjo respondía a la imagen que se tiene del militar español: de buena planta, amante del vino y de las mujeres, más sobrado de valentía que de inteligencia… Había sido director de la Guardia Civil y entonces era jefe de Carabineros, cuerpo que controlaba las fronteras españolas. Aunque en los primeros momentos había apoyado a la República, su conciencia parecía ahora dictarle lo contrario. Los motivos de este cambio de actitud parecían ser la autonomía catalana y el proyecto de ley de reforma agraria, a punto de ser aprobados por las Cortes. El Ejército se oponía a la autonomía catalana, y la Iglesia y los terratenientes, a la reforma agraria. El levantamiento de Sanjurjo respondía, por tanto, a la inquietud de toda la derecha española ante la situación política.

Pero el golpe de Sanjurjo resultó ser de salón, urdido más en reuniones y cenas de amigos que en los despachos de los cuarteles. El regimiento de caballería que se sublevó en Madrid fue rápidamente reducido por la propia policía, y en Sevilla el «reinado» de Sanjurjo resultó efímero… Durante

veinticuatro horas se dedicó a lanzar proclamas y discursos en los que anunciaba que no pretendía acabar con la República, sino simplemente «purificarla». Pero al día siguiente había desaparecido de la ciudad; se dirigía en automóvil a la vecina frontera con Portugal. Fue arrestado antes de que pudiera cruzarla por uno de sus propios carabineros. En el juicio sumario que se celebró pocos días después fue condenado a muerte, pero a continuación indultado. Después del juicio cruzó al fin la frontera portuguesa para poder preparar desde allí, con más tranquilidad, a lo que parece, el golpe del 18 de julio de 1936. Pero de nuevo el destino se cruzó en su camino. Murió pocos días después de este segundo golpe en accidente de aviación.

El frustrado golpe de Sanjurjo había sido precedido por unas semanas de inusitada tensión en el seno de las fuerzas armadas. Durante unas maniobras militares cerca de Madrid, el general Goded, al arengar a la tropa, había gritado: «¡Viva el Ejército español! ¡Viva España!». En el cuarto de oficiales, un joven coronel llamado Manglada se encaró con el general, reprochándole no haber dado el «¡Viva la República!», tal como mandaban las ordenanzas. El general mandó arrestar al coronel por desacato a la autoridad. Finalmente, el ministro de la Guerra, Azaña, tomó cartas en el asunto dando la razón al joven coronel, con lo cual la trifulca militar se hizo de dominio público. Aquella tormenta en un vaso de agua solo venía a demostrar la extrema debilidad de la República ante el estamento militar. Porque ya de por sí era sorprendente que el general Goded, amigo personal del rey Alfonso XIII, fuera nombrado por el gobierno de la República inspector en jefe del Ejército. El gobierno había decidido contemporizar con el Ejército y los resultados a la vista estaban.

La única consecuencia positiva del golpe de Sanjurjo fue la creación de un cuerpo especial de la policía llamado Guardia de Asalto. La idea partió del primer jefe de policía de la República, Ángel Gallarza. Al principio, los guardias de asalto iban armados solamente con las porras reglamentarias, pero, a medida que los enfrentamientos con grupos anarquistas se iban haciendo más cruentos y aparecían agentes provocadores en las manifestaciones que desenfundaban sus pistolas, fue necesario armar a estos guardias, y en los últimos años de la República incluso usaban metralletas y tanquetas. Pero la importancia de la creación de este cuerpo de Guardia de Asalto residía en su significado político. La mayoría de sus miembros procedía de sindicatos obreros o de agrupaciones republicanas o socialistas. Por fin la República contaba con un cuerpo de fuerzas armadas cuya lealtad no podía ponerse en duda.

En el juicio contra los civiles que habían ayudado a Sanjurjo, se supo que

Alejandro Lerroux había estado implicado directamente en el asunto. Había mantenido diversos contactos con el general y había pronunciado varios discursos en las Cortes vaticinando reacciones violentas si el gobierno persistía en sus objetivos políticos. Parece ser que el día del levantamiento de Sanjurjo, el líder populista partió precipitadamente hacia su residencia veraniega de San Rafael, en Segovia. No había pruebas para acusarle de nada, pero a partir de aquel momento quedaba claro que el que había sido líder popular, idolatrado por las masas, se había pasado al enemigo.

Sin juicio previo, el gobierno decidió castigar a varios centenares de personas que habían participado en la tentativa de Sanjurjo con el exilio a Villa Cisneros, en el Sáhara español. La mayoría eran civiles o soldados sin graduación, de manera que la medida apenas afectó al estamento militar. Sin embargo, recibió durísimas críticas tanto de la derecha como de la izquierda por haber exiliado a personas no sometidas antes a un juicio. Comprendo que la medida legalmente no se sostiene, pero desconozco qué otra cosa podía haber hecho el gobierno en aquellas circunstancias. Administrar justicia en España no era cosa de un día ni de dos: recuerdo que en mayo de 1936 asistí a un juicio contra unos anarquistas que habían quemado una iglesia en Lora del Río, Córdoba… ¡en 1931!

El gobierno se vio obligado a responder a esta tentativa de la derecha por hacerse con el poder decretando la confiscación de las fincas rurales de los grandes de España, conocidas como «bienes de señorío». Los bienes de señorío eran fincas que pertenecían a miembros de la nobleza desde épocas remotas, en muchos casos desde el tiempo de la Reconquista. Habían sido heredados por tradición de padres a hijos y, en la mayoría de los casos, ni siquiera existía un título de propiedad. Algunas de estas tierras fueron a parar a los municipios, que a partir de ese momento los empezaron a utilizar como tierras de pasto y labranza para la colectividad. Pero en muchos casos fueron vendidos por los interesados precipitadamente, y la medida ayudó a enriquecer a algunos desaprensivos.

El fracaso de la «sanjurjada» dio nuevos bríos a las Cortes españolas y en el mes de septiembre se aprobó el Estatuto de Autonomía para Cataluña, así como la Ley de Reforma Agraria. Naturalmente, una cosa era la aprobación de la ley en las Cortes y otra muy distinta su difícil (iba a decir imposible) cumplimiento. Se encomendó la tarea de negociar la venta de las tierras a los campesinos (los campesinos debían pagar una pequeña hipoteca a lo largo de treinta años para hacerse con la propiedad) a un maestro de escuela llamado Marcelino Domingo,

y desde luego se necesitaba la paciencia de un maestro para una empresa semejante… Porque los terratenientes todavía no habían sido expropiados, sus tierras aún no habían sido confiscadas y aquella bella utopía amenazaba con nunca dejar de serlo.

Concluía 1932 con muchas palabras pero muy pocos hechos para fortalecer la fe en la República. Claro que peor estaban las cosas en el país vecino. Se me ocurrió hacer una visita a Portugal y vi un país repleto de miseria y caras tristes. Estudiantes con capas mugrientas, campesinos ataviados con una piel de oveja, hombres que transportaban sacos de carbón en sus cabezas como si todavía nos encontráramos en la era de la esclavitud. Un empleado de una compañía de tranvías inglesa me dijo que cada mañana obligaba a sus empleados a pasarse por la barbería de la compañía para que estuvieran medianamente presentables. Lisboa es, sin duda, una de las ciudades más bellas del mundo… pero también una de las más tristes.

V

Casas Viejas

LOS pueblos de España se integran dentro del paisaje. Su silueta forma parte de la naturaleza misma. Tienen el mismo aspecto que hace siglos. La civilización moderna parece no haberlos tocado. Quizá por eso mismo son lugares tan incómodos para vivir hoy en día. He pasado muchas noches en estos pueblos perdidos de la España mesetaria. Y no me he hospedado en ninguna posada, sino en la casa de algún labriego. Si es invierno, te despiertas con la garganta reseca por el frío y la humedad. Si es verano, te despiertan los mosquitos y otros insectos que pululan en el aire. El suelo de la habitación suele ser de tierra. No hay cristal en las ventanas, que, más que cerrar, se atrancan con la madera. El desayuno familiar consiste en una sopa grasienta hecha de harina que por aquí llaman «gachas». A veces, en honor a algún extranjero, sacan un pedazo de pan negro y un poco de leche de oveja. Con tan escaso alimento, el labriego sale a trabajar las tierras, que suelen encontrarse a bastante distancia del pueblo, y no vuelve hasta el anochecer. Las tierras por lo general no pertenecen al labrador, sino que las tiene en arriendo y paga una cantidad anual por ellas. El campesino posee un burro y a veces, con suerte, una mula. Su arado es de los tiempos de Julio César. No suele tener dinero para comprar fertilizantes para sus tierras y el agua de riego de la que dispone es muy escasa. La falta de bosques y la erosión de las tierras hacen que las condiciones de trabajo para los agricultores sean a menudo precarias, por no decir imposibles. Se me dirá que las mismas condiciones de atraso e indigencia pueden encontrarse en ciertas zonas rurales de mi propio país. No digo que no, pero la diferencia está en que mientras en Inglaterra son la excepción, en España constituyen la regla. Estos campesinos

tristes, pobres y subalimentados son, hoy por hoy, mayoría en España.

Casas Viejas es uno de esos pueblos. Se encuentra situado en la carretera que conduce a Cádiz desde Medina Sidonia. No es más que un pequeño pueblo de campesinos y pastores, pero su nombre se ha convertido en uno de los grandes motivos de debate en la República. Casas Viejas ejemplifica lo que puede ocurrir cuando de las palabras no se pasa a los hechos y la Ley de Reforma Agraria no deja de ser una bella entelequia…

La primera vez que oí el nombre de Casas Viejas fue en una noche heladora del mes de febrero de 1933, cuando me levanté a regañadientes de la cama para contestar al teléfono que no dejaba de sonar. Un periodista español me decía que en un lugar llamado Casas Viejas habían muerto dieciocho personas en un choque con la policía. «¿Cuántos heridos ha habido?», le pregunté yo de manera rutinaria. «Ninguno», fue la contestación. Aquello me pareció muy extraño. Parece casi imposible matar a dieciocho personas sin herir a una sola. Para tranquilizarme, me dije a mí mismo que se trataría de un error, así que mandé una breve noticia por teléfono a Londres, sin dejarme llevar por ese demonio que todos los periodistas llevamos dentro, que me urgía a vestirme, coger un coche y marchar hacia el lugar sin pérdida de tiempo.

En Casas Viejas acababa de producirse el primer levantamiento anarquista en un pueblo español. Esta diminuta localidad andaluza fue la única en toda España en secundar la llamada a la huelga general proclamada por los anarquistas. Ellos solos se levantaron contra todo el Estado español. Los campesinos del pueblo rodearon los barracones de la guardia civil y mataron a uno de ellos. La Guardia Civil a su vez disparó y mató a varios campesinos. El gobierno, temiendo quizá que la revuelta de Casas Viejas se propagara a otros pueblos, mandó a una compañía de la Guardia de Asalto desde Madrid al mando del capitán Rojas. En total, unos sesenta hombres y tres oficiales. En Medina Sidonia se les unieron un destacamento de guardias civiles y juntos marcharon hacia Casas Viejas. Después de rescatar a los guardias civiles que se hallaban cercados en su propio cuartel, se dirigieron hacia una casa del pueblo donde un grupo de campesinos se había hecho fuerte. La policía incendió la casa con unos bidones de gasolina y varios campesinos murieron en su interior al ser atrapados por las llamas. Y lo peor estaba aún por llegar. Lo que ocurrió a continuación fue de una barbarie sin precedentes, sobre todo teniendo en cuenta que Casas Viejas era un lugar aislado y que la revuelta no se había propagado a otros lugares. El capitán Rojas ordenó a sus guardias que fueran de casa en casa y cogieran a cualquier campesino que pudiera haber participado en la revuelta. A todos los sospechosos se los llevaron

a la casa que había sido incendiada y que pertenecía a un campesino apodado Seisdedos, y allí, junto a las ruinas humeantes, los fusiló a todos sin previo interrogatorio. El propio capitán Rojas les dio el tiro de gracia.

La reacción de las fuerzas de la izquierda y la derecha no se hizo esperar: los anarquistas acusaron al gobierno de brutalidad policial sin precedentes, y los conservadores profetizaron que la revolución estaba ya en marcha… El gobierno tuvo, al menos, el buen juicio de admitir su culpabilidad y nombrar de inmediato una comisión parlamentaria para investigar el asunto, cosa digna de reseñar en un país muy poco aficionado a las comisiones de investigación (¡dos años después, cuando los terribles sucesos de Asturias, el gobierno de Gil Robles se cuidó muy mucho de nombrar comisión de investigación alguna!).

Pero, fuera de esta comisión, la pasividad del gobierno ante los sucesos de Casas Viejas fue realmente alarmante. Casares Quiroga, a la sazón ministro de Gobernación, era un gallego poco amigo de tomar decisión alguna; su subsecretario, Carlos Esplá, era todavía más ineficiente que su jefe y tenía bajo sus órdenes a Arturo Menéndez, inepto jefe de policía… Solo esta cadena de absoluta pasividad y total ineptitud puede explicar por qué se estaban produciendo en España los sucesos más graves desde la proclamación de la República sin que el gobierno moviera un dedo para castigar aquella barbarie…

Con Carlos Esplá había tenido yo anteriormente un encontronazo. La Guardia Civil de Palma había arrestado a cuatro ciudadanos americanos por estar borrachos y por «agresión a la fuerza armada». Me interesé por ellos y fui a ver a Esplá para saber en qué había consistido dicha agresión. Resulta que un guardia civil había agredido en un bar a un americano que estaba borracho y la mujer que le acompañaba había propinado una bofetada al guardia civil agresor. Por culpa de aquel «cachete a la autoridad», los americanos fueron encerrados durante varios meses en la prisión de Palma por orden del señor Esplá, horrorizado por tamaña agresión… ¡Evidentemente, la barbarie de la Guardia Civil en Casas Viejas le debió de parecer al señor Esplá *pecata minuta* comparada con aquella bofetada que había recibido «su» guardia en Mallorca!

Poco tiempo después de Casas Viejas, se produjo un suceso parecido en Extremadura, en la localidad de Castilblanco. Un grupo de campesinos hambrientos fue arrestado por la Guardia Civil por recoger bellotas para comérselas en una finca que no les pertenecía. Resulta que la bellota es un fruto sagrado en Extremadura: sirve para dar de comer a los cerdos. Los campesinos airados atacaron a la Guardia Civil y mataron a cuatro de ellos. No solo los mataron, sino que a continuación los despedazaron. Aquello podía haber

acabado en otro Casas Viejas de no ser por el buen juicio de un oficial que llegó con un cuerpo de refuerzo, pero prohibió a sus hombres hacer uso de las armas. Fueron arrestadas sesenta personas y se salvaron muchas vidas.

Flotaba por España un aire de tristeza en aquel año de 1933, como si la nave de la República hubiera emprendido un rumbo fijo y no estuviera dispuesta a variarlo, por más que tormentas, nieblas e icebergs de diversa consideración amenazaran su existencia misma. Tomemos como ejemplo el Tribunal de Garantías Constitucionales que el propio Azaña había incluido en el texto constitucional como «salvaguarda» de sus valores. Componían este tribunal veinticinco miembros elegidos entre el estamento universitario, el Colegio de Abogados, los municipios y las propias Cortes, que escogían a su presidente. Por una extraña combinación de circunstancias, el Tribunal resultó ser una de las instituciones más reaccionarias de la República, al poder abortar cualquier ley aprobada por las Cortes. De poco le servía tener como presidente a un hombre del partido de Azaña, si estaba maniatado por el resto de los miembros del Tribunal. Quizá la República no fuera algo así como una nave, sino más bien como un automóvil que intentara avanzar con el freno de mano puesto.

¡Y qué decir de esa otra utopía de un Estado laico en el que la enseñanza estaría en manos de aquel! ¡Fue el caos más total y absoluto! Porque, efectivamente, la ley que prohibía la enseñanza a las órdenes religiosas se aprobó antes del verano, pero, como no se confiscaron sus propiedades, el Estado se enfrentó a la imposible tarea de conseguir profesores y colegios para medio millón de niños que se habían quedado en la calle… ¡Y el nuevo curso estaba a la vuelta de la esquina! Las únicas escuelas que la República podía confiscar eran las de la disuelta orden de los jesuitas… Pero ya se sabe que hecha la ley, hecha la trampa. Recuerdo el caso de una iglesia y convento de los jesuitas en la Gran Vía que habían resultado dañados en los sucesos de mayo de 1931. Cuando el Estado trató de hacerse con la propiedad de los edificios y del terreno, resultó que pertenecían a un ciudadano americano que vivía en Nueva York y que presentó los papeles que así lo acreditaban en regla… Y lo mismo sucedía con muchas otras escuelas que pertenecían a la Iglesia, aunque se emplearan otras argucias: Gil Robles y Martínez de Velasco se habían puesto al frente de empresas que controlaban las antiguas escuelas religiosas, laicas sobre el papel, pero religiosas en todo lo demás. Así fue como —¡oh, paradoja de las paradojas!— las antiguas escuelas religiosas se convirtieron en floreciente negocio para la propia Iglesia: los nuevos directores eran laicos, pero la enseñanza estaba en manos de los frailes, curas y monjas que actuaban «a título

personal» y además cobraban una miseria, mientras que las clases media y alta seguían pagando elevadas matrículas por enviar a sus hijos a aquellas escuelas… ¡El negocio para la propia Iglesia no podía ser más provechoso!

Y, mientras, el Estado veía cómo todos esos hipotéticos alumnos se esfumaban como por ensalmo… Pero, en ese sentido, la Iglesia casi le estaba haciendo un favor: ¿de dónde iba a sacar el Estado los diez mil maestros y las tres o cuatro mil escuelas que precisaba para iniciar el nuevo curso escolar? Para acabar de rematar la faena, las elecciones que se celebraron a final de año se encargaron de asegurar que aquella bella utopía de una enseñanza laica en España nunca se hiciera realidad.

Pero, antes de hablar de estas nuevas elecciones, es preciso que les cuente a mis británicos lectores los intríngulis del sistema electoral español diseñado por la República. Como soy consciente de que a esos lectores lo mismo les pillo arrebujados junto a la chimenea y con un buen brandy en la mano que en las apreturas del tren de las ocho y cuarto de la mañana a Londres, procuraré ser lo más breve posible. La idea de la República era hacer una ley electoral que garantizara una mayoría estable en las Cortes, así como una minoría representativa. Para conseguir esto, estableció la ciudad o la provincia como distrito electoral. Cada cincuenta mil personas en cada una de estas circunscripciones elige un diputado a Cortes. En Madrid se eligen diecisiete diputados. En cambio, una pequeña provincia española puede estar representada por solo cinco o seis diputados. Esto propicia las grandes coaliciones, porque ninguno de los partidos tendría recursos suficientes para hacer propaganda electoral en un territorio tan extenso como a veces es una provincia. Y las minorías también se benefician, porque los votantes solo pueden votar a cuatro de cada cinco candidatos que figuran en una determinada papeleta. En la provincia de Granada, por ejemplo, donde se eligen quince diputados, el votante únicamente puede votar a doce. Se evita de esta forma el alud de votos a un solo partido y se potencia la existencia, al menos, de minorías dentro de la Cámara.

En definitiva, lo que la República trató de evitar fueron aquellos diminutos distritos electorales que existieron con la monarquía y que permitían al «amo» de cada distrito ejercer su «autoridad». Y en este sentido, la nueva Ley Electoral de la República puso fin a décadas de «caciquismo» y significó uno de los pocos triunfos sobre aquella España feudal que todavía existía y que en muy poco tiempo daría nuevas —y alarmantes— señales de vida…

En efecto, a principios de octubre de 1933 la coalición republicano-socialista (todavía no se hablaba entonces de Frente Popular) se había venido abajo. La

izquierda estaba dividida porque los republicanos pensaban que podían ir solos a las siguientes elecciones sin entender que por ese camino marchaban hacia su ocaso. La derecha también estaba dividida. Los sectores más inteligentes de la Iglesia —sobre todo los jesuitas— todavía pensaban en hacerse con el poder de forma democrática y habían conseguido grandes cantidades de dinero para poder concurrir a las elecciones con posibilidades de éxito. Los sectores más reaccionarios habían descartado desde hacía tiempo toda posibilidad de entendimiento con una República democrática y se presentaban a las elecciones apoyando abiertamente el retorno de la monarquía y secretamente la aparición de algún *duce* que les condujera hacia su propia utopía.

Hasta los partidos obreros estaban divididos. Indignados por los sucesos de Casas Viejas, de los que hacían responsable al propio Partido Socialista, los anarquistas propugnaban la abstención para aquellas elecciones. ¡Bonita manera de luchar contra el feudalismo y la reacción! Aquellas decenas de miles de votos que se perdieron por culpa de los anarquistas llevarían a la derecha en volandas al triunfo.

Lo que yo recuerdo de las elecciones de octubre de 1933 fue la masiva presencia de sacerdotes, monjas y frailes en los colegios electorales. Parece ser que por especial dispensa del Vaticano hasta las monjas de clausura pudieron salir de los conventos para depositar sus votos. Recuerdo que la gente las abucheaba por las calles, pero ellas permanecían imperturbables en su desfile hacia los colegios electorales. Afortunadamente, la policía había tomado las calles de Madrid en aquella jornada electoral, de manera que no se produjeron los incidentes que cabría haber esperado.

El resultado de aquellas elecciones fue el colapso total y absoluto de todos los partidos republicanos, con la excepción del partido del señor Lerroux, si es que podemos considerar al partido de Lerroux como verdaderamente republicano. El derrumbe más significativo fue el del propio Manuel Azaña y su Acción Republicana: de cuarenta diputados había pasado a tener solo ocho, y el propio Azaña se hubiera quedado sin escaño de no ser por la gentileza de su amigo Julián Zugazagoitia, editor de *El Socialista*, que le cedió el suyo.

El triunfador —además de Alejandro Lerroux— había sido José María Gil Robles al frente de la CEDA, el partido de la Iglesia católica. ¡Había que ver ahora al llamado *Emperador del Paralelo*, azote en otro tiempo de la Iglesia y los curas, andando del bracete de Gil Robles y, por tanto, de toda la Curia romana! Porque si en la primera vuelta la colaboración entre Lerroux y Robles había sido tentativa, en la segunda fue ya descarada, y en algunos lugares, como

en Córdoba, los candidatos de la CEDA habían dejado de lado a los monárquicos para aliarse con los republicanos de Lerroux en listas únicas. *ABC* podía muy bien rasgarse las vestiduras por la forma en que los católicos de la CEDA habían prescindido de los monárquicos, pero los resultados a la vista estaban: entre Gil Robles y Lerroux sumaban más de doscientos diputados, y si a estos añadimos los cuarenta del Partido Agrario, resulta que tenían una holgada mayoría en un hemiciclo de cuatrocientos cuarenta y tres escaños. Todo ello sin contar con los sesenta y tantos diputados monárquicos —alfonsinos y carlistas— que habían sido elegidos.

El único partido de la izquierda que se había salvado de aquel naufragio era el Socialista, que había conseguido sesenta y cinco diputados. Cataluña había sido el único lugar que defendía mayoritariamente los ideales republicanos, y Esquerra Republicana se convirtió en el partido más votado, enviando treinta diputados a Madrid para defender lo que quedaba de la maltrecha República.

VI

Gil Robles

PARA entender la personalidad política de José María Gil Robles hay que remontarse al año 1915 y a la adquisición del periódico *El Debate*, encabezado por Ángel Herrera. Don Ángel era funcionario del Estado, pero tenía un hermano jesuita y el capital para la adquisición del periódico provenía de un grupo financiero de Bilbao fuertemente vinculado a círculos católicos. Parece ser que el obispo de Madrid intervino también en la operación. En poco tiempo, el periódico se convirtió en uno de los de mayor tirada en España, beneficiado sin duda por el aumento de circulación durante la guerra mundial. Poco tiempo después de su aparición, *El Debate* comenzó a recibir sanción eclesiástica y se convirtió así en el portavoz de la Iglesia en España.

En los últimos años del reinado de don Alfonso, *El Debate*, inspirándose directamente en fuentes vaticanas, comenzó a mostrar posiciones críticas respecto al monarca. Sin duda, el nuncio en España, monseñor Tedeschini, había hecho ver al cardenal Pacelli (el futuro Pío XII) la necesidad por parte de la Iglesia de acercarse a una República que se adivinaba próxima. Y así, ante la sorpresa y el desconcierto de muchos católicos españoles, Ángel Herrera comenzó a publicar editoriales en contra de don Alfonso. Escribía, desde luego, con todo respeto, diciendo, por ejemplo, que «había que apoyar a la autoridad establecida, aunque ello fuera en contra de la conciencia de muchos católicos». Era una manera elegante de decir que si Alfonso XIII caía, los católicos no harían nada por ayudarle a levantarse. Naturalmente aquello había supuesto un golpe muy duro para el propio rey, que gustaba de llamarse a sí mismo «el Rey Católico». Y quizá fuera eso lo que el Vaticano le reprochaba: el Papa hubiera

preferido una postura menos beligerante del rey, de manera que si la monarquía caía en España no arrastrara a la propia Iglesia en su caída.

Estos editoriales de Ángel Herrera enfurecían a muchos católicos españoles, entre ellos al primado de España, el cardenal Pedro Segura. Este contestaba a Ángel Herrera a través de las columnas del periódico tradicionalista *El Siglo Futuro* (debería haberse llamado *El Siglo XVI*) tachando a *El Debate* de periódico libertino. En más de una ocasión trató el cardenal Segura de que el Vaticano le retirara la licencia eclesiástica.

El cardenal Segura sufría, según tengo entendido, problemas de hígado. Ello explicaría, sin duda, su carácter colérico, sus arrebatos, que le llevaban del fanatismo intransigente a la ascesis más pura. Personalidad tan singular había impresionado al rey, que le había sacado de una oscura diócesis de Extremadura para convertirle en arzobispo de Burgos y, finalmente, en cardenal primado de España en cuestión de seis años, todo un récord para una carrera eclesiástica. Sin duda, el monarca pensaba que Segura era la luz más resplandeciente de la Iglesia española en aquella época, pero poner a un fanático como Segura al frente de la Iglesia española en aquellos difíciles años treinta era como soltar a un toro en plena cacharrería… Sin duda, el Vaticano se alegró de su expulsión de España en los primeros días de la República, y no tuvo inconveniente en aceptar su dimisión como cardenal primado, un acto de censura que rara vez ejercía la Iglesia contra sus prelados más ilustres.

Desaparecía así el escollo más importante para que el Vaticano pudiera ejercer su política en España, a través de Ángel Herrera y sus amigos. En los primeros días de la República, se organizaron bajo el lema de Acción Nacional, una agrupación política que no se definía en cuanto a la forma de Estado, para poder atraer así a los monárquicos. La Acción Nacional pasó a llamarse Acción Popular y, finalmente, CEDA, es decir, Confederación Española de Derechas Autónomas.

Herrera era, desde luego, la eminencia gris de esta organización y continuaba ejerciendo su magisterio desde las páginas de *El Debate*, pero don Ángel era de los pocos políticos que conocía muy bien sus propias limitaciones. Demasiado tímido y retraído para convertirse en el líder político que necesitaba su partido, escogió a un joven de Salamanca llamado José María Gil Robles, y su elección no pudo ser más acertada. Brillante en su oratoria, corrosivo en los debates, excelente ejecutivo, infatigable trabajador, perfecto conocedor de la política y sus pasiones, Gil Robles era el animal político que Herrera necesitaba para llevar a cabo sus planes. Muchos de mis colegas piensan que Robles es una persona

arrogante y engreída. No estoy de acuerdo. Pienso que si Gil Robles hubiera nacido en un medio distinto, si sus ideas y su formación política hubieran sido diferentes, podría haberse convertido en el gran líder que la República tanto había necesitado pero nunca había tenido.

Mi primer encuentro con Gil Robles se produjo en 1933, aunque con anterioridad había tenido ocasión de escucharle en las Cortes. De estatura mediana, con una cierta barriga, la cabeza en forma de pera coronada por una incipiente calvicie, su aspecto físico no delataba una personalidad que emanaba dinamismo y vigor. Hacía dos años que Herrera le había dado carta blanca en el partido, y desde entonces don José María no se había tomado un minuto de descanso. Recorriendo España incansablemente de uno a otro extremo de su geografía, Gil Robles había conseguido convertir el puñado de hombres que en 1931 constituyeron Acción Nacional en una gigantesca organización política que se nutría de grupos regionales como el Partido Regional Valenciano, el Partido Regional de la Mancha, el Partido de Navarra… Gil Robles, a pesar de su juventud, tenía una considerable experiencia política, ya que había intentado organizar un partido cristiano-socialista, junto a Herrera y Ossorio y Gallardo, y, aunque su intento había fracasado, había hecho innumerables contactos que ahora le servían para estructurar su nuevo partido, la CEDA.

En muchas ocasiones traté de averiguar la fuerza real de la CEDA en aquellos años de la República. En una ocasión se me dijo que en Madrid contaban con doce mil militantes, que no son muchos en una ciudad de casi un millón de habitantes. Pero de lo que no cabe duda es del poder real de convocatoria de ese partido, tal como quedó demostrado en las elecciones de 1933, y la atracción que tuvo para el gran capital, incluso con aquellas personas con pocas o ninguna simpatía hacia la República como el conde de Romanones o Juan March, que engrosaron generosamente las arcas de la CEDA.

A todo esto, *El Debate* se había convertido en el rotativo más moderno de Europa, con una capacidad de tirada e impresión superiores a cualquier otro periódico europeo, y en España competía con *ABC* para situarse en cabeza de la prensa española. Tenía corresponsales en las más importantes capitales europeas (Roma, París, Berlín), y por medio de una agencia de noticias, Logos, controlaba la prensa provincial de media España. Acababan de sacar un periódico vespertino, *YA*, que también había tenido una excelente acogida.

Pensaba en todas estas cosas un día mientras esperaba noticias de la campaña de Gil Robles sentado delante de su despacho. *El Debate* compartía ahora con el cuartel general de la CEDA un moderno edificio de seis plantas. En la entrada,

unos jóvenes que llevaban como distintivo la insignia del yugo y las flechas ejercían un estricto control de las personas que pasaban al interior. Pero, aun así, los pasillos del edificio estaban llenos de gente de todas las clases sociales, aunque predominaran las mujeres y los hombres elegantemente vestidos, que solían lucir un recortado bigotito. Aquella misma mañana había estado visitando la casa del pueblo de una organización socialista y todo era muy distinto, no tanto en el atuendo de las personas, sino en el ambiente mismo del edificio, como si la casa de los socialistas tuviera vida y esta, en cambio, con su aspecto artificial y moderno, tuviera algo de irreal y fantasmagórico. Pero no cabía duda de que los «fantasmas» que poblaban aquel edificio estaban, de momento, ganando la partida.

Echemos ahora un vistazo a su socio de gobierno, el fundador del llamado Partido Radical, Alejandro Lerroux. Como Alcalá Zamora, Lerroux también era de Córdoba, donde había nacido en 1868. A principios de siglo trabajaba como periodista en Madrid y unos años después fundaba en Barcelona el Partido Radical. Este partido buscaba el voto de los cientos de miles de trabajadores del sur de España que habían llegado a Barcelona con la revolución industrial de fines del siglo pasado y no se sentían representados por los partidos catalanistas que imperaban en la ciudad.

Lerroux se había convertido en una de las figuras más populares de la Ciudad Condal. Había establecido su feudo en uno de los barrios más populares de la ciudad, en la falda de Montjuich, y se le había otorgado el título de *Emperador del Paralelo*, el nombre de la avenida que atraviesa esta zona, famosa por sus teatros y su vida nocturna. Era conocida su figura, ataviada con las alpargatas que llevaban los trabajadores, paseándose por las calles de estos barrios. Tenía, como ya hemos señalado, un gran poder de convocatoria entre los emigrantes que se consideraban excluidos tanto por los partidos políticos catalanes como por los propios sindicatos anarquistas, demasiado revolucionarios para algunos en sus propuestas. Lerroux y sus ideales republicanos sintonizaban perfectamente con aquellos emigrantes, que se volcaron en su favor en las elecciones municipales de la ciudad, triunfando sobre los partidos catalanistas que ostentaban el poder.

Pero su éxito electoral significó el fracaso de su política, porque muy pronto la administración de la ciudad cayó en manos de mafias que cobraban dinero para los radicales de Lerroux de empresarios, constructores y demás estamentos de la ciudad. A su vez, corrió la voz de que los gobiernos monárquicos de Madrid favorecían a aquellos «republicanos» de Lerroux para impedir que los

partidos catalanistas gobernaran en Barcelona. Poco a poco, sus simpatizantes, desencantados por todos estos escándalos fueron alejándose del Partido Radical. Pero su caída no se produjo hasta 1907, en las famosas «elecciones limpias» de Antonio Maura. En esas elecciones no se produjo ninguna interferencia o desvío de votos a favor de Lerroux, como había ocurrido anteriormente, de manera que triunfaron de nuevo los partidos catalanistas. El propio rey se quejó de la «limpieza» de aquellas elecciones: «Volvieron a las Cortes muchos amigos del gobierno…, pero también muchos enemigos del régimen».

Al perder su inmunidad parlamentaria, Lerroux fue perseguido por el fiscal general del Estado por los artículos que había publicado en la prensa en los últimos años y tuvo que huir a Francia. En la guerra de 1914, Lerroux hizo campaña desde Francia por medio de declaraciones y artículos en la prensa para que España se uniera a los Aliados. Poco se sabe de él hasta que reaparece en España con la caída de la monarquía, tal como veremos a continuación.

Las elecciones de 1933 habían complicado sobremanera el panorama político español. Y no porque hubiera ganado la derecha, sino porque el partido más importante, la CEDA de Gil Robles, no se declaraba abiertamente a favor de la República. En sus declaraciones decía «aceptar» por el momento la República, pero propugnaba, para un futuro, un estado corporativo semejante a los que en aquellos momentos había en Italia o en Alemania. Las juventudes del partido, conocidas como las JAP (Juventudes de Acción Popular), iban aún más lejos y aseguraban que aquella «democracia decadente» representada por la República española debía ser «barrida del mapa». En aquellas extrañas circunstancias, ¿qué es lo que debía hacer el presidente de la República, Alcalá Zamora? En teoría, su obligación era invitar a Gil Robles a su residencia para pedirle que formara gobierno. Pero Gil Robles seguía negándose a declararse abiertamente «republicano» y Alcalá Zamora se negaba a recibirle en Palacio…

Por otra parte, también hay que entender las presiones a las que los miembros de la CEDA se veían sometidos en aquellos momentos. Sus aliados políticos, los partidos monárquicos, consideraban las elecciones de 1933 como un plebiscito en el que el pueblo español había rechazado, por mayoría, la República como forma de Estado y había llegado el momento de que el Ejército, apoyado por los partidos de derecha, se hiciera con el control del país. Pero el partido de Gil Robles tampoco se dejaba arredrar por aquellas presiones. Su estrategia pasaba por convertir a Lerroux en jefe de gobierno, proporcionándole el apoyo de la CEDA en tanto siguiera las directrices de este partido, que le retiraría su apoyo y le dejaría caer en el momento en que se desviara. Los

partidos monárquicos acabaron por aceptar a regañadientes la estrategia de la CEDA. Alcalá Zamora invitó a Lerroux a formar gobierno y la crisis quedaba, al menos por el momento, solventada.

La República acababa de superar su momento de máxima debilidad. Con la derrota de los partidos de izquierda, que eran sus máximos valedores, un simple golpe de Estado de algún general hubiera acabado con el régimen. Pero los católicos querían hacerlo con cautela y pensaban que el régimen podía ir cambiando y modificándose gradualmente. No contaban, sin embargo, con que la izquierda acabaría reorganizándose y uniéndose y ya no les concedería una nueva oportunidad de hacer una reforma del Estado desde las urnas.

VII

José Antonio

LA SEMANA Santa de 1934 la pasé en Sevilla. Era la primera vez que la República permitía su celebración. Me dispuse así a contemplar mi primera Semana Santa española.

La Virgen de la Macarena bajaba por las estrechas calles de Sevilla, conducida milagrosamente por los costaleros que la enhebraban a través de puertas y arcos como un hilo por la aguja. Delante de ella iba una compañía de soldados romanos que se detenían de cuando en cuando en alguna taberna para echarse un trago. Tomamos unas copas de anís con algunos miembros de aquella guardia pretoriana, y todos parecían de muy buen humor, charlando, riendo y contando chistes, como si en lugar de estar en una procesión religiosa se hubieran disfrazado para el Carnaval de Venecia.

Por fin, la Virgen llegó junto al Ayuntamiento y allí la Niña de la Puebla le dedicó sus mejores saetas. La Niña de la Puebla era ciega, y su aspecto poco agradable, pero en cuanto abría la boca tenía a todo el pueblo andaluz en un puño. Mientras subía y bajaba la voz de la Niña en la noche sevillana, yo me fijaba en otra niña que había junto a mí. Tenía la piel de aceituna, los ojos grandes y negros, los pechos redondos y altos y contemplaba la procesión con toda seriedad…, acompañada de su papá y su mamá. Y yo, mientras la miraba, me preguntaba qué sería de ella en cinco, en diez años, cuando fuera toda una mujer. ¿Sabría cuidar su figura haciendo deporte y ejercicio físico, o se abandonaría a la rutina del hogar y engordaría, como le había ocurrido a su madre? ¿Se interesaría por temas culturales, aprendería idiomas, o se dejaría llevar por la vida cotidiana dedicándose a parir hijos como había hecho su

madre? Porque mi admiración, mi adoración por la mujer española chocaba siempre con su espíritu conservador y rutinario, anclado en tradiciones ancestrales. ¿Llegaría el día en que estas mujeres maravillosas dejaran atrás sus viejos prejuicios para integrarse de lleno en la vida moderna? Seguramente, pensaba yo para mis adentros en aquella noche sevillana, pero antes tendría que haber un gran derramamiento de sangre, porque está visto que el mundo no avanza sin revoluciones o guerras que obligan a hacer a la fuerza lo que no se está dispuesto a hacer de buen grado.

De pronto me sentí cansado y deprimido, abrumado por tanta flor, tanto incienso y tanta vela. Mi sangre anglosajona se revolvía contra todo aquello y decidí apartarme de las multitudes e internarme en el silencioso barrio de Santa Cruz, donde la encalada blancura de sus calles y la suave luz de sus faroles me devolvieron la paz.

De vuelta ya en el hotel, me encontré con un grupo de aviadores alemanes que acababan de llegar de Berlín, de donde habían despegado ese mismo día, y se dirigían por la costa africana hacia Sudamérica, adonde llegarían en un par de días… Me los encontré en el bar del hotel, tomando copas y hablando de sus plateados Heinkels, totalmente ajenos a la algarabía religiosa del exterior. La Edad Media y el siglo XX acababan de entrar en colisión en aquella noche sevillana.

A mi regreso a Madrid entablé amistad con la hija de la aristócrata inglesa Margot Asquith. *Lady* Elizabeth Asquith se había casado con el príncipe rumano Antoine Bibesco, embajador de Rumania en España, y vivían en Madrid desde 1929. Ocupaban, cuando yo los conocí, la magnífica mansión del príncipe Alfonso de Orleans, que se había ausentado de España al «estallar» la República. No solo tomaron la casa del príncipe, sino también todo el personal a su servicio. Me imagino la cara de sorpresa de los viejos criados acostumbrados a tratar con la realeza, al ver a sus nuevos señores tomando el té con Manuel Azaña. A mí me divertía mucho observar el rostro del mayordomo cuando su nuevo patrón le mandaba comprar *El Socialista* o *El Heraldo de Madrid*. Tenía poco que ver con el príncipe Antoine, pero me encantaba charlar con su mujer, que coincidía conmigo en la pasión por los acontecimientos que se desarrollaban en España. Ella sentía una enorme admiración por Manuel Azaña, que yo no compartía, pero en cambio concordábamos plenamente en nuestra debilidad por José Antonio Primo de Rivera, el hijo mayor del último dictador.

Y es que en las comidas de la casa de los Bibesco pasábamos revista a todas las personalidades de la clase política española, y entre las personas que nos

hallábamos allí reunidas siempre surgía el chispazo de la controversia y la discusión. Nunca como en aquel año de 1934 se había sentido la clase media española tan dividida, tan traída y llevada en direcciones tan opuestas. Azaña y sus amigos se habían situado «extramuros» de la República, pensando que su antiguo aliado Lerroux les había traicionado y conducía a la República hacia su destrucción. Lerroux entendía la República como una monarquía sin rey. Gil Robles y los católicos pretendían crear un Estado corporativo siguiendo el modelo austríaco, una especie de fascismo con ribetes clericales. José Antonio Primo de Rivera acababa de fundar Falange Española, siguiendo las coordenadas de un fascismo más ortodoxo. Onésimo Redondo había creado las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, un fascismo más radical. Añádanse a estos los partidarios de don Alfonso de Borbón, capitaneados por Antonio Goicoechea, y los tradicionalistas, representados por el distinguido conde de Rodezno, y se comprenderá la diversa, y contradictoria, oferta política a la que se veía sometida la clase media española.

Esta desunión de la clase media explica por qué, en ese año de 1934, cuando la derecha tenía el poder, no se produjo un golpe de Estado fascista. También hay que tener en cuenta las diferencias en el panorama internacional. Hitler estaba aún demasiado inmerso en los asuntos de su propio país para embarcarse en una aventura internacional, y Mussolini no se habría atrevido a lanzarse a semejante aventura sin la ayuda de Hitler.

De cualquier manera, el fascismo era ya una realidad patente en la España de 1934, y la verdad es que las dos personas que lo impulsaban no podían haber sido más seductoras y simpáticas: Serrano Suñer y José Antonio Primo de Rivera. Don Ramón Serrano Suñer, cuñado del general Franco, organizaba a un grupo de jóvenes católicos que se encuadraban bajo las siglas JAP, Juventudes de Acción Popular.

El primer mitin público de las JAP fue un auténtico fiasco. Se celebró en San Lorenzo de El Escorial, en la explanada de la lonja del monasterio, bajo una lluvia torrencial. A pesar de la gran cantidad de dinero que se gastó en publicidad y organización, a pesar de los trenes especiales que salieron de Madrid y otros puntos, solo concurrieron a él unas veinte mil personas. El mitin consistió en una misa de campaña y un discurso de Gil Robles. No podía verse ni una sola bandera republicana. Muchos jóvenes llevaban pantalones de color caqui y polainas. Se habían inventado un nuevo saludo militar, que consistía en cruzar el brazo derecho sobre el pecho. Había muchos campesinos pululando por aquel mitin de El Escorial y, cuando les preguntabas qué hacían allí y de dónde

habían venido, algunos confesaban, con el mayor candor, que les habían mandado sus amos con todos los gastos pagados. El número de jóvenes que formaban parte de esta organización paramilitar no pasaría de ocho o diez mil, cifra realmente insignificante si se tiene en cuenta que procedían de todo el territorio nacional. No creo que aquello fuera capaz de quitar el sueño a ningún republicano.

Serrano Suñer al menos tenía dinero para su organización, pero José Antonio Primo de Rivera, ni eso. Alto, distinguido, bien hablado, cortés y amable con sus interlocutores, José Antonio era, a sus treinta años, una de las personas más encantadoras del Madrid de aquellos días. Yo me lo encontraba a menudo en los pasillos de las Cortes y estuve en varias ocasiones en las oficinas de su partido, situadas junto a la Castellana. Recuerdo que un día fui a pedirle un libro sobre su padre y él me dijo que no se había escrito ninguno. Realmente, los españoles son gente increíble. Resulta que alguien gobierna el país durante seis años y cuando le echan nadie se toma la molestia de escribir un libro sobre él. Hablábamos de estas cosas cuando nos cruzamos en el pasillo con un grupo de jóvenes discutiendo acaloradamente: «Ahí tiene usted a un grupo de españoles, señor Buckley —me dijo José Antonio señalándoles—, hablando, siempre hablando… ¡En este país es imposible organizar a la gente para que hagan un trabajo constructivo!».

José Antonio, además de ser diputado en Cortes, tenía un bufete de abogado. Uno de sus hermanos, Fernando, estaba en el Ejército, y el otro, Miguel, se había quedado en sus tierras de Jerez de la Frontera para ocuparse de los negocios familiares. José Antonio era el único que vivía en Madrid, pero no se trataba del clásico señorito madrileño. Persona retraída, aficionado a la literatura, y sobre todo a la poesía, era demasiado sensible para alternar en los círculos de la sociedad madrileña de aquellos días. Hablaba inglés con un acento encantador.

Lo que no me explico muy bien es qué hacía este hombre como líder de un partido fascista. Durante unos meses trabajé en la Embajada británica, que estaba situada frente a los locales de la Falange, y tuve ocasión de espiar los movimientos de José Antonio. Recuerdo que, a la hora de comer, solía salir del edificio precedido por un grupo de matones con gabardina y la mano en el bolsillo de la chaqueta, como si estuvieran en Hollywood, y después de echar un vistazo a la calle, que solía estar desierta a esas horas, se montaban en un Ford descapotable para escoltar a su «Jefe», que conducía un Chevrolet, hasta el chalé de Chamartín donde vivía.

No creo que José Antonio dispusiera de más de mil hombres en todo Madrid.

Pero, naturalmente, contaba con muchos miles de simpatizantes. A veces, cuando hablaba en las Cortes, parecía un líder obrero. Recuerdo una ocasión en la que, con encendida oratoria, habló de las mujeres andaluzas que trabajaban diez horas en el campo por una peseta. España, decía, tenía que ser totalmente reformada. No me extraña que el marqués de Eliseda, que había sido uno de los fundadores de Falange y había invertido mucho dinero en ella, se marchara indignado. Recuerdo otra ocasión en la que el líder socialista Indalecio Prieto había hecho un encendido elogio de las obras públicas realizadas bajo la dictadura de Primo de Rivera. José Antonio se levantó de su asiento y fue a estrecharle la mano. Gesto realmente insólito en unas Cortes en las que los diputados de izquierdas y derechas se miraban con verdadero odio, aunque luego, en los pasillos, confraternizaran bastante. José Antonio hacía lo contrario. Era capaz de ser muy efusivo en público con sus enemigos políticos, aunque después se mostrara reservado y distante.

No estoy tratando de hacer un panegírico de la figura de José Antonio. No puede ocultarse el hecho de que, aparte de sus simpatizantes y seguidores, tenía un número bastante considerable de matones a su servicio. En teoría, estos matones habían sido contratados para defender los locales de la Falange y la persona del líder, sobre todo cuando este actuaba en mítines y actos públicos. Pero en la práctica a estos matones se les iba la mano, y raro era el día en que no estaban mezclados en algún tiroteo, tratando de romper una huelga o alguna manifestación. Naturalmente, a veces los tiros se los llevaban ellos. En una ocasión, en abril de 1934, a la salida de la Cárcel Modelo, donde había estado prestando declaración, el coche de José Antonio fue alcanzado por una granada. El líder no sufrió daño alguno.

José Antonio estaba en contacto con otros líderes fascistas. Por esta época viajó a Roma, donde fue recibido por el *Duce*. Según contaba la prensa española, Mussolini le dijo que, en aquellos momentos, no veía ninguna esperanza para implantar el fascismo en España y… ¡mostró su admiración por Largo Caballero como líder de las masas españolas! También estuvo en Berlín, entrevistándose con Hitler. Sacó la conclusión de que aquel no era el momento para intentar un golpe de Estado fascista. Si su apoyo internacional era, en aquellos momentos, muy limitado, tampoco en España gozaba de muchas simpatías, especialmente entre los grandes terratenientes, por sus discursos sobre la reforma agraria, y la Iglesia, por sus críticas contra los excesos del clero. Y sin estos dos puntos de apoyo difícilmente se podía conseguir dinero en España para su organización.

No es fácil, después de lo que ha acontecido en los últimos años, dar una

idea de lo que pasaba en Madrid en aquel año de 1934. Hubo tres huelgas generales, huelgas de periódicos, incluso una huelga de taxistas que llenaron las calles de Madrid de tachuelas para que nadie pudiera circular durante unas cuantas jornadas. Baste decir que nos solíamos aprovisionar con latas de judías en el piso en el que vivía para poder sobrevivir los días en los que cerraban las tiendas.

Continuaba la lucha soterrada por el control de la República.

Además, se producían nuevas divisiones entre los políticos de la clase media. Diego Martínez Barrio, un tipo alto y lleno de energía, antiguo linotipista que se había hecho con su propia empresa de publicaciones, decidió separarse de Lerroux y su partido, llevándose consigo a dos ministros del gabinete, así como a veinte diputados. Yo me encontraba en Sevilla cuando Martínez Barrio hizo su declaración secesionista y recuerdo que alzaba las manos y proclamaba: «¡Manos limpias, las mías!». Martínez Barrio era la figura más importante del Partido Radical después de Lerroux, así que el golpe para este fue considerable.

Si Largo Caballero despertaba la admiración del *Duce* italiano, pensé que ya era hora de conocerlo. Me entrevisté con él en una calurosa tarde del mes de agosto de 1934. En ese momento, Largo Caballero tenía sesenta y cinco años. Nacido en Madrid en 1869, no había ido a la escuela y había aprendido a leer y a escribir a los veinte años. En su juventud trabajó en la construcción, y su actividad política comenzó en 1917, ya que fue uno de los firmantes del manifiesto de la huelga general de aquel año. Aquello le valió una sentencia de por vida en un penal en África. Esta sentencia le fue conmutada, y un año después regresaba a Madrid, donde fue elegido diputado en Cortes en el año 1918. A partir de ese momento se convertiría en la figura más destacada del movimiento sindical español.

Detrás de Largo Caballero había una «eminencia gris». Pensador, publicista, editor, Luis Araquistáin había apoyado la causa de los aliados en la Gran Guerra y ahora compartía con Largo Caballero la misma antipatía hacia los bolcheviques. Por eso me hacía tanta gracia oír, en los cócteles de la diplomacia, los nombres de Araquistáin y Caballero como los líderes de una «revolución roja», cuando ni el uno ni el otro tenían absolutamente nada de revolucionarios. Lo que pretendían, en aquel tenso verano de 1934, era mostrar firmeza en sus posiciones. La entrada de la CEDA en el gobierno era para ellos una prueba de fuego. Si se dejaban dominar por la derecha, les ocurriría lo que pocos meses antes había pasado con los obreros austríacos, cuando fueron aplastados por Dollfuss. Los socialistas españoles habían aprendido muy bien la lección de sus

camaradas austríacos y estaban dispuestos a no ceder terreno ante la presión de la derecha.

«No podemos consentir», me aseguraba Largo Caballero en aquella entrevista del verano de 1934, «que el Partido "Clerical" de Gil Robles entre a formar parte del Gobierno… Y no podemos consentirlo simplemente porque no son republicanos, porque no quieren que se les identifique con la República… Y si esto es así, ¿cómo demonios podemos aceptarlos en el gobierno?».

Como buen inglés, yo podía ver las dos caras del problema que centraba la atención política española en aquel verano de 1934. Por un lado, la CEDA había triunfado en las elecciones del año anterior y tenía legítimo derecho a formar parte del gobierno de la nación.

Pero también entendía que si en mi país un partido político decidiera no acatar la monarquía, no ondear la Union Jack y no interpretar nuestro himno nacional en los mítines y en los desfiles, tendría muchos problemas a la hora de entrar en el gobierno… Como poco se le exigiría una explicación ante las cámaras de su postura y una rectificación pública de los aspectos más formales de la cuestión (respeto a las instituciones, a la bandera y al himno nacional) antes de ser admitido a formar parte del gobierno.

La cuestión, en cualquier caso, era apasionante, y no pude por menos de preguntarle a Caballero qué harían en caso de que Gil Robles cumpliera su amenaza. «Eso es fácil de contestar —replicó el líder sindical—. Las masas saldrían a la calle, y no hay nada ni nadie que pueda detener a las masas cuando se levantan para luchar por sus derechos».

Aquellas palabras de Caballero parecían pintar una estampa de la Revolución francesa, pero eran difícilmente aceptables en pleno siglo XX, cuando dos soldados armados con una buena ametralladora podían mantener a raya a una muchedumbre de miles de personas. Naturalmente, no había que tomar sus palabras al pie de la letra… Con sus declaraciones, solo pretendía convencer al presidente de la República, Alcalá Zamora, de que la entrada en el gobierno de la CEDA traería consigo inevitablemente la violencia y el derramamiento de sangre… En aquellos momentos, el primer interesado en evitar que la gente se echara a la calle era el propio Largo Caballero. Y es que por aquel entonces no respondía para nada a su apodo de *Lenin español*… ¡Solo le faltaba el sombrero bombín, el traje oscuro y la pipa en la boca para ser confundido con un enlace sindical de los obreros ferroviarios británicos!

Una tarde del mes de julio estaba tomándome un café con el redactor jefe de *El Debate* cuando llegó la noticia de que Dollfuss había sido asesinado por los

nazis, y aquella noticia sin duda daría mucho que pensar a los católicos españoles… Porque, aunque pudiera parecer lo contrario, había muchas cosas en común entre católicos y socialistas en aquel verano de 1934. Por un lado, Gil Robles se había casado y en su luna de miel había visitado la Alemania del Reich, dando pábulo a todo tipo de comentarios. Pero, por otro, el cardenal Pacelli, secretario de Estado en el Vaticano, ejercía una influencia cada vez mayor en la Iglesia española. Después de la muerte de Dollfuss, Pacelli insistía en que la Iglesia debía seguir un curso medio, apartándose de las pretensiones de la extrema derecha.

La situación de Robles no era fácil. Mientras Pacelli y el nuncio del Papa, Tedeschini, así como Ángel Herrera, le aconsejaban prudencia, los aristócratas y los terratenientes que tanto habían contribuido a las arcas de la CEDA no se conformaban con que este partido se consolidara como el principal de la derecha. Aceptando tácitamente el régimen republicano, presionaban a Robles para que entrara a formar parte del gobierno. Por su parte, el gobierno de Lerroux parecía hacer méritos para su propia destitución, de manera que Robles se vio forzado, al regreso de su luna de miel, en agosto, a comenzar a mover piezas para formar nuevo gobierno.

El de Lerroux había tenido graves problemas con los nacionalistas. Para incrementar sus ingresos, Lerroux había decidido suprimir el concierto económico que permitía a los vascos recaudar sus propios impuestos para luego ceder una parte al gobierno de Madrid. Como protesta, los partidos nacionalistas vascos convocaron elecciones municipales, que, por otra parte, debían celebrarse por aquellas fechas, pero el gobierno Lerroux anuló dicha convocatoria. El conflicto entre el gobierno de la República y los partidos nacionalistas estaba servido. Las elecciones se celebraron sin el consentimiento del gobierno central, que se negó a reconocer a los concejales elegidos, en su mayor parte pertenecientes a partidos nacionalistas.

También había problemas en Cataluña, aunque fueran de índole muy distinta. El recién estrenado Estatuto de Autonomía de Cataluña permitía a los *rabassaires* —campesinos que daban una parte de la cosecha a los propietarios de las tierras que ellos cultivaban— a acceder a la propiedad de la tierra por medio del pago de una renta escalonada a lo largo de años. Los propietarios de las tierras habían protestado por aquel cambio en el *statu quo* y el gobierno Lerroux había decidido ponerse de parte de los propietarios, con lo cual no hacía sino echar leña al fuego. El problema del idioma también levantaba pasiones y Lluís Companys, presidente de la Generalitat, se había enfrentado al gobierno al

defender el derecho de un abogado que había sido recusado por los propios magistrados a expresarse en catalán en la vista de un juicio.

Pero, más allá de estos aspectos puntuales, existía el temor, ampliamente compartido por nacionalistas vascos y catalanes, de que el gobierno Lerroux se dispusiera a ceder ante las pretensiones de la España feudal y abrir las puertas a una nueva dictadura. Lo mismo temían los socialistas. Estos, presintiendo que algo iba a suceder, comenzaban a prepararse para un otoño caliente. Una partida de cuatrocientos fusiles, treinta ametralladoras y abundante munición, destinada en principio a un intento de golpe de Estado en Portugal que nunca se produjo, fue desviada hacia España a bordo del barco *Turquesa*, que atracó en el puerto de Gijón. Lograron descargar solo una pequeña parte de las armas antes de que la Guardia Civil incautara el resto. Sin duda, exageraba el ministro del Interior, Salazar Alonso, cuando le comentaba a un periodista extranjero: «Hay en España un millón de socialistas, armados hasta los dientes, dispuestos a levantarse en cualquier momento para implantar el comunismo». A pesar del exiguo botín del *Turquesa* y de algunos fusiles y ametralladoras que habían pasado de contrabando desde Alemania, el arsenal de los socialistas no podía competir, en aquellos momentos, ni con la más modesta guarnición militar de provincias. Tenían, eso sí, una buena cantidad de revólveres que se fabricaban en España, pero con revólveres no se hace una revolución.

Circuló por aquellos días en Madrid el rumor de que los socialistas habían colocado cargas de dinamita en los sótanos del Ministerio de la Gobernación, con la idea de hacerlas explosionar si el ministro no dimitía. Yo, naturalmente, pensé que era un bulo. Pero unos días más tarde me pude enterar de que algo de verdad había en ello. Me encontraba en el cine con mi amigo el pintor Luis Quintanilla, afiliado al Partido Socialista, y en el descanso de la película le comenté la noticia.

«La dinamita —me dijo Quintanilla— no estaba en el ministerio, sino en casa del diputado socialista Morón. Un camarada en la policía nos dio el soplo de que iban a su casa a llevársela, y nosotros llegamos antes que ellos y la sacamos… Y ahí me tienes a mí —decía Quintanilla, muy divertido— cruzando la Gran Vía en taxi con media tonelada de dinamita dentro y, además, sin saber adónde llevarla… Por fin recibí órdenes de enterrarla en un depósito de la Ciudad Universitaria. La policía, que nos venía pisando los talones, se presentó allí poco después de que la escondiéramos».

La verdad es que esta historia de policías y ladrones me pilló por sorpresa. Una cosa es hablar de la revolución y otra sentirla tan cerca. Y lo que me parecía

más terrible: si Quintanilla, Araquistáin, Negrín, personas cultas, en modo alguno extremistas, se armaban, algo muy serio estaba ocurriendo.

Recuerdo perfectamente bien la película que Quintanilla y yo estábamos viendo en el cine Callao aquella tarde. Se llamaba *Éxtasis* y la protagonizaba Hedy Lamar. La película había sido prohibida en diversos países, y en España la prensa católica había hecho lo imposible para que no se proyectara. El éxtasis en cuestión era una escena en la que Hedy Lamar se metía en la choza de un obrero ferroviario para dejarse seducir por él. Durante la escena de la seducción, la cámara solamente enfocaba la cara y una mano de la protagonista, pero aquello era suficiente para que los espectadores que llenaban el cine de bote en bote llegaran al delírium trémens… Una mujer que había junto a mí se reía histéricamente. Quizá España necesitara una revolución.

A la salida del cine, me dirigí con mi amigo Quintanilla al bar Los Italianos, junto a la Gran Vía, pero al entrar vi que había dos policías de paisano en la puerta. Me excusé y le dije a Quintanilla que tenía muchas cosas que hacer aquella tarde.

Nadie parecía interesado en evitar que, en aquella situación tan potencialmente explosiva, saltara la chispa. En la apertura de las Cortes después de las vacaciones veraniegas, el 1 de octubre, Gil Robles, cumpliendo su amenaza, presentó una moción de censura contra el gobierno, al que acababa de dejar en minoría. El día 3 de octubre se formó un nuevo gobierno con tres carteras para la CEDA. Se supo que el presidente Alcalá Zamora había puesto como condición, para que la CEDA entrara en el gobierno, que no podían «ocupar ningún ministerio clave», lo cual no deja de ser divertido. Equivale a decirle a alguien que es «suficientemente leal» a la República para ocupar el Ministerio de Agricultura, pero no para ocupar el de Gracia y Justicia… Alcalá Zamora actuaba en aquellos momentos como un funambulista que avanzara con pies de plomo sobre la tensa cuerda de la democracia sin caer ni a un lado ni a otro, sin darse cuenta de que intentando contentar a todos no iba, finalmente, a contentar a nadie.

Y el caso es que el nuevo ministro de Agricultura, Jiménez Fernández, catedrático de la Universidad de Sevilla y miembro del grupo cristiano-socialista dentro de la CEDA, era una persona moderada y respetable, que siempre había defendido dentro de su partido el interés de los obreros y que ofrecía la mejor imagen posible de su grupo político. Lobo con piel de cordero, pensaron muchos…

En cualquier caso, las izquierdas no estaban dispuestas a dar su brazo a

torcer. Habían advertido que no tolerarían a ningún miembro de la CEDA en el gobierno y actuaron en consecuencia: convocaron una huelga general en todo el país, que debía comenzar en la noche del 4 al 5 de octubre. Ya sé que, como periodista, aquello no iba conmigo y me tenía que limitar a relatar los luctuosos sucesos que, sin duda, estaban a punto de producirse. Pero, por dentro, hervía de indignación… Podían haberse encontrado distintas salidas a aquella crisis de gobierno, pero nadie parecía interesado en buscarlas. El país se encaminaba hacia el desastre sin que ello pareciera preocupar lo más mínimo a los políticos que lo conducían.

Decidí que necesitaba un trago y me encaminé a Chicote, en plena Gran Vía madrileña, para aguardar acontecimientos. Chicote estaba muy tranquilo aquella tarde, y los señoritos y oficiales que solían frecuentarlo no se veían por ninguna parte. Demasiado tranquilo.

Estuve charlando con un colega australiano. Hablamos de la estupidez humana en general y de la española en particular, de la inconsciencia de la clase política, que parecía empeñada en conducir el país hacia el desastre y la barbarie… Alguien contó una anécdota del príncipe de Gales que iba como anillo al dedo a la situación en la que en aquellos momentos nos encontrábamos: «Un periodista amigo mío le preguntó en una ocasión qué opinaba su alteza sobre la civilización europea… "¿Civilización europea? —le contestó el príncipe — ¡Me parece una excelente idea!"».

Apareció un joven que pertenecía a la Falange de José Antonio y me dijo confidencialmente: «Tenemos a mil quinientos hombres armados en la calle y estamos dispuestos a aplastar cualquier intento de huelga general». Llamé a la redacción de *El Sol* y me dijeron que había manifestaciones en Barcelona. Llamé a *El Debate* y me dijeron que en Barcelona se había proclamado una república independiente y que Madrid estaba a punto de explotar.

Me dirigí al bar Marfil, que tiene unos grandes ventanales que ofrecían una magnífica perspectiva de la calle de Alcalá. Además de eso, servían una cerveza *lager* muy fría. Allí, sentados alrededor de una mesa, estaban Negrín, Araquistáin y Álvarez del Vayo leyendo la prensa de la tarde y poniendo cara de circunstancias. Me dirigí a ellos y le pregunté a Araquistáin, por decir algo: «¿Es cierto que habéis convocado una huelga general para la medianoche de hoy?». Araquistáin afirmó con la cabeza. «¿Y no hay nadie capaz de impedir esta locura colectiva?», insistí yo. «Eso díselo a tus amigos los curas», me contestó de mala gana Araquistáin. Araquistáin sabía que yo era católico y que tenía buenos contactos en *El Debate*. Podría haberle dicho que los católicos tampoco habían

provocado aquella situación y que solo habían llegado a ella forzados por la extrema derecha. Pero ¿de qué habría servido?

Salí del bar y me dirigí hacia la Puerta del Sol. Antes de llegar a ella, escuché un disparo. Podía oír las contraventanas de todas las casas cerrándose apresuradamente. Los taxis desaparecían del centro de la ciudad y la gente, al salir de los cines, corría hacia las bocas del metro. La Guardia de Asalto, armada con fusiles, bayonetas y ametralladoras, se desplegaba por el centro de la ciudad tomando posiciones. Las sirenas no dejaban de sonar.

Al llegar a casa, cogí el teléfono para retransmitir mi crónica. Me hubiera gustado empezar con estas palabras: «La humanidad acaba de cometer esta noche en Madrid un nuevo acto de locura colectiva…», pero recordé que era periodista y no filósofo, y dije: «Una huelga general revolucionaria acaba de comenzar esta noche en Madrid, como protesta por la formación de un nuevo gobierno en el que, por primera vez, entra a formar parte el partido católico CEDA».

A partir de aquel momento, y durante tres semanas, apenas si comí o dormí. Es difícil resumir en pocas páginas los sucesos de aquel mes de octubre de 1934 y, sin embargo, aquellos días fueron decisivos, ya que en ellos quedaron demostrados una serie de hechos que habrían de marcar la política nacional e internacional en los años siguientes. A nivel nacional, se evidenció que la derecha feudal no estaba dispuesta a llegar a ningún pacto o entendimiento con la República. Habían colocado a los hombres de Gil Robles en el gobierno sin mostrar el menor respeto por los principios republicanos. A partir de ese momento, la izquierda sabía que no podía esperar ningún tipo de concesión de los poderes feudales. A nivel internacional, el papel de Alemania comenzaba a subir enteros. Sin duda, la visita de Gil Robles al Tercer Reich aquel verano había sido muy provechosa. Los planes expansionistas del Reich, las invasiones de Francia e Inglaterra, solo podrían realizarse con una España amiga que le facilitara bases para sus submarinos y sus aviones, puertos para sus barcos, etc. Los alemanes tardaron cinco años en asegurarse la amistad de España. Si en aquel octubre de 1934 la izquierda española hubiera cedido a las pretensiones de la derecha, Gil Robles podría haber instaurado en España un estado corporativo que habría servido de trampolín para que Alemania realizara sus planes en Europa.

Pero estamos aún en aquella noche del 4 de octubre. Recibí una llamada de mi corresponsal en Barcelona, Larry Fensworth. Me decía que el palacio de la Generalitat había sido bombardeado por las tropas del general Batet, a quien los

catalanes, ingenuamente, creían que tenían de su lado. Conecté con Radio Asociación de Barcelona y, entre *Els Segadors* y *El Cant de la Senyera*, se podían oír llamadas de auxilio. La emisora retransmitía desde el interior del palacio bombardeado, y en aquellas circunstancias las notas de *La Santa Espina* adquirían una dimensión dramática… Aquello parecía una repetición del 13 de septiembre de 1713, cuando los patriotas catalanes sucumbieron ante las fuerzas absolutistas y centralistas del rey Felipe V.

Aquella «revuelta catalana» del mes de octubre era muy parecida a la de abril de 1931, cuando se proclamó la República catalana. Estaba dirigida por la clase media a través del partido Esquerra Republicana, los liberales de Lluís Companys y los separatistas de Estat Catalá. Como ocurriera en 1931, los partidos obreros se habían abstenido. En esta ocasión, a causa de la fricción que existía entre Companys y los anarquistas, que controlaban el movimiento obrero en Cataluña. El consejero de Gobernación del gabinete de Companys, llamado Dencás, había organizado a grupos de jóvenes en una asociación paramilitar llamada Escamots Verts, que se dedicaban a romper huelgas y manifestaciones de la clase obrera en el mejor estilo fascista. Y así se producía en Barcelona una curiosa situación. Mientras Companys y la Generalitat se enfrentaban al nuevo gobierno de Madrid sacando a la calle a sus mozos de escuadra, eran los propios anarquistas los que, por medio de francotiradores, se dedicaban a tirotear a la policía catalana. De nada servía la proclamación, desde los balcones de la Generalitat, de una República catalana independiente si a continuación no distribuía armas entre los miles de seguidores que se aglomeraban en la plaza de Sant Jaume. Companys había telefoneado al general Batet pidiendo que sus fuerzas apoyaran al gobierno catalán de la Generalitat. Después de pensárselo durante unas horas, Batet había proclamado la ley marcial en Barcelona y había enviado sus tropas contra los mozos de escuadra, que se habían desplegado en torno a la Generalitat.

Parece ser que el propio consejero Dencás, que lógicamente debería haber organizado la resistencia, al enterarse de que el presidente Companys resistía en el palacio de la Generalitat, decidió huir por unas alcantarillas. Aquella huida de Dencás por las cloacas se convirtió en la comidilla de la ciudad durante semanas. A mí no me parece nada mal utilizar las cloacas si esa es la mejor manera de huir, pero desde luego los catalanes no se lo perdonaron. De todas maneras, parece ser que cuando consiguió salir del país se fue a Italia, lo cual confirmaba las sospechas de los anarquistas catalanes de que Dencás estaba en contacto con el fascismo italiano. De cualquier manera, la resistencia de Companys dentro del

palacio de la Generalitat no duró mucho. Rodeado por las tropas de Batet, decidió rendirse a las seis de la mañana, al comprobar que el general se disponía a bombardear el histórico edificio. El general Batet también hubo de emplearse a fondo contra la Unió de Botiguers, un sindicato de tenderos que era un foco importante para los nacionalistas. Ni corto ni perezoso, decidió bombardear el edificio y, al parecer, causó la muerte de una docena de personas.

Los anarquistas catalanes acabaron sumándose a la rebelión, pero tarde y de mala gana. Decidieron ocupar edificios portuarios y pabellones de la Feria de Muestras en Montjuich, pero, como digo, su corazón no estaba en esa lucha. El 6 de octubre sintonicé con una emisora catalana y pude escuchar un llamamiento de un portavoz anarquista para el retorno al trabajo de los obreros afiliados a la CNT. Aquella indecisión anarquista dio tiempo a Lerroux a llevar tropas y refuerzos policiales a Barcelona, que acabaron de sofocar aquella rebelión. Quedaba claro que los anarquistas eran siempre el factor sorpresa, ya que nunca se sabía cómo iban a reaccionar.

Mientras tanto, en Madrid, la lucha no cesaba. En las tres semanas que duraron los disturbios murieron cerca del centenar de personas, de las cuales una docena eran soldados o pertenecían a la policía. Parece ser que lo que los socialistas se proponían con esta tenaz resistencia era debilitar el nuevo gobierno. Se trataba de tener a la ciudad y al país en vilo por medio de disparos esporádicos de francotiradores desde las azoteas de las casas. La policía había arrestado ya a bastantes de estos jóvenes socialistas cuando, en la noche misma del 4 de octubre, realizó una redada en un local de Buenavista donde se distribuían armas y se llevó detenidos a más de cincuenta.

Pero los socialistas no eran los únicos jóvenes que se movilizaron en este octubre caliente de 1934. En la mañana del domingo día 5, José Antonio Primo de Rivera y cuatrocientos o quinientos seguidores marcharon por la calle de Alcalá y se situaron delante del Ministerio de la Gobernación, para ponerse a disposición de Alejandro Lerroux y su nuevo gobierno. ¡Había que ver a aquel viejo rebelde de la izquierda recibiendo ahora las aclamaciones de los fascistas! La multitud se mostraba hostil ante aquel desfile falangista, se oían abucheos y protestas, y la cosa podría haber llegado a más de no ser por la fuerte escolta policial que llevaban.

Algunos cafés habían desafiado la orden de cierre de los socialistas y se mantenían abiertos, atendidos por camareros que no pertenecían al sindicato. En uno de ellos, el café Colón, en el comienzo de la calle de Alcalá, se atendía a los clientes como siempre cuando se oyó una ráfaga de disparos de metralleta

disparados desde un automóvil, y dos camareros caían muertos junto a las mesas. A partir de aquel momento, cerraron todos los cafés de Madrid.

Oficiales con uniforme empezaban a aparecer por las calles de Madrid, apoyando a la policía y a los guardias de asalto. Muchos de ellos eran oficiales que se habían retirado con el «plan Azaña» y que ahora volvían a tomar las armas. Al principio, la policía disparaba sin ton ni son contra las fachadas de los edificios de donde partían los disparos de los francotiradores socialistas. Tardaron una semana en dominar su nerviosismo y darse cuenta de que al disparar al vacío no hacían sino seguir el juego de los provocadores y aumentar la confusión. Se dedicaron entonces a localizar a los francotiradores y poco a poco la ciudad fue volviendo a la calma. Al cabo de unos días ya no era preciso ir corriendo por las calles, refugiándose en cada esquina, e incluso se podía dormir varias horas seguidas durante la noche, lo cual era de agradecer por parte de este, más que cansado, agotado corresponsal de prensa.

En el Norte, los vascos también habían ofrecido una tenaz resistencia. Habían levantado barricadas en las carreteras y las calles más importantes. Solo en San Sebastián hubo veinte muertos. Bilbao y su comarca minera estaba en huelga total. En Extremadura, los campesinos, conducidos por la diputada socialista Margarita Nelken, se habían enfrentado a la policía armados únicamente con sus guadañas. No tenían mucho que hacer contra las tropas que salían desde Madrid y se desplazaban con facilidad por todo el territorio nacional. ¿Para qué querrían, me preguntaba yo, la dinamita Quintanilla y sus amigos, si luego no la utilizaban para volar los puentes que habrían impedido el desplazamiento de tropas?

VIII

Asturias

PERO el corazón de la revuelta estaba en Asturias. En cuestión de días, casi de horas, los noventa mil mineros de la cuenca asturiana se habían apoderado de Oviedo, habían cortado las comunicaciones con el resto de España, por ferrocarril y carretera, en el puerto de Pajares, para después dirigirse a Gijón, Mieres y Trubia, donde se habían apoderado de una fábrica de armamento. Y así, en poco más de tres días, habían creado un pequeño Estado comunista (comunista-anarquista para ser más exactos) dentro del Estado español.

¿De dónde había salido aquella potente llamarada revolucionaria? Francamente, no lo sé ni creo que ahora mismo lo sepa nadie con certeza. Los mineros asturianos eran, desde luego, los obreros mejor pagados de España, si bien es cierto que trabajaban en unas condiciones deplorables. Un ingeniero de minas inglés, amigo mío, me había dicho: «He inspeccionado minas en todas las partes de Europa, incluso en Rusia, y desde luego nunca había visto condiciones de trabajo más infames que las de los mineros asturianos». La República había hecho mucho por ellos: había rebajado su horario laboral y subido los salarios, y ahora que la República estaba en peligro los mineros se echaban a la calle para defenderla.

Otro de los elementos que pudo jugar un papel decisivo en esta sorprendente revolución fue un periodista amigo mío llamado Javier Bueno. Personalidad brillante, hablaba cinco o seis idiomas y trabajaba en Madrid en un diario vespertino, *La Voz*. Pocos meses antes de la revolución asturiana, marchó a Oviedo para hacerse cargo de un periódico llamado *Avance*, publicado por los socialistas para la cuenca minera. Bueno, además de excelente periodista, era un

fervoroso partidario de la causa revolucionaria, y es fácil imaginarse el impacto que debió de tener el rotativo, bajo su nueva dirección, en una población minera que no necesitaba sino la chispa que encendiera la llama.

Un tercer elemento que debe tenerse en cuenta era la propaganda comunista que parecía haberse concentrado en esta región de España. Los comunistas, que tenían una incidencia muy pequeña en el resto del Estado español, parecían haber volcado sus recursos y su propaganda en la región asturiana, pensando quizá que los mineros asturianos, más concienciados que los otros obreros del país, acabarían arrastrando a estos a la revolución.

Pero sigo pensando que la primera causa fue la decisiva, es decir, el deseo de defender la República contra viento y marea, la lucha contra unos poderes feudales que pretendían retrasar el reloj de España a la hora que marcaba el 14 de abril. Por esta causa común luchaban ahora los mineros, agrupados desde hacía unos meses en la Alianza de los Trabajadores, que unía a socialistas, comunistas y anarquistas en un solo movimiento. Era la primera vez que la izquierda se unía en España y aquello habría de tener en el futuro importantes consecuencias.

La primera reacción del gobierno Lerroux fue mandar tropas desde León, pero estas unidades fueron fácilmente detenidas por unas cuantas ametralladoras que los mineros habían situado en las alturas de Pajares. Naturalmente, uno piensa que habría sido bastante sencillo coger a los mineros por la retaguardia, pero seguramente ni los soldados ni los oficiales tenían mayor interés en un enfrentamiento armado con sus compatriotas.

Ante aquella difícil situación, el gobierno Lerroux no tuvo otra opción que echar mano de los dos generales más jóvenes y brillantes con los que entonces contaba el Ejército español. Me refiero, naturalmente, a Franco y a Goded, cuyas simpatías por la extrema derecha eran bien conocidas; pero aquello no parecía preocupar a Lerroux. Aunque Franco y Goded fueron nombrados simples «asesores» del ministro de la Guerra, puede decirse que ellos se hicieron cargo del ministerio mientras duró la rebelión, y desde allí implantaron su ley. Lo primero que hicieron fue cortar las comunicaciones telefónicas y telegráficas con el exterior e implantar una rígida censura en todo el país. Lo segundo, negar el permiso a todos los periodistas que pretendíamos desplazarnos a Asturias. Fue mi primer contacto con el general Franco. A continuación, volvieron su atención hacia la situación en Asturias. No tardaron en darse cuenta de que las tropas regulares que había en la Península no tenían la menor intención de presentar batalla a los mineros de Asturias. La solución estaba en Marruecos. A toda prisa,

trajeron a la Península los diez mil soldados que componían el famoso Tercio de la Legión. Pero, pensando que esto no bastaría para aplastar la rebelión, trasladaron también algunos regimientos de tropas regulares marroquíes. Y así, mientras el crucero *Libertad* bombardeaba el puerto de Gijón, legionarios y moros desembarcaban en la costa asturiana.

Era difícil saber exactamente lo que ocurría en Asturias en aquellos primeros días de la revolución. Los periódicos nacionales tardaron en salir a la calle y cuando lo hicieron seguían fuertemente censurados por el gobierno, y así solo conocíamos su versión de los acontecimientos. Por otra parte, la prensa internacional concedía muy poca atención a la revolución asturiana, ocupada como estaba con el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores francés, Barthou, que centraba la atención mundial.

Resultaba difícil precisar cómo una huelga general común a toda España había desembocado en una revolución en Asturias. Las primeras noticias que llegaron de allí, en la noche del 4 al 5 de octubre, ofrecían un panorama muy parecido al del resto de España. Enfrentamientos de los mineros con la policía en Gijón, Mieres, Laviana y Campomanes, que en algunos casos obligaron a la policía a retirarse a sus cuarteles. En Mieres, la batalla duró varios días. La primera noticia realmente inquietante que llegó de Asturias fue la emboscada que los mineros asturianos habían tendido a dos camiones repletos de guardias de asalto que se dirigían a Mieres a reforzar la guarnición. Aquello, más que un levantamiento espontáneo, obedecía a una estrategia premeditada. A partir de aquel momento, los acontecimientos comenzaron a precipitarse. Miles de mineros se dirigían a la capital, Oviedo, para capturarla. En su mayoría iban armados con pequeños paquetes de dinamita de la que sobresalía una mecha que encendían con la punta del cigarrillo y lanzaban al aire. Tenían aquellos petardos un aire de fiesta, y parecía poco probable que amedrentaran a una guarnición de mil soldados estacionada en Oviedo. Pero la guarnición permaneció acuartelada y las fuerzas de la policía, que controlaban el centro de la ciudad, se vieron impotentes para resistir el empuje de los mineros. Todavía no se ha determinado el número de mineros que participaron en el asalto a Oviedo, pero en cualquier caso no podían exceder de los cinco mil, ya que el resto estaba desplegado por toda Asturias, defendiendo los pasos de montaña o atacando los puestos de la policía.

Mientras tanto, los mineros habían tomado dos fábricas de armas, una cerca de Oviedo y otra en Trubia, y se habían hecho con unos quince mil fusiles máuser y algunas piezas de artillería, aunque les faltaran municiones.

Pero el problema más serio con el que se enfrentaban los mineros era el vacío de poder que había en su organización. Amador Fernández, líder del Sindicato Minero, se encontraba en Madrid cuando estalló la revuelta. Javier Bueno, el periodista de quien les he hablado, fue encarcelado en los cuarteles del Ejército poco después de estallar la revuelta. El poder, por pura lógica, recaía en el presidente del sindicato, Ramón González Peña, un socialista muy moderado sin ningún ribete revolucionario en su personalidad política. Me imagino el terror de este hombre al comprobar que la propia dinámica de los acontecimientos conducía de una situación de huelga general a una auténtica revolución. Aquella situación excedía por completo la capacidad política de Peña.

Su mayor mérito fue que hizo lo posible por contener a sus hombres. De todas formas, se cometieron excesos, como en cualquier revolución. En Mieres, los mineros mataron a quince ingenieros a quienes acusaban de haber maltratado a miembros de su organización. También asesinaron a varios sacerdotes. La prensa de derechas de Madrid empezó a hacer circular el bulo de que los sacerdotes eran torturados, algunos quemados vivos y otros exhibidos en los escaparates de carnicerías bajo el letrero de «carne de cerdo». Todos estos rumores fueron desmentidos por la comisión que se encargó de investigar los sucesos de Asturias. Uno de los sacerdotes que la prensa daba por muerto escribió una carta al director de *ABC* diciendo que se encontraba muy bien, gracias. Otra historia de «sacerdote quemado vivo» se quedó en «cuerpo de sacerdote incinerado después de haber sido asesinado». Naturalmente, todo esto no disculpa la violencia revolucionaria de los mineros, que mataron a un total de treinta civiles.

La sucursal del Banco de España en Oviedo cayó en poder de los mineros, que se hicieron con un capital de unos veinte millones de pesetas. Pero no les iba a servir de nada, porque sus compañeros anarquistas, por su cuenta y riesgo, habían abolido la moneda en muchas poblaciones de la cuenca y se dedicaban a hacer grandes hogueras con los billetes de banco. El comité revolucionario de cada pueblo distribuía vales que podían ser intercambiados por cualquier tipo de mercancía en las tiendas. Esto solo ocurría en aquellos pueblos dominados por los anarquistas, que se manifestaban a favor de un «comunismo libertario». En cambio, en los lugares donde prevalecían los socialistas y los comunistas, se mantuvo la libre circulación del dinero.

La lucha por la capital, Oviedo, aún no había terminado. Los mineros penetraron hasta el interior de la ciudad, pero no habían conseguido hacerse con

el barrio viejo en torno a la catedral. En la Torre Vieja, la Guardia de Asalto había instalado un nido de ametralladoras que mantenía a raya a los mineros. Estos, en su intento por llegar hasta la Torre Vieja de la catedral, habían incendiado el palacio arzobispal y a continuación habían dinamitado la catedral misma, penetrando por un boquete en la mismísima Cámara Santa.

Mientras proseguía el asedio a la Torre Vieja, el líder sindicalista González Peña, junto con el diputado socialista Teodomiro Menéndez, se dedicaban a salvar incontables vidas de una muerte segura a manos de los mineros. Teodomiro Menéndez era viajante de comercio, y yo le había oído en los pasillos de las Cortes contar con mucha gracia sus aventuras y lances amorosos. Como le ocurría a González Peña, tenía muy poca madera de revolucionario. Ambos fueron relevados de sus puestos y sustituidos por un comité formado por anarquistas y comunistas. El comité tampoco acababa de ponerse de acuerdo. Unos decían que debían proseguir la lucha en Oviedo hasta hacerse con el control de la ciudad. Otros abogaban por desplegar sus fuerzas por las colinas que circundan Oviedo para prevenir un ataque de las tropas que el gobierno enviaba desde Galicia.

En todo caso era ya demasiado tarde. El puerto de Gijón cayó en manos del Tercio el 17 de octubre, después de ser bombardeado. Por otra parte, las fuerzas del General López Ochoa habían pasado desde Galicia a Asturias sin encontrar resistencia. El día 18 había llegado hasta las afueras de Oviedo, donde se encontraban las tropas acuarteladas. Desde allí, López Ochoa reclamó la rendición de los mineros que se encontraran en la ciudad, prometiendo clemencia a todo aquel que depusiera las armas.

La entrada de la Legión y de las tropas marroquíes en la ciudad de Oviedo ha dado mucho que hablar. A pesar de que encontraron muy escasa resistencia, porque la mayoría de los mineros habían depuesto las armas, penetraron a sangre y fuego, como si se tratara de alguna expedición de castigo contra alguna cabila del Atlas. No solo mataban a los que llevaban armas, sino también a los que no las llevaban. El señor Gordon Ordás, miembro de la Comisión Investigadora, hizo una lista de cuarenta y ocho civiles no combatientes muertos. La lista le fue proporcionada por dos periodistas que habían llegado de Madrid, Luis de Sirval y Andrés Barbeito. Cuando los mandos de la Legión se enteraron de que había dos periodistas investigando en la recién conquistada Oviedo mandaron a sus hombres a detenerlos. Barbeito pudo huir a tiempo, pero Sirval fue apresado, encarcelado y posteriormente asesinado por un sargento búlgaro de la Legión.

En la prensa de Madrid se hablaba de «un millar de cadáveres incinerados

por la Cruz Roja en Oviedo para evitar infecciones». Naturalmente, las incineraciones no solo se hacían para evitar infecciones, sino también cualquier tipo de investigación sobre las causas de la muerte. Un conocido fotógrafo madrileño logró un documento único sobre la incineración de los cadáveres. El lugar donde se llevaban a cabo las cremaciones era secreto militar, pero él pudo enterarse por medio de las prostitutas de un burdel frecuentado por legionarios, según me contaba luego en Madrid. Así fue como logró las fotografías de montañas de cadáveres que se vertían en un horno incinerador, que circularon por toda España.

El general López Ochoa, desde luego, no hizo honor a la palabra que había dado de clemencia para los mineros que depusieran las armas. En Mieres los legionarios fusilaron a sesenta mineros; en Campomanes, a ciento veinte. La cifra de mineros muertos en Oviedo es todavía una incógnita. Pero en cualquier caso, no resulta aventurado afirmar que el furor revolucionario de los mineros levantados fue un juego de niños comparado con la brutal represión de moros y legionarios.

El gobierno puso al frente de las labores policiales en la recién conquistada ciudad de Oviedo al comandante de la Guardia Civil Lisardo Doval, y a buen seguro que los prisioneros se echarían a temblar al oír su nombre. Alto, distinguido, Doval cuadraba perfectamente en la descripción del «caballero español», aunque sus métodos de trabajo no fueran precisamente «caballerescos». Se había ganado justa fama de duro en la represión de las huelgas y manifestaciones que se produjeron en Barcelona en 1921. Desde entonces había refinado sus métodos de tortura, y en Oviedo se dedicaba a sumergir en baños de agua helada durante horas a sus prisioneros o a quemarles los órganos genitales. Se trataba de conseguir información sobre el dinero que había desaparecido del Banco de España y de los siete mil fusiles sustraídos de la fábrica de armas. Querían también información sobre el lugar donde se escondían González Peña y los otros líderes. Para conseguir aquella información, Doval estaba dispuesto a torturar a sus prisioneros hasta la muerte, si fuera preciso.

La conmoción por la represión en Asturias fue tan grande que desde Gran Bretaña se desplazó una comisión de diputados para investigar el caso. Lerroux los recibió en Madrid muy cortésmente: «¿Quieren ustedes ir a Asturias? ¡Pues no faltaba más! Mi secretario les dará una carta de presentación para el comisario Doval». Y al día siguiente salía la expedición inglesa para Oviedo. Al llegar a la ciudad y entrar en un café, los diputados ingleses fueron recibidos con

un gran abucheo. Enseguida se presentó el comisario Doval en persona, quien les informó de que, para evitar mayores accidentes, debía acompañarles hasta la frontera. Cuando los periodistas madrileños le preguntaron a Lerroux si los diputados ingleses habían sido expulsados de Oviedo, este, con una sonrisa, les contestó: «¿Expulsados? ¡Pero qué dicen ustedes! Simplemente, el señor Doval, que velaba por su seguridad personal, se ha visto en la obligación de acompañarles a la frontera». Pocas semanas después de este incidente, Doval era trasladado a un nuevo destino y su sucesor, Ángel Velarde, ponía en libertad a los más de mil presos que abarrotaban las cárceles.

Curiosamente, mientras escribía este capítulo en Inglaterra, en mayo de 1939, un informante español me comunica que Doval había llegado a Madrid en el mes de abril, poco después de que cayera en manos de Franco, pero que había muerto súbitamente de un disparo en la nuca… Alguien se había tomado la justicia por su mano.

De todas maneras, los sucesos de Asturias quedaron oscurecidos, en lo que a la prensa internacional se refiere, por el asesinato del rey Alejandro de Yugoslavia y del ministro de Asuntos Exteriores francés, Louis Barthou, en las calles de Marsella. Barthou acompañaba al rey Alejandro en su visita oficial a Francia y el asesinato se produjo poco después de su llegada a Marsella. Las consecuencias políticas de ese crimen fueron enormes, sobre todo en lo que se refiere a la figura de Barthou. Había sido uno de los pocos políticos europeos capaces de reaccionar ante la llegada al poder de Hitler y su partido en Alemania. Se oponía frontalmente a la idea de contemporizar con Hitler y no compartía la teoría de que el Ejército prusiano era indispensable como baluarte y defensa de la civilización occidental ante la revolución bolchevique. De hecho, tanto Italia como Alemania habían reconstruido sus ejércitos nacionales gracias a las generosas donaciones de los Aliados… Y ahora Barthou proponía un giro de ciento ochenta grados en la política exterior y ofrecía un pacto de los Aliados con los países del Este y los Balcanes. A ello obedecía, justamente, la invitación al rey Alejandro de visitar Francia y discutir las condiciones y el desarrollo de dicho pacto. Se comprende así toda la magnitud del asesinato de Marsella al situarlo en su contexto político. Las balas de los asesinos acababan de hacer trizas el primer proyecto de defensa de la Europa occidental contra la amenaza fascista.

Curiosamente, la gendarmería francesa, tan celosa de su labor en tantas ocasiones, había dejado al ilustre huésped y a su acompañante prácticamente sin protección aquella mañana en las calles de Marsella.

Por supuesto, antes de que las balas asesinas mataran a Barthou, ya lo habían hecho, verbalmente, los propios políticos franceses e ingleses que se mofaban de los temores del ministro francés: «Barthou está gagá», se comentaba en Londres en aquel verano de 1934. «¡Parece mentira que a sus años se deje influir por esa propaganda roja que no deja de decir pestes de Hitler!». O, tal como dijo un corresponsal cuando Barthou llegó a Londres: «Al dar su bendición en términos absolutamente vagos y platónicos al proyecto de Barthou, Londres no hacía más que darle sepultura».

IX

Viaje a ninguna parte

EL *Sud-Express* Madrid-París es uno de los grandes expresos europeos, comparable al *Orient Express*, que atraviesa toda Europa, o al *Train Bleu*, que lleva a los parisienses hasta la Riviera. Todo el *glamour* europeo viaja en estos trenes, que apenas llevan vagones de tercera clase.

En los pasillos de estos trenes uno suele encontrarse con diplomáticos, algún que otro vendedor de automóviles que trabaja a comisión, grandes ejecutivos o empresarios, espías y traficantes de armas, algún trasnochado miembro de la vieja aristocracia e incluso periodistas internacionales, como es el caso de un servidor. Hay que reconocer que desde hace algún tiempo, una parte de la clientela tradicional de estos viejos trenes se está pasando a la aviación, simplemente porque hoy día todo corre prisa y uno ya no puede permitirse el lujo de pasarse varios días atravesando Europa. Pero mientras los vagones-restaurante de estos grandes expresos sigan sirviendo esas opíparas comidas y cenas, me imagino que la afición a ellos no decaerá.

Supongo que el *Sud-Express* sigue ocupando un lugar de privilegio entre los grandes trenes europeos simplemente porque su destino final es España, y España es —o era, antes de que comenzara la guerra— el país del amor y del romance… Pero en la realidad, poco tenía de «romance» el viaje en el *Sud-Express*, porque los viajeros, después de doce horas de viaje hasta llegar a la frontera española, debían descender del tren con todo su equipaje para subirse a otro que les conduciría hasta el interior del país. Resulta que a los ingenieros españoles se les ocurrió construir raíles de mayor anchura para hacer más cómodo el viaje para los viajeros, pero también para impedir una posible

invasión europea por ferrocarril, supongo que en los tiempos en que los grandes movimientos de tropas se hacían en tren. Hoy en día, lo único que entorpecen esos raíles es la comodidad de los viajeros que van a España.

Pues bien, en la noche del 20 de octubre de 1934 se encontraba este servidor de ustedes en la estación de Príncipe Pío, en el andén del *Sud-Express*, a punto de partir rumbo a París. Por lo que yo podía observar, no habría más de cinco pasajeros en el tren aquella noche, acompañados, eso sí, por decenas de policías secretas que se paseaban, como estaba haciendo yo mismo, por el andén de la estación. Ya he dicho antes que el general Franco había impuesto una férrea censura a raíz de los sucesos de Asturias. Y no había manera de comunicarse con el mundo exterior ni por telégrafo ni por teléfono. El único modo de transmitir la noticia era llevarla en mano en aquel famoso tren que saldría dentro de pocos minutos.

¿Y cuál era la noticia? La noticia era que España estaba al borde de una dictadura militar. El presidente Alcalá Zamora estaba negociando desesperadamente con el Ejército para evitar el fusilamiento de los presos condenados a muerte tras la revolución de Asturias. Parece ser que insistía en que él era el presidente de la República y que solo a él correspondía dar el «visto bueno» a cada una de las ejecuciones. Naturalmente, Alcalá Zamora también reprochaba al Ejército la durísima represión en Asturias y las masacres indiscriminadas en Oviedo y otras poblaciones a manos de la Legión.

Durante tres semanas, el Ejército había tenido el poder real del país en sus manos y ahora que la revuelta había sido sofocada no estaba dispuesto a soltarlo. Las negociaciones de Alcalá Zamora habían dado pie a toda clase de rumores que circulaban por Madrid en aquellos días: «¿Sabes lo que dijo Goded anoche? ¿Sabéis el paradero del general Franco? ¿Es cierto que Alcalá Zamora ha enviado ya todos sus archivos personales a París?». Etcétera, etcétera. Alcalá Zamora se daba cuenta, demasiado tarde, de que al admitir a miembros de la CEDA en el gobierno había puesto en marcha una serie de acontecimientos y el país se le había ido de las manos…

Yo trataba de enviar la noticia de aquel golpe de Estado que se estaba preparando y por eso me encontraba en la estación del Príncipe Pío, junto a mi colega Jay Alien, del *Chicago Daily News*. Jay iba con su perro *Dollfuss*, un pequeño teckel al que llamaba *Dollfy*, desde que el verdadero Dollfuss fue asesinado. El centinela que guardaba el paso al andén —el Ejército había tomado posiciones en toda la ciudad— nos dijo que hacía falta el pasaporte para acceder al andén. Jay no llevaba su pasaporte así que me tocó ir solo a buscar a alguna

persona —viajero o empleado del tren— que llevara nuestras crónicas hasta la frontera de Hendaya, donde serían recogidas por una persona de nuestra confianza para telegrafiarlas de inmediato a París.

Aquello habría sido un juego de niños para Jay Alien, corresponsal internacional acostumbrado a verse en situaciones como esa, pero yo reconozco que me temblaban las piernas cuando subí a un vagón en busca del revisor: «¡Billete, por favor!», me espetó cuando lo encontré. «Verá usted —comencé a decirle—, yo realmente no voy a viajar en este tren…». No pude continuar porque detrás de mí había un guardia civil con su carabina de reglamento que me observaba con curiosidad. Me disculpé y bajé del tren a toda prisa mientras los dientes me comenzaban a castañetear. A todo esto, los mozos comenzaban a cerrar puertas y el tren estaba ya listo para salir. En un último y desesperado intento, me subí a otro vagón en busca de algún alma caritativa que quisiera hacerse cargo de aquellas cuartillas que llevaba en la mano. «¡Mozo!», comencé a gritar a la desesperada, porque el tren se había puesto ya en movimiento. Y efectivamente, vi un mozo a mi espalda que estaba preparando la cama de un general que se hallaba detrás de él, vestido con lo que parecía ser su uniforme de gala. El general me sonreía, pensando quizá que yo debía de ser su compañero de viaje. Se me congeló la mano y las cuartillas que llevaba en ella y, optando de nuevo por la huida, salté del tren cuando ya empezaba a coger velocidad. Regresé al lugar en el que se encontraba mi amigo con el rabo entre las piernas y con las miradas de todos aquellos policías que patrullaban el andén clavadas en mi cogote, o al menos así me lo parecía a mí en aquellos momentos. Al verme llegar cabizbajo, Jay comprendió lo que había pasado y me dijo: «¡No te preocupes… Esto se arregla con una buena cena!».

Y la verdad es que mi amigo tenía razón. Aquella noticia fue, como mi frustrada misión, un viaje a ninguna parte. Y la salvación de la República llegó del lugar más inesperado… Fue el propio José María Gil Robles el que convocó un rueda de prensa donde aseguró con toda firmeza: «En España no habrá dictadura… ¡La CEDA no va a permitir el fin del régimen parlamentario!». Entonces, y solo entonces, apareció de nuevo Alejandro Lerroux (que llevaba varios días sin decir esta boca es mía) y se «ofreció a salvar la democracia y la República»… Aquellos eran demasiados obstáculos para el Ejército, algunos de cuyos sectores no habían visto con buenos ojos la intervención de la Legión y de las tropas regulares moras por primera vez en la Península.

Quizá también influyera en el Ejército el hecho de que el momento de la huelga revolucionaria parecía haber pasado. A pesar de los masivos despidos en

algunas empresas, los sindicatos en Madrid habían dado órdenes a sus afiliados de regresar a sus puestos de trabajo. Pero insisto en que la figura clave que solucionó aquella crisis y deshizo el golpe de Estado fue José María Gil Robles. ¿A qué se debió aquel repentino cambio de corazón, aquella emocionada declaración a favor de la República? Me imagino que el Vaticano no fue del todo ajeno a ello… Un Vaticano escarmentado por los sucesos de Austria y la muerte de Dollfuss, un Vaticano tan temeroso de un régimen comunista como de la aparición de un dictador fascista.

X

El fracaso de Azaña

EL año 1935 fue un período de convalecencia política para España. Cincuenta mil de los sesenta mil presos políticos salieron de las cárceles españolas. Ninguna de las figuras más destacadas de la revolución de Asturias fue ejecutada, pero sí algunos hombres que no habían jugado un papel tan relevante en la revolución, entre ellos el sargento Vázquez. Resulta que Vázquez estaba destinado a la guarnición de Oviedo cuando estalló la revolución y decidió desertar para ayudar a los mineros asturianos, que por cierto andaban bastante escasos de estrategia militar, tal como se comprobaría unos días más tarde. Cuando se capturó a Vázquez, el Ejército se negó en redondo a concederle el indulto.

El socialista González Peña recibió una sentencia de treinta años después de que la pena de muerte le fuera conmutada, lo mismo que Lluís Companys y los miembros de su gabinete de la Generalitat. La sentencia más extraordinaria fue sin duda la que recibió Largo Caballero, que fue… ¡liberado por falta de pruebas! O sea, que después de haber interrogado a los sesenta mil presos políticos que estaban en prisión no se había encontrado prueba alguna contra Caballero… Lo cual demuestra muchas cosas, entre otras, que aquella huelga general revolucionaria —y no era lo único en España— se había planeado y organizado sin documento escrito alguno. Me imagino que Caballero daría instrucciones verbales a Araquistáin, y este transmitiría la información a los diferentes mandos y representantes sindicales. Caballero me contaba que, durante los días que duró la huelga, burlaba la vigilancia policial que había ante su domicilio vistiéndose con la ropa y la gorra de su chófer. En cualquier caso,

fue arrestado en su domicilio el 14 de octubre y pasó varios días en comisaría prestando declaración sin que pudiera imputársele participación alguna en los sucesos que estaban ocurriendo en toda España. Hay que tener en cuenta que si aquella huelga revolucionaria hubiera triunfado, es más que probable que Caballero habría presidido un gobierno en el que habrían figurado republicanos de izquierda y socialistas como Araquistáin y Álvarez del Vayo.

Nunca he logrado averiguar cuáles fueron los entresijos de aquella huelga revolucionaria de 1934. Me consta, por ejemplo, que Lluís Vallesca, hombre de confianza de Companys, estuvo en Madrid aquel verano para negociar con Caballero un acuerdo entre socialistas y nacionalistas catalanes en la eventualidad de que la CEDA entrara en el gobierno de Lerroux. Pero está claro que no hubo coordinación alguna entre los socialistas de Madrid y el gobierno de Cataluña en lo que se refiere al momento escogido para iniciar la revuelta, ni menos aún en los objetivos a conseguir. Cuando estalló la rebelión catalana, Azaña se encontraba en Barcelona por casualidad, asistiendo al entierro de un amigo, y fue encarcelado por Lerroux durante unos meses. Recibió un trato muy duro, sobre todo teniendo en cuenta que aquel hombre había sido presidente de la República. Al salir de la cárcel, publicó un libro donde se hablaba mucho de sus sufrimientos en la prisión y muy poco de los del pueblo español en aquella rebelión de octubre.

La prensa de derechas se ensañó con Indalecio Prieto, acusado de huir hacia Francia en cuanto sonaron los primeros disparos en Madrid. Decía aquella prensa, con evidente regocijo, que aquel «toro» habría que lidiarlo en alguna plaza del sur de Francia. De hecho, Prieto permaneció algunos días oculto en Madrid y después fue conducido a la frontera por su amigo Hidalgo de Cisneros, que tenía pasaporte diplomático. Parece ser que cruzó la frontera en el maletero del coche de Cisneros, que los oficiales de aduana afortunadamente no revisaron. De todos modos, las huidas a Francia de Prieto eran ya proverbiales. En 1917 había sido el único líder socialista que consiguió salir de España después de la huelga del mes de agosto. En 1930, tras el pronunciamiento de Jaca, salió del país vestido de fraile benedictino. Cuenta la leyenda que el oficial de aduanas que revisaba los papeles de aquel fraile le pisó, sin querer, la sandalia y su pie desnudo, y el fraile soltó tal torrente de insultos e imprecaciones que dejaron boquiabierto al oficial ante aquel religioso tan malhablado.

¿Qué puedo decir de Indalecio Prieto que no se haya dicho ya? Prieto es la figura de más peso —en todos los sentidos de la palabra— del ala derecha del Partido Socialista. Si Besteiro vive el socialismo desde las nubes de su

educación y principios liberales, Prieto se apoya pragmático con los dos pies en la tierra. Además, Prieto es —rara avis en España— un hombre que se ha hecho a sí mismo, un hombre que ha adquirido el diario *El Liberal* de Bilbao, el mismo que solía vender en las calles cuando era niño. *El Liberal*, por cierto, continuaba siendo «liberal», aunque simpatizara a menudo con las ideas de los socialistas. Prieto tenía importantes contactos con los grandes industriales vascos y, a través de ellos, con los partidos nacionalistas. Tanto Prieto como Besteiro constituían, por tanto, esa cabeza de puente tendida entre liberales y socialistas sobre la que se asentaba la filosofía misma de la República española.

Prieto se había opuesto siempre a cualquier acción violenta, pero en aquel verano de 1934 se había involucrado personalmente en la formación de las milicias socialistas, aquellos jóvenes que llevaban camisas rojas y que se habían constituido en francotiradores al iniciarse la huelga revolucionaria del mes de octubre. Durante quince días oímos desde las azoteas sus esporádicos disparos, que habían quitado la vida a algunos madrileños y el sueño a todos.

También debo decir que Prieto era amigo de grandes proyectos, como el que realizó en Madrid cuando fue ministro de Obras Públicas, entre 1931 y 1932. Se trataba del llamado «Túnel de la Risa» que atravesaba la ciudad de Madrid por el subsuelo, uniendo la estación de Atocha, en el sur de la ciudad, con los suburbios de Chamartín en el Norte, donde pensaba construir una nueva estación. Prieto se proponía acabar la línea directa Burgos-Madrid y enlazarla con aquel «Túnel de la Risa», de forma que los pasajeros que vinieran del norte de España pudieran continuar viaje hacia Algeciras sin bajarse del tren. Se trataba de reducir el viaje entre París y los *ferrys* que llevaban al norte de África en muchas horas.

Para mí, como para tantos otros, constituía uno de los esfuerzos más serios que se habían proyectado para modernizar las comunicaciones en España. Por eso resultaba casi divertido leer los comentarios de la prensa de derechas —*Informaciones, ABC, El Debate*— en contra de ese «Túnel de la Risa», cuando insistían en que todo era una maniobra de Francia para transportar sus tropas lo más rápidamente posible al norte de África en caso de una guerra colonial. La prensa de derechas era en aquellos días decididamente germanófila, y pensaba que aquellos proyectos de Prieto y sus «amigos» franceses nos arrastrarían, tarde o temprano, a un conflicto con Alemania.

Algo de verdad había en todo esto. Francia llevaba tiempo proyectando una línea de ferrocarril transahariana que habría de acabar uniendo todos los países del norte de África y que se comunicaría con Europa a través de un túnel

subterráneo bajo el estrecho de Gibraltar. El proyecto de Indalecio Prieto enlazaría, por tanto, con el proyecto francés. Lo que ocurría es que yo no conseguía ver qué consecuencias negativas podía tener el llevar la civilización y la tecnología europeas al norte de África. ¿No había llegado el momento de que las grandes potencias se unieran y realizaran estos proyectos en lugar de rivalizar y pelearse? ¿Cuál era la misión de las potencias coloniales, llevar la prosperidad a sus súbditos o el hambre, la miseria y la destrucción?

En cualquier caso, parecía increíble que la derecha española se opusiera a aquel proyecto de Indalecio Prieto, de vital importancia para incrementar el comercio y el turismo en España. Pero no hubo manera, y aquel proyecto nunca se llegó a completar. En lo que se refiere a los madrileños, el «Túnel de la Risa» habría transportado a los viajeros desde el corazón mismo de la ciudad hasta la cercana sierra del Guadarrama, permitiendo el acceso directo y rápido a uno de los lugares más hermosos del centro de la Península.

El primero en lamentar que no existieran rápidas comunicaciones entre Madrid y el sur de España era yo mismo. Mi amigo Jay Alien se había cansado de ser periodista en Madrid y había alquilado un chalé en Torremolinos, un pequeño pueblo al otro lado de la bahía de Málaga. Yo hice frecuentes viajes para visitarle en aquel año de 1934, y a lo largo de 1935, que fue un año sin grandes noticias políticas en lo que a España se refiere. En una ocasión pregunté por qué un expreso como el Madrid-Algeciras realizaba tantas paradas en su recorrido —contabilicé hasta nueve paradas en un trayecto de cincuenta kilómetros— y me dijeron que era cosa de los caciques andaluces, que presionaban a Renfe para que el tren se detuviera en los pueblos que ellos indicaran.

De todos modos, me encantaba despertarme en algún lugar de Andalucía, después de dejar atrás Córdoba, y contemplar, con el fresco aire de la mañana, a algún muchacho a lomos de un burro cantando alguna canción del Sur, tan parecidas, por sus tonos nasales, a las que había oído en el norte de África… Después, al entrar en las cantinas de las pequeñas estaciones, me enfrentaba con la dura realidad: niños sucios rodeados de moscas que corrían hacia mí pidiéndome comida y dinero. Recuerdo especialmente la estación de Boadilla, donde el expreso se dividía —unos vagones iban para Algeciras y los otros para Málaga—, llena de perros esqueléticos husmeándolo todo en busca de comida y cruzando una y otra vez las vías del tren sin poner atención en las maniobras de las máquinas, enganchando y desenganchando vagones. El hambre en Andalucía no se ocultaba, sino que afloraba a la superficie. Desde Boadilla descendíamos

hacia Málaga pasando por los grandes embalses construidos por Primo de Rivera para llevar el agua a las tierras de Málaga. Y al llegar a Málaga, recuerdo que solía ir a una farmacia de la calle Larios, donde me atendía una joven andaluza, rubia por más señas, y allí estaba yo, pidiéndole cualquier cosa solo por ver su cara y oír su delicioso acento…

Mi primera visita a Gibraltar la hice desde Málaga con Jay Alien. Recuerdo todavía la impresión que me causó aquella colonia inglesa en el corazón de Andalucía, con los *bobbies* y sus famosos cascos, como si estuviéramos en el centro de Londres. El día que Jay y yo visitamos Gibraltar coincidió con la llegada de dos batallones de los *Highlanders*, unos procedentes de Palestina y los otros de Jamaica, y para celebrar aquel encuentro realizaron un gran desfile militar por el centro de la población. Las líneas de comunicación del Imperio se cruzaban en aquel peñón, y aquel espectáculo que se desarrollaba ante nuestros ojos, tan vistoso y tan marcial, daba fe de que el Imperio todavía existía, pero no de hasta cuándo seguiría existiendo. Por lo demás, Gibraltar es totalmente británico —con sus salones de té y sus tabernas— y nada tiene de español. Jay quiso saber dónde se dirigiría la tropa que aquella noche tenía permiso en Gibraltar, y le dijeron que tenían autorización para visitar la vecina población de La Línea. Jay, que nunca se quedaba callado, quiso saber si al volver de La Línea se realizaba algún control médico en Gibraltar, antes de que los soldados embarcaran de nuevo. Como buen americano, Jay se preocupaba mucho por las cuestiones sanitarias y decía que en el Ejército americano la sanidad se situaba siempre en primer lugar.

En los días de aquella Semana Santa también estuvimos en Málaga con mi amiga Lisa, una joven austríaca que había conocido en esa ciudad. Recuerdo presenciar con ella las procesiones religiosas y observar el entusiasmo y la devoción que despertaba el paso de las imágenes religiosas por el centro de la ciudad. Recuerdo también que, a medida que uno se iba alejando del centro y se internaba en los barrios más pobres, la devoción de la gente no parecía tan grande y las personas no se arrodillaban al paso de las imágenes.

Mientras tanto, en Madrid se produjeron varias «tormentas en un vaso de agua» (o en una taza de té, como decimos nosotros). En el mes de abril, el presidente de la República dijo aquello de que «no toleraría en España una República del Vaticano». Estas palabras en boca de Alcalá Zamora eran, cuando menos, sorprendentes.

La CEDA pretendió indignarse y sacó a sus ministros del gobierno… ¡pero solo fue para volver reforzada después de un mes de negociaciones! El nuevo

gobierno tenía nada menos que cinco ministros de la CEDA, entre ellos el propio Gil Robles, que se hizo cargo del Ministerio de la Guerra. En cambio, uno de los perdedores de aquella crisis fue Jiménez Fernández, que se definía a sí mismo como «cristiano-socialista» y pretendía lanzar una reforma agraria en Extremadura y otras regiones del Sur. Los monárquicos habían denunciado a Jiménez Fernández en las Cortes, tachándole de «rojo». Así que Robles decidió prescindir de él, a pesar de ser el único ministro de la CEDA respetado por los partidos de la oposición.

En el mes de agosto, Robles creó otro pequeño revuelo al mandar tropas al estrecho de Gibraltar. En aquellos días el Parlamento británico debatía las sanciones que habrían de imponerse a Italia por la invasión de Etiopía, y se había hablado de la posibilidad de cerrar el estrecho —o al menos ejercer un control estricto de los barcos que lo cruzaran— para impedir el aprovisionamiento de las tropas italianas. Ni corto ni perezoso, Robles envió tres batallones de infantería que se desplazaron desde Málaga a Algeciras, y un regimiento de caballería desde Sevilla a Algeciras. Se trataba, naturalmente, de dar un toque de atención al gobierno de su majestad, y la prensa afín al gobierno lo subrayó indicando que «Gran Bretaña no puede tomar ninguna decisión con respecto al estrecho sin consultarla antes con el gobierno español».

En aquellos días del mes de agosto, el propio Robles se encontraba de vacaciones en San Sebastián, y al ser interrogado por los periodistas dijo que se trataba simplemente de unas «maniobras» y que, como ministro de la Guerra, estaba «reorganizando los emplazamientos del Ejército en el sur de España». Con aquella evasiva pretendía restarle importancia a los hechos. A mí se me ocurren dos comentarios al respecto. El primero, que Robles actuó a la ligera, porque las decisiones políticas y, sobre todo militares, no pueden basarse en simples «rumores». La segunda, que si Robles actuó como lo hizo fue por presiones del Vaticano, que defendía unos intereses de Italia aparentemente amenazados. O quizá las presiones para que Robles actuara de aquella manera vinieran directamente de Alemania, a través de los generales españoles —Goded o Franco— que le eran afines.

A pesar de este pequeño incidente, puedo asegurar que las relaciones entre la derecha española y el gobierno inglés eran entonces excelentes. Mis contactos en la Embajada británica me aseguraban que «un gobierno fuerte de derechas en España era la mejor garantía contra los bolcheviques», y cuando yo les preguntaba qué ocurriría si esa derecha se aliaba con Alemania e Italia, me contestaban que los «intereses económicos y comerciales de España la obligarían

siempre a alinearse con las grandes potencias».

De todos modos, aquel estira y afloja continuaba entre bastidores. Parece ser que Anthony Edén había pedido al ministro de Asuntos Exteriores portugués, el doctor Montheiro, que intercediera en Madrid a favor de las sanciones de Gran Bretaña contra el gobierno italiano. El día en que Montheiro llegó a Madrid, *El Debate* atacaba en un editorial a la prensa portuguesa por sugerir que «España y Portugal debían realizar una política exterior común», lo cual era una manera de indicar que debían alinearse con las grandes potencias. *El Debate* reclamaba la «independencia» de España en su política exterior, deseo muy laudable pero ciertamente difícil en aquella coyuntura. En el banquete oficial que el gobierno ofreció aquella noche al ministro Monteiro había cinco sillas vacías, las de los cinco ministros de la CEDA.

Visité varias veces la Cárcel Modelo de Madrid, donde no había estado desde el año 1932, cuando le hice una entrevista a Ramiro de Maeztu, arrestado poco después del levantamiento de Sanjurjo. Maeztu era una persona encantadora, casado con una inglesa, con el único defecto de que se dejaba llevar por una causa que defendía con excesivo ardor. En su juventud había simpatizado con el anarquismo, y ahora, con el mismo entusiasmo suicida, defendía el catolicismo ultramontano.

Pero, en fin, en 1935 Maeztu ya no estaba en la cárcel y en su lugar se hallaban sus adversarios políticos. Al primero que divisé detrás de las rejas fue a Francisco Largo Caballero, a quien pregunté cómo le trataban en prisión: «No tengo nada que decir a la prensa», fue su lacónica respuesta… ¡La mejor entrevista de mi vida! En realidad, yo iba a ver a mi amigo Luis Quintanilla, que había sido arrestado porque en su domicilio encontraron a un líder socialista revolucionario que la policía andaba buscando. Quintanilla empleó su natural simpatía para congraciarse con el director de la cárcel, que le había permitido instalar su estudio en el interior de la celda que ocupaba, y así pasaba las horas pintando. Alguna influencia en la cárcel debía de tener porque, cuando le pasé la botella de whisky que había llevado para él, nadie nos dijo nada.

Detrás de las rejas, junto a Quintanilla, estaba Ogier Preteceille, uno de los editores de *El Socialista*, que además era corresponsal en Madrid de un periódico londinense. Preteceille me contó que, cuando le arrestaron, los guardias de asalto le habían aporreado diciendo: «Esto es para que aprendáis a no meteros en los asuntos de España». La prensa extranjera había resultado bastante malparada en ese bienio de gobierno de la derecha. Dos periodistas extranjeras, Ilse Wolff y Simone Tery, habían sido expulsadas del país. Reginald

Calvert, de Reuters, fue encarcelado… Tampoco los intelectuales habían salido mejor parados. Allí, detrás de las rejas, estaba el estudioso portugués Ramos Oliveira, que se convertiría más adelante en un excelente agregado de prensa de la Embajada española en Londres.

¡Qué excelente novela hubiera podido escribir un novelista sobre las tres mil almas que en aquellos días albergaba la Cárcel Modelo de Madrid y que iban desde el idealista y soñador hasta el agitador político, desde el carterista hasta el asesino, desde el estraperlista hasta un grupo de jóvenes que acababa de ser arrestado en un local de la calle Jardines por mostrar una decidida preferencia por otros jóvenes de su mismo sexo! Largo Caballero se pasó doce meses en la cárcel antes de ser liberado sin juicio. Unas semanas antes de su liberación se le había permitido abandonar la cárcel para asistir al funeral de su mujer. El funeral se convirtió en un mitin político, y cerca de veinte mil personas habían acompañado a Caballero hasta el cementerio. Allí, junto a la tumba de su mujer, vi a varios jóvenes levantando el puño en alto. Era la primera vez que contemplaba el saludo marxista.

Quizá se hubiera usado antes en España, pero yo no lo observé hasta esa tarde del mes de septiembre de 1935 en el cementerio de Madrid. Unos minutos más tarde, el saludo se convertía en amenaza, cuando la multitud levantaba el puño frente al domicilio del presidente Alcalá Zamora. Y lo curioso es que uno de sus hijos, Luis, iba con nosotros en la manifestación. Este joven había sido procesado por ciertos comentarios que hizo a un oficial durante la revolución de Octubre cuando estaba en el Ejército. Parece ser que había devuelto la paga recibida como soldado durante el mes de la revolución al ministro de la Guerra, y todo ello había causado un cierto revuelo en círculos militares. Aquel desfile funerario era en realidad una muestra de solidaridad para con las víctimas de aquel sangriento octubre.

A todo esto estalló en España el famoso escándalo del «estraperlo», vocablo formado por la unión de los apellidos —Strauss y Perlowitz— de dos aventureros que habían venido a España a buscar fortuna. Strauss había inventado una nueva ruleta que en lugar de treinta y seis tenía solo doce números, para, con esta reducción, favorecer no solo la fortuna, sino también la destreza de cada jugador al arrojar los dados. Sea como fuere, los dos casinos que utilizaron este tipo de ruleta —San Sebastián y Mallorca— tuvieron que cerrar precipitadamente acusados de ganancias ilícitas. El escándalo adquirió dimensiones políticas al verse implicado Aurelio Lerroux, hijo de don Alejandro. Hacía pocos meses que la derecha había llegado al poder en la República y ya el

fantasma de la corrupción planeaba sobre ella. Lerroux hubo de abandonar precipitadamente el gobierno, pero el escándalo había dañado ya no solo a los radicales, sino a toda la derecha, o quizá, para ser más exactos, a la clase media, una clase que ofrecía su imagen más frívola justamente en aquellos meses tan dramáticos que estaba viviendo el país.

¡Mientras las huelgas revolucionarias convulsionaban al país, las clases más adineradas se divertían inventando nuevos juegos de ruleta!

El escándalo del estraperlo, que tuvo una enorme repercusión en la opinión pública, había perjudicado a la imagen de la derecha, pero, en cambio, había fortalecido a la República. Quiero decir con esto que, en aquellos momentos, un sentimiento prevalecía sobre los demás en España, un sentimiento de apoyo total e incondicional a la República democrática. Nunca quedó esto tan patente como en aquella mañana gris del mes de noviembre de 1935, cuando asistí a un mitin que daba el republicano Manuel Azaña.

Pocos políticos han conseguido reunir un número tan elevado de personas para escuchar sus palabras. Los asistentes a aquella reunión eran, desde luego, más de doscientos mil, y quizá llegaron a los trescientos mil. Y eso que los organizadores parecían haber hecho lo posible para desanimar al personal. El mitin se celebraba en un lugar extremadamente incómodo, un descampado llamado Campo de Comillas, cerca de Carabanchel, en las afueras de Madrid. La mayoría de los espectadores estaban tan lejos que ni siquiera podían ver al antiguo jefe del gobierno, y los altavoces funcionaban de una forma tan defectuosa que a menudo tampoco podían oírle. Se había hecho poca y mala publicidad del mitin y el gobierno, aunque había dado permiso para su celebración, estaba dispuesto a poner todas las trabas posibles para entorpecerla. La Guardia Civil había colocado controles en las carreteras, que se dedicaban a desviar muchos camiones que acudían desde los pueblos al mitin de Azaña. Y para colmo, a los organizadores se les había ocurrido cobrar la entrada, desde las quince pesetas que costaba la localidad de asiento más cara hasta la peseta y media que costaba la más barata. Ningún partido político había organizado aquella reunión y no existía presión alguna para que la gente acudiera a ella; al contrario, los patronos miraban con evidente desagrado a los obreros que asistieron. ¿Qué razón había, entonces, para que doscientas mil personas se concentraran en aquella mañana fría del mes de noviembre de 1935 en aquel descampado de Carabanchel? ¿Cuántos líderes europeos eran capaces, en ese momento, de convocar a tamaña multitud para que escucharan un simple discurso sin ningún aderezo, sin ningún desfile, espectáculo o parada militar que

tanto encandilan a las masas?

Habían llegado desde los rincones más remotos del país, algunos habían viajado cientos de kilómetros en camiones abiertos bajo un cielo inclemente, y cuando el discurso hubo concluido, se subieron de nuevo a los camiones para emprender la misma ruta de regreso por inhóspitos caminos. Yo me senté junto a un amigo mío que había venido desde Egea de los Caballeros, en Aragón. Era el joyero de la localidad, apasionado defensor de las ideas republicanas. Más tarde recibiría una carta escrita en Egea que decía escuetamente: «Emilio murió el 6 de septiembre de 1936 a consecuencia de una enfermedad causada por los continuos desplazamientos a Madrid». Era la fórmula convenida, para evitar la censura, de decir que había sido fusilado. Junto con Emilio, cuarenta campesinos habían viajado aquel día de noviembre de 1935 desde Egea de los Caballeros al mitin de Madrid. Muchos pagarían cara tamaña osadía.

Aquellas doscientas mil personas que aguardaban pacientemente a que Azaña empezara su discurso representaban en realidad a veinte millones de españoles. Eran la presencia visible de una España ansiosa de escuchar de nuevo la voz de la persona que consideraban aún el símbolo de la democracia. Habían visto a Azaña fracasar en una ocasión, pero seguían confiando en él. Lo que aquella multitud esperaba, en aquella fría mañana del mes de noviembre en Carabanchel, es que se produjera un milagro. El milagro de oír que la democracia no había muerto y que, si estaba en peligro, los republicanos se hallaban dispuestos a salvarla. El milagro de oír a Azaña pronunciarse sobre un programa concreto, el compromiso solemne con todos sus electores de realizar todas aquellas reformas que no se habían realizado y que habían paralizado la marcha de la República: tierra para los campesinos que la necesitaban, nacionalización de aquellas empresas privadas que no eran competitivas, expulsión definitiva de la Iglesia católica del gobierno de la República, limpieza total en el Ejército español de aquellos elementos contrarios a la República, liquidación del cuerpo de la Guardia Civil y sustitución por otro cuerpo de policía que aceptara los principios de la República, educación para todos los españoles proporcionada por el Estado.

Para oír estas verdades tan simples se había desplazado aquella multitud desde todos los puntos de la Península. Lo más trágico de España, en los años que yo llevo viviendo en este país, es contemplar el espectáculo de unas multitudes, de unas masas, que buscan, que piden a gritos un líder que les conduzca hacia la plena democracia, esperando, siempre esperando que aparezca, esperando contra toda esperanza… Yo también, sentado entre aquella

multitud, esperaba que se produjera el milagro, el milagro de contemplar a Manuel Azaña convertido en líder de masas, el milagro de ver que sus palabras arrastraban a multitudes, el milagro de ver que toda la tinta que llevaba aquel hombre en las venas se convertía por fin en sangre, que su pasión política estallara al fin en un discurso que galvanizara a unas multitudes que habían venido justamente a eso, a ser galvanizadas.

Pero la vida no está hecha de milagros. Azaña comenzó su discurso con voz monocorde hablando de las relaciones internacionales para adentrarse después en temas económicos, haciendo un sutil análisis de la política económica del gobierno, la inflación y la incidencia que todo ello tenía en las reservas de oro del Estado. Excelente discurso, sin duda alguna, para una reunión de economistas o para los postres de algún banquete de altos dirigentes empresariales… En el fondo, Azaña se tenía miedo a sí mismo, tenía miedo del entusiasmo que en aquellos momentos concitaba su persona. Sobre todo tenía miedo de arrastrar a aquellas multitudes tras de sí para luego no tener nada que ofrecerles. El liberalismo decimonónico que predicaba y que tanto impacto tuvo en los primeros días de la República había quedado ya desfasado, hueco de sentido. Lo que aquella gente buscaba era alguien que sacara a la República del atolladero en que se encontraba, que diera el empujón decisivo que el país necesitaba para pasar del siglo XIX al XX. En contra de lo que pensaba el señor Azaña, España, en aquellos momentos, no podía valerse por sí misma. No bastaba con aplicar un estricto programa de libertades públicas para que el país saliera adelante. Azaña, a pesar del respaldo popular que siempre había tenido, no supo crear un partido político en torno a él que fuera capaz de sacar el país de la angustiosa situación en la que se encontraba. Azaña era una persona culta, inteligente, sensible, producto del medio en el que había nacido. A mí no me cabe la menor duda de que este hombre en Francia o en Inglaterra habría tenido un brillante porvenir político. Pero, en España, sus innegables dotes personales no eran suficientes. Azaña habría tenido que vencerse a sí mismo, es decir, vencer los prejuicios de su propia clase, para convertirse en el líder popular que la gente buscaba en él, capaz de arrastrar al país por el sendero de un concepto nuevo, combativo y progresista.

Así que la gente regresó a sus hogares con las manos vacías. Ya no les quedaba un resquicio de esperanza para creer que las cosas cambiarían, que sus hijos irían a la escuela y que incluso llegarían a ir a la universidad, que habitarían en viviendas dignas y no en las chabolas que ahora ocupaban. Y aquella falta de esperanza en un futuro mejor traería consigo la violencia,

disparos contra la Guardia Civil, incendios de iglesias… Y entonces las personas bienpensantes se echarían las manos a la cabeza, algunos oficiales se reunirían en los cuarteles para preguntarse hasta cuándo podían tolerar aquella situación, cómo podían permitir que aquellas hordas de salvajes pisotearan los principios de la civilización y la decencia…

Me marché del mitin de Azaña totalmente deprimido, pensando que este país no tenía solución. Solo me consolaba pensar que no estaba en la piel de Manuel Azaña, de un hombre que había tenido la salvación y la solución de los problemas de España en la punta de los dedos, pero que una vez más había dejado pasar la ocasión.

XI

Victoria

HUBO tres gobiernos en los últimos tres meses de aquel año de 1935, lo cual constituirá todo un récord, incluso para la República española… Cuando don Manuel Pórtela Valladares formó gobierno el 9 de diciembre de aquel año, era el número once desde 1933, es decir, desde que la derecha llegara al poder: Lerroux había presidido cinco gabinetes, el señor Chapaprieta dos, y el resto los habían presidido Ricardo Samper y Martínez Barrio. En la República de España se cambiaba de gobierno como de chaqueta, y aquella ligereza era, sin duda, causa, o síntoma, de la debilidad de la propia República.

Pero había otras razones para explicar aquel continuo seísmo político que se producía en España. Existe una ley muy antigua en este país según la cual cualquier persona que acepte una cartera ministerial recibirá una pensión anual de diez mil pesetas. Si una persona jura el cargo de ministro pero a las pocos días o a los pocas horas es cesado (lo cual ha sucedido en más de una ocasión), sigue percibiendo esa pensión de por vida. Se comprende entonces que una cartera es un seguro de vida para cualquier político español. Voy a poner un ejemplo para que se comprenda mejor este asunto.

Me tomé el trabajo de contar los ministros pertenecientes al Partido Radical en este bienio de gobierno de la derecha y contabilicé treinta y ocho. Teniendo en cuenta que el número de diputados radicales durante estos dos años ascendía a unos cien, se puede comprobar que el porcentaje es altísimo. Cualquiera de esos cien diputados podía tener justificadas esperanzas de que a él también le tocara la lotería…

Sin embargo, no todo el mundo se apuntaba a esta dinámica. En este sentido,

cabe destacar la honradez de los socialistas, quienes —entre 1931 y 1933— mantuvieron a los mismos tres ministros (Prieto, Caballero y De los Ríos) a pesar de los numerosos cambios de gobierno que se produjeron en aquellos dos años… En esto los socialistas fueron inflexibles y no permitieron que otros miembros del partido se beneficiaran de esas pensiones que el Estado español tan dadivosamente concedía.

Particularmente sangrante fue, desde mi punto de vista, la caída del gobierno que presidía Joaquín Chapaprieta. Se debió simplemente a que ni los de la CEDA ni los monárquicos aceptaron el plan de reformas fiscales diseñado por el presidente. Este se proponía introducir algunas reformas en un sistema fiscal en el que solo se pagaban impuestos por unos ingresos superiores a las cien mil pesetas anuales, en el que la imposición por cantidades superiores a esta cifra era únicamente del tres por ciento, y en el que había tal cantidad de excepciones al reglamento que prácticamente nadie en el país pagaba impuestos. España era, en definitiva, un paraíso fiscal para la gente rica, un país —como alguien había dicho de Grecia— muy pobre pero lleno de ricos. No había más que asomarse a la Gran Vía madrileña cualquier noche y contemplar las grandes filas de cochazos y limusinas detenidos ante los bares de cócteles y los clubes nocturnos. Aquel era el país que el señor Chapaprieta pretendía comenzar a cambiar con su timidísima reforma fiscal, y por eso producía vergüenza ajena contemplar cómo aquel hombre era expulsado del gobierno.

Su sucesor, como ya he señalado antes, fue Francisco Pórtela Valladares, de cabello blanco y maneras elegantes, conocido como *El Consorte* porque estaba casado con una mujer que ostentaba el título de condesa. Pórtela era una persona mayor, de más de setenta años, cuya actividad política se había iniciado a principios de siglo en Barcelona, donde había sido gobernador civil. Parece ser que Pórtela había convencido al presidente Alcalá Zamora para formar un partido de centro, que él mismo presidiría, y poder así concurrir a las elecciones. Pórtela pertenecía al Partido Radical, pero siempre había actuado con cierta independencia. Con su partido de centro pretendía actuar de bisagra entre la izquierda y la derecha en las Cortes españolas. Los de la CEDA, naturalmente, no vieron con buenos ojos la iniciativa de Pórtela, pensando, con razón, que aquel partido de centro no haría sino quitarles votos a ellos. Para mayor escarnio, el gobierno de Pórtela no incluía a ningún miembro de la CEDA. El presidente se enfrentaba a una moción de censura que el propio Gil Robles presentaría en las Cortes cuando estas abrieran de nuevo sus puertas tras la pausa navideña. La disolución de la Cámara fue la única salida posible a aquella crisis política, y el

país, en el nuevo año de 1936, se enfrentaba a unas elecciones que serían decisivas. La temperatura política subía a medida que se acercaba el mes de febrero, fecha en la que debían celebrarse.

El último día del año 1935 quedaba formado el Frente Popular, integrado por todos los partidos republicanos (excepto los radicales), los socialistas y los comunistas. En los partidos de derechas la división era patente. La extrema derecha quería aislar al partido de Gil Robles por el escaso éxito de su gestión en el poder y propugnaba la abstención. A solo diez días de las elecciones legislativas quedó formado el Frente Nacional, integrado por la CEDA y los partidos monárquicos. Esto situaba a la derecha en una cierta desventaja respecto a la izquierda, que había iniciado su campaña electoral varias semanas antes. Pero, y para compensar, el Frente Nacional disponía de abundantes fondos para su campaña electoral y se permitía el lujo, desconocido en los partidos de izquierda, de contratar un personal que la llevara a cabo. Desde luego, el despliegue de carteles y panfletos que realizaron en las calles de Madrid fue comparable al de las elecciones de 1933. Pero algo había cambiado respecto a las últimas. La derecha, al menos en parte, parecía haber perdido la confianza en sí misma. Un día, paseando por la calle de Alcalá, se me acercó un joven que me entregó un panfleto con la hoz y el martillo estampado en la portada. Al abrirlo me di cuenta de que se trataba, en realidad, de propaganda católica. Aquella manera de camuflar el producto que vendían me hizo pensar que la derecha no las tenía todas consigo.

En aquellos días, ninguno de nosotros éramos conscientes de la importancia trascendental de esas elecciones ni suponíamos que el mundo entero estaría pendiente de ellas y que constituirían motivo de discusión durante meses o incluso años. En la víspera de las elecciones me di una vuelta por un distrito de clase obrera, Cuatro Caminos. No pude ver un solo cartel del Frente Nacional. No es que la izquierda los hubiera arrancado de las fachadas, sino que la derecha no se había atrevido a pisar ese barrio para colocar su propaganda electoral, prueba de que la temperatura política del país había subido muchos grados en los últimos días.

Quintanilla me había dicho una noche mientras cenábamos juntos: «La victoria del Frente Popular será aplastante». Se estaba recuperando de los ocho meses que había pasado en la cárcel, pero mientras tanto había tenido un pequeño incidente. Un día, cuando se encontraba en el café Negresco tomándose una cerveza, se le acercó un joven y le entregó, de manera algo violenta, un panfleto de propaganda fascista. Ni corto ni perezoso, Luis cogió la botella de

cerveza que tenía a mano y se la partió en la cabeza. Al infortunado joven hubo que darle varios puntos antes de que pudiera regresar a su casa. Ahora Quintanilla temía la venganza de los falangistas y había decidido tomar sus medidas de precaución. Una mañana, cuando le visité en el parque del Oeste, donde estaba realizando un gigantesco mural en honor de Pablo Iglesias, me di cuenta de que, entre los pinceles, escondía un revólver del calibre cuarenta y cinco.

Quintanilla no se equivocó en sus predicciones electorales. Yo contaba con que una mayoría del país apoyaría al Frente Popular, pero no subestimaba los obstáculos que la derecha pondría a un hipotético triunfo de la izquierda. El partido de Pórtela Valladares, que en teoría ocupaba el espacio del centro entre los dos grandes frentes de izquierda y derecha, en la práctica podía ayudar a Gil Robles colocando algunos de sus hombres en sus listas. Conocía también la línea directa que había entre el despacho de Gil Robles y la Jefatura de Policía, de manera que este podía ejercer un control directo sobre las fuerzas de seguridad del país. La derecha, desde luego, no se recataba en usar cualquier método para conseguir votos. En una compañía de seguros habían colocado ostentosamente en el vestíbulo un retrato del rey Alfonso XIII para que sirviera de constante recordatorio a los empleados que iban a votar en las próximas elecciones. En algunas oficinas concedían el día entero a aquellos empleados que se sabía votarían a la derecha. Conocía a un señor, dueño de varios edificios de apartamentos en Madrid, que llevaba a los porteros de estos edificios a votar en coche, asegurándose, naturalmente, de que a la hora de votar cogían una papeleta de derechas. También había muchas amas de casa que «acompañaban» a sus criados a los colegios electorales para «enseñarles» cómo se votaba.

En los colegios electorales, era muy diferente ser interventor de izquierdas que de derechas. Los de derechas recibían un sueldo de quince pesetas, además de las comidas y un cigarro puro. La única recompensa que recibía un interventor de izquierdas era que, si su jefe se enteraba, le ponía en la lista negra de sus empleados. La diferencia económica entre las dos coaliciones era, como ya he señalado, abismal. En el Frente Popular solo el Partido Socialista disponía de recursos para aquellas elecciones, al tener acceso a las arcas de los sindicatos. Posiblemente también el Partido Comunista dispusiera de recursos ofrecidos por el Komintern, pero en todo caso serían muy limitados. La maquinaria electoral de la derecha exhibía en cambio un gigantesco retrato de Gil Robles colocado en un edificio de siete plantas de la Puerta del Sol.

La derecha ejercía todo tipo de presiones ideológicas sobre los electores. La

única presión que la izquierda ejerció sobre el votante había sido organizar pequeñas manifestaciones callejeras en ciertos barrios con la esperanza de que las mujeres de aquellas zonas no salieran a la calle a depositar su voto. Pero esto había ocurrido solo en casos muy contados, porque en el día de las elecciones la policía había desplegado sus efectivos por las calles de las grandes ciudades españolas, y el número de incidentes durante la jornada electoral fue relativamente escaso. En total, se contabilizaron tres muertos y diecisiete heridos, lo cual habría constituido un verdadero descalabro en Inglaterra, pero que aquí, en España, y sobre todo teniendo en cuenta el grado de apasionamiento con que se seguían aquellas elecciones, se consideraba una cifra muy aceptable.

La ronda de colegios electorales que yo hice durante la jornada de votación me confirma la impresión de que, en general, las elecciones se desarrollaron con toda normalidad. Al contrario, lo que hay que destacar es la paciencia de los electores, que en muchos casos guardaban cola durante horas sin que se apreciaran defecciones en las largas filas. Estas colas se ocasionaban cuando había algún interventor quisquilloso que se obstinaba en comprobar minuciosamente la identidad de cada uno de los votantes. Presidiendo una de estas mesas pude ver la figura del duque de Alba, uno de los pocos aristócratas españoles que cumplían con sus obligaciones cívicas.

El Frente Popular consiguió una ventaja importante en la primera vuelta, que incrementó en la segunda. En el Frente Nacional, la CEDA mantuvo las posiciones que ya tenía en las últimas elecciones, mientras que los radicales de Lerroux prácticamente desaparecían como partido político. Los republicanos de Azaña consiguieron setenta y cinco escaños, que sin duda supuso una agradable sorpresa para don Manuel, aunque me imagino que muchos de aquellos escaños fueron un regalo de socialistas o comunistas.

Las cifras escuetas señalan que la derecha (Frente Nacional) y la izquierda (Frente Popular) se repartieron los casi nueve millones de votos depositados, pero el Frente Popular consiguió mayor número de escaños, al existir mayor cohesión entre los partidos que lo componían. Ya sé que los periodistas no debemos expresar nuestras opiniones personales, pero yo mantengo lo que he dicho anteriormente: si estas elecciones se hubieran celebrado en Inglaterra, por ejemplo, el triunfo del Frente Popular habría sido verdaderamente aplastante, por la sencilla razón de que en mi país la derecha no ejerce tanta presión social sobre el elector.

Por otra parte, es justo señalar que uno de los factores que jugó un papel más importante en la victoria del Frente Popular fue la decisión de muchos

anarquistas de concurrir a las urnas. La República estaba amenazada de muerte, y muchos fueron los que, aun luchando contra sus principios, acudieron a votar. Otro factor que influyó decisivamente en el triunfo del Frente Popular fue el voto del desempleo. La huelga general de 1934 había provocado despidos salvajes en algunas empresas. Un banco llegó a despedir a cuarenta empleados. Conocí a un trabajador ferroviario de la estación del Norte al que se le ocurrió hablar bien de los mineros asturianos. Fue arrestado y poco después puesto en libertad sin cargos. Pero al acudir a su puesto de trabajo se le comunicó que había perdido empleo y sueldo. El periódico *ABC* despidió durante aquel mes de octubre a trescientos empleados. En la situación en la que se encontraba el país entonces, era difícil que aquellos hombres encontraran un nuevo puesto de trabajo. La derecha podría haberse mostrado más tolerante, sobre todo de cara a las elecciones. Porque no era difícil imaginarse a quién votaría aquella multitud de parados que había en toda España.

Los resultados electorales son bien conocidos: los republicanos moderados (Azaña y Martínez Barrio) consiguieron ciento sesenta y dos diputados; los socialistas, noventa y cuatro y los comunistas, diecinueve. El Frente Nacional (CEDA, monárquicos, tradicionalistas, agrarios), ciento cuarenta y cuatro, y los partidos de centro de Pórtela y Lerroux, cincuenta y ocho.

XII

La República, a la deriva

LA REPÚBLICA obtuvo, desde luego, una gran victoria en las elecciones del 16 de febrero, pero estuvo a punto de convertirse en una victoria pírrica. Sabemos ya que en las horas que siguieron a la proclamación de los resultados, el general Franco estuvo presionando al presidente Pórtela Valladares para que no cediera el poder a los partidos del Frente Popular. Mantener a Pórtela como jefe de gobierno en aquellas circunstancias era lo mismo que efectuar un golpe de Estado. Afortunadamente, Pórtela Valladares no se dejó intimidar por las amenazas del Ejército.

Pero quizá no se haya hecho suficiente hincapié en el papel que jugó el propio Gil Robles en aquellas horas dramáticas que siguieron a la proclamación de los resultados. Ya hemos señalado cómo él alternaba gestos que parecían destinados a hundir a la República con otros dedicados a salvarla, dando, por así decirlo, una de cal y otra de arena… Había salvado a la República de la amenaza de la dictadura en octubre de 1934, como señalábamos anteriormente, y ahora se disponía de nuevo a salvarla. Como ya he dicho antes, mi impresión personal es que el cardenal Pacelli (el futuro papa Pío XII) estaba detrás de todo ello, liderando dentro de la Curia romana una corriente de opinión que se oponía a toda costa a una dictadura en España, que podía ser tan nefasta para la Iglesia católica como ya lo eran las de Alemania e Italia.

En todo caso, fui testigo involuntario de la toma de posición del líder de la CEDA en aquellas horas decisivas que siguieron a las elecciones. Yo había acudido al domicilio de Gil Robles el día después de las elecciones para conseguir una entrevista con él. Mientras aguardaba en un salón contiguo a su

despacho, pude oír la voz del secretario de Robles que decía: «Pues sí, señores, anoche los monárquicos trataron de persuadir a nuestro jefe para que se sumara a un golpe de Estado del Ejército que anularía el resultado de las elecciones… Nuestro jefe estaba furioso y se opuso rotundamente. Les dijo que estaban locos si pensaban que él o su partido podían participar en aquella alocada aventura…». En aquel momento, el secretario se dio cuenta de que había dejado la puerta que comunicaba con el salón donde yo me encontraba ligeramente entornada y se dirigió hacia ella para cerrarla. Me moría de curiosidad por saber quiénes eran aquellos monárquicos que habían hecho tamaña oferta al líder de la CEDA, aunque me imagino que se trataba de Calvo Sotelo, de Goicoechea o quizá de los dos a la vez… También hubiera querido enterarme de si se trataba del mismo complot de Franco que pretendía mantener a Portela en el poder. Mi impresión es que los líderes monárquicos y el general Franco acudieron primero al líder de la CEDA, y solo al verse rechazados por Gil Robles decidieron hacerle la propuesta al presidente Portela.

Desde luego, la situación de Gil Robles en aquellos momentos no era envidiable. Estaba entre dos fuegos. El pueblo le acusaba de haber provocado la huelga revolucionaria de octubre de 1934, y la derecha y el Ejército de lo contrario, de haber abortado dos golpes de Estado, en octubre de 1934 y ahora, en febrero de 1936. Lo mejor que podía hacer era largarse durante un tiempo y eso es exactamente lo que hizo. Nombró a Enrique Jiménez Fernández, el líder de los cristiano-socialistas, como su sustituto al frente de la CEDA y se marchó a una villa cerca de Biarritz, donde pasó unas semanas recluido con su familia. Pero antes de marchar, y por si acaso, hizo público un comunicado en el que decía que la CEDA «se comprometía a respetar la voluntad popular».

Poco después de hacerse público el comunicado de Gil Robles, el propio Calvo Sotelo daba otro comunicado en el que señalaba que «si se produjera una situación de agitación o amenaza del comunismo en España, el Ejército intervendría para salvar la situación, ya que los políticos no parecían dispuestos a hacerlo… El Ejército no permitiría que España cayera en manos de la revolución roja». El punto de vista de ambos políticos en aquellos momentos quedaba así expresado en sus comunicados.

Y es que los rumores de un complot para llevar a cabo un golpe de Estado venían de antes de febrero de 1936. Un extranjero con muy buenas fuentes de información me había comunicado, ya en diciembre de 1935, que se había puesto en marcha una conjuración para dar un golpe de Estado, cuyos integrantes y bases de operación coincidían exactamente con los que, finalmente,

se conocieron en julio de 1936. Si Portela o Gil Robles hubieran cedido, aquel complot se habría adelantado unos meses. Y pienso que quizá Portela y Gil Robles, sin quererlo, le hicieron un favor al general Franco al negarse a seguir sus pretensiones en febrero de 1936. Porque en aquellos momentos no había pretexto o razón alguna para dar un golpe de Estado. Los meses que siguieron le proporcionaron a Franco argumentos suficientes —huelgas, desórdenes, ocupación de tierras, quema de conventos y finalmente el asesinato de Calvo Sotelo— para llevar a cabo la intervención militar. Se me dirá que al Ejército no le hacían falta argumentos para realizar aquella intervención, pero eso entonces no era cierto. En febrero de 1936 el Ejército español estaba profundamente dividido. Aparte de un núcleo duro de oficiales que nunca habían dudado en expresar su desprecio hacia la República y su profunda admiración hacia los regímenes de Italia y Alemania, la mayor parte de los oficiales habrían dudado en sumarse a una rebelión pocos días después de que el país manifestara claramente su opinión en las urnas. Por eso decía antes que Portela y Gil Robles le estaban haciendo, sin quererlo, un favor a Franco postergando aquel golpe ya anunciado. Pienso que, en aquel momento, el grueso del Ejército no le habría secundado.

En esa ocasión decisiva, cuando el país necesitaba más que nunca un líder, no aparecía nadie para ocupar ese puesto. Portela Valladares había anunciado su dimisión para después de las elecciones, y tanto los socialistas como los comunistas renunciaban a entrar en el gobierno. No quedaban más que los republicanos de Azaña y los de Martínez Barrio para formar gobierno. Martínez Barrio ocuparía el puesto de presidente de la Cámara y el propio Azaña, a regañadientes, se encargaría de formar gobierno. Un gobierno a todas luces débil sin la presencia de los socialistas (a pesar de las protestas de Prieto, que pretendía entrar en él), que le habría dado mayor consistencia.

Un gobierno que desde el principio pareció ir a remolque de los acontecimientos. Un ejemplo. Antes de que Azaña pudiera redactar el proyecto de ley de amnistía para los presos políticos, estos ya salían a la calle liberados por los concejales de los ayuntamientos donde se encontraban las cárceles, de manera que Azaña tuvo que rectificar sobre la marcha y legalizar por decreto-ley una situación a todas luces irregular. La misma improvisación observamos en el ámbito laboral. El gobierno pretendía que todos los trabajadores despedidos a raíz de la huelga de octubre de 1934 fueran readmitidos en las empresas. Muchas de esas empresas habían contratado nuevos operarios, por lo que estos también podían hacer valer sus nuevos contratos, de manera que se creaba desde el

propio gobierno una situación imposible de resolver. El periódico *ABC*, que había despedido a la mayor parte de los trescientos trabajadores que tenía en nómina, se veía ahora obligado a readmitirlos. Como en los últimos meses había estado contratando personal nuevo, se encontraba con un exceso de trabajadores y casi en bancarrota. El gobierno obligaba a las empresas a readmitir trabajadores cuando lo que las empresas buscaban en medio de aquella crisis económica era lo contrario, deshacerse de ellos. España se acercaba a la aterradora cifra de un millón de parados.

Los problemas del país se hacían cada día más acuciantes y el gobierno no estaba preparado para resolverlos. El teléfono de mi oficina sonaba a todas horas para darme noticias de violentos sucesos que se producían a lo largo y lo ancho de la geografía española.

El partido de José Antonio no había conseguido un solo escaño en las elecciones, pero sus matones intimidaban a todo el mundo. El 12 de marzo dispararon sobre Jiménez de Asúa, el abogado socialista que había conseguido la liberación de miles de prisioneros políticos de las cárceles donde se encontraban desde los sucesos de octubre de 1934. Asúa no murió en el atentado, pero sí el policía que le escoltaba.

Como represalia por esta acción, elementos de la izquierda anarquista entraron en la redacción del periódico fascista *La Nación*, saquearon las oficinas y quemaron a continuación tres iglesias madrileñas. Pero no solo era la capital de España la que se veía sacudida por estos sucesos: en Cádiz murieron once personas en enfrentamientos con la policía, en Granada los fascistas abrieron fuego contra una manifestación de trabajadores…

Por fin, el gobierno decidió poner a Falange Española fuera de la ley, pero, como siempre, actuaba demasiado tarde y a remolque de lo que iba sucediendo. De poco sirvió que el 17 de abril se decretara su disolución, o que el 28 de mayo se procesara a José Antonio Primo de Rivera, sentenciándolo a cinco meses de cárcel por un delito de tenencia ilícita de armas. Para entonces, los acontecimientos habían sobrepasado cualquier acción gubernamental y seguían ya su propia dinámica. La impotencia del gobierno se vio reflejada en el cierre de las Cortes durante un mes, tal como fue decretado por Portela. Manuel Azaña dimitió el 7 de abril y fue sustituido por Santiago Casares Quiroga, tan bienintencionado como su antecesor, pero igualmente inepto para llevar a cabo cualquier programa político. El único proyecto político del gobierno en aquellos días era el de su propia supervivencia.

A pesar de su disolución, o precisamente por ello, los fascistas no cejaban en

sus tiroteos por las calles de Madrid. El 13 de abril asesinaban a don Manuel Pedregal, el juez que había dictado una sentencia de treinta años de cárcel contra el pistolero que mató a un vendedor de periódicos socialista… Y los socialistas, en represalia, asesinaron a un hombre en el desfile del 14 de abril, supongo que para celebrar el aniversario de la llegada de un régimen de libertad a España. Sin saberlo, porque iba vestido de paisano, los socialistas habían asesinado a un sargento de la Guardia Civil.

La réplica de los fascistas no se hizo esperar. ¡Menudo funeral organizaron por el guardia civil asesinado! Los pistoleros de todo Madrid se reunieron alrededor de aquel féretro y el cortejo fúnebre discurría por las calles y avenidas más céntricas de Madrid. Al llegar al paseo de la Castellana, fue saludado por una salva de disparos que procedían de los tejados donde se habían apostado francotiradores socialistas. Los guardias civiles que acompañaban al cortejo fúnebre sacaron sus armas y contestaron al fuego de los francotiradores, de manera que a lo largo de la Castellana se organizó una batalla campal. Los enlutados familiares y los políticos que habían acudido al entierro echaron cuerpo a tierra para resguardarse de aquella lluvia de balas. En medio del tiroteo, el cortejo fúnebre continuaba su camino hacia la Cibeles sin que nadie pareciera dispuesto a detener aquella masacre. Al llegar junto a las verjas del parque del Retiro, en la Puerta de Alcalá, el cortejo fue de nuevo tiroteado por jóvenes socialistas que habían tomado posiciones detrás de las verjas del parque. El nerviosismo más absoluto se había apoderado de los guardias civiles que acompañaban el féretro y que disparaban a su propia sombra. Yo seguía de cerca aquel accidentado entierro, pero al ver cómo se ponían las cosas en la Puerta de Alcalá, decidí buscar refugio en el bar más cercano. El resultado de aquel entierro fueron otros quince muertos, entre ellos Andrés Artela, primo de José Antonio. Quince me parecían muy pocos teniendo en cuenta los disparos que oí esa tarde.

Aquella refriega en el centro mismo de la capital de España tuvo el saludable efecto de obligar al gobierno a buscar responsabilidades en sus propias Fuerzas Armadas. Veinticinco oficiales de la Guardia Civil, algunos de alta graduación, fueron arrestados y acusados de pertenecer a la Falange. Muchos oficiales de la Guardia de Asalto también fueron relevados de sus cargos y sustituidos por personas afines a los republicanos o que, al menos, no hubieran expresado en público su repulsa hacia la República, que con bien poco se conformaba el gobierno en aquellos días.

Pero lo que más sorprendía al observador en aquella primavera de 1936 no

eran las refriegas y tiroteos que se producían en la ciudad, sino una suerte de inquietud general que se mascaba en el ambiente y que hacía que todo el mundo se hubiera puesto nerviosamente en marcha. Primero hubo desfiles para celebrar la victoria en las elecciones, después para pedir la amnistía, a continuación para conmemorar el Primero de Mayo. La gente se pasaba la vida desfilando por las calles de Madrid, vistiendo la camisa roja de las juventudes socialistas o la azul de los comunistas, marchando cada vez más acompasada y marcialmente, cantando o gritando consignas y eslóganes, reivindicando sobre todo el derecho a la marcha misma, una marcha que ya nada ni nadie podría detener. La gente se había echado a la calle, y ese fervor popular coincidía con una creciente influencia del comunismo en España. Desde la revolución de Asturias, los comunistas, a través de una organización llamada Socorro Rojo Internacional, habían distribuido gran cantidad de dinero entre los familiares de los mineros encarcelados, además de encargarse de su defensa proporcionándoles abogados. Eso hizo que el papel de los comunistas españoles subiera bastantes enteros, un partido que hasta entonces había tenido una incidencia relativamente pequeña en la vida política española. Pero, más que nada, el comunismo se presentaba entonces como la única opción política con ideas nuevas, capaz de sacar al país del marasmo al que los liberales de Manuel Azaña lo habían conducido.

Otra de las notas sorprendentes en aquel Madrid de 1936 fue una especie de «vuelta a la naturaleza», como si aquel espíritu revolucionario que flotaba en el ambiente se hubiera contagiado también de algún germen rusoniano. Para un madrileño, la naturaleza es todo aquello que puede contemplarse desde la terraza de un bar o, en el colmo de la aventura, desde una de esas barquillas que hay en el estanque del Retiro. Pero en aquella primavera de 1936 un extraño virus pareció apoderarse de la juventud madrileña, que se subía en los trenes los domingos por la mañana para hacer excursiones por la sierra. En pocos meses se abrieron seis nuevas piscinas en Madrid que se abarrotaban de público, como si todo fuera poco para las ansias de aire libre del personal.

Aquellas excursiones campestres acababan a veces de manera trágica. Una tarde de domingo, un grupo de jóvenes socialistas tirotearon a un grupo de fascistas en El Pardo e hirieron a uno de ellos. A su regreso a Madrid, los fascistas comenzaron a disparar indiscriminadamente desde un coche que marchaba a gran velocidad por la Gran Vía. Uno de los disparos alcanzó y dio muerte a una joven socialista que regresaba con sus compañeros de un día en el campo. La joven encontró la muerte sin saber de dónde le venía, ajena a los acontecimientos que la habían provocado.

Junto a Rusia, otro país comenzaba a hacerse presente en España. Me refiero, naturalmente, a Alemania. No había pasado inadvertido el viaje del general Sanjurjo a Alemania con el pretexto de asistir a la inauguración de los Juegos Olímpicos. Se sabía que había tenido contactos con Hitler y que había visitado la fábrica de armas Krupp. Volvió en el mes de junio acompañado por el coronel Beigbéder, que había sido alto comisario de España en Marruecos y llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores en el primer gobierno de Franco. Beigbéder era la persona indicada para realizar el contacto con Hitler, porque conocía el alemán, había sido agregado militar en la Embajada española en Berlín y se había relacionado con los altos círculos del Ejército alemán. Los vínculos entre España y Alemania se incrementaban cada día. Comenzó a funcionar un servicio de vuelos diarios entre Stuttgart y Madrid. Los ferrocarriles alemanes habían abierto una oficina en la calle Alcalá. La agencia oficial de noticias alemanas, Deutsches Nachrichten Bureau, acababa de abrir unas grandes oficinas en uno de los mejores barrios de Madrid. Una asociación llamada Amigos de Alemania traía, clandestinamente, armas a España. Mussolini ayudaba a los fascistas españoles, pero en aquellos momentos estaba claro que Hitler movía sus peones con mucha más eficacia que su aliado italiano.

Mientras tanto, el desasosiego aumentaba. Huelga de camareros, huelga incluso de toreros, capitaneados por Marcial Lalanda, que poco después se pasaría al bando de Franco. Los ascensores dejaron de funcionar en Madrid y hasta los sepultureros se negaban a continuar en sus puestos de trabajo. Desde Almería llegaban noticias de una historia truculenta: unos campesinos habían asesinado a un guardia civil después de una disputa sobre un terreno acotado. La Guardia Civil había reunido todos sus efectivos en aquella zona y se había dirigido hacia el poblado en cuestión, donde había perseguido y dado muerte a dieciséis campesinos. Parece ser que la mayoría murieron en una alcantarilla donde se habían refugiado.

Una organización clandestina llamada Unión Militar, de filiación fascista, había hecho circular una lista negra de veinte nombres a los que consideraba «elementos peligrosos que había que eliminar». El primer nombre de la lista era el de un tal capitán Faraudo. Una tarde, cuando paseaba del brazo de su esposa por la calle Alcántara, Faraudo fue asesinado de seis disparos en el pecho. El asesinato era obra de profesionales, ya que su mujer, que estaba junto a él, resultó ilesa. El capitán Faraudo era el responsable de las Milicias Socialistas.

El segundo hombre de la lista negra de la Unión Militar era el teniente Castillo, que pertenecía a la Guardia de Asalto. Se había casado hacía poco

tiempo y unos días antes de la boda su novia recibió un mensaje que decía: «¿Para qué se casa usted con un cadáver?». En la noche del 12 de julio, cuando salía de su casa para incorporarse al servicio, fue ametrallado por unos hombres que le aguardaban en la puerta. Castillo no era, que yo sepa, un elemento extremista o subversivo. Solo se vanagloriaba de ser un buen republicano.

Los compañeros de Castillo recogieron su cuerpo y lo llevaron hasta la comisaría. Poco después se trasladaban al domicilio del líder monárquico José Calvo Sotelo. Eran altas horas de la madrugada. Le despertaron y le pidieron que les acompañara hasta la Jefatura de Policía «para ser interrogado». Decidió acompañar a los guardias a la Jefatura. Poco después, su cadáver era depositado en el cementerio.

La República pagaría muy cara aquella insensata acción criminal. Porque todo lo que había acontecido hasta aquel momento —la quema de iglesias, los enfrentamientos entre la Guardia Civil y los campesinos, incluso los tiroteos de los pistoleros fascistas— no tenía la magnitud de aquel crimen de Estado. Durante los últimos seis meses los fascistas habían buscado desesperadamente una justificación que legitimase el levantamiento ante la opinión pública. Ya la tenían.

Pienso, sin embargo, que la culpa no es solo de los asesinos del teniente Castillo, sino fundamentalmente de todo el gobierno de Casares Quiroga, que no supo, no pudo o no quiso controlar la situación. Siguiendo las pautas del gabinete Azaña, Casares Quiroga se limitaba a no hacer nada. La lista negra de la Unión Militar circulaba por todo Madrid sin que el gobierno se diera por enterado. La prensa madrileña había pasado semanas discutiendo sobre las maniobras subversivas del general Mola en Pamplona sin que el gobierno expresara el más mínimo interés en el asunto. Azaña había marcado la pauta de aquel *laissez faire* gubernamental cuando, contestando a las preguntas de un periodista, había afirmado: «El fascismo no tiene la menor importancia en España». El gobierno no servía ya para solventar ningún problema de orden público en España, así que los compañeros del teniente Castillo habían decidido tomarse la justicia por su mano. La derecha en España tenía en aquellos momentos dos figuras de personalidad relevante. Gil Robles había sido su dirigente más inteligente, pero no tenía la fuerza o el carisma de Calvo Sotelo, sobre todo en los debates parlamentarios o en los discursos que pronunciaba, que arrastraban a sus oyentes… El asesinato de Calvo Sotelo desencadenaría una serie de acontecimientos que ya no se detendría hasta tres años después.

XIII

El levantamiento

TAN solo en dos ocasiones en toda mi vida me he sentido totalmente arrastrado por la pasión. La primera fue a raíz del levantamiento de los generales, en los días que siguieron al 18 de julio de 1936. La segunda, mientras contemplaba ese angustioso río sin retorno de miles y miles de refugiados que se dirigían hacia la frontera de Figueras en enero de 1939.

En aquellos calurosos días del mes de julio de 1936, yo iba por la vida en un estado de total embriaguez, como inmerso en una borrachera en la que no hacía falta el vino. Día y noche aporreaba las teclas de mi máquina de escribir y enviaba despachos a Londres que solían empezar con frases como: «Los hombres y las mujeres de España se han puesto en pie para defender hasta la muerte el régimen de libertades…», o bien: «La captura del cuartel de la Montaña pasará a la historia como una segunda toma de la Bastilla…», o esta otra: «De la misma manera que Cromwell se levantó en nuestro país para establecer el reino de la democracia, el pueblo español está luchando para que su país no caiga, de una vez por todas, en las garras del feudalismo». Eran frases inspiradas, a la vez, por la indignación y el entusiasmo, por la ira ante lo que estaba ocurriendo y por la esperanza en que el desenlace, al fin, habría de ser el justo.

Quería, sobre todas las cosas, contagiar esta santa ira y este fervor a mis lectores de fuera de España, convencido de que nadie en el mundo podía permanecer ajeno a lo que estaba ocurriendo en este país, la lucha titánica de un pueblo sin preparación y sin apenas armas contra un ejército que pretendía imponer su tiranía. Yo estaba convencido de que del resultado de aquella

desigual y feroz contienda iba a depender no ya la suerte de España, sino la de Europa y la de todo nuestro Imperio. Porque la manera en que los alemanes habían ido penetrando en España en los últimos meses, infiltrándose en el gobierno con sus espías, enviando armas clandestinamente, controlando incluso la Asociación de la Prensa Extranjera en Madrid, hacían prever que España era la punta de lanza elegida por Alemania para controlar y finalmente destruir a las democracias europeas.

Después de ocho o diez días conseguí salir de ese estado de constante y permanente excitación. Estaba física y mentalmente agotado. Y además pensaba con toda mi santa inocencia que la partida estaba ganada. Recuerdo que en uno de mis despachos escribí en tono solemne: «Un golpe de Estado que no se ha hecho con el poder al cabo de veinticuatro horas está condenado al fracaso». Y sigo pensando que, al menos sobre el papel, tenía razón. Los generales rebeldes no tenían reconocimiento internacional. Contaban con pocos recursos económicos, su posición en los lugares que habían ocupado era bastante precaria y no disponían de una fuerza aérea importante. El gobierno de la República contaba con la sexta reserva de oro del mundo en orden de importancia y, puesto que era el gobierno legítimamente reconocido por todos los países, no tendría dificultades en adquirir el armamento que fuera necesario para hacer frente a los generales rebeldes. Sabía, además, que los alemanes no estaban aún en condiciones de entrar en combate a favor de los rebeldes. A pesar de la evidente militarización de la Alemania de Hitler, el Ejército alemán no disponía aún del cuadro de mandos, del armamento y los recursos suficientes para entrar en combate. Era en ese momento inferior al Ejército francés. Francia y Gran Bretaña, pensaba yo entonces, se cuidarían de impedir cualquier intervención de Alemania en España… ¡Qué equivocado estaba!

Voy a contar una pequeña anécdota que, a mi modo de ver, ilustra perfectamente lo que estaba ocurriendo en el terreno internacional en las semanas que siguieron al alzamiento. Una amiga mía, periodista alemana pero casada con un español, acreditada en Madrid, se había desplazado a Berlín y allí había cambiado su pasaporte republicano por uno expedido por la Junta de Burgos. Desde Berlín pensaba desplazarse a Londres, así es que acudió con el documento de la Junta a las oficinas consulares británicas de la capital alemana, creyendo firmemente que los británicos rechazarían un documento expedido por los rebeldes en Burgos. Todo lo contrario. El cónsul británico se mostró sumamente cortés y aseguró a mi amiga que con aquel documento podría viajar por las islas Británicas sin ningún problema. «Para los británicos —me contó

más adelante mi amiga—, el documento de Burgos tenía exactamente la misma validez que el pasaporte expedido por el gobierno de la República… Al llegar a Londres —siguió contándome mi amiga—, quise saber qué pensaban los círculos más influyentes de la City sobre los acontecimientos en España… Todas las personas con las que hablé en el mundillo financiero londinense estaban perfectamente convencidas de la victoria final del general Franco, y todos me aseguraron que después de su triunfo no tendría dificultades en conseguir créditos en nuestro país… Regresé a Berlín y escribí una serie de artículos en los que decía que nada se oponía al triunfo final de Franco y su gente…». ¡Ella sí que tenía razón!

Tenía yo un amigo periodista alemán que leía mis crónicas con benevolencia y me preguntaba si mis opiniones sobre la República y la guerra coincidían con las del lector medio británico. Pensaba mi amigo alemán que las únicas aficiones declaradas de los ingleses en aquellos días eran el golf y el cóctel antes de la cena. Recuerdo que yo me indignaba ante esta opinión aparentemente frívola. Mi amigo alemán desapareció pronto de Madrid en busca, sin duda, de climas más favorables para sus ideas. No volví a verle hasta dos años más tarde. Nos encontramos en Perpiñán. Yo salía de España con las últimas columnas de refugiados, hostigados por las tropas de Franco, y él regresaba al país que le había expulsado. Cenamos juntos y, después de hacer balance de aquellos dos años vividos desde campos opuestos, él concluyó: «Después de todo, yo tenía razón cuando te aseguraba que tus compatriotas no harían nada para defender la democracia en España».

El desencanto con la actuación de mi país en la guerra española llegaría más tarde. De momento, yo estaba inmerso en la sucesión de los acontecimientos, que reclamaban toda mi atención. En la noche del 19 de julio, el gobierno había tomado la única decisión que podía tomar si quería impedir el triunfo de los generales rebeldes: armar al pueblo. Me consta que la decisión de Casares Quiroga y sus ministros fue una de las más duras y difíciles de su vida política. Todos ellos eran hombres de Izquierda Republicana o de Unión Democrática, es decir, personas de talante liberal y de ideas tan moderadas que harían parecer extremista al propio Lloyd George. Aquellos hombres se enfrentaron en la noche del 19 de julio a la decisión más importante de su vida: no armar al pueblo significaba, inevitablemente, entregar el poder a los generales rebeldes, pero armarle suponía, de hecho, dar el poder al pueblo. Ambas soluciones repugnaban, sin duda, su conciencia de burgueses de clase media, pero, puestos en la encrucijada, no dudaron en apoyar la causa popular. Dieron la orden. Pocos

minutos después salían del Ministerio de la Gobernación decenas de camiones cargados de armas que se dirigían a las sedes de los partidos políticos y a las centrales sindicales para distribuirlas entre sus seguidores. La multitud se había reunido, expectante, para saber si tendría ocasión de luchar por sus derechos. Al ver aparecer los camiones, la muchedumbre prorrumpió en el delirio. Los madrileños tendrían la oportunidad de defenderse a sí mismos.

Todo había comenzado con el vuelo, aparentemente inocuo, de unos turistas ingleses a las islas Canarias para tomarse unas vacaciones. El capitán Bebb, piloto inglés, había volado hasta el archipiélago en compañía del mayor Pollard y de dos gentiles damas a las que hacía pasar por turistas. Como se había convenido de antemano, Bebb había de transportar a Franco desde las Canarias hasta Melilla, donde se iniciaría el levantamiento. Franco, evidentemente, no se fiaba de sus propios hombres y había preferido contratar los servicios de un piloto inglés que, por cierto, recibió una condecoración del propio Franco al concluir la guerra.

El que debía ser comandante en jefe del levantamiento, el general Sanjurjo, había muerto en el aeropuerto de Lisboa al estrellarse su avión. Franco contaba con el apoyo del general Mola en Pamplona, donde se había sublevado al frente de los carlistas, y del general Queipo de Llano en Sevilla, que a duras penas había conseguido controlar gracias a los catorce mil carabineros que tenía a sus órdenes. También el general Cabanellas había triunfado en Zaragoza, cortando así las comunicaciones entre Madrid y Barcelona. Albacete había caído temporalmente en manos de los rebeldes, de manera que la capital de España se encontraba en aquellos momentos aislada del resto del país.

En Madrid la indecisión de los generales durante las primeras horas del levantamiento había hecho fracasar la rebelión. Un amigo mío que estaba cumpliendo el servicio militar en el cuartel de la Montaña me contaba cómo los oficiales se pasaban horas discutiendo sobre si debían levantarse o no. El general Fanjul, que había sido subsecretario en el Ministerio de la Guerra con Gil Robles, esperó nada menos que hasta la mañana del lunes 21 de julio para unirse al levantamiento. Para entonces era demasiado tarde. Los madrileños estaban ya armados y, además, con la moral muy alta al enterarse del triunfo de los militares leales y la milicia popular sobre el general Goded en Barcelona.

Aquella misma mañana, el gobierno de Casares Quiroga había presentado su dimisión al presidente Azaña. Por la tarde, este encargaba la formación de un nuevo gobierno a Martínez Barrio, un republicano moderado, con el propósito de pactar con los generales rebeldes. Circulaba el rumor de que el propio Martínez

Barrio había invitado a los generales rebeldes Mola y Cabanellas a formar parte de este nuevo gobierno, pero que ambos lo habían rechazado.

Los sindicatos y los partidos de izquierda estaban furiosos. En aquellos momentos en los que Madrid se levantaba en armas y el pueblo se disponía a la lucha, resulta que Azaña y Martínez Barrio pactaban con el enemigo. No tuvo más remedio que cambiar de planes el presidente Azaña y encargar la formación de un nuevo gobierno a su amigo el catedrático de Farmacia don José Giral. En cuestión de horas el gobierno había cambiado dos veces. Esto da idea de la radical inseguridad de los republicanos que en ese momento tenían el poder. Entre las dos opciones que se ofrecían ante ellos —resistencia total o rendición total a los generales rebeldes— habían escogido el camino de en medio, el de la negociación y el pacto con el enemigo, el único camino que, en aquellas circunstancias, no llevaba a ninguna parte. Porque Franco y los otros generales rebeldes interpretaban aquellas ofertas de paz como síntoma evidente de la debilidad del gobierno de la República y no hacían sino redoblar sus esfuerzos en el campo de batalla.

En la mañana del lunes 21 de julio me desperté, por primera vez en mi vida, al son de un insistente cañoneo. Algo se me encogía en el estómago al constatar que aquello ya no era el ruido de algún disparo de fusil que tantas veces me había perturbado el sueño en los últimos cuatro o cinco años de agitada vida madrileña. Aquello que oía desde mi cama en la cálida mañana de julio era evidentemente otra cosa. Me levanté y salí a la calle. Madrid parecía transformado. De la noche a la mañana, jóvenes de ambos sexos que pertenecían a diferentes organizaciones sindicales parecían haber adoptado un uniforme común: el mono azul. Habían confiscado gran cantidad de coches y se dedicaban a patrullar las calles de Madrid, sacando escopetas y pistolas por las ventanillas. A diferencia de octubre de 1934, los fascistas eran ahora los perseguidos y se refugiaban en los balcones y terrazas de los edificios, desde donde disparaban sus francotiradores.

Uno tenía que tomar sus precauciones cuando salía de casa. En aquella mañana del mes de julio me costó bastante llegar hasta la esquina. Allí me di cuenta de que la parroquia del barrio estaba en llamas. Le pregunté a un obrero quién la había incendiado. El obrero dio un repaso a mi traje burgués de americana y corbata antes de contestarme: «Camarada, los curas se han hecho fuertes en el interior y nos han disparado desde dentro… Pensamos que había llegado la hora de darles un escarmiento». Es difícil saber si fueron los curas o los obreros los que empezaron aquella refriega. Durante aquel día ardieron cinco

o seis iglesias en Madrid.

Pero no eran las iglesias el centro de atención de los madrileños en aquella mañana. La batalla por la ciudad de Madrid se desarrollaba en los barracones del cuartel de la Montaña, situados en la parte alta de la ciudad, por encima de la estación del Norte. Allí, el general Fanjul se había hecho fuerte con una guarnición de ochocientos hombres a los que se habían unido unos trescientos civiles fascistas. La guarnición estaba indecisa sobre si debía o no efectuar una salida, y mientras se lo pensaba se había ido congregando en los alrededores del cuartel una variopinta muchedumbre de obreros y soldados, policías y poetas, militantes y curiosos que, sin conocimientos ni dirección alguna, se aprestaban a tomar aquella bastilla madrileña. Con la ayuda de unas piezas de artillería del siglo XIX y la colaboración de la aviación republicana, que de cuando en cuando dejaba caer una bomba sobre el cuartel, la muchedumbre irrumpió en su interior después de cuatro o cinco horas de asedio y arrasó todo lo que encontraba a su paso. Los soldados supervivientes de la guarnición se entregaron a los asaltantes y los fascistas intentaron huir por el Parque del Oeste, pero allí les esperaba un nido de ametralladoras que segó la vida de casi todos. Los fascistas que se quedaron en el interior del cuartel fueron fusilados en el patio de armas.

Cuando por fin logré penetrar en el interior del cuartel no me extrañó demasiado encontrarme con un pintor en el puesto de mando. Efectivamente, mi buen amigo el artista Luis Quintanilla se había hecho cargo de la guarnición. «Pero ¿qué haces tú de soldado?», le pregunté. «Ya ves, ¡gajes del oficio! —me contestó—. Queremos convertir el cuartel de la Montaña en un centro de acuartelamiento para milicianos y desde aquí pueden partir hacia cualquier punto de la ciudad donde sea necesaria su presencia». Quintanilla me enseñó el charco de sangre que había en el patio donde los fascistas habían sido fusilados. Me enseñó también la sala de oficiales totalmente destrozada por los asaltantes. Parece ser que algunos oficiales se habían refugiado en ella, perseguidos por el fuego de la multitud. A duras penas se consiguió salvar la vida del general Fanjul, cercado por un gentío que clamaba por su sangre. Quintanilla me contaba que hubo que llevar un coche blindado al interior del cuartel para que lograra salir de allí sin que la airada muchedumbre se tomara la justicia por sus propias manos. Claro que de poco le sirvió escapar de la muerte en el cuartel de la Montaña, porque pocas horas después se enfrentaba a un consejo de guerra. La defensa de Fanjul fue patética. Aseguró que se encontraba en el piso de una amiga francesa cuando le comunicaron la gravedad de la situación y que al llegar al cuartel no pudo controlar a sus propios oficiales. Fue sentenciado a muerte y

ejecutado a la mañana siguiente. También en Carabanchel el regimiento a las órdenes del general rebelde García de la Herrán había sido sometido. Caía la noche y la situación en Madrid parecía estar firmemente en manos del gobierno. Pero a muy pocos kilómetros de la capital, las ciudades de Alcalá de Henares y Guadalajara habían caído en manos de los rebeldes y la suerte de Toledo permanecía incierta.

El fervor popular de aquel improvisado ejército no se agotó en el cuartel de la Montaña. Al contrario, los madrileños tomaron las armas y se aprestaron a conquistar nuevos objetivos militares con una temeridad y una inconsciencia que asustaban. Que asustaban no solo a los que les apoyábamos, sino seguramente también al enemigo que tenían enfrente. ¿Cómo explicar si no la caída de Guadalajara, bien defendida por el rebelde general Barrera? En el asalto a esa ciudad habían muerto nada menos que once muchachas pertenecientes a las Juventudes Socialistas, prueba de la alegre inconsciencia con que los milicianos entraban en combate. Solamente Toledo, con la guarnición encerrada en el Alcázar, parecía resistir esta tumultuosa oleada de entusiasmo popular. Albacete había caído de nuevo en manos republicanas, con lo que quedaban restablecidas las comunicaciones de la capital de España con el exterior. Y el avance fascista en la sierra de Madrid había sido detenido en Somosierra y en el Alto de los Leones por aquella misma legión de jóvenes inexpertos, muchos de los cuales cogían un fusil por primera vez en su vida. En esta primera semana en la que se salvó Madrid, Dios parecía estar de parte de los débiles.

Los extranjeros en la capital de España buscaban refugio en sus respectivas embajadas. En la británica se hacinaban más de trescientas personas. Sus empleados se habían desplazado a San Sebastián, donde todos los veranos se abrían oficinas durante los meses de calor. El cónsul se había ido de vacaciones y el embajador estaba ausente. Allí no había nadie para representar al gobierno de su majestad, ni siquiera para tener informado a ese gobierno. Todo parecía indicar que Londres aguardaba acontecimientos. Caso de un rápido triunfo del general Franco, no se habrían visto en la necesidad de pactar con el gobierno de Giral. El británico quería mantener las manos limpias para poder saludar con ellas al vencedor de lo que seguramente consideraba una engorrosa contienda.

En aquellos primeros días de la insurrección, ya Londres se había embarcado en su política de no intervención. De poco servía tener observadores en Madrid que informaran de los acontecimientos, que explicaran que José Giral no era un «monstruo del terror rojo», que hicieran ver que en la Embajada de Madrid se habían incautado documentos en los que se planeaba, con todo lujo de detalles,

la intervención alemana en la guerra española. Londres «no sabía», «no veía» y «no oía» lo que estaba ocurriendo en España, y para llevar a cabo esta política sobraba, efectivamente, todo el cuerpo diplomático de la Embajada. Supongo que todos los imperios envejecen y deben llegar a su fin, pero era muy triste para mí, en medio de aquellos días de entusiasmo y fervor popular, sentirme un hombre joven de una nación ya caduca.

XIV

Al frente de la sierra

SOY la persona menos indicada para la guerra. Tengo un temperamento excesivamente nervioso, predispuesto a imaginarme peligros a veces inexistentes. Sin embargo, debo confesar que el día en que me concedieron un pase para visitar el frente del Guadarrama se apoderó de mí tal excitación que parecía un chiquillo con zapatos nuevos. Entré en el restaurante del hotel Gran Vía poco menos que danzando, ante el asombro de los compañeros que me esperaban en el comedor, apenas probé bocado durante la comida y estaba listo para salir media hora antes de la hora prevista.

En aquella suerte de bautismo de sangre me acompañaban dos veteranos corresponsales de guerra. Karl von Wieganut había sido corresponsal con el Ejército alemán en Francia, y Edgar Ansel Mowrer, del *Chicago Daily News*, había estado en el otro lado, con el Ejército aliado. Mowrer tenía el pelo negro y la expresión intensa del Cristo crucificado. Ningún periodista como Mowrer reflejaba en su rostro y en su vida la tragedia de Europa crucificada entre dos guerras.

Íbamos hacia el frente en el séquito de Largo Caballero, que quería recorrer las posiciones del Guadarrama en unos momentos en los que el frente parecía estabilizarse después de los intensos combates de los primeros días. Encontramos a Caballero vestido con el ya obligado mono azul y con un revólver que le colgaba del cinto. Llevaba un sombrero de caza para completar el atuendo. No tenía entonces ningún puesto en el gobierno, pero como secretario de la Unión General de Trabajadores su influencia sobre el mando republicano debía de ser muy grande.

Salimos de Madrid por la carretera de Burgos. Mi primera lección como corresponsal de guerra la recibí al darme cuenta de que el riesgo de morir en accidente de tráfico era mucho mayor que por una bomba o un obús. La temeridad de los conductores españoles se hizo proverbial y quedó reflejada en aquella canción de los brigadistas cuyo estribillo decía algo así como: «Si no acaba contigo/ el disparo de un obús,/ lo hará sin duda alguna/ el conductor del autobús».

En aquella ocasión, el conductor era un taxista madrileño que se había puesto al volante de un Packard por primera vez en su vida. Y el hombre lo pasaba en grande comprobando las posibilidades de su nuevo vehículo. Al tomar las curvas se le iba el coche hacia una u otra cuneta y, aunque pisábamos gravilla en algunas ocasiones, siempre conseguía rectificar el volante a tiempo y devolvernos al asfalto de la carretera.

Al llegar a Buitrago, a unos cincuenta y cinco kilómetros de Madrid, vimos el primer movimiento de tropas, si es que a aquello se le puede llamar una «tropa»: soldados con su uniforme, voluntarios en mono, guardias de asalto, civiles vestidos de paisano, algunas muchachas con las camisas rojas de las Juventudes Socialistas… Al frente de todos ellos, el general Bernal, un oficial de artillería que al principio no me quiso dar su nombre porque, según me explicó, no quería que los rebeldes supieran dónde estaba. Su misión era guardar la carretera de Madrid, para lo cual contaba con setenta y cinco baterías. En Buitrago conocí a Francisco Galán, hermano de Fermín Galán, el héroe de Jaca. Francisco Galán actuaba de enlace entre las diferentes posiciones republicanas en el largo frente del Guadarrama que se extendía desde el Alto de los Leones hasta el puerto de Somosierra. Me contaba que en los primeros días del levantamiento había llegado de Madrid una «columna móvil», integrada por gente de todo tipo y, sin pensárselo dos veces, habían emprendido la subida por los repechos que conducen hasta el puerto de Somosierra. Allí les esperaban las baterías enemigas que los masacraron sin piedad. Los supervivientes de aquella carnicería se habían vuelto contra el coronel que los dirigía y le habían pegado un tiro en la cabeza. Así era Madrid en los primeros días de la revolución. Todo el mundo estaba loco. Quizá fuera esa locura la que salvó a la capital de España.

Dejamos atrás Buitrago y nos internamos por el valle del Lozoya y allí, junto al río que surte de agua a la capital de España, vimos las primeras víctimas del frente. Eran cuatro hombres, vestidos con el consabido mono azul, espías, según nos contó un pastor que andaba por allí, que habían pasado desde Segovia para averiguar el movimiento de tropas de los republicanos. «¡Cuatro fascistas

menos!», exclamó el conductor del coche, que demostraba tener tan poca delicadeza con la lengua como con el volante.

Ascendíamos por la carretera a casi dos mil metros de altura hacia el puerto de Navafría. Al llegar arriba fuimos rodeados por una muchedumbre de jóvenes imberbes vestidos con el mono azul y la escopeta al hombro. Nos condujeron hasta las tumbas de los fascistas que habían matado hacía un par de días. Se trataba de un grupo de carlistas conducidos, al parecer, por un cura, que habían subido el monte por el lado de Segovia, intentando apoderarse de la posición republicana. No se esperaban una posición tan bien defendida. La mayoría habían muerto en la refriega. Un pie asomaba en una de las improvisadas sepulturas. El pie del señor cura.

La muerte, tan real y tan cercana, parecía constantemente desmentida por aquel paisaje idílico de verdes pinares y caudalosos torrentes que descendían por la montaña. Ascendíamos lentamente por el puerto de Cotos hasta llegar a Navacerrada. Desde allí, la carretera se precipitaba hacia el valle. El coche se detuvo en el pueblo de Cercedilla. Allí estaba mi amigo Luis Quintanilla. Me contó que, en los primeros días del levantamiento, Cercedilla había sido cercada por una compañía de doscientos guardias civiles. En situación tan apurada, el comandante del distrito había telefoneado al cuartel de la Montaña, donde se encontraba mi amigo Quintanilla. Este había descubierto unos morteros en los sótanos del cuartel. Ordenó a sus hombres que cargaran los morteros en unos cuantos taxis que empleaba para sus desplazamientos y salió a socorrer a la amenazada población de Cercedilla. Al llegar cerca de la localidad, desplegó su batallón de taxis por las carreteras de los alrededores y ordenó fuego a discreción sobre las posiciones enemigas. En medio del denso arbolado que rodea el pueblo serrano, los guardias civiles atacantes debieron pensar que tenían un ejército entero ante ellos, ya que recibían fuego de todas las direcciones, y decidieron suspender el ataque y retirarse al otro lado de la sierra.

Desde Cercedilla nos dirigimos a la cercana población de Guadarrama, situada a muy poca distancia del Alto de los Leones, que estaba en manos de los rebeldes. Al acercarnos al pueblo podíamos oír muy claramente los disparos de las baterías rebeldes desde lo alto del puerto, contestadas por las baterías republicanas en las afueras de la población. Nosotros estábamos en medio de aquel fuego cruzado. Al llegar a un puesto de guardia, depositamos allí a Largo Caballero, porque, según se nos dijo, su vida era demasiado valiosa (¿y la nuestra?), y nos internamos en el interior de la población. Por primera vez desde que salimos de Madrid, deseé estar de vuelta en mi habitación del hotel Gran

Vía. Atravesábamos las calles inhóspitas de un pueblo desierto y solo oíamos el zumbido de los proyectiles que cruzaban sobre nuestras cabezas. En las películas, las balas nunca alcanzan al héroe, pero en la realidad cada proyectil parece que va destinado a acabar con la vida de uno. En realidad, los obuses del enemigo no iban dirigidos al pueblo, sino a posiciones republicanas que estaban mucho más allá, pero de cuando en cuando se les iba un poco la mano.

Encontramos al general Riquelme, comandante en jefe de aquel sector, en un hermoso chalé de color rosa. Aquella misma tarde un obús había caído en los terrenos del chalé y todo parecía indicar que los rebeldes sabían dónde se hallaba el cuartel de operaciones. Yo tenía ganas de perder de vista aquel lugar con la mayor rapidez, pero los oficiales insistieron en explicarnos con la ayuda de mapas la situación de nuestras posiciones y las del enemigo.

Los rebeldes, según me contaron, se habían adueñado del Alto de los Leones pocas horas después del alzamiento, y desde esa posición hostigaban a la vecina población de Guadarrama, en la que nos encontrábamos. Parece ser que los rebeldes, para adueñarse de tan importante posición, habían llegado no solo desde Segovia, sino también desde Madrid. Esta historia ilustra perfectamente la confusión reinante en los momentos que siguieron al levantamiento.

Parece ser que un coronel de infantería al mando de un regimiento en El Pardo quería sublevarse pero no se atrevía. Así que congregó a sus hombres y, después de instarles a combatir por la República hasta la muerte, los llevó hacia la sierra. Uno de los soldados era el hijo de Largo Caballero y es fácil imaginarles camino de la sierra madrileña cantando canciones revolucionarias y levantando el puño cada vez que cruzaban por algún pueblo. Pero al llegar a la población de Guadarrama, los camiones no se detuvieron, como era de esperar, sino que continuaron montaña arriba hasta llegar a las posiciones rebeldes del Alto de los Leones, donde el coronel entregó sus propios hombres a los insurgentes. Es de suponer el estupor y el desconsuelo de aquellos muchachos tan alevosamente engañados…, ¡y la cara de satisfacción del coronel, que había capturado nada menos que a su propio regimiento!

Tan importante había sido el avance de los rebeldes en la zona de Guadarrama que todo el mundo esperaba que el pueblo cayera también en sus manos. Las fuerzas vivas de la localidad habían formado un comité para recibir a los militares como se merecían y se pasaban el día ensayando el saludo fascista. Según me contaron allí, las autoridades del pueblo mandaron al pregonero de la localidad que comunicara a los vecinos que debían permanecer en sus hogares porque «las fuerzas militares están a punto de entrar por la carretera de Ávila».

Los elementos de izquierda que había en Guadarrama se refugiaron en los bosques más cercanos para esperar acontecimientos. Pero no ocurrió absolutamente nada. En lugar de llegar camiones de Ávila, llegaron desde Madrid, pero cargados de milicianos y policías que ocuparon la población. Lo primero que hicieron fue fusilar a las autoridades fascistas. En total murieron unas quince personas. La historia se repetía en todas partes. En cuestión de horas, a veces de minutos, una población podía cambiar de manos, de manera que las víctimas se convertían de pronto en verdugos y los verdugos en víctimas.

Hubo un intento por parte de los milicianos de apoderarse del Alto de los Leones. Algunos estuvieron muy cerca de conseguirlo, e incluso la radio en Madrid dio la noticia de que lo habían logrado. Pero aquí se repitió la misma historia del puerto de Somosierra. Los militares fascistas, desde su excelente posición en la cima de la montaña, tenían a su merced a los inexpertos milicianos que trabajosamente subían por los repechos del puerto. Los rebeldes habían perseguido a los milicianos y se habían apoderado del sanatorio situado a media ladera.

Por la tarde, subimos un trecho por la carretera que conduce al Alto. Podíamos oír disparos de armas de fuego en los bosques que nos rodeaban. Acompañábamos al general Riquelme, que iba vestido con un mono de color caqui, pero llevaba el distintivo de su graduación colgado del sombrero. Los bosques humeaban con las bombas incendiarias que lanzaban los rebeldes. Muchachas vestidas con el mono azul subían dificultosamente por la ladera del monte llevando cubos de agua, no sé bien si para apagar las llamas o para refrescar a sus sudorosos camaradas. El fuego y el calor del verano convertían al monte en un infierno. Se acercaron unos milicianos a la carretera y hablé con alguno de ellos. Uno era trabajador del metal, tenía cuarenta y cinco años, una mujer y dos hijos. Me dijo que no había cogido un fusil en su vida. Luchaba para salvar la República, para que no se convirtiera en una dictadura militar. Junto a él había una chica alemana, refugiada comunista, pequeña y delgadita, pero incansable trabajadora, según me dijeron. Aquella misma mañana había formado parte de una patrulla de reconocimiento que se había internado hasta más allá de las líneas enemigas.

Junto a estos idealistas de la guerra había también personas de todo tipo, como las prostitutas baratas que inevitablemente acompañaban a todo batallón de milicianos. Digo «baratas» porque las caras estaban del otro lado. Pero la mayoría de las muchachas que se veían en el frente en aquellos días eran las novias, las hermanas o las amigas de los soldados, que habían ido al frente para

cocinar y cuidar a los hombres. La criada de la casa en la que yo vivía en Madrid desapareció durante dos semanas para ir al frente de Somosierra a cuidar de sus hermanos. Al cabo de quince días volvió y continuó con el trabajo doméstico como si nada hubiera pasado. La intendencia del ejército republicano no empezó a funcionar hasta un mes después de producirse el alzamiento.

En medio de tanta improvisación y confusión, yo me preguntaba qué impedía a los bien pertrechados militares rebeldes que ocupaban el Alto de los Leones descender de la montaña, tomar el pueblo e iniciar la marcha hacia Madrid. La única explicación es el heroísmo de aquellas gentes sencillas que solo dos semanas antes estaban trabajando en una fábrica, o conduciendo un tranvía o escribiendo cartas en alguna oficina y que ahora, de la noche a la mañana, se encontraban en el frente empuñando un fusil, sin experiencia alguna ni apenas oficiales que les dirigieran. Siempre me había preguntado sobre el apoyo real que tenía la República entre la gente corriente, en la duda de que, llegado el caso, esa gente estuviera dispuesta a morir por ella. La respuesta a aquella pregunta estaba ante mis ojos.

Otro factor que debe tenerse en cuenta era la superioridad de la aviación republicana sobre la rebelde. Por cada avión rebelde había cuatro o cinco republicanos. Cada mañana los aviones republicanos bombardeaban la carretera y las posiciones rebeldes en el Alto de los Leones. Sin embargo, durante la noche los rebeldes tenían plena libertad de movimiento y podían desplazar columnas enteras sin ser molestados.

A nuestro regreso a Madrid, recogimos a Largo Caballero en el puesto de mando donde lo habíamos dejado. Al llegar a la estación de Villalba le esperaba un batallón de centenares de voluntarios socialistas a los que pasó revista. Era el recién formado batallón Largo Caballero. Este no presentaba una estampa precisamente marcial al pasar revista a las tropas que habían formado ante él, pero tampoco era cuestión de pedir peras al olmo a este sindicalista bajito y algo obeso.

Mientras regresábamos a Madrid, sintonizamos en la radio del coche Radio Stuttgart. El locutor hablaba de España, del avance incontenible del ejército de Franco, adjudicándole ciudades que estaban en poder republicano, alabando la nobleza del bando rebelde y denostando la barbarie de *die bolshevisten*! Cambiamos de emisora y buscamos una inglesa. Transmitían música de baile desde el Radio City de Nueva York. Aquello me irritó aún más que la emisora alemana. Sabía muy bien que la BBC retransmitiría algo más tarde un boletín de noticias sobre España. Pero sería un boletín totalmente aséptico, cuidando muy

mucho de no herir, en cada uno de los partes que emitían, la fina sensibilidad de alemanes e italianos. Mientras los germanos estaban poniendo toda la carne en el asador, nosotros lo contemplábamos todo con la fría mirada del observador imparcial, como si aquello no fuera con nosotros. Pronto nos íbamos a enterar de por dónde iban los tiros…

Al llegar a Madrid, nos dirigimos directamente al hotel Gran Vía. Al entrar en el comedor llevábamos un aura de héroes sobre nuestras cabezas. Nuestros colegas se arremolinaban alrededor sin dejar de preguntar: «¿Ha habido una nueva ofensiva?», o «¿Es peligroso el frente?». Nosotros sonreíamos con suficiencia, quitándole importancia al asunto: «¿Peligro? No, ninguno…, solo que al llegar a Guadarrama hay que apartarse de la línea de tiro enemiga para que no te caiga un obús encima…». Y así, entre copa y copa, uno iba olvidándose de los hombres que había dejado en las faldas del Guadarrama, tendidos sobre la pinaza del bosque con unos fusiles en las manos que no sabían usar…

Mi segunda expedición al frente la hice con el periodista de United Press Jan Yindrich y un destacamento de la Cruz Roja. A Madrid habían llegado noticias de un «ataque moro» por la zona de Cebreros. Jan y yo decidimos salir a investigar lo que había de verdad en todo ello. Íbamos en busca de la columna del coronel Mangada, que, según el gobierno, se encontraba en el pueblecillo de Navalperal de Pinares, y según la radio rebelde, había sido expulsado de aquel lugar y se encontraba en plena huida. Naturalmente, no había que fiarse de ninguna de las dos versiones, ya que las emisoras de unos y otros fantaseaban de lo lindo.

No encontramos a Mangada, un general de unos sesenta años cuya lealtad a la República había demostrado hacía años al enfrentarse al general Goded, por lo que fue encarcelado, como antes he señalado. No encontramos a Mangada, pero sí a su lugarteniente. Este nos contó que Navalperal había caído hacía una semana o diez días aproximadamente. No habían encontrado resistencia al entrar en el pueblo porque la mayoría de los rebeldes se habían marchado, pero sí tuvieron que enfrentarse al cura, que les disparaba desde la torre de la iglesia. Desde entonces se habían producido dos ataques de los facciosos, que trataban de reconquistar el pueblo. En el segundo de estos ataques, los rebeldes habían empleado, efectivamente, tropas de infantería mora. No tenía ningún prisionero para demostrármelo, ya que los rebeldes habían huido en dirección a Villacastín, pero sí podía enseñarme los cuerpos de algunos moros que habían muerto en la refriega. Podíamos ir con el destacamento de la Cruz Roja que se disponía a

incinerarlos.

La Columna Mangada se componía de unos quinientos o seiscientos voluntarios y varias compañías de soldados. Tenían unas cuantas ametralladoras y dos o tres piezas de artillería ligera. Algunos soldados llevaban máusers, pero la mayoría portaban rifles de época prehistórica. Con tan escasos recursos, la Columna Mangada se había plantado a las puertas de Ávila. Si no había efectuado un asalto a la ciudad fue únicamente por falta de medios.

Nos montamos con los chicos de la Cruz Roja en una ambulancia y nos fuimos en busca de los moros que estaban en tierra de nadie. Siempre me había imaginado a los moros de apariencia más bien insignificante, pero estos eran de enorme estatura. Los dos que vimos estaban medio desnudos y uno de ellos parecía haber contraído una enfermedad sexual. Los camilleros de la Cruz Roja habían vaciado una lata de gasolina sobre los cadáveres y se disponían a prenderles fuego. Jan y yo nos retiramos a prudente distancia, pero los enfermeros insistían en que nos quedáramos a presenciar la quema. Volvimos a Navalperal, donde me encontré con mi viejo amigo Santiago Delgado, a quien había conocido en Madrid trabajando para una compañía inglesa. A pesar de su lamentable estado de salud, Delgado también se había dejado arrastrar por el entusiasmo de aquellos días y había decidido ir al frente, donde se ocupaba de la intendencia del ejército. En aquellos momentos estaba distribuyendo monos azules entre una compañía de guardias civiles leales a la República y que, con evidente nostalgia, abandonaban sus tricornios y sus uniformes verdes. Pocas semanas más tarde supe que Delgado había muerto, agotado por un trabajo que ni su edad ni su salud le permitían ya realizar.

Pocas horas después Jan y yo estábamos sentados en un restaurante de El Escorial, disfrutando de un magnífico pollo asado. ¡Hay que ver cómo se habitúa el cuerpo a los avatares de la guerra! Allí estábamos nosotros comiendo como si tal cosa, totalmente ajenos a otra carne asada que, pocas horas antes, había perturbado nuestro delicado olfato. Pero nos sentíamos satisfechos porque podíamos demostrar que los moros estaban luchando en la meseta castellana, que aquello no era «insidiosa propaganda bolchevique», como decía Radio Stuttgart. Aquellos moros suponían una irónica jugada de la Historia. La España católica y feudal había tardado ocho siglos en deshacerse de sus invasores musulmanes, y ahora esa misma España los traía de nuevo a la Península como aliados en una supuesta cruzada cristiana. Al no contar con el apoyo popular, la España feudal había tenido que recurrir a sus enemigos ancestrales para poder conquistar su propio país, doblegando así la voluntad de hombres y mujeres libres.

Las tropas moras habían llegado de Marruecos a bordo de aviones Junker alemanes que estaban realizando un transporte masivo de soldados a través del estrecho de Gibraltar. La operación estuvo a cargo del coronel von Scheele, a quien Franco había felicitado con estas significativas palabras: «Enhorabuena, von Scheele. Si no llega a ser por usted…». En un mes, von Scheele y sus hombres transportaron catorce mil hombres desde Marruecos a la Península, diez mil soldados moros y cuatro mil legionarios españoles. Después de la caída de Badajoz, el 14 de agosto, aquellas tropas moras se habían dirigido hacia el centro de la Península y, unos días después de que nosotros estuviéramos allí, atacaban y tomaban el pueblo de Peguerinos.

Parece ser que las tropas moras estaban muy bien equipadas y que uno de cada seis hombres portaba un fusil automático. El bloqueo del estrecho de Gibraltar por parte de la marina republicana había obligado a Franco a recurrir a la Luftwaffe para el transporte de tropas por vía aérea. Parece ser que uno de aquellos gigantescos aviones Junkers que Hitler había enviado a España aterrizó en el aeropuerto de Madrid por equivocación y tuvo que despegar a la desesperada al darse cuenta de su error. Lo mismo les había ocurrido a dos aparatos italianos que tuvieron que repostar en un aeropuerto del Marruecos francés. Según parece, pidieron ayuda y un aparato nacional les sobrevoló y dejó caer un paquete con uniformes de la Legión española. Las instrucciones que recibieron eran que debían disfrazarse de legionarios españoles y presentarse ante las autoridades francesas alegando que pertenecían a un destacamento de la Legión española en Nador y que se habían quedado sin combustible. A estas farsas —que, por supuesto, no engañaban a nadie— había que recurrir para mantener la ficción de la no intervención. Alemania ni siquiera se molestaba en disimular: cuando la aviación republicana se dirigía hacia Ceuta para bombardear el puerto donde se estaba desembarcando material de guerra para el ejército nacional, pudo comprobar que el temible acorazado *Deutschland* patrullaba las aguas de esa ciudad, haciendo así imposible la incursión aérea.

Las pruebas de la intervención de Alemania e Italia estaban a la vista del que las quisiera ver, pero las democracias europeas preferían apartar los ojos mientras la invasión llegaba hasta el corazón de España. Y nosotros acabábamos de certificar la masiva presencia de tropa mora en el centro de la Península. Quedaba claro lo dicho anteriormente, que, después de la toma de Badajoz el 14 de agosto, una división de soldados marroquíes —alrededor de mil quinientos hombres— se había dirigido hacia el centro de la península y atacado diversos pueblos en la sierra de Guadarrama. Luis Quintanilla me contó que una

avanzadilla de tropas moras había tomado por sorpresa el pueblo de Guadarrama. Quintanilla llegó poco tiempo después con refuerzos de las milicias socialistas, que lucharon casa por casa y empujaron a los moros fuera del pueblo. Me contaba Quintanilla que en una de las casas había visto a una niña de catorce años que acababa de ser violada por los moros y a una pareja de ancianos que yacían en la cama con sendas balas en las cabezas. También había visto a los milicianos ejecutar a los prisioneros moros que habían tomado. Aquellas escenas de muerte y violación en el pueblo de Guadarrama darían la vuelta al mundo, ya que Quintanilla las plasmó en unos dibujos al carboncillo que se expusieron en Nueva York y las fotos de sus dibujos fueron ampliamente difundidas.

XV

Franco se acerca

EL 9 de septiembre se reunía por primera vez en Londres el Comité de Supervisión del Tratado de No Intervención formado por representantes de veintiséis países. Aunque entonces no lo sospecháramos, ese tratado de infausta memoria habría de sellar la suerte de aquella guerra. Lo que entonces parecía una noticia alentadora acabaría siendo la peor de las noticias para la República.

Las informaciones que llegaban de la guerra tampoco inducían al optimismo. Irún caía en manos de Franco ante la pasividad de las autoridades francesas. Resulta que la República había mandado camiones de municiones desde Barcelona a través del sur de Francia para reforzar la guarnición de Irún. Pero el Frente Popular francés, que en principio había autorizado aquella expedición, se retractó y negó el permiso para que los camiones cruzaran de nuevo la frontera en Irún y así cayó esta población, cuando las municiones para su defensa se encontraban paralizadas a escasos kilómetros de distancia. Ocurría que los sindicatos franceses estaban empeñados en una lucha aparentemente más importante que la que tenía lugar en España: ¡la lucha por la semana de cuarenta horas! Huelgas, manifestaciones, todo les parecía poco a los trabajadores franceses para conseguir su objetivo… ¿Cómo podían molestarse en apoyar a sus camaradas españoles cuando luchaban por tan excelsa causa? ¿Qué importancia podían tener las masacres de obreros en España cuando su propio horario laboral estaba en juego?

Y lo mismo podríamos decir de los sindicatos británicos. El 11 de septiembre el Consejo de los Sindicatos realizó una consulta por correo a sus afiliados: más de tres millones de trabajadores británicos votaron en contra de la intervención

en España y solo unos cincuenta mil a favor. Exactamente lo mismo ocurrió en el Congreso del Partido Socialista que se reunió en Edimburgo el 5 de octubre. A pesar del vibrante discurso de la escritora y militante socialista Isabel de Palencia, la moción a favor de la intervención en la guerra de España fue ampliamente derrotada.

El frente de Aragón resistía, pero poca ayuda se podía esperar de Cataluña mientras los anarquistas mantuvieran su hegemonía en esta tierra. Cataluña estaba más atenta a la revolución que a la guerra y bastante hacía con mantener una línea de frente relativamente estable en Aragón. El colapso de Extremadura había permitido un avance, que ya parecía imparable, del ejército nacional en dirección a Madrid.

Efectivamente, las tropas del general Yagüe, después de la sangrienta conquista de Badajoz, a la que antes nos hemos referido, continuaban su incontenible avance hacia Madrid. Contaba Yagüe con cincuenta o sesenta mil combatientes del Tercio y Regulares, todos procedentes de Marruecos y con un excelente equipo, disciplina y preparación. Contaban además con tanques y tanquetas y, sobre todo, con la recién llegada aviación alemana.

El 13 de agosto, Frank Kuklohn daba cuenta ya en su crónica del *New York Times* de que veinte aviones bombarderos Junker, acompañados de varios cazas, habían aterrizado en Sevilla para unirse a las tropas fascistas. Desde entonces, esta fuerza aérea se había visto incrementada con varios aparatos más.

Esa era la potente maquinaria de guerra que ascendía por el valle del Tajo, sin que la República pudiera oponer resistencia alguna. El 5 de septiembre se habían apoderado de Talavera de la Reina. Ningún obstáculo serio les separaba ya de Madrid. El gobierno enviaba columnas de sindicalistas que podrían haber hostigado a unidades más pequeñas, pero que nada podían hacer ante aquel ejército disciplinado que apenas detenía su avance cuando los avistaba en el horizonte.

Los cambios políticos que se produjeron en Madrid aquel 5 de septiembre parecían llegar también demasiado tarde. Largo Caballero, pragmático y eficaz, se ponía al frente del gobierno para sustituir al débil José Giral. Álvarez del Vayo, con su amplia experiencia como corresponsal en muchas ciudades europeas, se ponía al frente de Asuntos Exteriores, sustituyendo al incompetente Augusto Barcia. Los socialistas habían puesto todas sus esperanzas en Indalecio Prieto, gran gestor que podría ayudar a rearmar al Ejército republicano como ministro de Aviación y Marina. El doctor Negrín, cercano a los comunistas, se incorporaba al gabinete como ministro de Finanzas, y dos miembros del Partido

Comunista, Hernández en Educación y Uribe en Agricultura, entraban en el Gobierno. Ya sé que muchos de mis colegas le llamaron el «gabinete rojo», y quizá tuvieran razón… Pero no me cabe la menor duda de que, por primera vez en mucho tiempo, la República tenía a su frente un gobierno digno de tal nombre, dispuesto a aceptar la responsabilidad histórica de aquel momento. Lástima que llegara al poder con tantos meses de retraso…

Quizá sus integrantes fueran capaces de enfrentarse al caos que en aquellos días reinaba en Madrid. Cientos de personas eran ejecutadas en la capital de España sin haber sido sometidas a un juicio previo. Comités socialistas, comunistas o anarquistas se habían erigido en amos y dueños de aquel caos: confeccionaban listas negras de personas que debían ser arrestadas, las sometían a juicio secreto y sumarísimo y, si el veredicto era de culpabilidad, las ejecutaban en las afueras de la ciudad. La Pradera de San Isidro, a orillas del Manzanares, y la Ciudad Universitaria aparecían cada mañana llenas de cuerpos de personas asesinadas la noche anterior. Y lo peor es que muchas de estas muertes obedecían a ajustes de cuentas de tipo personal, que nada tenían que ver con razones políticas. Conocí uno de estos tribunales populares que tenía su sede en el Círculo de Bellas Artes de la calle de Alcalá. Me hice amigo de su presidente, un hombre con barba cuyo nombre no recuerdo, pero no se me permitió asistir a ningún juicio.

Me consta que tanto el gobierno Giral como el de Largo Caballero hicieron lo que pudieron para controlar a aquellos elementos que actuaban en nombre de partidos políticos o simplemente en nombre propio, pero poco pudieron hacer hasta que el propio gobierno dispuso de armas de fuego. La primera partida de armas llegó de Rusia a finales de octubre, y solo entonces pudo el gobierno comenzar a imponer su autoridad.

Naturalmente, aquel baño de sangre que se estaba produciendo en Madrid en el verano de 1936 tenía mucho que ver con lo que estaba sucediendo en el otro bando. Nos llegaban incesantes rumores de matanzas perpetradas por las tropas de Franco, y muchos de esos rumores, con el paso de los días, acababan por confirmarse. La matanza de Badajoz, donde fueron asesinadas más de mil doscientas personas después de conquistada la ciudad, había sido confirmada por el periodista Mario Neves desde Portugal. La matanza en un bando parecía alimentar a la del bando contrario, como la que ocurrió en la Cárcel Modelo de Madrid el 9 de agosto, cuando, a raíz de un incendio provocado en una de las alas de la cárcel, se procedió a sacar a varias decenas de presos al patio y a la ejecución sin juicio previo. La muerte de personalidades como Martínez de

Velasco o Melquíades Álvarez, que habían jugado un papel relevante en la República antes de la guerra, hizo mucho daño a la causa republicana.

A veces las matanzas indiscriminadas las producían los propios milicianos al regresar a Madrid desde el frente. En este, aquellos hombres sin apenas instrucción militar se enfrentaban a tropas profesionales y sufrían tales estragos que al llegar a la capital decidían tomarse la justicia por su mano y organizaban auténticas cacerías de personas que consideraban fascistas.

Todavía hoy, cuando escribo estas líneas, cuatro meses después del final de la guerra, no he podido obtener cifras aproximadas de las personas asesinadas en Madrid en aquellos primeros meses del conflicto. Las autoridades franquistas las han calculado en unas cien mil. Sospecho que esta cifra es muy exagerada. Cada día llevaban al depósito de cadáveres de Madrid entre treinta y cien cuerpos. Si pensamos que un promedio de cincuenta personas fueron asesinadas en Madrid entre julio de 1936 y enero de 1937, los asesinatos en los primeros meses de guerra rondarían la cifra de diez mil solamente en la capital de España, lo cual ya me parece una auténtica barbaridad.

Debo señalar aquí que en mis interminables caminatas por Madrid en aquellos días jamás vi un cuerpo en la calle. Cada día caminaba tres kilómetros desde el edificio de Telefónica hasta mi casa y en muchas ocasiones me dirigía hacia la línea del frente, pero apenas había constancia de personas asesinadas en la calle. Los cadáveres aparecían cada mañana, como ya he dicho, en dos lugares muy localizados: la Pradera de San Isidro y la Casa de Campo, pero en ningún momento tuve la sensación de que hubiera matanzas indiscriminadas o de que reinara el terror en la ciudad, como después se ha afirmado…

Si es imposible establecer una contabilidad de personas asesinadas en la República, ocurre lo mismo en el territorio controlado por Franco. Parece ser que cuarenta diputados fueron asesinados en la República y cuarenta en la España de Franco; ahora bien, no tengo idea de si esa paridad expresa algún equilibrio en lo relativo a la muerte de civiles en ambos bandos. Parece ser que la represión en Andalucía por parte del general Queipo de Llano fue particularmente sangrienta. En Granada fue asesinado Federico García Lorca, y sus amigos insisten en que murió a manos de la Guardia Civil, en represalia por aquel poema que les dedicó en su *Romancero Gitano*.

Y la pregunta que nos hacíamos aquellos días en Madrid era por qué el gobierno no paraba aquella masacre. La respuesta a esta pregunta es que había sido el propio gobierno el que había armado al pueblo en los primeros días de la guerra. Aquellas armas, que habían servido para sofocar la rebelión fascista con

la toma del cuartel de la Montaña, servían ahora para estos asesinatos y matanzas indiscriminadas. No hay que olvidar que Madrid estaba prácticamente sin fuerza policial alguna. Las fuerzas de asalto o de la Guardia Civil que habían permanecido leales a la República estaban en el frente del Guadarrama, luchando contra los rebeldes. Y otro dato que debe tenerse en cuenta es la existencia de la llamada «quinta columna» de Madrid, es decir, la parte de la población que apoyaba a los fascistas. Se calculaba que un diez por ciento de la población de Madrid estaba a favor del golpe de Franco, lo que supone unas cien mil personas sobre una población de un millón. Los tribunales populares respondían a la necesidad de controlar a aquellas personas enemigas de la República, por más que en muchas ocasiones se excedieran en sus funciones.

Supongo que la única solución justa hubiera sido internar a todos aquellos facciosos en grandes campos de concentración, pero eso entonces resultaba imposible.

La situación internacional tampoco ayudaba a que aquella dramática situación se resolviera. Desde primeros de agosto, Francia y Gran Bretaña habían acordado no enviar armas a España, de manera que un gobierno legítimamente constituido como era el de la República española no solamente no recibía armas, sino que ni siquiera podía comprarlas.

Aquello parecía un «sálvese quien pueda» de las democracias europeas, dispuestas a suspender los principios mismos del derecho internacional con tal de no enfrentarse a las potencias del Eje. Los gobiernos de Alemania e Italia seguramente no daban crédito a sus ojos al ver cómo las democracias occidentales les allanaban el terreno. España primero y después Austria, Checoslovaquia y Rumania eran las piezas del dominó que iban derrumbándose hasta que la propia Francia quedara ya como una democracia aislada dentro de una Europa fascista. Quizá ni hiciera falta atacar a Francia, quizá sería ya para entonces la última pieza que caería del árbol como fruta madura. Mientras tanto, había que contemporizar con ingleses y franceses, asegurar que ellos estaban comprometidos en una cruzada contra el comunismo, insistir en que los intereses de las potencias coloniales serían salvaguardados, etcétera. Daba igual. Mi propio país había entrado en estado de coma profundo y nada ni nadie parecía interesado en despertarlo.

XVI

Toledo

DE todas las ciudades españolas, Toledo es mi favorita, tal vez porque toda ella guarda una perfecta armonía encaramada en la pequeña colina que rodea el río Tajo. Tan poco espacio tenían sus constructores que tuvieron que apiñar casas y calles en el reducido espacio de la colina, de manera que ya no hubo sitio para adiciones y excrecencias más modernas. Algunos prefieren Sevilla, que es en España la ciudad espaciosa por excelencia. Yo pongo por delante el recogimiento físico de Toledo, quizá porque nos habla de otro recogimiento, el del alma.

He estado tantas veces en Toledo, he pasado tantos días felices allí, que no puedo resistir la tentación de recordar algunos. Recuerdo ese Viernes Santo de 1930 en que las imágenes religiosas y los penitentes de la procesión desfilaban entre los apuestos cadetes de la Academia Militar y los bizarros oficiales de la Guardia Civil en uniforme de gala. Recuerdo aquel otro día de 1932 en la que el cardenal Gomá se convertía en el nuevo primado de España tras la caída de su antecesor, el fanático cardenal Segura. En el séquito del cardenal había un sacerdote con el que estuve conversando: «Es un buen hombre —me dijo en voz baja—, ¡lástima que sea catalán!». Recuerdo finalmente aquella fría tarde del mes de enero en la que, después de comer perdices en la Venta del Aire, recorrí la ciudad de la mano de una amiga de Newcastle. Paseando por las frías calles nos encontramos frente a la catedral y decidimos subir a la torre. Desde allí, junto a las campanas, pudimos contemplar una prodigiosa puesta de sol invernal en la que los fríos tonos grises del cielo se fundían y confundían con la pizarra de los tejados y la plateada piedra de los muros de la ciudad. Y recuerdo también la botella de anís que nos bebimos en el autobús de regreso a Madrid para

quitarnos el frío que se nos había metido en el cuerpo.

Toda esa España que yo atesoraba en el recuerdo había desaparecido de un plumazo. Ahora volvía a Toledo, pero era para enfrentarme a la tragedia de una ciudad dividida, en lucha consigo misma. Los militares que se habían encerrado en el Alcázar en los días que siguieron al 18 de julio continuaban defendiéndose en el histórico palacio. La verdad es que yo no sentía ninguna especial devoción por aquel edificio destruido y reconstruido varias veces en su historia. La última reconstrucción se hizo en el año 1887 y el arquitecto empleó por primera vez hormigón armado para sostener algunas de las bóvedas. Solo así se explica que el edificio permanezca aún en pie después de haber recibido el impacto de nueve mil obuses, quinientas bombas que dejaron caer los aviones y media docena de minas con las que se pretendió dinamitar el edificio desde sus cimientos.

Fui a Toledo en los primeros días del mes de agosto, cuando los rebeldes controlaban todavía la carretera de entrada a la ciudad con un nido de ametralladoras. Para entrar en Toledo teníamos que dar un rodeo por la plaza de toros. A pesar del peligro, las calles estaban llenas de una multitud inquieta, milicianos con grandes sombreros de paja a lo Sancho Panza (eran los campesinos), anarquistas con los pañuelos rojos y negros, soldados… El nerviosismo de la multitud era explicable porque en el recinto del Alcázar había más de un millar de hombres bien armados que, en cualquier momento podían efectuar una salida e irrumpir en la ciudad. Los atacantes se convertían en atacados. Lo sorprendente en esos primeros días del asedio no era que el Alcázar no hubiera caído en manos republicanas, sino todo lo contrario, que los militares del Alcázar no se hubieran hecho con la ciudad de Toledo.

La defensa del Alcázar se ha convertido ya en leyenda y, como en toda leyenda, hay aspectos que no se corresponden con la realidad. En contra de lo que se ha dicho, apenas había cadetes defendiendo el Alcázar porque la mayoría de los cadetes de la Academia Militar estaban de vacaciones el 18 de julio. La mayor parte de los defensores del Alcázar pertenecían a la Guardia Civil y habían acudido de todos los puntos de la provincia de Toledo, llamados por el gobernador, porque tenían, según dijo, que «defender la República». Cuando estuvieron todos reunidos en la capital de la provincia se encerraron en el edificio junto con el propio gobernador civil, algunos soldados y elementos fascistas. En ningún momento trataron de apoderarse de la ciudad. Antes de encerrarse se llevaron prisioneras a algunas mujeres pertenecientes a organizaciones de izquierda. Había un total de quinientas setenta mujeres y niños en el Alcázar. Resulta difícil de entender cómo una ciudad dominada por los

militares y los curas era tan abiertamente hostil al alzamiento del 18 de julio, pero evidentemente ese era el caso. El coronel Moscardó, que estaba al mando del Alcázar, no tuvo otra opción que replegarse en su interior y el 22 de julio comenzaba su defensa.

Hablé con el gobernador civil y me aseguró que todos los tesoros artísticos de la ciudad habían sido protegidos y estaban bajo custodia. Me habló de algunos fusilamientos de fascistas que se habían producido junto a la sinagoga del Tránsito, pero evidentemente la atención de la población se centraba en el Alcázar, constantemente hostigado por los milicianos que lo rodeaban. Fui a Toledo una y otra vez, atraído y a la vez horrorizado por aquella singular situación, pensando incluso en el infierno que debían de soportar los que estaban dentro del Alcázar, constante e implacablemente bombardeado. En una ocasión, me encontraba en la plaza del Zocodover cuando vimos llegar los aviones. Yo puse pies en polvorosa, sabiendo que la aviación republicana era muy capaz de errar el tiro. Y efectivamente, la primera bomba cayó muy cerca de la plaza y mató a dos milicianos y mandó a mi colega Yindrich escaleras abajo en el edificio donde se encontraba. Desde el lugar donde yo me hallaba podía ver perfectamente las bombas que caían de los aeroplanos. Eran de aluminio y refulgían a la luz del sol. Ver caer una bomba es una sensación espantosa porque siempre da la impresión de que van derechas a por ti, aunque sepas muy bien que caerán quinientos metros más adelante.

En otra ocasión llegué a Toledo procedente del frente de Talavera, donde las cosas no marchaban bien para la República. Allí habíamos estado con el general Asensio, alto, elegante, bien vestido, no uno de esos oficiales que se ponen el mono azul. El enemigo avanzaba hacia la capital de la nación y Asensio defendía la carretera de Talavera a Madrid. Había preparado una maniobra para envolver al ejército atacante en cuanto llegara a Talavera. Asensio parecía olvidarse de que delante de él tenía un ejército entrenado y bien disciplinado, que difícilmente caería en la trampa que le quería tender. En su cuartel de Santa Olalla, Asensio me parecía un cínico que había decidido poner al mal tiempo buena cara. Pero tal vez me equivocara y creyera ingenuamente que con sus escasas e inexpertas tropas podía desbordar a enemigo tan poderoso. No lo sé.

Asensio nos prestó su vehículo para que inspeccionáramos el frente. Camino de la línea de frente nos encontramos con un grupo de milicianos que iban en dirección contraria a la nuestra. «¿Adónde vais?», les preguntamos. «Hemos perdido contacto con las otras compañías y vamos a ver si las encontramos», nos contestaron. Mentían y sabían que lo sabíamos. Estaban tan cansados y

hambrientos que no les importaba. En el frente nos encontramos con una compañía de guardias de asalto. Los aviones pasaban rozando por encima de nuestras cabezas. Dos cazabombarderos en llamas caían a poca distancia de donde nos encontrábamos. Al regresar al cuartel general nos informaron de que habían apresado a uno de los pilotos y que era italiano. Se llamaba Vicenzo Patriarca, había participado en la guerra de Abisinia y había venido a España con otros oficiales italianos, haciendo escala en el norte de África. Era el primer piloto italiano apresado por la República. Fue enviado directamente a Madrid y todos los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia. Pero nada iba a hacer mella en la voluntad de los gobiernos democráticos que sabían muy bien lo que ocurría en España, pero que habían decidido lavarse las manos como Poncio Pilatos.

Desde Talavera nos dirigimos a Toledo. Era el domingo 16 de septiembre, una fecha importante en el asedio del Alcázar. El embajador de Chile en España, don Aurelio Morgado, se había presentado ante los viejos muros y, con un altavoz en la mano, había pedido una tregua a los defensores para poder evacuar a las mujeres y a los niños. Morgado era el portavoz del cuerpo diplomático con representación en España. Su oferta no obtuvo respuesta. Unos días antes, el coronel Vicente Rojo, del ejército republicano, entró en el Alcázar para hacer la misma oferta. Moscardó no permitió la evacuación de las mujeres y solo pidió un sacerdote para que diera la comunión, que le fue concedido.

La República se disponía a poner en práctica el último recurso que le restaba para conseguir la rendición del Alcázar. Los mineros asturianos habían excavado la pared occidental del edificio y se disponían a dinamitarla. Pero el capitán Barceló, que estaba al cargo de la operación, no actuó correctamente. Ordenó a toda la población civil y militar que abandonaran la ciudad mientras se efectuaba la explosión. La carga de dinamita abrió un gran boquete en el muro, pero los milicianos tardaron al menos veinte minutos en regresar a sus puestos y cuando lo hicieron se encontraron con que la brecha estaba bien cubierta por los defensores. Otro error fue encomendar el asalto a una banda de jovencitos que se encuadraban en el batallón La Pasionaria. Sin duda, esta misión debió realizarla la Guardia de Asalto que se encontraba acuartelada en el hotel Castilla.

Creo que, de todas mis experiencias en la guerra, nada me deprimió tanto como Toledo. Por un lado, me exasperaba la impotencia de los atacantes y, por otro, me horrorizaba pensar lo que estarían pasando los que estaban dentro, sobre los que a diario caían docenas de bombas. Naturalmente, todo podía haber concluido en pocas horas si el gobierno se hubiera decidido a usar gases

lacrimógenos. Era la única forma rápida y efectiva de desalojar un gran edificio. Supongo que el gobierno no quiso hacer uso de los gases para no sentar un precedente de imprevisibles consecuencias en aquella guerra.

La última vez que fui a Toledo fue el sábado 26 de septiembre. Los rebeldes se habían apoderado de Maqueda y su castillo, en la intersección de la carretera de Talavera a Madrid. En Torrijos, entre Maqueda y Toledo, un oficial republicano se había apoderado de un vehículo y había ordenado al chófer a punta de pistola que se dirigiera hacia el territorio rebelde. Sus propios soldados le habían matado a tiros. Episodios como este se repetían entre los oficiales republicanos. El gobierno nunca podía estar absolutamente seguro de su lealtad.

Al recorrer las calles de Toledo por última vez me di cuenta de que era una ciudad perdida. Los aviones republicanos mantenían aún un último y desesperado enfrentamiento con los aparatos de Franco, que ya invadían el cielo. Junto al Alcázar, la Guardia de Asalto seguía intercambiando disparos con los defensores, pero sin poner el corazón en el asunto. A pocos kilómetros de la ciudad, en las montañas que rodean su flanco oeste, la lucha se había intensificado y el avance de los rebeldes era imparable.

Pocas horas después, el día 28 de septiembre, todo había concluido. Los rebeldes habían roto la línea gubernamental y entraban en la ciudad por veinte sitios distintos. Muchos jóvenes milicianos murieron tratando de defender una ciudad que ya no tenía defensa. El gobierno se olvidó de dar la orden de retirada cuando aún era posible. Cuando yo salí de la ciudad, el sábado 26 de septiembre, debió procederse a la evacuación de la población civil y militar. Eso habría evitado la pérdida de muchas vidas. La misma imprevisión se cometió con las obras de arte que el gobernador civil me había asegurado estaban tan bien custodiadas. Lo cierto era que una importante partida de cuadros de El Greco se había quedado atrás y que las personas a su cargo hubieron de ponerse a salvo pasando en barca de una a otra orilla del Tajo, cuando los rebeldes entraban ya por la Puerta de Bisagra. La orden de expedición de aquellos grecos estaría perdida en algún despacho gubernamental.

Los defensores del Alcázar sufrieron ciento cuarenta bajas, una cifra realmente insignificante si se tiene en cuenta las toneladas de bombas que los republicanos dejaron caer sobre ellos. No cabe duda de que se hicieron acreedores a la leyenda que se ha forjado en torno a ellos, ya que demostraron que su valor estaba realmente a prueba de bombas.

XVII

La Telefónica

EL moderno edificio de la Telefónica de Madrid es una construcción muy curiosa. Inspirada, sin duda, en los grandes rascacielos neoyorquinos, el arquitecto decidió rematar la construcción con una suerte de torre almenada, de manera que, contemplado desde cierta distancia, su imponente mole más bien parece la de un castillo que sobresale de la planicie gris urbana. Todos los corresponsales de prensa pasamos muchas horas en el interior de este imponente edificio. Desde la quinta planta telefoneábamos las crónicas a Londres que anteriormente habían pasado por la censura. A medida que el frente se acercaba a Madrid, pasábamos más y más horas en este edificio hasta que llegó el día en que podíamos observar los movimientos de tropas rebeldes desde su terraza. ¡Era como ser corresponsal de guerra desde tu propia butaca!

Así se convirtió la Telefónica en el centro del Madrid sitiado, en el punto de mira hacia el que apuntaban los cañones de los rebeldes. Aquel edificio levantado por la tecnología americana durante la época de Primo de Rivera, apadrinado por la International Telegraph and Telephone Corporation, tenía, sin embargo, un corazón muy español.

He aquí, me decía a mí mismo al contemplar la Telefónica, un edificio con toda la eficiencia americana, pero con un corazón español, que sabe vibrar ante la tragedia de este pueblo, que pone su sofisticada tecnología al servicio de un pueblo en lucha. Supongo que soy hijo de mi tiempo. Debo confesar que me gustan los trenes más modernos y sofisticados, los hoteles cómodos y eficientes, los coches americanos de última moda, parqué en el suelo de las casas… Pero quiero que todos estos inventos nos lleven hacia un mundo verdaderamente

«feliz» y no al horror de ese «mundo feliz» que vaticina Aldous Huxley en su novela…

Ese mundo moderno estaba allí ante mis ojos, en el edificio de la Telefónica: me encantaba subir y bajar en esos ascensores que no hacían ruido y se desplazaban a gran velocidad, contemplar la automatización de aquellas máquinas que daban servicio a los cincuenta mil teléfonos automáticos que había entonces en Madrid, hablar con Londres a las cinco de la madrugada porque el servicio no se detenía… Y es que la Telefónica continuaba funcionando normalmente. Un comité de trabajadores se había hecho cargo de la dirección, pero la casa seguía funcionando a su ritmo habitual y prestaba servicio las veinticuatro horas del día, atendida por guapísimas madrileñas modosamente vestidas de negro con blusas de cuello blanco almidonado. Desde que comenzó la guerra no se había producido ninguna reivindicación por parte de los trabajadores de la empresa, que podían muy bien haberse aprovechado de las circunstancias para forzar una mejora de su situación laboral. Aquellas muchachas vestidas de negro seguían acudiendo a sus puestos de trabajo como si nada sucediera en el exterior para que la voz de Madrid se dejara oír en el mundo entero.

No se me olvidará nunca la tarde del 6 de noviembre de 1936, cuando la primera bomba de Franco cayó sobre el edificio. Los rebeldes habían instalado sus baterías en la Casa de Campo, de manera que toda la Gran Vía quedaba dentro de su radio de acción. Cuando oímos el estampido de la bomba contra las paredes del edificio, los corresponsales de prensa que nos hallábamos en la quinta planta nos dirigimos apresuradamente al sótano. Pero no lo hicimos por la escalera, sino que una de esas muchachas uniformadas de negro nos llevó en el ascensor. Mientras buscábamos refugio en las profundidades, el servicio de ascensor continuaba funcionando con normalidad. Cuando hice acopio del valor suficiente como para regresar a mi puesto de trabajo en la quinta planta, la telefonista me dijo que me había estado buscando por todas partes: «Pero ¿dónde demonios se había metido usted? ¡Tiene comunicación con Londres desde hace diez minutos y usted sin aparecer!». Avergonzado, casi reptando, me dirigí hacia la cabina telefónica. El censor, observando que mi estado de nervios estaba algo alterado, permitió que retransmitiera mi crónica a Londres sin pasar por la censura previa, aunque él, naturalmente, se mantuvo a la escucha. Una bomba había dañado la cuarta planta del edificio de la Telefónica en Madrid, pero el ritmo de trabajo de la plantilla no se había alterado ni por un instante, y, desde la encargada del ascensor hasta los que dirigían la censura, nadie había abandonado

su puesto de trabajo… Esa fue la crónica que envió a Londres ese día este agitado corresponsal de prensa.

Lo que ocurría en el edificio de la Telefónica no era la excepción, sino justamente la norma de lo que estaba sucediendo en todos los rincones de la capital de España. Esa es la razón por la que Madrid no cayó con la misma facilidad con la que había caído Toledo unas semanas antes. Las otras razones no me sirven. Hay quien dice que la llegada de las Brigadas Internacionales a la capital de España fue el elemento decisivo en la defensa de Madrid. El 8 de noviembre llegaban a Madrid mil quinientos hombres de la XI Brigada. Pero estos hombres, por muy bien pertrechados que estuvieran, poco podían añadir a los ochenta mil que se aprestaban a defender su ciudad. Además, las Brigadas Internacionales no estaban defendiendo los puentes de Toledo y Segovia, que fueron los puntos por donde Franco inició su ataque a la ciudad. A mi manera de ver, la suerte de la ciudad se decidió entre los días 7 y 11 de noviembre, demasiado pronto para que las recién llegadas Brigadas Internacionales tuvieran una influencia decisiva. Lo cual no quiere decir que, en los días que siguieron, no jugaran un papel importante en el frente de la Ciudad Universitaria, impidiendo que las tropas de Franco penetraran en la capital por la zona de Cuatro Caminos.

También se ha dicho que si Franco no hubiera permitido al general Yagüe desviarse de su camino para rescatar a los defensores del Alcázar de Toledo, habría conseguido tomar la capital de España por sorpresa. Pero lo que Franco tenía delante de sus ojos no era una ciudad indecisa, donde podía influir el factor sorpresa, sino una ciudad abiertamente hostil. Y esto lo pudo comprobar el sábado 7 de noviembre cuando inició su ataque sobre la capital de España. Contaba con quince mil hombres, según sus propios cálculos, o con sesenta mil, según fuentes gubernamentales. Yo no puedo precisar el número exacto. Madrid parecía entregado esa mañana de noviembre. El gobierno acababa de abandonar la ciudad. El jefe de policía también se había marchado. La censura en la Telefónica se había relajado tanto que podíamos mandar lo que quisiéramos. Las calles aparecían desiertas… ¿No eran todas esas circunstancias las más favorables para que la famosa «quinta columna» apareciera y abriera a Franco las puertas de la capital de España?

Franco había pasado las seis semanas transcurridas desde la caída de Toledo el 27 de septiembre reorganizando su ejército, preparándose para lo que él creía que sería el ataque final. Había recibido tanques italianos con sus correspondientes tripulaciones. Los alemanes le habían enviado artillería ligera.

Miles de combatientes moros habían acudido a reemplazar las bajas que habían tenido. El punto débil del ejército rebelde, la aviación, había sido reforzado por unos cincuenta o sesenta bombarderos enviados desde Alemania. Por el contrario, la aviación republicana acababa de perder su último cazabombardero: «Nuestro último caza va a despegar mañana por la mañana», le había dicho el coronel Hidalgo de Cisneros a un colega mío una noche del mes de octubre. La esperanza de Cisneros estaba puesta en Rusia, que había decidido cumplir el Pacto de No Intervención con la misma escrupulosidad con que lo estaban haciendo Alemania e Italia. Rusia había prometido el envío de aviones y tanques que comenzaron a llegar a España en el mes de octubre. Con los primeros tanques rusos intentó el gobierno proteger el flanco sur de la capital, atacando a las tropas de Franco en la localidad de Seseña, cerca de Aranjuez, pero fueron barridos por los tanques italianos, bien apoyados por las tropas de infantería rebeldes, de manera que Franco se había plantado a las puertas de Madrid sin encontrar apenas resistencia. La capital apenas si había tenido tiempo de improvisar una mínima defensa.

En el mes de agosto, un grupo de arquitectos madrileños había elaborado un plan para la defensa de Madrid. El gabinete Giral lo había rechazado, argumentando que «las obras para la defensa de la capital desmoralizarían a la población madrileña…». Al contrario, el gobierno había proseguido con las obras de expansión del metro madrileño, con la instalación de los raíles para una nueva línea de tranvías en la calle del Príncipe Pío. Los únicos trabajos en las llamadas «líneas de defensa» de Madrid habían sido realizados por voluntarios de la población civil que acudían a centenares los domingos por la mañana para parapetar y excavar trincheras.

La población de Madrid, en buena lógica, debería haber estado totalmente desmoralizada cuando Franco llegó a sus puertas el 7 de noviembre de 1936. Hasta el presidente Azaña había abandonado la capital unos días antes para dirigirse a Barcelona. El comunicado de prensa emitido por su gabinete, en el que se decía que «el presidente se ha dirigido a Barcelona para continuar sus visitas al frente…», tampoco aclaraba demasiado las cosas. Daba la impresión de que había puesto pies en polvorosa sin importarle mucho hacia dónde se dirigía.

El gobierno abandonó la ciudad el día anterior al de la llegada de Franco. Había dado entrada a cuatro nuevos ministros, todos ellos anarquistas, Federica Montseny, Juan Peiró, Juan López y Juan García Oliver, para incluir a la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y a la organización sindical anarquista CNT en el gobierno del Frente Popular. Antes de partir, Largo Caballero había

encomendado al general Miaja la defensa de Madrid. Este y el general Pozas habían recibido dos sobres sellados con las últimas instrucciones. En estas instrucciones, el gobierno instaba a los dos generales a defender la ciudad, pero, caso de no poder hacerlo, les ordenaba un repliegue de tropas hacia Tarancón, en dirección a Valencia. Estaba claro que ni el propio gobierno tenía fe en la salvación de Madrid.

La capital tuvo que salvarse a sí misma. En la mañana del domingo 8 de noviembre fui al puente de Toledo para ver la situación. Los obuses silbaban por encima de la cabeza, sin saber muy bien de dónde venían y adónde iban. Supongo que procedían de algún punto de la Ciudad Universitaria y se dirigían contra las avanzadillas de Franco que se acercaban al río. Aquella mañana, los titulares de los periódicos de todo el mundo describirían «las últimas horas» de Madrid. La noche anterior había llamado a las oficinas de mi periódico londinense y me preguntaron con extrañeza: «¿Se puede saber desde dónde llama usted, Buckley?». Yo les contesté que desde el centro mismo de Madrid: «No puede ser —me dijeron—. Sabemos de buena tinta que las fuerzas de Franco han entrado ya en Madrid y están luchando en las calles del centro…». En vista de que aquel señor de Londres sabía más que yo, le colgué el teléfono. Al poco rato me llamó un amigo de París y me dijo con voz alarmada: «¿Se puede saber qué haces en Madrid? ¿No sabías que Franco considera que todos los corresponsales del lado republicano son "rojos" y que lo vas a pasar muy mal si te cogen?». Efectivamente, un corresponsal de prensa amigo mío había recibido una amenaza de muerte del gobierno de Burgos, anunciándole que sería fusilado si se le encontraba en Madrid. Hasta aquel momento no me había preocupado por mi seguridad personal, pero al recibir estas llamadas comencé a pensar en mi propio pellejo. Aquella misma mañana, varios periodistas habían abandonado la capital de España. En un momento de debilidad, cogí el teléfono y llamé a la Embajada británica para preguntar al encargado de negocios, Ogilvie-Forbes, si tenía algún coche disponible para viajar a Valencia. Me contestó que no tenía ninguno y que lo mejor que podía hacer era quedarme en Madrid.

Todos estos temores se disiparían a la mañana siguiente cuando, tal como decía antes, bajé hasta el puente de Toledo para comprobar la situación. Ante mis ojos desfilaban centenares de ciudadanos sin uniforme con un fusil en la mano y dos docenas de cartuchos en los bolsillos. Algunos de aquellos fusiles eran tan viejos que podían hacer más daño a quienes los disparaban que al enemigo. Muchos de aquellos hombres no habían utilizado un fusil en su vida. Habían sido

convocados por sus respectivas organizaciones sindicales para luchar por la defensa de Madrid. Fueron ellos los que salvaron Madrid en las dos jornadas críticas y decisivas del 7 y el 8 de noviembre de 1936. La mayoría eran héroes desconocidos, tranviarios, taxistas, obreros de la construcción, vendedores, cuyos nombres no pasarán a la Historia aunque dejaran la piel en la defensa de su ciudad. Luchaban sin ningún tipo de servicio sanitario, sin recibir comida ni bebida, a veces sin órdenes de ningún tipo, porque en amplios sectores del frente no había oficiales que dirigieran a aquella abigarrada multitud. Y sin embargo consiguieron detener el avance de las mejores tropas del Ejército español, los famosos Tercios, las bien disciplinadas tropas moras, los fanáticos carlistas de Navarra. Su secreto era muy sencillo: aguantar a pie firme y no ceder terreno. Y así fue cómo las sucesivas oleadas de tropas que mandaba el general Franco se estrellaron contra la granítica muralla humana levantada por la resistencia popular.

Una y otra vez, con evidente heroísmo, los Tercios de la Legión trataban de abrirse paso por los suburbios de Carabanchel o intentaban franquear el río para tomar la estación del Norte. ¿Cómo es posible que no abrieran una brecha, que no encontraran el punto débil en aquella muralla humana que circundaba Madrid? Desde las alturas de la Telefónica, la almenada torre castellana, el comandante de la artillería republicana dominaba todo el campo de batalla y mandaba a sus baterías las órdenes precisas para que mantuvieran a raya al enemigo e impidieran que la muralla del castillo se agrietara y se viniera abajo.

Desde aquel momento comenzó una nueva vida para nosotros, los que vivíamos en Madrid. Hasta entonces, la ciudad había sido un lugar relativamente tranquilo donde se producía de cuando en cuando alguna incursión aérea, pero donde, por lo general, se podía comer y dormir con tranquilidad. De pronto nos encontrábamos en la línea del frente. La artillería y los aviones no dejaban de disparar.

A los rebeldes no les había hecho ninguna gracia quedarse a las puertas de la gran ciudad y estaban dispuestos a no dejarnos ni un minuto tranquilos. Comenzaron a lanzar bombas de quinientos y hasta de mil kilogramos que caían en el centro y los suburbios de la ciudad, evitando cuidadosamente el paseo de la Castellana, donde se encontraban la mayoría de las embajadas, y ciertos sectores de la ciudad donde vivía la gente adinerada. Recuerdo que en la noche del 17 de noviembre, yo me encontraba en la Gran Vía comprándole un periódico a un vendedor que parecía no haberse percatado de que Madrid estaba en guerra. Era una noche lluviosa, las nubes bajas ofrecían una aparente protección contra los

ataques aéreos. De pronto se oyó el ruido inequívoco de una bomba que se dirigía hacia nosotros. Las bombas pesadas llevan una hélice en su parte posterior que les ayuda a mantener la dirección. Antes de que tuviéramos tiempo de buscar refugio, la bomba había hecho explosión a unos doscientos metros del lugar donde nos encontrábamos, en el mercado del Carmen. Eran las nueve de la noche. Durante cinco largas horas no hubo ni un minuto de descanso. Venían una y otra vez dejando caer su pesada carga de manera que hasta el poderoso castillo de la Telefónica temblaba ante aquel diluvio. Las bombas incendiarias iluminaban el cielo de Madrid, que ardía por los cuatro costados. Una bomba cayó en una de las bocas de metro de la Puerta del Sol y mató a decenas de personas que habían buscado refugio en ella. Las víctimas que conseguían salir al exterior se veían obsequiadas por una lluvia de cristales que caían de los edificios más cercanos. Un amigo mío que se encontraba en el lugar vio cómo un hombre moría decapitado por una lámina de cristal que le cayó encima. Una casa de ocho plantas apareció a la mañana siguiente partida por la mitad, como si una mano gigantesca la hubiese despedazado. Sus habitantes quedaron apresados por montañas de cemento de las que pocos pudieron ser rescatados con vida. Las casas que mejor ardían eran las más antiguas. La bomba incendiaria, después de explotar sobre el tejado, dejaba caer su carga de calcio líquido, que producía una llama blanca, sobre las vigas de madera de la techumbre, hasta que todo el edificio se convertía en una inmensa pira. De esta manera ardieron cinco grandes edificios en la Puerta del Sol. Y continuaron ardiendo durante días, sin que nadie se molestara en apagarlos. Aquellas escenas dantescas comenzaban a formar parte de la vida cotidiana.

Es imposible saber el número de personas que murieron aquellos días en Madrid. Las autoridades manifestaban que no podían dar cifras de muertos porque aquello era «secreto de guerra». La única manera de conocer la verdad era ir cada mañana al depósito de cadáveres y contar las víctimas de la noche anterior. Los muertos estaban dispuestos en mesas de mármol. En aquella memorable noche del 17 de noviembre ingresaron más de trescientos cadáveres, y no parece aventurado afirmar que al menos mil personas murieron en Madrid en aquel mes de noviembre víctimas de los bombardeos. Un día, mientras me entretenía contando el número de cadáveres que habían ingresado aquella mañana en el depósito, se me acercó un médico y, al saber que yo era inglés, me pidió en tono suplicante que hiciera todo lo que estuviera de mi parte para que mi gobierno intercediera ante el de Alemania para tratar de detener aquella devastación salvaje. Seguramente el médico habría pasado noches, quizá

semanas, sin dormir. Sus manos, agotadas por el trabajo, le temblaban de la emoción. Yo le mentí y le dije que sin duda la opinión pública en mi país obligaría a mi gobierno a tomar cartas en el asunto… En cuanto pude, me zafé de él con buenas palabras.

Pero ya no conseguí permanecer tranquilo. Las palabras de aquel hombre me atormentaban. En la Ciudad Universitaria se luchaba no solamente por la República española, sino que estaba en juego el futuro de los países democráticos. Si el gobierno de mi país no quería entrar en liza, ¿no era el deber de todo ciudadano libre defender la libertad en la que nos habían educado? ¿Qué hacía yo contando cadáveres en el depósito madrileño o mandando unas noticias que no cambiarían para nada la postura cerril de mi gobierno? ¿Dónde estaba mi puesto, detrás de la máquina de escribir o detrás de un fusil, defendiendo las ideas en las que creía? Pensé en alistarme en las Brigadas Internacionales. Pero me faltó el valor. No soy una persona corpulenta y temía no poder aguantar los rigores del combate. Temía, sobre todo, la muerte que parece muy cercana cuando luchas en primera línea.

A pesar de la guerra, la vida en Madrid continuaba. Por todas partes se veía gente llevando sus enseres, mudándose de casa, abandonando su hogar destruido por las bombas o amenazado por encontrarse en la línea de fuego y buscando uno nuevo en los miles de viviendas abandonadas. Niños abandonados buscaban a sus padres por las calles de Madrid. Los hospitales, llenos a rebosar, eran frecuentemente bombardeados, sembrando el caos. En las estaciones de metro pasaban la noche tantas personas que era imposible salir o entrar en los trenes sin pisar los cuerpos de quienes estaban durmiendo. Una mujer ya mayor que trabajaba en la Telefónica me contó su historia. Vivía con su hija y sus nietos en un edificio junto al puente de Toledo. Aquel edificio había sido bombardeado en diecisiete ocasiones, pero ella no encontraba dónde ir con su familia y debía permanecer en él. Cada día tenía que desplazarse hasta la Telefónica, lo que en aquellas circunstancias suponía una hazaña. Pero ni ella ni ninguna de las personas con las que hablé durante aquellos días pensaban en la rendición. Se quejaban de la guerra, pasaban mucha hambre y, lo que es peor, pasaban mucho miedo, pero estaban convencidos de que luchaban por una causa justa y estaban dispuestos a proseguir la lucha.

A finales del mes de noviembre llegó a Madrid una comisión de investigación enviada por el Parlamento británico gracias al llamamiento de Álvarez del Vayo, que era entonces ministro de Asuntos Exteriores. Aquella colección de parlamentarios británicos, representantes de todas las tendencias

dentro de la Cámara de los Comunes, parecía, sin embargo, extrañamente surrealista en aquel Madrid en guerra, como si un grupo de marcianos hubiera aterrizado de pronto en la capital de España. Recuerdo a Sefton Cocks (socialista), con una ligera cojera pero siempre de buen humor y dispuesto a entrar en las zonas de mayor peligro, o a Wilfred Roberts (liberal), un tipo intelectual, o al comandante James (conservador), que se dedicaba a medir los agujeros producidos por las bombas o a hacer preguntas técnicas sobre el armamento republicano. Les acompañaba Margarita Nelken, recién ingresada en las filas del Partido Comunista. Su fuerte personalidad y sus ideas chocaban con las de aquellos bienintencionados parlamentarios, y no me parecía la persona más indicada para actuar de cicerone en aquellas circunstancias… Claro que todo eso tampoco tenía la menor importancia. El único resultado positivo de la presencia de los parlamentarios británicos en Madrid fue que durante ocho o diez días prácticamente cesaron los bombardeos sobre la capital de España. Alemania, por aquellos días, se guardaba mucho de ofender al Reino Unido. Hitler pensaba entonces que podría necesitar en algún momento la ayuda de Gran Bretaña. Las noticias de la presencia de los parlamentarios ingleses en Madrid en la prensa mundial fue suficiente para que se suspendieran los bombardeos durante unos días y nos dieran una pequeña tregua.

En cualquier caso, Madrid se había convertido en el centro de la atención mundial. En un primer momento se había pensado que Franco entraría sin muchas dificultades en la capital de España, y muchos rotativos del mundo entero habían enviado a sus corresponsales más distinguidos para que describieran la caída de Madrid desde las posiciones que ocupaba el ejército franquista. Pero en vista de que la esperada «caída» no se producía, los sesenta o setenta corresponsales que estaban con las tropas franquistas se dispersaron. La noticia estaba dentro de la ciudad misma y éramos nosotros, los corresponsales «republicanos», los que teníamos que informar al mundo de los acontecimientos que allí se estaban produciendo.

En las últimas semanas habíamos estado durmiendo en la Embajada británica. Lo hacíamos en el suelo de los salones que otrora servían para celebrar grandes cenas y recepciones, y que ahora nos parecían mullidas camas por lo cansados que nos encontrábamos cuando nos tumbábamos sobre ellos a dormir al llegar la noche. Daba igual que bombardearan: puedo asegurar que dormíamos como angelitos. Naturalmente, lo hacíamos pensando que si Franco entraba de noche en la ciudad, como insistentemente se rumoreaba, aquel sería uno de los pocos lugares relativamente seguros para nosotros.

Todos compartíamos el temor de que Franco entrara en Madrid por la noche y tratara de tomar la ciudad por sorpresa, todos excepto el corresponsal más veterano, E. G. De Caux, del *Times* de Londres. Un día, mientras contemplábamos las posiciones de Franco con unos potentes prismáticos desde el Parque del Oeste, De Caux me dijo: «¿Sabes una cosa, Buckley? No veo por ningún lado los grandes movimientos de tropas que Franco necesitaría para adueñarse de una ciudad como Madrid. Una ciudad de un millón de habitantes no se puede tomar con un puñado de hombres. Franco tendrá que traer muchísimas más tropas si pretende hacerse con la ciudad». De Caux, zorro viejo en estas lides, sabía lo que se decía.

Los demás éramos jóvenes e inexpertos corresponsales de guerra, si bien este es un arte que no se aprende en ninguna escuela, sino día a día en las trincheras. Recuerdo a Geoffrey Cox, un neozelandés que buscaba con su penetrante mirada la verdad detrás de la superficie de los acontecimientos; a Sefton Delmer, australiano de origen irlandés que llenaba las primeras páginas del *Daily Express* de Londres con su prosa arrebatada y violenta; más delicado (nos asombraba a todos con sus pijamas de seda mientras acampábamos en la Embajada británica) era Stubbs Walker, del *Daily Herald*… Walker fue nuestra única baja en aquellos días: tuvo que marcharse a París para que le sacaran la muela del juicio.

Las noticias que, día a día, mandábamos sobre la desesperada resistencia de la ciudad eran, en realidad, mensajes de socorro para que el mundo entero se percatara de la tragedia que nosotros estábamos presenciando. Y estos mensajes eran «recogidos» por ciudadanos de Birmingham o de Amberes, de Aberdeen o de Dublín…, y estos ciudadanos se apresuraban, en muchos casos, a dar dinero para la causa republicana, un dinero que a ellos seguramente les hacía falta. Pero ¿qué podían hacer aquellas pequeñas donaciones privadas frente a los millones de dólares que le llegaban a Franco desde los gobiernos de Portugal, Alemania e Italia y de muchas compañías privadas de los Estados Unidos y del propio Reino Unido? A pesar de que la República controlaba las reservas de oro del Estado español, el gran capital estaba convencido, desde el principio mismo de la contienda, de que Franco sería el vencedor de aquel combate y ponía todos sus recursos a su disposición, seguro de que aquellas inversiones las recobraría con creces…

Y así, mientras los grandes rotativos proclamaban a bombo y platillo la ayuda de los ciudadanos demócratas de todo el mundo a la causa republicana, en cualquier trastienda de Londres, París o Nueva York un grupo de financieros se reunían con algún enviado del general Franco y acordaban créditos de miles de

libras… y nadie se enteraba. Era una situación muy curiosa. Mientras Londres, con sus grandes rotativos, parecía apoyar la causa republicana, la City, destejiendo lo que otros tejían, volcaba sus recursos a favor del general, convencidos como estaban de que ello les reportaría las mayores ganancias…

Claro que todos los pecados llevan su penitencia. Antes de que este libro salga a la luz, los angustiosos acontecimientos que Madrid vivió en noviembre de 1936 se reproducirán en aquellos países que se autodenominan «libres». Libres de muchas cosas, pero no de un pecado que puede llegar a ser peor que todos los otros, el pecado de omisión.

XVIII

Un conde en la cárcel

AQUELLA guerra tenía para mí escenarios muy diferentes y podía deparar muchas sorpresas. Una mañana me encontraba en el salón de una elegante casa madrileña, en compañía de una condesa, cuando el mayordomo interrumpió nuestra conversación para anunciar que la policía se encontraba en la puerta. Yo me puse algo nervioso porque, aunque conocía aquella familia, no sabía si su palacete madrileño podría esconder algún centro de espionaje fascista. Pero la visita de la policía resultó ser de lo más inocente: solo querían saber si la señora condesa podría alojar en su vivienda a unos refugiados que habían perdido la suya. Se trataba de un tranviario que se había quedado sin casa en la barriada de Cuatro Caminos después de ser bombardeada por la aviación fascista. La condesa se levantó y acompañó al tranviario y a su familia a las habitaciones que ocuparían en un extremo de la casa.

Aquella insólita visita al domicilio de una condesa se debía al encargo de una amiga mía, que me había pedido que la ayudara porque su marido estaba en la cárcel. La condesa parecía encantada de charlar con un periodista inglés. Me contó que conocía personalmente al rey Eduardo VIII, y por los detalles que me daba estoy seguro de que me decía la verdad.

Fui a ver a su marido, el conde, a la cárcel. Se le acusaba de haber pertenecido a la CEDA y a Falange y de haber contribuido con grandes aportaciones de dinero a la derecha. Mis amigos me aseguraban que se trataba de una familia liberal, así que no tengo idea de si todo aquello era verdad o mentira, y naturalmente el conde tampoco parecía muy dispuesto a aclarar mis dudas. Se le veía hundido, como si hubiera perdido la ilusión y las ganas de vivir. Las

gestiones que pude hacer por él resultaron infructuosas, porque, en aquel Madrid bombardeado por los fascistas, la compasión que despertaba un conde en las autoridades era muy escasa.

A diferencia de su marido, la condesa parecía disfrutar de aquel bullicio que se había organizado en su casa, como si la guerra le hubiera dado nueva vida en lugar de quitársela. Cuando fui a verla para contarle el fracaso de mis gestiones para liberar a su marido, ella me dijo: «No te preocupes, Henry, que ya lo he arreglado con mis amigos anarquistas. Ellos me dicen que lo pueden sacar de la cárcel a escondidas y luego quizá tú puedas meterlo como refugiado en la Embajada británica». ¡Así era el Madrid de aquellos días: una condesa con amigos anarquistas, disfrutando de la insólita situación en la que se encontraba! Hay que señalar que la Junta que en aquellos momentos gobernaba —o trataba de gobernar— Madrid se componía principalmente de comunistas, socialistas y anarquistas, y que uno de aquellos anarquistas, Melchor Rodríguez, era el jefe de prisiones.

Tampoco pude conseguir acceso a la Embajada para cuando el conde fuera puesto en libertad. En este punto, tanto la Embajada británica como la de Estados Unidos eran muy estrictas: no aceptaban refugiados.

Creo que en esto se equivocaban. Una cosa es aceptar a oficiales rebeldes, como habían hecho otras embajadas, y otra muy distinta cerrarles la puerta a personas inocentes cuya vida corría peligro.

Se calcula que veinte mil personas encontraron refugio en las diferentes embajadas durante la guerra, y el gobierno de la República siempre respetó la inviolabilidad de los territorios que ocupaban. Caso aparte fue, desde luego, la ocupación de la de Finlandia, que se encontraba junto a la británica. Una noche oímos un tiroteo en la calle, y el propio embajador británico, Ogilvie-Forbes, nos informó de que había dado permiso a la policía de la República para entrar en la Embajada británica para poder cercar a las personas que se encontraban dentro de la legación de Finlandia. Resulta que los diplomáticos finlandeses habían regresado a su país al comenzar la guerra, pero habían dejado a un español para que se encargara de los asuntos de la legación. Este ciudadano español había montado un negocio y cobraba unas cien libras esterlinas por el derecho de admisión, además de una cuota diaria por el servicio de comidas. El negocio era tan próspero que habían llegado a apoderarse de los pisos adyacentes que en aquellos momentos se hallaban desocupados. Cuando la policía republicana pretendió entrar en la legación fue recibida por los disparos de la gente de derechas que en aquellos momentos la ocupaba. Muchas personas resultaron

heridas antes de que la policía se hiciera dueña de la situación.

La vida de los corresponsales de prensa no se hizo más fácil con la llegada a Madrid de las Brigadas Internacionales. Cada día recibíamos decenas de peticiones para que averiguáramos si tal o cual voluntario estaba muerto o herido. Al hijo del almirante Mackenzie lo dimos por muerto en varias ocasiones e incluso se celebraron sus funerales en Madrid. ¡Qué alegría fue verle entrar en mi oficina, y además tan buen mozo como resultó ser! ¿Y qué decir de Esmond Romilly, sobrino de Winston Churchill? ¡Menudos quebraderos de cabeza nos daba!

Recuerdo un día en que me encontraba en el hotel Palace, convertido entonces en hospital de emergencia. Estábamos en el salón de banquetes del hotel, aquel salón que yo conocía tan bien porque todos los partidos políticos —desde la extrema derecha a la izquierda— celebraban allí sus ágapes y convenciones. Ahora servían aspirinas en lugar de pollo con patatas y las engalanadas mesas se habían convertido en camas de campaña. Yo estaba visitando a un brigadista escocés que había caído en combate y le llevaba unos bombones para endulzarle aquel mal trago. Cerca de donde nosotros nos encontrábamos estaba el joven Romilly con otros cuatro o cinco brigadistas. Hablaban de la acción de su brigada en Boadilla del Monte, donde habían muerto cuatro o cinco de sus compañeros. De pronto, Romilly advirtió mi presencia y se dirigió hacia mí, increpándome: «¿Qué hace aquí este periodista? ¡Seguro que está aquí para espiarnos! ¡Lárgate de aquí ahora mismo!».

Comprendí el estado de excitación en el que se encontraba, recién llegado del frente, y le obedecí. Unos días más tarde me lo encontré frente a la Embajada británica y me pidió disculpas. Recuerdo que incluso le regalé un tradicional pudin de Navidad de los que por aquellos días nos llegaban a la Embajada. Pero le dije que se lo tendría que comer fuera, porque ninguna persona con uniforme podía entrar en el edificio. Así estaban las cosas entonces en mi país: aquellos jóvenes que tan generosamente luchaban por la democracia estaban proscritos, eran unos apestados que no podían entrar en sus embajadas, ni aun llamándose Churchill de apellido. Así premiaba mi país a aquellos héroes.

Y, efectivamente, héroes eran todos los jóvenes que conocí en aquellos turbulentos días en Madrid. Podían haber venido a España por los motivos más diversos: por puro idealismo, por escapar de su familia o incluso por escapar de la justicia. Pero a la hora de entrar en combate se convertían todos en héroes: llevaban armas anticuadas, estaban mal equipados, no sabían hablar español, pero todo lo suplían con su heroico comportamiento en las trincheras. Y debo

decir en honor a la verdad que los alemanes eran los mejores. Se trataba de refugiados políticos que habían sufrido en sus propias carnes la miseria del campo de concentración, la amargura del exilio. Estaban ya curados de espanto y la muerte significaba muy poco para ellos, mucho menos que para franceses o británicos, que todavía valoraban su propia vida. Y lo mismo podríamos decir de los italianos, que se habían integrado en el batallón Garibaldi. Aquellos hombres ya habían probado los horrores del fascismo y, por tanto, estaban curtidos.

Sé muy bien que circulaban historias sobre los brigadistas, tachándolos de mercenarios o aventureros. Si los hubo, yo, desde luego, no los conocí. Conocí a jóvenes poetas como John Cornford o Tom Wintringham y a personas tan magníficas como el propio Romilly, Ralph Bates o Hugh Slater, ninguno de los cuales tenía el más remoto parecido con un delincuente o un simple aventurero. También circulaba el bulo de que había muchos judíos entre los brigadistas. Yo encontré muy pocos y esos pocos estaban siempre entre los mejores. Recuerdo a un joven de una familia adinerada de Frankfort que había escapado del terror nazi y se encontraba en un hospital de Madrid con una bala alojada en un pulmón.

Y mientras tanto, Franco seguía golpeando ciegamente con sus baterías la ciudad de Madrid. Recuerdo un comentario de un general alemán que escribía en *Die Wehrmacht* y que, visto desde el lado contrario, me parecía bastante exacto: «Nuestros bombarderos tenían la misión de destrozar la ciudad y desmoralizar a sus habitantes para preparar la entrada de las tropas de Franco, pero esta entrada nunca acababa de producirse». A mediados de enero de 1937 Franco varió su estrategia al darse cuenta de que era en terreno abierto donde sus tropas, altamente profesionalizadas, bien equipadas y apoyadas por la aviación alemana, tenían todas las de ganar. En lugar de atacar la ciudad solo por el Norte, abrió otros frentes en el Sur y estableció así un asedio casi total de la ciudad.

XIX

El Jarama

EL último ataque directo de Franco al corazón de Madrid se produjo en enero de 1937. A partir de ese momento, opta por una serie de maniobras envolventes en torno a la capital. Estas maniobras podrían haber tenido éxito si las hubiera realizado en el otoño, cuando llegó frente a la capital de España. Pero el asedio a Madrid no había hecho sino fortalecer la voluntad de sus habitantes, que, con la moral muy crecida, estaban dispuestos a resistir hasta el final.

En aquellos tres meses de asedio, las fuerzas leales al gobierno de la República se habían transformado. Se habían organizado en pequeñas unidades bajo el mando de un oficial. Habían recibido la tan esperada ayuda de Rusia y ya disponían de tanques, artillería pesada y ametralladoras, así como de los inestimables Migs que surcaban los aires de la capital. Recuerdo que la mañana en que aquellos aparatos llegaron a la ciudad («chatos» llamaban los madrileños a los bimotores y «moscas» a los de un solo motor), la gente se asomaba a los balcones, a las terrazas, a las azoteas de las casas y agitaba sus pañuelos con lágrimas en los ojos. Aquellos aparatos eran rusos pero de diseño americano, con motores Boeing. Había llegado también algún bombardero tipo Martin, pero aquellos aparatos siempre estuvieron en inferioridad numérica con respecto al enemigo.

Una mañana —debía de ser a principios del mes de febrero de 1937— me encontraba yo tumbado en una trinchera cerca del puente de Arganda, en la carretera de Valencia. Los rebeldes habían comenzado una gran ofensiva sobre esta zona con la intención de cortar ese cordón umbilical que unía la capital de España con Levante, es decir, la zona que le suministraba los alimentos y el

material de guerra que Madrid necesitaba para aguantar el asedio. La ofensiva rebelde se había iniciado el 6 de febrero, y al día siguiente las emisoras fascistas ya proclamaban la conquista del famoso puente. Pero la realidad era que se encontraban todavía a un par de kilómetros del lugar y los disparos que llegaban hasta nosotros morían a nuestros pies.

Habían estado bombardeando el puente, pero no habían conseguido destruirlo, y la prueba era que Irving Pflaum, de la United Press, y Herbert Mathews, del *New York Times*, habían conseguido cruzarlo en coche aquella misma mañana. Yo decidí no seguir el ejemplo de mis colegas. Mi chófer estaba casado y con familia y me parecía que le estaba haciendo correr un riesgo innecesario para demostrar algo que, por otra parte, ya había sido demostrado. En las laderas del Jarama se habían apostado miles de milicianos que ofrecían una encarnizada resistencia a aquella «máquina de guerra» que se les venía encima: tropas de la Legión y Regulares de Marruecos, tanques y artillería alemanes y, por supuesto, el apoyo desde el aire de la aviación nazi. Se hablaba entonces de una fuerza que se acercaba a los ochenta mil hombres.

Y es que la moral de los nacionales era muy alta después del triunfo en Málaga. La ciudad andaluza había caído el 8 de febrero, oponiendo escasa resistencia a las tropas italianas de Mussolini recién llegadas a España. Bien pertrechadas, estas tropas disponían de su propio material: transporte, comunicaciones e intendencia, aparte, claro está, de un material de guerra moderno y de primera clase. No era, pues, sorprendente que hubieran barrido la escasa resistencia que presentaron los mal pertrechados milicianos, y habían entrado en Málaga como si se tratara de un paseo militar. La ofensiva italiana sobre esa ciudad estaba apoyada, además, desde el aire por la aviación alemana y desde el mar por sus propios destructores, que no dejaron de cañonear la costa malagueña impidiendo incluso la retirada de la población civil.

La verdad es que los malagueños tampoco habían recibido mucha ayuda del gobierno de la República.

Largo Caballero, tan eficaz como líder sindical, había resultado ser un ministro de la Guerra bastante mediocre.

Un ejemplo como botón de muestra. Un grupo de periodistas ingleses que habían intentado llegar a Málaga cuando se inició la ofensiva italiana se encontraron con un puente derruido por las recientes lluvias que les había impedido seguir adelante. Es decir, la única vía de acceso a Málaga desde la zona republicana —vía Almería— estaba cortada y nadie parecía darle importancia a aquel insignificante «detalle». Así, el suministro de alimentos y de

material de guerra que llegaba en camiones desde Valencia no pasaba de Almería, a la espera de que «algún día» pudiera llegar a la asediada Málaga. Quizá Málaga estuviera condenada por la República desde un principio, pero lo cierto es que nada se hizo por salvarla.

Tal vez Málaga fuera solamente eso, un peón que la República sacrificaba al enemigo con la esperanza de poder ganar, al final, la partida. Porque la verdadera partida no se estaba jugando en aquel —en otro tiempo— bello rincón andaluz, sino en torno a la capital de España. Y lo cierto es que Franco había dividido peligrosamente sus efectivos al mandar a los recién llegados italianos a los confines meridionales de la Península.

Es difícil no intuir que había una rivalidad entre Franco y sus aliados alemanes, por un lado, y los recién llegados italianos. Si estos habían conquistado Málaga, Franco y los nazis se disponían ahora a lograr una pieza mucho mayor. No hace falta ser un lince para darse cuenta de que si los italianos se hubieran incorporado a la ofensiva del Jarama, nada ni nadie podría haber detenido al ejército de los nacionales.

Pero lo cierto es que allí estaban, ante mis ojos, incapaces de tomar aquel puente, detenidos por la heroica resistencia de las milicias republicanas. Fue entonces cuando el general Aranda decidió cruzar el río unos kilómetros más abajo del puente de Arganda para tratar de alcanzar la población de Morata de Tajuña, situada en los altos que dominan el valle del Jarama. Comenzaba así una de las batallas más encarnizadas de la guerra. Y pienso que en este caso sí fue decisiva la intervención de las Brigadas Internacionales. Los brigadistas habían llegado a Madrid demasiado tarde para ser un elemento decisivo en la defensa de la ciudad. Pero desde entonces se habían fogueado en la lucha por la Ciudad Universitaria y ahora estaban listos para ofrecer a la República lo mejor de sí mismos. Fueron ellos los que cubrieron ese hueco que había en el ejército republicano entre Perales y Morata de Tajuña por donde pensaba penetrar el general Aranda con sus tropas. Allí fue donde los hombres de la XI y la XV Brigadas se mantuvieron firmes. Para dar una idea de las pérdidas del Batallón Inglés, baste decir que de los cuatrocientos hombres que lo componían solo cincuenta quedaban en pie después de una semana de combate. Afortunadamente para ellos, en aquel momento se les unió el batallón de la Brigada Lincoln, y juntos —ingleses y americanos— continuaron la lucha.

Pienso que el contingente total de las Brigadas Internacionales que defendieron el Jarama no excedía de los cuatro mil hombres. Algunos acababan de llegar de los campos de instrucción que tenían en Albacete, pero la mayoría,

como ya he dicho, habían entrado en combate en Madrid. Es difícil, en cualquier caso, precisar el número de brigadistas que defendieron el frente del Jarama porque no se había publicado ningún recuento oficial y porque, aunque cada una de las brigadas contaba, en teoría, con seiscientos hombres, en la práctica esta cantidad se reducía a cuatrocientos y en algún caso hasta los cien, de manera que cuando se anunciaba que en una operación habían participado las Brigadas XV y XVI era imposible adivinar cuántos efectivos reales habían entrado en combate.

Curiosamente, las primeras brigadas que combatieron en el frente del Jarama habían sido las italianas y las alemanas. Las italianas comandadas por Nicoletti, un líder antifascista muy conocido, y las alemanas comandadas por un polaco, el comandante Walter. Los ingleses estaban bajo las órdenes de Tom Wintringham, un hombre menudo y de apariencia insignificante, pero con gran coraje y excepcionales dotes de mando. También estaba allí la Brigada Dimitroff, compuesta de serbios, búlgaros y un sinfín de nacionalidades centroeuropeas que, según algunos, llegaba hasta la veintena. Es un misterio para mí saber cómo el general Gal, un húngaro según tengo entendido, se hacía entender en aquel guirigay.

El gobierno de la República, tolerante casi siempre a la hora de conceder pases para el frente a los corresponsales extranjeros, se mostró firme en aquella ocasión, y hasta cierto punto era comprensible, porque cualquier información que se pudiera proporcionar al enemigo sobre aquella delgada línea que defendía el Jarama podía resultar decisiva. Pero nuestro empeño en visitar aquel frente podía más que cualquier impedimento del gobierno. Usando unos viejos pases y contando un sinfín de mentiras, un grupo de corresponsales conseguimos acercarnos a un lugar en la línea del frente conocido con el nombre de la Casa Blanca. Aquella casa era, en realidad, una granja situada en la intersección de la carretera que va de Morata de Tajuña a San Martín de la Vega con la que sube desde el puente de Arganda y va hacia Chinchón. Aquella Casa Blanca había sido objeto de disputa desde el momento en que las tropas nacionales cruzaran el río Jarama e intentaran tomar los cerros que lo rodeaban. No tenían más que avanzar unos pocos metros más allá de la Casa Blanca, atravesar una meseta donde crecían los olivos y se encontrarían en las alturas que dominaban Morata de Tajuña, en perfecta situación para tomar el pueblo. Se luchaba por aquellos palmos de terreno, por aquellos olivares que separaban la Casa Blanca, tomada por los nacionales, y la vanguardia de las brigadas, a unos centenares de metros de distancia.

Sefton Delmer, el corresponsal del *Daily Express* que me acompañaba,

conocía a Ludwig Renn, el escritor alemán de la XV Brigada, y a Gustav Regler, otro escritor germano, comisario político de aquella brigada. Nos los encontramos a los dos sentados bajo un olivo, al borde mismo de aquella endiablada meseta, junto con el comandante de la compañía, el mayor Hans. Este era un alemán alto y corpulento con una cálida sonrisa y un gran interés por aquella guerra. Pero nunca pude averiguar nada sobre su pasado y su familia porque, tal como me dijo, temía represalias de las autoridades nazis sobre su familia, que continuaba en Alemania. Por eso se hacía llamar simplemente Hans. Allí estaba Hans, con los mapas de la zona desplegados ante él y, desde luego, en aquella ocasión no había ninguna simpatía en su mirada. No podía ocultar sus suspicacias hacia aquellos periodistas «burgueses» que buscaban información. Por suerte, contábamos con la ayuda de Regler y Renn, que fueron los que convencieron a su jefe para que permitiera que visitáramos un puesto de observación que estaba justamente detrás de la primera línea de fuego republicana. Mientras tanto, la artillería republicana, situada a escasos metros de donde nos encontrábamos, continuaba hostigando las posiciones nacionales en torno a la Casa Blanca.

Nunca se me olvidará la corta carrera que nos dimos para alcanzar aquel puesto de observación. Las balas enemigas —y las de nuestra propia artillería— silbaban sobre nuestras cabezas. Afortunadamente, no iban dirigidas hacia donde nos encontrábamos. El objetivo de la artillería de los nacionales estaba situado a nuestra derecha, de manera que sus proyectiles cruzaban en diagonal sobre nosotros. Y es que aquella línea de frente parecía un sacacorchos por las vueltas que daba. Cuando conseguimos llegar hasta el puesto de observación vimos que había cinco hombres, un español, un húngaro, un alemán, un polaco y un yugoslavo. Los artilleros eran franceses, de manera que todavía no sé en qué lengua se transmitían las órdenes, y me parecía un milagro que los proyectiles pudieran alcanzar las posiciones de los nacionales en torno a aquella Casa Blanca que contemplábamos en la distancia.

Aquella plácida planicie de olivares se convirtió, durante diez interminables jornadas, en escenario de una de las más encarnizadas batallas que he presenciado en toda la guerra. Gracias a nuestra amistad con Renn y Regler pudimos seguir aquellos combates casi al minuto, aunque a la mayoría de los comandantes de brigada no les hacía ninguna gracia vernos por allí. Claro que aquello no regía para Tom Wintringham, que nos proporcionaba toda la información posible. Así fue como el mundo entero pudo seguir al detalle la batalla por la colina del Pingarrón, tal como se conocía el lugar donde estaba

situada la Casa Blanca. Me parece curioso reseñar aquí que al principio la censura no nos permitía referimos a las Brigadas Internacionales, sino simplemente a las «fuerzas de la República». Naturalmente aquello no se podía mantener en secreto durante mucho tiempo y pronto fue un «secreto a voces». Las propias redacciones de los periódicos en Inglaterra y otros lugares sustituían «fuerzas republicanas» por «Brigadas Internacionales».

Sigo sin tener noticia exacta de las fuerzas de las que disponía el general Aranda, pero un corresponsal de la España de Franco las cifraba en ochenta mil hombres. La República no podía contar con más de treinta mil en aquel frente que se extendía desde el puente de Arganda hasta la localidad madrileña de Ciempozuelos, lugar donde está ubicado el manicomio más importante de la provincia de Madrid, como es bien sabido. Con estos datos, parece increíble que la ofensiva del general Aranda fracasara. Solo puede explicarse si tenemos en cuenta que los nacionales habían abierto tres frentes en tres lugares muy distantes de la geografía española: en el Norte, la batalla por Bilbao había comenzado ya; en el Sur, la ofensiva se había centrado en la ciudad de Málaga, como ya hemos señalado; y naturalmente aquella feroz batalla del Jarama. Solo esta dispersión de las fuerzas nacionales puede explicar el escaso éxito que estaban consiguiendo en el frente de Madrid. Franco tenía que dividir la aviación de la que disponía entre estos tres frentes, mientras que el gobierno de la República había decidido concentrar toda su fuerza aérea en la defensa de Madrid. Esto suponía un cierto respiro para la aviación republicana, al menos en lo que a Madrid se refiere.

Suponía que la aviación de Franco «solo» era dos o tres veces superior a los escasos y menguados aparatos de la República.

La ventaja en aquel combate que ahora presenciaba estaba, desde luego, del lado de los nacionales. Disponía el general Aranda de un ejército profesional y disciplinado, bien apoyado por tanques, artillería y aviación alemana. Lo único que podía inclinar la balanza del lado republicano estaba en el terreno de lo espiritual, en aquella fe ciega de los brigadistas que habían depositado en la lucha toda su ilusión, como si su tierra estuviera allí mismo y no a miles de kilómetros de distancia. Se me dirá que también del lado nacional existía aquel fervor y entusiasmo, que también ellos luchaban por unos ideales. Sí, pero eran la excepción y no la regla. Me explico. Qué duda cabe de que el Tercio de la Legión, los requetés o incluso las tropas regulares de Marruecos podían mostrar igual entusiasmo y fervor en el combate que los brigadistas que tenían frente a ellos. Pero soy de la opinión de que el grueso del ejército de Franco 110 ponía el

corazón en aquella lucha. Es decir, las tropas cumplían órdenes, se desplazaban a los lugares siguiendo instrucciones, pero creo que mostraban cierta apatía, como si atacar a sus propios compatriotas no acabara de ser plato de su gusto.

Podría contar muchas anécdotas de aquellos días vividos en el valle del Jarama. Recuerdo la historia que me contaban los supervivientes de una unidad británica, recién llegados al frente del Jarama para su bautismo de fuego. Una tarde vieron en la distancia y entre dos luces a un grupo de soldados que se dirigían hacia ellos con el brazo en alto y cantando *La Internacional*. Pensaron que se trataba de desertores del ejército nacional y acudieron a ellos con los brazos abiertos, para ser recibidos por los disparos de los fusiles y ametralladoras que guardaban bajo sus gabanes. O aquella historia que me contaba Jack Cunningham, comandante escocés que tuvo un momento de desfallecimiento y decidió retirarse con sus hombres a un lugar seguro detrás de la línea de fuego. Allí se encontró con el general Gal, que les lanzó tal arenga que aquellos hombres, medio muertos por el cansancio unos minutos antes, se levantaron como si hubieran resucitado y marcharon hacia la primera línea entonando canciones escocesas. Pronto toparon con una unidad de soldados moros que, al oír aquellos cánticos tan exaltados, salieron huyendo, pensando, sin duda, que se había perdido y se encontraban muy por detrás de las líneas enemigas, en pleno territorio de la República.

Contemplando el heroísmo de aquellos soldados británicos, no podía por menos de pensar que ellos estaban haciendo lo que los políticos —y los empresarios y los burócratas— se habían negado a hacer. Porque salvar la democracia en España era salvarla en todo el mundo civilizado. Claro que yo empezaba a dudar de si mi propio país pertenecía aún a ese «mundo civilizado».

XX

Guadalajara

EN aquella primavera de 1937, nuestra vida en Madrid estaba dirigida por el frenesí de la guerra y marcada por una rutina diaria que no dejaba de ser curiosa. Algunos colegas, como el propio Hemingway, ya han contado cómo era vivir en Madrid en aquellos meses, pero creo que no estará de más que yo cuente aquí algunas cosas sobre la vida cotidiana, si es que se la puede llamar así.

Los corresponsales de prensa extranjeros comíamos a diario en los sótanos del hotel Gran Vía, frente al edificio de la Telefónica. El menú diario variaba poco: solíamos tomar judías —blancas o pintas— acompañadas de pan de centeno y carne de caballo —o de mula— asada. El restaurante estaba a resguardo de las bombas que caían a todas horas en la Gran Vía, pero de cuando en cuando nos veíamos sorprendidos por una lluvia de cristales que caían desde el techo por alguna de las claraboyas que se abrían a la calle. Recuerdo un día en que nos cayó encima un trozo de cristal cuando estábamos comiendo y departiendo amablemente con la duquesa de Atholl y otros miembros del Parlamento británico, que realizaban una visita a ese Madrid en guerra. Afortunadamente nadie resultó herido y recuerdo que la duquesa me preguntó si, además de carne de caballo, también comíamos cristales. Yo me disculpé y subí al vestíbulo del hotel para saber lo que había ocurrido. Allí, tendido junto a la puerta de entrada, había un hombre en el suelo, a pocos pasos de donde había explosionado la bomba. Sus manos trataban de sujetar sus intestinos, que le habían reventado, pero lo más curioso era ver la expresión de su cara, que no reflejaba dolor alguno, sino más bien asombro e incredulidad ante lo que le acababa de ocurrir. Parte de sus intestinos acabaron en mis zapatos mientras me

inclinaba sobre él y otra parte en el coche de la duquesa, aparcado frente a la puerta del hotel. Mientras transportábamos a aquel hombre a una ambulancia yo ya sabía que moriría antes de ser atendido en un hospital. En aquel mismo lugar, hacía pocos días había muerto una de las camareras que esperaba junto a la puerta del hotel la llegada de su novio.

La duquesa tuvo que aguardar a que limpiaran su coche para continuar viaje. De todos modos, me causó una excelente impresión: aquella mujer había sido elegida diputada en la Cámara de los Comunes y estaba entregada a la causa de la democracia, tanto en España como en el resto del mundo. No me sorprendió enterarme de que, unos meses más tarde, en las elecciones británicas, esta valerosa mujer perdía su escaño de diputado: mi país, definitivamente, se había vuelto loco. Más fría fue la recepción que los periodistas dimos a los miembros de la Segunda Internacional que nos visitaron unos días después. Las grandes cantidades de dinero que la Segunda Internacional había recogido para la República en los primeros días de la guerra fueron disminuyendo a medida que transcurrían los meses. Pero no era de dinero de lo que nos quejábamos. Al fin y al cabo, la República disponía de una de las mayores reservas de oro del mundo. Lo que faltaban eran armas y municiones. Lo que nosotros echábamos en cara a los socialistas es que no habían hecho lo suficiente con sus respectivos gobiernos para facilitar esas armas y, en último término, para intervenir en España. La situación mundial no estaba para paños calientes.

Por lo general, todos aquellos visitantes se alojaban en el hotel Gran Vía, más protegido que el hotel Florida, cuya fachada principal se abría a la plaza del Callao. Pero debo confesar que el hotel Florida tenía más vida. Recuerdo a un capitán vasco que mandaba una unidad en el frente de la Ciudad Universitaria y solía reunirse con sus amigos en el Florida por las noches. Eso sí, tenía siempre un coche esperándole en la puerta del hotel, y en cuanto el oficial de guardia le telefoneaba para avisarle de cualquier novedad salía pitando hacia el frente, que se hallaba a muy poca distancia del lugar donde nos encontrábamos. Me acuerdo de una noche en la que un colega y yo conocimos a dos hermosas mujeres de Marruecos. Supongo que mi amigo se propasaría con su pareja, pero lo que yo recuerdo son los gritos de dolor de mi colega, quejándose de que aquella mujer ¡le había mordido en la entrepierna! Y recuerdo que una noche loca de despedida de algunos de mis colegas yo bailaba la rumba con una periodista noruega que al menos ¡debía de pesar cien kilos! Yo soy más bien pequeño de estatura y de complexión ligera, así que constituíamos una extraña pareja. ¡Tal vez fuera por eso por lo que fuimos tan aplaudidos al final de nuestro baile! Y un día, o mejor

dicho una noche, alguien encontró, abandonada en los sótanos del hotel, una máquina americana para hacer tortitas, y allí estábamos en los sótanos del hotel comiéndonos unas maravillosas tortitas con nata y sirope mientras amanecía sobre Madrid en guerra.

Mientras tanto, la feroz batalla del Jarama se iba diluyendo en una serie de enfrentamientos cada vez más esporádicos, sin que la línea del frente se moviera. Franco, sin embargo, no perdía el tiempo y había conseguido apoderarse de varios navíos republicanos, equilibrando su inicial desventaja en el mar. Primero hundió el *Galdamés* y tomó prisionero y después mandó fusilar al diputado catalán Carrasco I Formiguera, de reconocida filiación católica, militante del partido Unió Democrática de Cataluña. Silencio en la Iglesia española por aquel horrible asesinato. Solo los católicos franceses —Mauriac, Bernanos, Maritain— se atrevieron a levantar la voz ante un acto tan insensato.

Presa de mayor importancia fue el *Mar Cantábrico*, capturado por los nacionales cuando se disponía a desembarcar material de guerra y aviones destinados a la República. El *Mar Cantábrico* había zarpado de algún puerto en Estados Unidos pocas horas antes de que el Congreso americano firmara un Convenio de Neutralidad para prohibir la venta de armas de cualquier tipo a España. Desde allí se había dirigido a algún puerto mexicano para tratar de burlar la vigilancia a la que, de antemano, sabía que estaba sometido por parte de los nacionales. Era justamente en los servicios de inteligencia donde el general Franco gozaba de una enorme ventaja sobre sus rivales. Los alemanes habían montado un impresionante servicio de espionaje no solo en Europa, sino en Estados Unidos, lo que permitía a Franco recibir información sobre cualquier movimiento de barcos a este o al otro lado del Atlántico. No tenía más que apostar sus naves en el estrecho de Gibraltar y aguardar a que pasara por allí su presa para caer sobre ella. Esto es lo que ocurrió con el *Mar Cantábrico* y con tantos otros barcos que intentaron llegar a la República. Los holandeses, que solían enviar barcos con comida y medicinas para los republicanos, optaron finalmente por mandar un destructor, el *Hertog Hindrich*, para proteger sus cargueros en ruta hacia la España republicana.

La relativa calma en torno a la capital de España que habíamos tenido en los últimos días del mes de febrero, se rompió a principios de marzo con la llegada del contingente italiano bajo las órdenes del general Bergonzoli. Pocos días después, la llamada «batalla de Guadalajara» había comenzado. La batalla duró quince días y supuso un tremendo castigo para las fuerzas italianas. Tantos han dictado ya sentencia sobre esta famosa batalla que me parece que lo prudente es

examinar estas opiniones con alguna precaución. ¿Es cierto que la batalla de Guadalajara es la prueba definitiva de que cualquier ofensiva puede ser detenida desde el aire, o que los modernos y ultraligeros carros de combate italianos no son tan efectivos como parecen, o simplemente que los soldados italianos, a la hora de la verdad, son cobardes? Todas estas opiniones, vertidas tan a la ligera, merecen un escrutinio más exhaustivo antes de ser aceptadas o rebatidas.

Para entender Guadalajara hay que remontarse a la llegada del primer contingente de tropas italianas que llegaron a Andalucía a finales de 1936. A medida que avanzaban hacia el Este se habían encontrado con muy escasa resistencia. Los miles de milicianos, en su mayoría campesinos andaluces de tendencia anarquista, estaban tan pobremente pertrechados, tan mal instruidos, sin apenas tanques o artillería para hacer frente a la moderna máquina de guerra italiana, que aquello había sido como coser y cantar. Habían cortado Andalucía, desde el Oeste hacia el Este, con la misma facilidad que un cuchillo corta un pedazo de manteca.

Nada que ver con el frente de Madrid. Aparentemente, nadie les dijo a los italianos que la historia allí iba a ser muy diferente: allí había cazas soviéticos para enfrentarse a su propia aviación, allí había una artillería que se había visto reforzada en los últimos meses, allí estaban unas Brigadas Internacionales pletóricas después del éxito del Jarama, y allí estaban las recién creadas unidades del ejército republicano que suplían sus carencias materiales con enormes dosis de entusiasmo. Nadie les había contado todo esto a los italianos. Simplemente aterrizaron en la alta meseta castellana, como antes habían desembarcado en Andalucía, y desplegaron todo su potencial de guerra: treinta mil soldados y un gran número de tanquetas y camiones que permitían «motorizar» a su ejército, atacar al enemigo no al paso de un soldado de infantería, sino a la velocidad de un camión desplazándose por terreno abierto.

Y para más inri, su primer contacto con las fuerzas de la República fue el mismo que el tenido unas semanas antes en Andalucía: grupos de milicianos, en su mayoría campesinos anarquistas, que se habían hecho fuertes en torno a Sigüenza, que apenas habían entrado en combate hasta aquel momento, y que bastante hicieron con salir corriendo cuando vieron que se les echaba encima aquel motorizado ejército italiano. A los pobres campesinos de Sigüenza aquello les debió de parecer como una invasión de marcianos o extraterrestres. Y a los italianos les confirmaba lo que ya habían comprobado en Andalucía: su moderno ejército inspiraba tal terror en el enemigo que este salía corriendo a las primeras de cambio. Tal era el entusiasmo de los italianos y su fe en la victoria que una

emisora italiana con la que conseguí sintonizar recomendaba a la población de Madrid que se rindiera cuanto antes porque los famosos legionarios italianos estarían en cuestión de horas a las puertas mismas de su ciudad.

En un par de días, las fuerzas italianas habían avanzado hasta Brihuega y Trijueque y se hallaban, por tanto, a escasos kilómetros de la propia Guadalajara. El gobierno tenía solo un par de días para prevenir la defensa de esta ciudad. A toda prisa, desplazó la XI División desde el frente del Jarama hacia Guadalajara. El joven general Enrique Líster estaba al mando de esta división. A pesar de su nombre inglés, Líster había nacido en Galicia, en la localidad de El Ferrol, al igual que el propio general Franco. Durante los años de la República había estado en Rusia como tantos otros líderes comunistas, y ahora se disponía a poner en práctica la estrategia militar que allí había aprendido. También habían sido desplazadas al frente de Guadalajara la Brigada XV de los alemanes, bajo las órdenes de Hans, y las brigadas belgas e italianas. Ingleses y americanos debían permanecer en el Jarama para mantener una mínima defensa en aquel frente. El gobierno había adquirido recientemente una serie de camiones ligeros de procedencia americana que facilitaron enormemente el transporte rápido de tropas. Eran camiones capaces de desenvolverse bien en terreno abierto y que, debido a su extrema ligereza, no se atascaban en zonas pantanosas, y gracias a ellos se pudo desplazar un pequeño ejército de un frente al otro en cuestión de horas.

En la noche del miércoles 10 de marzo, cuando los italianos se habían apoderado de la localidad de Trijueque, un ejército republicano de unos seis o siete mil hombres se concentraba en la vecina localidad de Torija, a unos cinco o seis kilómetros de Trijueque. Torija, situada en la alta meseta que domina la ciudad de Guadalajara, era un buen lugar para iniciar la defensa de dicha ciudad. También se habían desplazado fuerzas a Hita, para cubrir el flanco occidental, y hacia el Sur, para controlar la carretera de Brihuega. Pero Torija habría de convertirse en el centro neurálgico de aquella operación y en su castillo medieval se instaló Enrique Líster para dirigirla.

A partir de ese momento, la buena estrella que había acompañado a las tropas italianas desde el momento de su llegada a España se eclipsó y toda suerte de desgracias pareció caer sobre él. Cuando, en la mañana del 11 de marzo, los italianos emprendieron su avance hacia Torija y hacia la ya muy cercana Guadalajara, se encontró de frente con unas tropas que no retrocedían a las primeras de cambio. Es decir, la artillería italiana cañoneaba las posiciones republicanas, pero estas devolvían el fuego y no retrocedían, como sin duda

esperaban los italianos. Las tanquetas italianas que atacaban las posiciones republicanas no hacían mella en ellas. Quizá si los italianos hubieran dispuesto en aquel momento de tanques, habrían podido abrir una brecha en el ejército que les cerraba el paso.

Hasta el tiempo se les volvió en contra. Una ventisca de nieve y granizo comenzó a azotar aquella desolada meseta castellana haciendo aún más dificultoso el avance de las tropas italianas. Aquellas nubes bajas y aquel viento huracanado no impidieron el despliegue de la aviación republicana. La República sacó de los hangares cuanto todavía podía mantenerse en el aire y todos los aparatos de que en aquellos momentos se disponía atacaron a las tropas italianas. Los cazas barrían una y otra vez la carretera que conducía hacia Guadalajara, impidiendo el avance de los italianos. La aviación nacional, en cambio, no aparecía por ningún lado, quizá porque no disponía de aeródromos cercanos donde los cazas —que tienen un depósito muy pequeño de gasolina— pudieran repostar. En realidad, no sabíamos lo que estaba ocurriendo en la zona nacional, porque Franco había prohibido a los corresponsales de prensa acreditados en su bando que se desplazaran con las tropas italianas, porque había que mantener a toda costa la elegante ficción de que no había tropas italianas en España. El propio secretario del partido fascista italiano había comunicado al general Franco que «Italia había prohibido el reclutamiento de voluntarios para la guerra de España en cumplimiento del Tratado de No Intervención». La función de teatro continuaba.

Pero lo cierto es que durante aquellos días críticos no apareció ningún caza nacional para proteger a las desamparadas tropas italianas en su avance hacia Guadalajara. No ocurría lo mismo con los bombarderos, que se dedicaban a bombardear sistemáticamente la capital alcarreña. En uno de aquellos ataques perecieron al menos sesenta personas. Pero si las bombas llovían sobre Guadalajara, no lo hacían en cambio sobre las posiciones republicanas que impedían el avance de los italianos sobre esta ciudad. Aquellas columnas móviles italianas tampoco parecían contar con suficiente protección antiaérea. Resulta sorprendente, asimismo, que los italianos no hubieran preparado pistas de aterrizaje en un terreno lo suficientemente alto y seco para impedir cualquier tipo de contingencia en caso de mal tiempo.

En aquella situación tan crítica, el comandante italiano cometió lo que a mi juicio fue un gravísimo error. En lugar de retirarse a algún lugar donde sus hombres pudieran protegerse y mantener sus posiciones, optó por consolidar su posición en aquel abierto y desolado páramo que no ofrecía protección alguna.

En vez de replegarse a algún lugar para reagrupar a sus tropas e iniciar una nueva ofensiva, decidió plantar cara a las fuerzas republicanas en una línea de frente que se extendía desde Trijueque hasta Brihuega y que ofrecía un excelente blanco a la aviación republicana.

La teoría de que fueron los elementos los que derrotaron a las tropas italianas es solo cierta si nos atenemos a lo que ocurrió en el aire. Yo estuve inspeccionando el terreno tanto durante como después del combate y puedo asegurar que, a pesar del agua que caía, la tierra había drenado perfectamente. Yo desde luego no vi ningún vehículo atascado en el barro. La carretera principal estaba asfaltada y en muy buen estado. Fue una de las obras que realizó Primo de Rivera. En tierra no fueron los elementos los que derrotaron a los italianos, sino los hombres que defendían las posiciones de la República. Empapados de agua y ateridos de frío, sin los cascos y los impermeables con los que se protegían los italianos, aquellos hombres aguantaron a pie firme, dispuestos a no ceder ni un milímetro de terreno a la ofensiva italiana.

Sefton Delmer, Loayza y un servidor estuvimos en el castillo de Torija en ese fatídico día del 11 de marzo y regresamos a Madrid con la convicción de que la ofensiva italiana, al menos por el momento, había fracasado. Pude entrevistarme con un prisionero italiano, el sargento Lognoro, del 157 Regimiento del Ejército italiano. Me contó que se había introducido por equivocación en territorio republicano con doscientos soldados. Al caer la tarde había oído voces cercanas y, al preguntar en italiano dónde se encontraba, recibió la respuesta en perfecto italiano: «Aquí estamos, camaradas; hace tiempo que os estábamos esperando». Se trataba, naturalmente, de miembros del Batallón Garibaldi de las Brigadas Internacionales que daban así la «bienvenida» a sus incautos compatriotas. Lognoro me confesó que había recibido órdenes de partir hacia un «destino desconocido» y se había encontrado en España sin comerlo ni beberlo. Por lo menos, eso es lo que me dijo en aquellos momentos. Su comandante, el mayor Luciano Silva, había participado en la Primera Guerra Mundial, en la guerra de Abisinia y en otras campañas coloniales. Personas de este fuste deberían haber podido imponerse a ese ejército *amateur* de la República al que ahora se estaban enfrentando.

La aviación republicana tenía su base de operaciones en el pequeño aeródromo de Alcalá de Henares, situado a muy escasa distancia del frente, con lo que podía hacer frecuentes incursiones y regresar sin problemas para repostar. En ese sentido tenía toda la ventaja sobre la aviación franquista. De cualquier manera, parecía imposible que consiguieran orientarse en medio de aquella

tormenta y mucho menos que pudieran hacer blanco con una visibilidad prácticamente nula. Los aparatos bimotores los solían pilotar españoles, que dejaban a los más experimentados aviadores rusos los aparatos de un solo motor, mucho más difíciles de pilotar. De todos modos, la República contaba ya con grandes pilotos españoles, como La Calle, jefe de un escuadrón que participó en Guadalajara. La última vez que vi a La Calle fue en el aeródromo de Toulouse, encerrado en un hangar, castigado, sin duda, por los franceses por haber luchado por la libertad en España.

Los flancos de la ofensiva italiana, situados en Hita y en Brihuega, estaban pendientes de lo que ocurría en el centro de la ofensiva, en Trijueque, y no se atrevían a avanzar para no quedar al descubierto. Y así la ofensiva italiana se hallaba paralizada, sin poder avanzar ni tampoco retroceder, porque Bergonzoli, como antes he señalado, no se atrevía a dar la orden de retirada. Por otra parte, poca ayuda podían esperar del resto del ejército nacional. Sea porque Franco había desplazado ya grandes contingentes de tropas hacia el Norte, sea porque los generales nacionales estuvieran celosos del éxito conseguido por los italianos en Málaga, sea porque los propios italianos hubieran insistido en emprender aquella ofensiva en solitario, lo cierto es que los italianos sabían que no podían contar con la ayuda de sus aliados, que habría podido sacarles de la desesperada situación en la que se encontraban.

Mientras tanto, la actividad en Torija, donde yo me encontraba, era frenética. Fue allí donde por primera vez me encontré cara a cara con Enrique Líster. Tenía este el aspecto de lo que era: un cantero gallego, con sus grandes manos, su corpulencia, su gruesa voz, la firmeza en su mirada y en su expresión. De trabajar la piedra había pasado a ser enlace sindical y después a Cuba y finalmente a la Unión Soviética, donde recibió su adoctrinamiento y adiestramiento en la Academia Militar. Fue el encargado de organizar el famoso Quinto Regimiento poco después de comenzar la guerra, en lo que fue un intento por parte del gobierno de la República de formar su propio ejército, de convertir a todos aquellos milicianos en un cuerpo con instrucción y disciplina. Tuvieron desde luego un comportamiento heroico en el Jarama, en la colina del Pingarrón y después en Ciempozuelos. Estaba, por tanto, ante una de las luminarias del nuevo ejército republicano.

El domingo 14 de marzo las tropas republicanas iniciaron la contraofensiva. Sus fuerzas y las Brigadas Internacionales reconquistaron el pueblo de Trijueque después de un feroz combate. Yo llegué allí al día siguiente, mientras los italianos seguían bombardeando el pueblo sin resignarse a perderlo. Recuerdo

que pasé bastante más tiempo en posición horizontal que en vertical, pero pude hablar con Gustav Regler y Ludwig Renn, que me contaron que habían entrado en el pueblo a bordo de un tanque. ¡Magnífico ejemplo el de aquellos dos escritores alemanes para la *intelligentsia* de todo el mundo, situados en la vanguardia no solo de las letras, sino también de las armas!

Aquel domingo se cumplían seis días desde el inicio de la ofensiva italiana y el general Bergonzoli parecía incapaz de tomar decisión alguna. Allí estaba su ejército atascado en una línea que se extendía desde Trijueque hasta Brihuega, aparentemente incapaz de avanzar o de retroceder. Hasta que las fuerzas republicanas iniciaron la segunda contraofensiva en Brihuega y bajaron desde la meseta hasta la hondonada donde se encuentra esta ciudad. En esta ocasión, los italianos no se retiraron ordenadamente, sino en total desbandada, retrocediendo hasta las localidades de Ledanca y Algora en la carretera principal, es decir, hasta el lugar donde la ofensiva se había iniciado. El viernes 19 de marzo el frente se había roto en mil pedazos.

Parece ser que uno de los mensajes que se encontraron entre los prisioneros capturados era del propio *Duce* y decía lo siguiente: «A bordo del yate *Pola*, camino de Libia, recibo ilusionado las noticias de los grandes combates que nuestros legionarios están librando en España. Conozco su entusiasmo y su determinación y sé que triunfarán sobre la resistencia del enemigo. La victoria sobre los internacionalistas tendrá grandes consecuencias militares y políticas. Que sepan los legionarios que su *Duce* sigue al minuto sus avances y sus victorias».

Parece ser que Mussolini tuvo que interrumpir su viaje a Libia para regresar a Roma y hacerse cargo de la delicada situación en la que «sus legionarios» le habían metido.

El último día en que visité aquel frente fue el 23 de marzo y la situación se había estabilizado. El ejército republicano no estaba en situación de seguir persiguiendo a los italianos por la sencilla razón de que sus tropas estaban totalmente agotadas después de la batalla del Jarama y aquella agotadora semana en Guadalajara. Al inspeccionar el terreno, pude comprobar que estaba lleno de capas, abrigos, máscaras antigás, cascos e incluso algunas botas, todo ello abandonado sin duda por los italianos en su huida. En cambio, encontré muy pocos cadáveres, señal inequívoca de que aquello había sido un «sálvese quien pueda».

La responsabilidad de aquel desastre habría que buscarla en los oficiales italianos, que habían dividido sus escasos recursos, no habían buscado la ayuda y

la cooperación con el ejército nacional y habían subestimado la resistencia del republicano. El orgullo les había impedido retirarse cuando aún estaban a tiempo para reagrupar las tropas y buscar una coyuntura más favorable. Pero no creo que los soldados italianos fueran responsables de aquel fiasco, ni que tengamos que llegar a la conclusión de que el carácter italiano es incompatible con el arte de la guerra. ¡Allí estaban aquellos trescientos o cuatrocientos hombres de la Brigada Garibaldi para demostrar justamente lo contrario! Tampoco creo que el fracaso de aquella ofensiva italiana deba achacarse a la excesiva mecanización —o motorización— de sus tropas. Sin embargo, es probable que la falta de experiencia de los oficiales que controlaban aquellas rapidísimas unidades ocasionara una falta de coordinación entre los diferentes flancos de aquella ofensiva.

Lo que realmente demostró al mundo la batalla de Guadalajara fue de lo que era capaz el ejército de la República cuando contaba con un mínimo de armamento, apoyo aéreo y buena coordinación y dirección.

Aquel ejército creado de la nada en tan poco tiempo comenzaba a funcionar.

XXI

Putsch de Barcelona

LA batalla de Guadalajara no señaló, como se habían propuesto los italianos, el fin de Madrid sino todo lo contrario, el fin del asedio de Madrid. Tras casi seis meses de sitio, Franco hubo de tomar la que quizá fuera su decisión más importante en toda la guerra: desistir en sus intentos de tomar la ciudad y dirigir su atención hacia el norte del país. Pero aunque fuera una decisión difícil, a la luz de los acontecimientos resultó la más acertada. El resto de ese año de 1937 lo dedicó Franco a la conquista del norte de España: Bilbao cayó el 19 de junio, Santander el 25 de agosto, Gijón el 22 de octubre. No voy a describir aquí la campaña de Franco en el Norte por la sencilla razón de que no estuve allí. Para los interesados en los trágicos sucesos que se produjeron en torno al sitio de Bilbao y en Guernica, yo les recomendaría *El árbol de Guernica*, de George L. Steer.

La decisión de Franco de dirigirse al norte de España solo se entiende si tenemos en cuenta el bloqueo casi total de armas y material de guerra que se había impuesto a la República. Si Madrid hubiera tenido la ocasión de rearmarse en aquellos meses en los que Franco le concedió un respiro, la situación se habría vuelto muy peligrosa para los intereses de los nacionales. La decisión de Franco demuestra hasta qué punto sabía que aquel rearme era imposible, hasta qué punto confiaba en sus propias fuerzas y despreciaba las de su enemigo.

Porque el Norte no era importante como objetivo militar. Quiero decir que no representaba un peligro para su retaguardia cuando sitiaba Madrid, y tampoco era una zona decisiva, ya que daba por descontado que el Norte se rendiría cuando el resto del país cayera en sus manos. ¿Por qué entonces se dirigía hacia

allí? Porque era su escaparate, la ocasión de exhibir sus rápidas conquistas ante el mundo entero. Con un ejército relativamente pequeño como el que tenía, pero excelentemente equipado de artillería, tanques y aviación, Franco sabía de antemano que el Norte no se le podía resistir. Para dar una idea de la desproporción de fuerzas, basta decir que la República disponía de dos o tres cazas para la defensa de Bilbao, frente a los ciento cincuenta o doscientos aparatos que Franco desplegó para el asedio. Naturalmente, el gobierno de la República trató de enviar cazas al nuevo frente, pero no podía hacerlo desde Madrid porque la distancia era demasiado grande para que aquellos aparatos volaran sin repostar. Trató de hacerlo desde el aeródromo de Pau, en el sur de Francia, pero las autoridades francesas lo prohibieron, desarmaron los aviones y los enviaron de vuelta al territorio español. Aquel intento de utilizar bases francesas por parte del gobierno de la República desencadenó las protestas de Italia y Alemania. ¡Y mientras tanto la aviación alemana bombardeaba Guernica! Aquellos setenta aparatos que viajaban a bordo del *Mar Cantábrico* habrían podido salvar Bilbao, pero, como antes hemos señalado, cayeron en manos de Franco.

En cualquier caso, la decisión de emprender la campaña del Norte, que suponía alargar la guerra por tiempo indefinido, debió de ser muy dura para Franco: el orgullo de sus tropas pisoteado en las puertas mismas de Madrid. Pero Franco se tragó su orgullo en aquella ocasión, y de una manera muy poco española, pero eminentemente práctica, optó por una solución que, a largo plazo, le aseguraba el éxito en su empresa, un éxito que dependía, en gran medida, del gobierno de Francia. No hablo ya de cooperación con el gobierno de la República, sino simplemente de permitir el paso del material de guerra que llegaba de Rusia por territorio francés. La marina de los nacionales había establecido un bloqueo del Mediterráneo e incluso habían hundido un barco llegado de Rusia, el *Konsomol*, además de capturar otros buques.

Pero si los envíos de Rusia se hubieran hecho por el mar del Norte y el Atlántico hasta un puerto como Burdeos, los nacionales y sus aliados no hubieran podido impedirlo. Desde Burdeos habría sido muy sencillo hacer llegar ese material hasta territorio de la República, siempre que las autoridades francesas lo hubieran permitido, naturalmente.

Aquella era la frustrante situación que se vivía en la República en la primavera de 1937. Por primera vez desde que comenzara la guerra, Franco nos permitía un respiro. Pero, debido al bloqueo impuesto por los fascistas, así como por el de aquellos países que la República consideraba sus «aliados», cundía la

sensación de que aquel respiro no iba a servir para nada. Al contrario, serviría para la disgregación de las propias fuerzas de la República, tal como ocurrió en el *putsch* de Barcelona. Salió a flote la lucha por el poder en la República, larvada en aquellos meses de guerra, pero que ahora explotaba en la superficie.

Los anarquistas, después de la revolución social que desencadenaron en los primeros meses de la Guerra Civil, se habían entregado a grandes experimentos sociales. La colectivización de la industria en Cataluña había mejorado, sin duda alguna, la condición de los trabajadores, que ahora cobraban salarios muy altos y trabajaban menos de las cuarenta horas semanales. Pero si las condiciones de los obreros habían mejorado, no por ello había aumentado la producción en la industria textil, la química y la médica, que eran las de mayor peso en Cataluña. Naturalmente, allí no había altos hornos como en Vizcaya, y en este sentido su contribución al material de guerra tenía que ser por fuerza muy limitado. Pero, en cualquier caso, Cataluña era el centro industrial más importante en la República, y aquella revolución social en la que estaba inmersa no contribuía a aumentar su producción.

El gobierno de Largo Caballero se había mantenido en el poder gracias a un difícil equilibrio entre las pretensiones de los anarquistas y las de los comunistas, apoyándose a veces en unos y otras en otros. Aquel equilibrio se rompió el 1 de mayo en Barcelona, cuando los anarquistas iniciaron una revuelta en las calles de Barcelona, aliándose con el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), lo que propició la caída del gobierno de Largo Caballero y la llegada al poder de un nuevo gobierno presidido por Juan Negrín.

La revuelta de mayo fue, sin duda, el suceso más lamentable que se produjo en la República mientras duró la guerra. Pienso que Franco podría haberse aprovechado de aquella situación lanzando un ataque por sorpresa en el frente de Aragón, que había quedado debilitado por la marcha de una división anarquista a Barcelona. Parece ser que los integrantes de esta división fueron desarmados, aunque Barcelona estuvo durante una semana en manos de los anarquistas y sus aliados los trotskistas del POUM. El gobierno mandó seis mil hombres desde Valencia bajo las órdenes del general Pozas para sofocar la rebelión, y después de una semana de barricadas y luchas callejeras la revuelta fue sofocada.

Debo señalar aquí que la mayoría de los anarquistas no tuvieron nada que ver con aquel *putsch*, y los ministros anarquistas del gobierno de Caballero, como Federica Montseny o García Oliver, se marcharon inmediatamente a Barcelona para negociar una solución. Aquella revuelta fue organizada por un grupo radical anarquista liderado por el intelectual catalán Andrés Nin. Supongo que también

había otros elementos interesados en que aquella revuelta prosperara, y me parece probable que los agentes de Franco en Barcelona estuvieran asimismo implicados en ella. Nin fue arrestado y conducido a Madrid, donde fue encarcelado. Pero un buen día desapareció de la cárcel y nunca más se supo de él. Todo parece indicar que fueron los comunistas los que liquidaron a Nin. Los otros líderes de la revuelta fueron juzgados en Barcelona y sentenciados a penas de prisión. El gobierno cometió la torpeza de insistir en que aquellos hombres eran agentes alemanes o italianos infiltrados, en lugar de juzgarles simplemente por un acto de rebelión.

Debo señalar también que muchos intelectuales de izquierdas apoyaron el *putsch* de Barcelona. Recuerdo una conversación que tuve con Emma Goldman, la veterana revolucionaria americana, que sostenía que el fracaso del *putsch* anarquista significaba el fin de la revolución en España. Decía que, a partir de entonces, el gobierno de la República sería «reaccionario y conservador». Nadie sabía lo que iba a ocurrir en España a partir de ese momento, pero yo no estaba muy de acuerdo con las opiniones de la Goldman.

El *putsch* anarquista de Barcelona fue la consecuencia de la debilidad extrema del gobierno de la Generalitat catalana, presidido por Lluís Companys. Companys y su partido, Esquerra Republicana, eran liberales de izquierda, personas con excelentes ideas y grandes planes para el futuro, pero sin capacidad alguna para realizarlos. Desde el principio mismo de la guerra habían sucumbido a la presión de los anarquistas, que controlaban de hecho no solo Barcelona, sino la mayor parte de las ciudades y pueblos de Cataluña. Debo señalar aquí que no se trataba simplemente de una alianza entre Esquerra Republicana de Cataluña y los anarquistas, sino que eran los comités anarquistas que se habían organizado en toda Cataluña los que, de hecho, controlaban la situación. No había, por tanto, una colaboración, sino una sumisión de Esquerra a los dictados de los anarquistas.

Aquella situación podría muy bien haber degenerado en un caos total de no ser por el rápido crecimiento del partido comunista catalán, el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña), y el sindicato UGT (Unión General de Trabajadores). Los comunistas fueron los claros vencedores de aquella lucha por el poder en Cataluña, que tuvo repercusiones inmediatas en el gobierno de la República. El 16 de mayo caía el gobierno de Largo Caballero y el 17 se nombraba a Juan Negrín, hasta entonces ministro de Hacienda, presidente del gobierno, y a Indalecio Prieto, ministro de la Guerra, que además conservaba las carteras de Marina y Aviación.

Para entender la caída de Largo Caballero, aquel líder carismático de las masas obreras, el *Lenin español* como se le había llamado, hay que tener en cuenta la pugna entre bastidores que se había desarrollado desde que accedió al gobierno. Influido sin duda por su amigo el intelectual socialista Luis Araquistáin, Caballero se había ido distanciando del Partido Comunista. Antes de la guerra, y en contra de los criterios de Indalecio Prieto, Caballero había establecido una alianza con el Partido Comunista que había llevado al Frente Popular al poder en las elecciones de 1936. Pero en aquellos días el partido apenas contaba con diez mil afiliados. Al comenzar la Guerra Civil, el número de afiliados creció hasta los cien mil y la Unión Soviética se convirtió en el único país que ayudaba a la República. Esto, naturalmente, dio alas al partido, que se convirtió en una de las fuerzas más importantes en la República. Caballero no había tenido problemas en colaborar con el Partido Comunista cuando este era una fuerza política de escasa entidad, pero ahora que se había convertido en un gran partido se echó atrás.

Largo Caballero era, en teoría, un marxista que creía en la lucha de clases y en el triunfo del proletariado. Pero en la práctica no pasaba de ser un experto líder sindical. Su vida había discurrido entre los despachos de los sindicatos y las cárceles donde a menudo había ido a parar. Pero no había tenido ni el tiempo ni la cultura suficiente para madurar su pensamiento y para estar a la altura de las circunstancias en aquellos críticos días para la República que le había tocado vivir. Sin ambición ni ostentación alguna, tenía una hoja de servicios a la República que a nadie se le hubiera ocurrido cuestionar. Sin embargo, le faltó aquel plus de liderazgo y de imaginación política que se precisaban para enfrentarse a aquellas dramáticas circunstancias.

Rusia había pasado por una guerra civil y una revolución y en cuestión de veinte años habían creado un partido con vocación de liderazgo no solo en Rusia, sino en el mundo entero. Los comunistas españoles no tenían más que copiar el modelo ruso, inspirándose en el funcionamiento a base de «células» para actuar con rapidez e influir en la opinión pública. El Ejército republicano adoraba a los comunistas por su estricta disciplina. A diferencia de los anarquistas, obedecían órdenes y después las discutían. En poco tiempo, Enrique Líster había organizado el Quinto Regimiento, que pronto se convirtió en la espina dorsal de todo el Ejército republicano. Los comunistas también manejaban como nadie el nuevo lenguaje político, los eslóganes que electrizaban a las multitudes y las enardecían. Tenían la habilidad de expresar en pocas palabras lo que todo el mundo sentía, pero que nadie, hasta aquel momento,

había dicho.

Naturalmente, si Caballero hubiera sido más listo, habría buscado una alianza con aquella nueva y poderosa fuerza política. Las novedosas ideas procedentes de Moscú habrían, sin duda, revitalizado al Partido Socialista, y la organización sindical que los socialistas controlaban se habría visto beneficiada con la nueva savia que proporcionaban los líderes comunistas. Pero en lugar de aliarse con ellos, entró en una lucha sorda entre bastidores que a la larga le llevaría a su destitución.

Caballero no era el único socialista que desconfiaba de los comunistas. El propio Negrín se había ocupado de reorganizar el cuerpo de Carabineros, una especie de policía de aduanas. El contingente del cuerpo había aumentado en número de catorce mil a cuarenta mil hombres. Formaban parte de su uniforme unos cascos de acero y unas largas capas de color verde, y se desplazaban en modernos camiones por la ciudad. No estaban destinados al frente, sino a la retaguardia, y su función más importante era la custodia de edificios públicos, ministerios, embajadas, etcétera. El cuerpo estaba integrado por hombres procedentes de las Juventudes Socialistas y de ciertos sectores republicanos del Ejército. Era un secreto a voces que el cuerpo de Carabineros era una especie de guardia pretoriana del Partido Socialista, destinada a disuadir a los comunistas de cualquier tentación de golpe de Estado. De aquí el esmero con que Indalecio Prieto había reorganizado aquel antiguo cuerpo. A diferencia de otros cuerpos, los carabineros no tenían comisarios políticos.

Si los socialistas desconfiaban de los comunistas, menos aún podían tolerar a los anarquistas. Varios ministros socialistas se habían enfrentado ya con Caballero por el trato de preferencia que este concedía a los anarquistas. El *putsch* de Barcelona fue, por tanto, la gota que colmó el vaso de agua. Era el momento para dejar caer a Largo Caballero y encumbrar a Indalecio Prieto. Pero Prieto prefería trabajar en la sombra y propuso a Juan Negrín como presidente de gobierno. El propio Prieto dirigía todo el esfuerzo bélico con las tres carteras que reunía en sus manos —Guerra, Marina y Aire— y se constituía además en el «hombre fuerte» del gobierno. Los anarquistas se solidarizaron con Caballero y no entraron en el nuevo gobierno, y el resto de las carteras se repartieron entre tres ministros socialistas, tres republicanos, dos comunistas, un nacionalista vasco y un catalán. El nuevo gobierno tenía un claro color rojo, porque el propio Negrín, aunque no estuviera afiliado al partido, era un simpatizante, y los socialistas como Prieto estaban claramente dispuestos a colaborar con el Partido Comunista. Aquello, por otra parte, no hacía sino reflejar la nueva composición

política de la República. Mientras que el Partido Socialista se había estancado en unos ochenta mil afiliados que tenía al comenzar la guerra, los comunistas habían pasado de los cien mil militantes en julio de 1936 a los trescientos mil en aquellos momentos. Por muy infladas que pudieran estar estas cifras (proporcionadas por el propio partido) quedaba clara la fulgurante ascensión de este partido en los primeros meses de la guerra.

Su líder más carismático era sin duda Dolores Ibárruri. Yo había oído a Dolores pronunciar discursos y responder a interpelaciones en las Cortes españolas y me había sorprendido la fuerza de su carácter y de su voz. Yo estaba allí en la última sesión de las Cortes cuando contestó al famoso discurso de Calvo Sotelo en el que este se declaraba «fascista» con aquella atronadora amenaza: «¡Usted no volverá a hablar en esta casa!». Naturalmente, aquello no pasaba de ser parte de la retórica de Dolores y nada tuvo que ver con el asesinato de Calvo Sotelo pocos días después. No fue este un asesinato «político» —en el sentido de premeditación—, sino puramente emocional, dictado por las ansias de venganza de los compañeros del teniente Castillo, como ya hemos señalado antes.

Dolores Ibárruri era una mujer vasca de padres muy humildes. De joven trabajó como criada. Se casó con un minero asturiano y fue sin duda en Asturias donde se politizó y adquirió un pensamiento político. En los años de la República se afilió al Partido Comunista y se convirtió en una gran oradora.

Conocí a Dolores en Valencia, en el mes de mayo de 1937. Recuerdo que era un día caluroso y que al entrar en la sede del partido un soldado me pidió que me identificara. Después de hacerlo gritó: «¡Un inglés para ver a Dolores!». Arriba me esperaba su secretaria. Me dijo que Dolores estaba muy ocupada y que no podía atenderme, pero que contestaría a mis preguntas si se las daba por escrito. Esa monserga ya me la conocía yo y le expliqué que aquello no serviría de nada si no la conocía personalmente. La convencí para que entrara en el despacho de Dolores y pronto pude oír su voz que decía: «¡Que pase!».

La habitación donde trabajaba Dolores era grande, fresca y limpia. No había nada en las paredes y muy pocas cosas encima de su mesa, entre ellas un frasco de agua de Colonia. Y detrás de la mesa estaba ella, una mujer de unos treinta y cinco años, alta, de buena figura, con una mirada imperiosa, casi desafiante: «¿Qué quiere saber?», me espetó nada más verme. No había nada de amable o amistoso en aquella voz. No sé cómo, pero conseguí suavizar sus ademanes, conseguí que se relajara, conseguí que hablara conmigo. Y entonces se lanzó de lleno a su tema favorito: la lucha del pueblo español por conquistar su dignidad y

su libertad. Se olvidó de que yo existía y escenificó aquella lucha del pueblo a veces hablando con odio, otras con amargura, a veces con humor, otras con cinismo, a veces riéndose a carcajada limpia y otras enarcando las cejas y en ocasiones golpeando la mesa con el puño. No podría decir lo que Dolores me dijo en aquella ocasión, solo el cómo me lo dijo. Tres cuartos de hora más tarde bajaba por las escaleras de la sede del partido con la cabeza dándome vueltas, ebrio no de ideas, sino de sensaciones, y sobre todas ellas la certeza de que había conocido a un ser humano excepcional.

Dolores es el único político «de raza» que he conocido en todos estos años en España. Tiene más carácter y temperamento en su dedo meñique que Manuel Azaña en todo su cuerpo. Naturalmente no estoy hablando de ideas —con las que puedo o no coincidir—, sino de actitudes, de un dinamismo especial que desprende su persona y que contagia al reportero más insensible y que cree estar de vuelta de todo, como puede ser este servidor. Supongo que aquello fue como una «revolución emocional», algo que parece ajeno a nuestro carácter supuestamente «frío» y que nos es dado experimentar en muy contadas ocasiones.

No tuve ocasión de conocer a otros líderes comunistas, pero durante mi estancia en Valencia sí pude comprobar el buen trabajo realizado por Uribe, el ministro de Agricultura. Las ideas colectivistas y cooperativistas de anarquistas y socialistas no funcionaban en la huerta valenciana, donde cada campesino está muy orgulloso de cultivar su propio terreno, por muy pequeño que este sea. No aceptaban la idea de la propiedad común —por muy marxista que esta fuera— y se aferraban cada uno a su pedazo de tierra. El conflicto había llegado a tal extremo que las labores del campo se habían suspendido.

En estas llegó Uribe y se puso del lado de los campesinos. Respetando la propiedad de cada uno, organizó una cooperativa simplemente para la compra de fertilizantes y otros productos y la venta de lo que cultivaban en la huerta. Aquello enfureció a socialistas y anarquistas, que acusaban a los comunistas de admitir en su sindicato «a los elementos más reaccionarios del campesinado de Valencia». Yo no entro ni salgo en esta polémica, pero ¿de qué se trataba?, ¿de poner otra vez en marcha a los agricultores de la huerta para que funcionaran a pleno rendimiento? Pues Uribe lo había conseguido.

Un día, en el restaurante Baviera de Valencia, tuve una larga charla con Luis Araquistáin. Recuerdo una frase que pronunció y que me chocó extraordinariamente: «Los socialistas estamos tan en contra del comunismo como del fascismo. No podemos permitir que España viva bajo el yugo de

Moscú». La verdad es que yo no entendía muy bien aquello del «yugo de Moscú». A mí Moscú me parecía estar muy lejos para que pudiera controlar nada en España. Aun admitiendo que España pudiera llegar a ser algún día un país bajo un régimen comunista, sería en todo caso un comunismo «a la española», gobernado por comunistas españoles, influidos por Moscú, ciertamente, pero capaces de desarrollar su propio programa político y sus propias directrices.

Así le razonaba yo a Araquistáin y todavía no sé si le estaba convenciendo a él o trataba de convencerme a mí mismo.

En cualquier caso, estaba claro que a los socialistas en aquella primavera de 1937 les había dado un ataque muy agudo de celos. Durante los años de la República, ellos habían sido los máximos representantes de la clase obrera y ahora se veían postergados y avasallados por una nueva formación política que reclamaba su protagonismo. Los socialistas no habían sabido estar a la altura de las circunstancias y desde el comienzo de la guerra no habían sabido o no habían querido renovar aquel Frente Popular que tan buen resultado les dio en febrero de 1936.

En los meses que duraba la guerra, la presencia rusa en España había sido más bien discreta. Había diplomáticos, periodistas y asesores militares, pero no en gran número. A partir de octubre de 1936 también hubo pilotos y expertos en tanques. Es cierto que los soviéticos trataban de mantener un perfil bajo. Los periodistas rusos que estaban en España, como Mijail Koltsov, de *Pravda*, tenían fama de inaccesibles y apenas se mezclaban con sus colegas de otras nacionalidades. Tampoco creo que hubiera más espías rusos en España durante la guerra que alemanes o italianos. Nadie podía asegurar cómo sería el futuro, pero en aquella primavera de 1937, si bien el Partido Comunista comenzaba a llevar la voz cantante, la presencia de rusos en España no era desde luego «agobiante».

XXII

La coronación del rey

ME refiero naturalmente al rey de Inglaterra, porque el rey de España estaba muy bien como estaba, descoronado. Asistí a la coronación del rey en aquella primavera de 1937 y pude contemplar el magnífico espectáculo del desfile por el centro de Londres desde un escaparate especialmente habilitado en unos grandes almacenes de Oxford Street. Y en aquel escaparate era yo, efectivamente, como un maniquí, totalmente insensible a la magnificencia y la belleza de las tropas que pasaban ante mis ojos: muchos guardias del rey a caballo, muchos *highlanders* escoceses tocando la gaita, muchos *gurkas* indios con sus llamativos turbantes; sí, pero ¿dónde estaban los tanques?, ¿dónde el cuerpo motorizado?, ¿dónde los cañones y las ametralladoras? Y al final del desfile, las autoridades que regían nuestro Imperio, los rajaes llegados de la India, los gobernadores de los países africanos. Sí, pero ¿dónde estaban los nativos de aquellos países? Y sobre todo, ¿dónde estaba la juventud? Porque aquello me parecía un desfile de momias.

Supongo que la transición había sido demasiado rápida. Hacía escasos días que había dejado atrás un Madrid en guerra. El bombardeo de Madrid se había recrudecido en las últimas fechas y llegaron a caer hasta dos mil bombas y obuses en una sola jornada y el número de víctimas llegó a ser de cuarenta a cincuenta diarias, con centenares de personas heridas.

El último día en que estuve en Madrid fue uno de los peores que he pasado en toda la guerra. Cuando desperté, parecía como si alguien estuviera tirando pesas en el piso de arriba, pero eran cañonazos que retumbaban en todo el edificio. Salí a la calle para coger el metro y me apeé en la estación Banco de

España. Cuando ascendía a la superficie, por las escaleras me topé con varias personas que bajaban corriendo. Al llegar arriba supe el motivo de aquellas prisas. Junto a la boca de metro había un hombre sin cabeza. Parecía que se la habían seccionado limpiamente con una cuchilla. A su lado, una chiquilla parecía dormida si no fuera por sus piernas, que tenía dobladas de una forma extraña. Y un poco más lejos otra mujer se había derrumbado y semejaba un montón de ropa vieja y trapos sucios. Supongo que debería haber salido para comprobar, al menos, si estaban muertos, pero las piernas no me obedecieron, y en lugar de subir a la superficie me precipité hacia abajo, buscando el refugio del metro. Solo me atreví a salir cuando escuché el ruido de las ambulancias. Franco estaba utilizando la artillería antiaérea para bombardear la calle de Alcalá y la Gran Vía, la arteria principal de Madrid.

Por la tarde cogí de nuevo el metro para transmitir mi última crónica desde el edificio de la Telefónica. A mi lado había dos chicas jóvenes que discutían: «¡Tú haz lo que quieras, pero yo he venido a la Gran Vía a comprarme un par de medias, le guste o no le guste al general Franco!». Y tiró de su compañera, y, sin saberlo, también tiró de mí y subimos por las escaleras hasta la calle. El aspecto que ofrecía la Gran Vía era desolador.

Por lo menos veinte o treinta edificios habían sido bombardeados desde que estuve allí aquella misma mañana. En la entrada del edificio de Telefónica había una gruesa capa de hule que cubría el cuerpo de dos chicas que habían muerto al explosionar una bomba cuando salían del edificio. El general Franco tenía la mala costumbre de programar los bombardeos para las ocho de la tarde, cuando más gente había en la calle y cuando más daño podía hacer. Todavía no sé lo que perseguía con aquel horror, pero puedo asegurar que la población de Madrid, incluso aquellos que en algún momento pudieran haberle favorecido, le habían vuelto resueltamente la espalda.

A la mañana siguiente salía en coche por la carretera de Valencia, y debo confesar que aquello me pareció una liberación. Viajaba conmigo John Lloyd, de la Associated Press, y, aunque viajábamos en un coche que más parecía una lata de sardinas, yo me encontraba radiante de felicidad. Allí estaba el campo hermosísimo en plena primavera, allí estaban los pájaros cantando, allí estaba el sol bañándolo todo, como si la naturaleza no tuviera noticia alguna del horror que se estaba produciendo en Madrid. Incluso el lugar donde nos detuvimos para desayunar, un bar donde nos sirvieron unos excelentes huevos con beicon, parecía totalmente ajeno a la tragedia, como si se encontrara a miles de kilómetros de Madrid. O quizá fuera que yo me sentía de nuevo totalmente

«vivo». Tal vez la única manera de apreciar las cosas más elementales y simples de nuestra existencia sea cuando sabes que has estado a punto de perderlas.

Y ahora que me encontraba de nuevo en Londres no sabía muy bien qué hacer con mi vida. Iba a cenar con amigos aquí y allá y en alguna ocasión acabamos la noche en un *strip-tease*. Pero ¡qué diferencia de los *strip-tease* en los que yo había estado en España! En este país ese tipo de espectáculos estaban dirigidos a la clase obrera, ¡y había que oír los gritos, las chanzas y las bromas de los clientes pidiendo a las chicas que se fueran quitando la ropa! En Londres, los espectadores pertenecían más bien a la clase media y parecían inmensamente aburridos mientras miraban a las chicas, como si estuvieran allí simplemente porque esa noche no hubieran encontrado nada mejor que hacer.

Allí estaba yo en la capital misma del Imperio británico, pero de un imperio donde se respiraba ya un inconfundible aire de decadencia. Todo aquel desfile militar que contemplaba desde el escaparate de Oxford Street me parecía una producción de Hollywood, como si todas aquellas cámaras de cine que se veían en las calles estuvieran rodando una película que, dentro de unas semanas, veríamos en las pantallas.

Incluso aquellas personas que se desmayaban a mi alrededor por las apreturas de la muchedumbre y que la policía retiraba en camillas parecían «extras» especialmente entrenados para el rodaje. No podía ser cierto lo que mis ojos contemplaban —los lanceros, los alabarderos, los gaiteros, la guardia real —, porque aquello pertenecía al siglo XIX, nada que ver con el nuevo siglo que nos había tocado vivir.

Pasó junto a mí el automóvil con el primer ministro, Stanley Baldwin, y la multitud prorrumpía en vivas, como si todo estuviera perfectamente ensayado. Yo me preguntaba si tenía la menor idea de lo que significaba el Tratado de No Intervención, si le importaba lo más mínimo lo que estaba ocurriendo en España. Pasó la carroza real con sus majestades y la cara del rey parecía la de un hombre preocupado pero resultaba imposible saber si lo que le preocupaba era lo que estaba ocurriendo en España, ni siquiera podía saber si se le estaba contando la verdad sobre España.

Ignoro si tendrá algo que ver el chaparrón que cayó al final del desfile, pero recuerdo que regresé a mi hotel totalmente deprimido. Tenía la impresión de que me había equivocado de siglo, que mi país todavía vivía en el XIX cuando el resto del mundo vivía ya en la era moderna, en la zozobra y en la belleza de la era moderna. En lugar de lanceros bengalíes, habría querido ver tanques y unidades motorizadas y vuelos rasantes de la aviación sobre nuestras cabezas. Y

en lugar de las autoridades y los grandes dignatarios que habían acudido desde todos los rincones de nuestro Imperio, habría querido ver a la juventud —de todos los colores y de todas las razas— en aquel desfile, unida por aquello que llamamos la *Commonwealth* o Comunidad de Naciones. Pero aquella *Commonwealth* que yo soñaba tenía que ser letra viva, y no muerta, tenía que estar representada por la juventud de cada país, y no por venerables ancianos con un pie en la tumba.

Otra cosa que me descorazonó en aquel breve viaje a Londres fue el escaso interés que encontré por lo que estaba ocurriendo en España. Por supuesto, la gente de izquierda defendía con ardor la República española y los *tories* la cuestionaban, cuando no la atacaban. Pero me refiero al hombre de la calle sin mucho interés por las ideas políticas. A aquel hombre medio no parecía interesarle —ni preocuparle— en absoluto lo que estaba ocurriendo en un país que era casi un país vecino. No sabían que al desinteresarse por la suerte de España estaban empezando a cavar su propia fosa.

XXIII

El bombardeo de Almería

UNA mañana me encontraba desayunando en la localidad de Murcia, camino de Almería. Me parecía raro hallarme en una ciudad española que no había sido bombardeada en aquella guerra. Estábamos en pleno desayuno cuando oímos el sonido de una banda de música que se acercaba. «Bueno —pensamos—, al menos hay alguna actividad marcial». Resultó que no era una banda del Ejército, sino la de la ciudad, y anunciaba una corrida de toros para el domingo siguiente. Murcia parecía estar lejos de todo, incluso de la misma guerra.

Rodeada de una hermosa huerta y con un clima semitropical, Murcia me parecía detenida en el tiempo, con su gran catedral cerrada, sus calles y carreteras muy abandonadas, sus habitantes con uno de los índices de analfabetismo más altos de España, el ochenta por ciento de la población antes de la República.

Yo iba camino de Almería para escribir la crónica del bombardeo de la ciudad por el buque alemán *Almirante Scheer*, en represalia por el bombardeo del destructor *Deutschland* en la bahía de Ibiza. Parece ser que el *Deutchsland* se encontraba anclado junto al puerto de Ibiza cuando fue localizado por dos bombarderos de la República. No está muy claro quién abrió fuego primero, pero lo cierto es que las aguas de Ibiza estaban bajo control de barcos franceses que vigilaban el cumplimiento del Tratado de No Intervención que prohibía el acceso de cualquier buque extranjero a las aguas territoriales españolas. El bombardeo del *Deutschland* había causado veinte muertos y setenta heridos, y en represalia el propio *Deutschland*, acompañado de otros tres destructores, se había dirigido a la ciudad costera de Almería para bombardearla a placer, porque la ciudad

apenas disponía de baterías. En la hora que duró el cañoneo de las baterías alemanas sobre la ciudad murieron al menos veinticuatro almerienses y más de cien resultaron heridos.

Yo había tenido problemas para salir de Madrid porque no parecía interesar mucho a nadie aquella historia. Nuestra representante de prensa, una mujer austríaca, estaba viviendo un apasionado romance con un colega español y no parecía dispuesta a que la molestáramos. Por fin mi amigo Sefton Delmer y yo encontramos un viejo camión que se dirigía hacia esa remota ciudad del Sur y nos montamos junto con docenas de campesinos que volvían a su tierra. Como era previsible, el camión se estropeó poco después de salir de Madrid y tuvimos que hacernos con los servicios de un viejo taxi al que no le funcionaban las luces y se detenía en seco cuando de noche aparecía alguien en dirección contraria. Así fue como llegamos a Murcia y, después de dejarla atrás, nos internamos por un paisaje lunar como yo no he visto en ningún otro lugar de Europa. No es la guerra la que ha devastado este lugar, sino el abandono y la pobreza extrema de sus habitantes. Recorres kilómetros y kilómetros sin ver un árbol o una brizna de hierba, contemplando casas derruidas y abandonadas, la ausencia de toda vida humana o animal, salvo alguna cabra que busca entre las raíces de los árboles algo que comer. Solo grandes proyectos de regadío y reforestación podrán devolver la vida algún día a ese lugar donde apenas existe.

Mucho antes de llegar a la ciudad de Almería divisamos grupos de personas acampadas junto a la carretera, refugiados que temían que se repitieran los bombardeos de los días anteriores. Sin embargo, cuando entramos en la ciudad vimos las calles repletas de gente. El gobernador civil puso a nuestra disposición a un joven anarquista que nos condujo a todos los lugares que habían sufrido el bombardeo. Este había dejado a ocho mil personas sin hogar. Cientos de casas habían sido destruidas, incluido el consulado británico, cuyas ruinas visité. Se trataba de bombardear una población civil sin defensa alguna, si exceptuamos una vieja batería republicana que había en la costa y cuya distancia de tiro ni siquiera alcanzaba la posición donde se encontraba la flota alemana. Los alemanes bombardeaban Almería con la misma impunidad que lo habían hecho antes con Guernica, bombardeaban una población civil sin posibilidad alguna de defenderse.

Asistí al entierro de una de las víctimas. Me impresionó el cortejo del entierro, las caras macilentas y demacradas de aquellos obreros y campesinos que parecían viejos cuando todavía eran jóvenes. La guerra parecía doblemente injusta en aquel lugar, castigando a hombres que ya habían sido duramente

castigados a lo largo de toda su existencia. El colofón de aquella crónica que escribí sobre Almería se produjo, sorprendentemente, en Gibraltar. Allí recaló el *Deutschland* para enterrar a sus muertos. El entierro se hizo en presencia del gobernador de Gibraltar, el general Harrington, acompañado por dos almirantes de la flota británica. ¡Era muy consolador ver cómo Inglaterra abría sus brazos a sus amigos alemanes mientras cerraba sus fronteras en Gibraltar a la población española!

Mientras tanto, la guerra proseguía en el Norte. La muerte del general Mola en un accidente de aviación no parecía haber afectado al avance de los nacionales, que tomaron Bilbao el 19 de junio. Pocos días después, el 6 de julio, la República, tratando de tomar de nuevo la iniciativa, lanzaba un ataque sobre Brunete, a unos veinte kilómetros al oeste de Madrid. Se trataba de llegar, si era posible, hasta Navalcarnero, desde donde se podría haber atacado al ejército nacional que sitiaba Madrid por su retaguardia.

La punta de lanza de aquel ataque estaba en manos de Líster y su Quinto Regimiento. Se trataba de un ataque por sorpresa. Los hombres de Líster debían recorrer durante la noche los escasos kilómetros que los separaban de Madrid y atacar Brunete de madrugada. Lo extraño de aquel ataque por sorpresa es que, efectivamente, sorprendió a los nacionales y Líster pudo tomar Brunete. Digo esto porque yo me había enterado de los planes para aquel ataque «por sorpresa» unas semanas antes en los cafés de Valencia.

La caída de Brunete en manos de la República consiguió al menos que los nacionales enviaran su aviación de vuelta a Madrid durante unas semanas.

Como parte de la ofensiva de Brunete, las Brigadas Internacionales habían tomado Villanueva de la Cañada en una batalla feroz que duró un día entero. El número de bajas fue enorme. Pude visitar a un brigadista inglés en el hospital de campaña. Tenía la espina dorsal destrozada y sus horas estaban contadas. Me pidió que le leyera la orden del día que les habían dado a los brigadistas aquella misma mañana antes de entrar en combate. Mientras la leía me dijo que le parecía una excelente pieza de oratoria. Me contó que había estudiado en la Universidad de Cambridge y que se había alistado en las Brigadas poco después de graduarse. En momentos como esos me convencía a mí mismo de que merecía la pena seguir informando sobre aquella guerra. Recoger las últimas palabras de aquel joven que lo había dejado todo para acudir a luchar por un país que no era el suyo era devolver a mi país un rayo de esperanza, decirles a los ingleses que no todos eran tan ruines como los políticos que en aquellos momentos los gobernaban.

La batalla de Brunete acabó el 25 de julio. Había conseguido aliviar la situación en el Norte, obligando a Franco, como dije, a desplazar su aviación de nuevo hasta Madrid. Pero no había conseguido su objetivo más importante: romper el cerco de la capital. Las fuerzas de la República podían sorprender a los nacionales, pero no disponían de la artillería, los tanques o la aviación suficientes como para hacer mella en aquella tenaza de hierro que Franco había dispuesto en torno a la capital de España. Y pienso que la ofensiva de Brunete fue, en líneas generales, un grave error por parte de la República, que, en aquellos momentos de bloqueo de material de guerra, no podía ni debía malgastar sus fuerzas.

XXIV

Reposo en Montreux

ME encontraba totalmente agotado en aquel verano de 1937, aunque no lo sabía. Me lo dijo una mujer inglesa, médico en las Brigadas Internacionales. «¿Cómo te encuentras?», me preguntó mirándome a la cara, un día que estábamos tomando unas copas en El Escorial. «La verdad es que algo cansado —le contesté—. De un tiempo a esta parte no tengo apetito y he perdido cinco kilos. Debe de ser el calor de agosto». «Me lo imaginaba —me dijo—. Sigue mi consejo y tómate unas buenas vacaciones, porque si no lo haces, lo sentirás».

Después de la batalla de Brunete, Ginebra en el mes de agosto parecía poco menos que la antesala del paraíso. Allí estaba yo contemplando el famoso lago desde la terraza del hotel Rusia, sin más ocupación que observar el lento discurrir de un barco de vapor con sus lucecitas y su banda de música en cubierta.

Parecía mentira, pero hacía escasamente una semana me encontraba yo en un barranco, en la retaguardia de la ofensiva de Brunete, hablando con los chicos de la Brigada Inglesa, aunque la verdad es que estaban tan agotados que tenían pocas ganas de hablar. Conocí a Jock Cunningham, que comandaba la brigada y que era radical y muy revolucionario en sus ideas, y a Hugh Slater, que vino a España como corresponsal de prensa y regresó para alistarse en las Brigadas. Resulta que Slater, en su segundo viaje a España, había sido arrestado en Perpiñán, donde se pasó dos semanas en el calabozo acusado del horrible crimen de querer entrar en España para luchar por la democracia y la libertad. Pero allí estaba Slater tan contento, al mando de una batería de cañones antiaéreos.

Desde Ginebra subí hasta el pueblecito de Caux-sur-Montreux, desde donde

podía seguir contemplando el lago Leman, pero a vista de pájaro, a muchos kilómetros de distancia. El aire estaba tan quieto que, a pesar de la distancia, podía escuchar claramente el sonido de los barcos de vapor que cruzaban lentamente el lago. Una calma total y absoluta parecía reinar en aquel pueblecito, justamente lo que yo andaba buscando.

Pasaba la mayor parte del tiempo tumbado, en mi cama o en el monte, entre la flor de brezo, leyendo la prensa que llegaba a mis manos. He aquí algunas anotaciones que hice en mi diario de aquel mes de agosto a partir de las noticias que iba leyendo en los periódicos:

7 de agosto: El petrolero inglés *British Corporal* ha sido bombardeado en el Mediterráneo.

13 de agosto: El buque español recién construido *Ciudad de Cádiz* ha sido hundido por un submarino desconocido frente a Gallípoli.

14 de agosto: Un petrolero de trece mil toneladas con bandera panameña ha sido incendiado por los disparos de un buque de guerra de los nacionales españoles frente a las costas de Túnez.

17 de agosto: El carguero español *Aldecoa* tuvo que buscar refugio en un puerto francés después de ser perseguido por unidades de la marina italiana.

18 de agosto: El barco español *Armuru*, procedente de Rusia, hundido frente a Gallípoli.

24 de agosto: El carguero inglés *Noemijulea*, que transportaba fosfatos desde Túnez a Barcelona, bombardeado frente a la costa española.

25 de agosto: El buque cisterna inglés *Romford* bombardeado.

31 de agosto: El carguero ruso *Timiryazeff*, procedente de Liverpool y con destino a Port Said, que transportaba carbón, torpedeado y hundido frente a la costa de Argelia.

2 de septiembre: Hundido el buque cisterna inglés *Woodford* en ruta desde Valencia a Barcelona por un submarino sin bandera o identificación. El *Woodford* ondeaba la bandera del Tratado de No Intervención y llevaba a bordo un oficial del Comité de No Intervención.

6 de septiembre: El petrolero inglés *Burlington*, que llevaba siete mil toneladas de crudo a bordo con destino a Cartagena, es apresado por destructores nacionales. Los nacionales llevaron el barco hasta Palma de Mallorca, desembarcaron el crudo y permitieron a su capitán que continuara viaje.

Naturalmente, aquel desastre de barcos que viajaban por el Mediterráneo llevó a Inglaterra y a otros países a firmar el Tratado de Nyon, que pretendía

acabar con esos actos de piratería. Se establecieron patrullas para vigilar y controlar el tráfico en este mar y se obligó a los submarinos a viajar en superficie. Pero el daño para la República ya estaba hecho. Como es lógico, el precio del seguro de los barcos se puso por las nubes y el transporte de armas y material bélico a España no solo debía realizarse de forma clandestina y bajo increíbles dificultades, sino que cada pistola debía pagarse a precio de oro.

Mientras tanto, Franco se aprovisionaba tranquilamente en los puertos del Norte. Los cargueros alemanes llegaban a Pasajes o a Bilbao o a Vigo, donde descargaban su mercancía —tanques, aviones, artillería— sin ocultarla especialmente y sin mayores problemas. El bloqueo decretado por el Tratado de No Intervención exigía que para detener un barco era preciso antes inspeccionarlo. Y como los alemanes no admitían ninguna inspección, sus barcos viajaban sin contratiempos por el Atlántico hasta los puertos del Norte. Tampoco las autoridades de Gibraltar parecían tomarse mayores molestias en aquel asunto. Dejaban pasar los barcos por el estrecho sabiendo muy bien que su destino eran los puertos del Norte para aprovisionar a los nacionales.

Desde Caux-sur-Montretix la situación parecía cada vez más clara: la campaña del Norte había servido a Franco para fortalecer su situación y poder aprovisionarse sin problemas, al tiempo que sometía a la República a un lento pero seguro estrangulamiento en el Mediterráneo.

Yo lo miraba todo desde mi pequeño refugio en las alturas de la montaña. Podía ver cómo las pequeñas nubes se iban formando en el lago, cómo al principio no eran más que un jirón de niebla. Podía ver cómo ascendían lentamente por el valle y se unían a otras nubes. Era cuestión de tiempo hasta que estallara la gran tormenta.

XXV

Teruel

PERO la República todavía no estaba dispuesta a arrojar la toalla. A principios de septiembre lanzó una nueva ofensiva en el frente de Aragón para tomar Zaragoza. El 5 de septiembre caía Belchite, en el camino a dicha ciudad, en manos de las Brigadas Internacionales y de las tropas republicanas que las apoyaban. Pero en todas las ofensivas solía ocurrir lo mismo: tenían éxito en los primeros días, el tiempo que Franco tardaba en llevar sus unidades motorizadas y sus tanques desde el Norte. Y entonces las tropas republicanas tenían que enfrentarse a un enemigo con una superioridad técnica tan avasalladora que poco se podía hacer, y las ofensivas, como la de Belchite o la de Brunete, se quedaban en agua de borrajas. Se desbarató otra ofensiva planeada contra Teruel porque, horas antes de iniciarse, el comandante en jefe se pasó al enemigo llevándose los mapas y planos del ataque. Afortunadamente, su ausencia fue detectada aquella misma noche y se dio orden a las tropas y los arsenales de municiones previstos para el ataque de que se dispersaran. Cuando de madrugada comenzaron a llegar los aviones nacionales y a bombardear las posiciones republicanas, las tropas se habían diseminado ya y el daño fue menor de lo previsto. Pienso para mis adentros que, en el fondo, la defección del comandante fue una bendición del cielo: la República no estaba preparada para lanzar aquel ataque.

El problema mayor de la República seguía siendo la escasez de armas. Como he señalado antes, por cada barco ruso que conseguía burlar el bloqueo fascista caían dos o tres en manos de italianos o alemanes. La ruta terrestre era imposible porque Francia había cerrado herméticamente sus fronteras con España. La única solución era que la República fabricara su propio material de guerra, pero eso

resultaba difícil y costoso, porque la industria siderúrgica estaba en el norte de España. Con lo poco que había en el territorio de la República, se hizo un titánico esfuerzo por aumentar la producción de armas. Justamente para dar auge a esta producción, el gobierno decidió trasladarse de Valencia a Barcelona. Una de las primeras medidas gubernamentales fue suspender la semana de cuarenta horas que habían suscrito los sindicatos catalanes. Cataluña se convertía en el centro político e industrial de la República y el eje Valencia-Barcelona, en su arteria principal.

A partir de ese momento comenzó el bombardeo intensivo de Franco sobre los puertos de estas dos ciudades, a sabiendas de que tenía que paralizar el nuevo impulso que la República quería tomar. No me parece casual que nuestro corresponsal en Roma anunciara, a principios de octubre, que Bruno Mussolini, el hijo del *Duce*, se había incorporado a la escuadrilla de aviones que los italianos tenían en Palma de Mallorca. El objetivo de su misión estaba claro: bombardear los puertos del Levante español.

Uno de los motivos de fricción que surgió en el nuevo gobierno de Negrín fue la cuestión de los comisarios políticos.

El ministro de la Guerra, Indalecio Prieto, desconfiaba de los comisarios. El papel de estos en el nuevo ejército republicano consistía en explicar a los soldados las razones por las cuales estaban luchando, asesorarles en cuestiones personales y erigirse en modelos de conducta para que los soldados pudieran seguir su ejemplo. Julio Álvarez del Vayo, que estaba a cargo de aquel cuerpo de comisarios, solía decir que se trataba de enseñar «el porqué se avanzaba y el cómo, el porqué y en qué circunstancias se debía retroceder». La idea del comisario político venía de los tiempos de la Revolución francesa, pero estaba claro que el modelo que se había adoptado en España era el de Rusia, aunque, justo es decirlo, los comisarios políticos no procedían solo del Partido Comunista, sino que también los había anarquistas y socialistas. Los comisarios recibían una buena paga y tenían el grado de comandante en el batallón al que se les destinaba.

Soy de los que piensan que la figura del comisario era necesaria en el ejército de la República. Un ejército que prácticamente acababa de nacer, que luchaba en una guerra civil, es decir, en una guerra entre hermanos, y que disponía de medios muy precarios para el combate, precisaba de estos asesores no solo para que allanaran las dudas de los soldados en el terreno político, sino para auxiliarlos en el terreno personal. Eran, por tanto, algo así como instructores políticos, psicólogos y estrategas, todo en uno. En alguna ocasión se habían

producido fricciones con los oficiales militares, pero en general estaba demostrado que las unidades que disponían de buenos comisarios eran las más efectivas en el combate.

Prieto no anuló la figura del comisario, pero solía dar los puestos más importantes a los socialistas, los anarquistas o los republicanos de izquierda, lo cual creaba fricciones con los comunistas. Otro de los problemas de Prieto radicaba en la excesiva burocratización de sus ministerios. Conseguir un pase para viajar al frente era una verdadera tortura y, como aquellos pases eran válidos solo para dos semanas o como mucho un mes, la cantidad de papeleo resultaba ingente. Y al ser Prieto una persona encantadora, era, por tanto, mucho más difícil de criticar. Pienso que hubiera sido un excelente gestor bajo las órdenes de un líder mucho más dinámico y carismático de lo que él era. A aquel hombre le faltaba un poco de alegría. Recuerdo que una de las coletillas en sus discursos era aquello de «pase lo que pase en esta guerra, ya sabemos ahora que la economía de este país está arruinada para muchos años», lo cual sin duda era verdad, pero no se trataba de algo que inspirara demasiado entusiasmo en aquellas dramáticas circunstancias. Y es que Prieto era un líder para la paz más que para la guerra, una persona capaz de llevar a cabo un programa político a largo plazo más que un iluminado que inspirara a aquella gente cada vez más desilusionada.

Cuando lord Attlee, líder de la oposición en la Cámara de los Comunes británica, visitó España en diciembre de 1937 dijo en una entrevista que el factor esencial para la victoria de la República era la amalgama de todas las fuerzas antifascistas en un solo movimiento. Tenía toda la razón del mundo, pero… ¡a ver quién le ponía el cascabel al gato! Tal era entonces la fuerza y el poderío del Partido Comunista que cualquier «amalgama» pasaba necesariamente por reconocer el liderazgo de los comunistas, y eso era algo que republicanos, anarquistas y socialistas «de derechas» no estaban dispuestos a hacer. Sin embargo, aquella unidad política, por difícil que fuera, constituía la única posibilidad que tenía la República de sobrevivir.

Aunque parezca irónico, Indalecio Prieto era una de las pocas personalidades respetadas por la diplomacia occidental. Los ingleses solían decir de él que era una persona «totalmente fiable» y los franceses llegaron a calificarle como «el único gran hombre que había en la República». Pero todos esos piropos no le valían absolutamente para nada, es decir, no se traducían en favores de ningún tipo. Ingleses y franceses contemplaban los toros desde la barrera, encumbrando a unos y denostando a otros, pero sin querer «inmiscuirse» en los asuntos del

país vecino. Tenían todavía la ocasión de adoptar una línea mucho más dura con respecto a la intervención de Alemania e Italia en España, pero, como eso podría poner en peligro su propia «seguridad», no estaban dispuestos a hacerlo.

Tuve ocasión de conocer a Attlee durante los días que pasó en España. Me pareció una persona sensible y cordial, pero no de una gran fuerza. Me aseguró que entendía perfectamente que no solo el socialismo o la democracia, sino el futuro mismo de nuestro país pasaba por lo que ocurriera en la guerra española. Entendía el problema, pero me dio la impresión de que no sabía muy bien lo que se podía hacer desde Inglaterra. Leía en su cara una sensación de impotencia y desamparo, como si los acontecimientos en España le hubieran sobrepasado ampliamente y ya no supiera cómo reaccionar. Eso sí, se entrevistó con los brigadistas ingleses y accedió a que dieran su nombre a su batallón. Pero me temo que poco más que eso resultó de su visita.

Aquello no tenía remedio. A principios del mes de octubre la Sociedad de Naciones rechazaba una propuesta que ordenaba la retirada de todos los ciudadanos extranjeros que luchaban en España. Por supuesto, aquella propuesta favorecía a la República y perjudicaba al general Franco. Pues bien, a pesar de que Francia e Inglaterra votaron a favor de la propuesta, fue rechazada por treinta y dos votos a treinta. Incluso en aquellas fechas, el eje Roma-Berlín era capaz de manipular la opinión pública mundial imponiendo su criterio sobre el de las llamadas «democracias occidentales».

Pero todo esto nos lleva lejos de los acontecimientos que se estaban produciendo en aquellos momentos en la guerra española. La atención mundial se centraba ahora en la ciudad de Teruel, situada en el camino que conduce desde el interior de la Península a la huerta valenciana. Teruel, encumbrada sobre una colina y rodeada de altos cerros y montañas desprovistas de árboles, tiene una belleza austera y dramática. Valencia, como digo, está a escasos cien kilómetros de distancia, pero Teruel no tiene nada que ver con la capital levantina ni con su clima agradable y templado. Los termómetros en invierno marcan allí las temperaturas más bajas de toda España. El carácter apasionado y dramático de sus gentes se refleja en la leyenda medieval de los amantes. Cuenta la historia de un muchacho pobre que quería casarse con la hija de un hombre muy rico. El hombre le concedió un tiempo para que consiguiera su propia fortuna. El joven se enriqueció y regresó a Teruel el día en que su amada celebraba su matrimonio con otro hombre. El muchacho se suicidó y su amada murió de dolor junto a su tumba. El folclore popular ha trivializado la historia con los siguientes versos:

Los amantes de Teruel,
¡tonta ella y tonto él!

Recuerdo Teruel en pleno invierno, el sol poniéndose tras los montes y bañándolo todo de tintes rosados y de color violeta. Aquella ciudad tan bella y tradicional, tan española, era también una de las más conservadoras y reaccionarias de toda España. Cuando por fin conseguimos entrar en la ciudad con las tropas republicanas, pregunté por unos amigos que tenía allí. «¡Menudos amigos tiene usted, camarada! —me respondió un hombre—. ¡Vaya usted al seminario y pregunte por ellos!». El seminario era el lugar donde los fascistas de Teruel se habían hecho fuertes y resistían cuando el resto de la ciudad había caído en manos republicanas.

Al primero que encontré cuando llegué al frente de Teruel fue a Ernest Hemingway, que se alegró enormemente de verme, sobre todo cuando comprobó que le llevaba dos botellas de whisky. Le encontré como le había visto en tantas otras ocasiones: estaba ayudando a un grupo de milicianos a situar en posición un cañón del setenta y cinco, que se empleaba para asaltos a corta distancia. Para Hemingway la guerra era eso: implicarse en cuanto discurría a su alrededor, ayudar a los soldados novatos a cargar y descargar sus armas, hablar con todo el mundo, a veces también pelearse con todos. A pesar de que era el corresponsal de prensa mejor pagado de cuantos estábamos en la guerra española, pienso que se le daba mejor la novela o el cuento que la crónica periodística, entre otras cosas porque era un perfeccionista y corregía docenas de veces todo lo que escribía. Su técnica no se adaptaba a las inevitables prisas de un corresponsal de guerra.

Al comenzar el conflicto, Teruel cayó en manos de los nacionales y las fuerzas republicanas locales se replegaron a los altos del Escandón, a unos diez kilómetros de la ciudad. La línea del frente se acercaba aún más en Valdecebro, en el Nordeste, describiendo una media luna en torno a la ciudad. Los republicanos la habían bombardeado en algunas ocasiones, pero el frente no se había movido desde el comienzo de la guerra.

La operación que llevó a cabo Enrique Líster con su Quinto Regimiento consistió en completar aquella media luna del frente hasta que la ciudad quedara totalmente rodeada. Para ello, desplazó sus tropas, a plena luz del día, desde Valdecebro hasta Caudete y Concud, pero sin llegar a tomar ninguna de estas localidades, y desde allí se dirigió hacia el Sur para ascender hasta la Muela de Teruel y completar así el círculo en torno a la ciudad. Se trataba, por tanto, de

una maniobra envolvente, parecida a las que ya había ejecutado en Brunete y en Belchite. La operación se inició en la tarde del viernes 17 de diciembre y el combate por la ciudad de Teruel no cesaría hasta el 22 de febrero, cuando el general Franco tomó de nuevo la ciudad. En la noche del 17 de diciembre quedó totalmente rodeada. Tenía entonces Teruel una población de veinte mil habitantes, además de una guarnición de unos cinco mil soldados nacionales.

Todavía no entiendo cómo la República se las ingenió para enviar a este desolado y remoto rincón de España una tropa de cincuenta mil hombres sin que el enemigo se enterara. Quizá lo hicieran al amparo del mal tiempo que reinaba, una tempestad de nieve y viento que disminuía la visibilidad a pocos metros. Claro que eso también contaba en contra del ejército republicano, que debía desplazar sus piezas de artillería por un terreno donde a menudo se quedaban empantanadas. La operación Teruel había sido planeada por Vicente Rojo, profesor de Estrategia en la Academia de Toledo; el comandante en jefe era el general Miaja, que había participado en la defensa de Madrid y en las batallas del Jarama y de Guadalajara. Rojo, a pesar de su modestia y de su personalidad retraída, era sin duda una de las luminarias del ejército republicano.

Otra cosa es si la República debería o no haber emprendido aquella ofensiva. Como he señalado antes, mi opinión era que la debilidad del ejército republicano desaconsejaba cualquier acción ofensiva y aconsejaba concentrar todas las energías en fortificar sus posiciones y reorganizarse. El prestigio del ejército republicano no dependía de la toma de Teruel, entre otras cosas porque esa conquista no supondría ningún cambio de posición de las potencias occidentales respecto al envío de armas. Hacía tiempo que la República sabía muy bien que la única forma de obtener material de guerra era con las reservas de oro del Banco de España, además de tener grandes dosis de buena suerte para que aquel material llegara a su destino.

Circulaba por aquellos días una teoría bastante peregrina, pero que quizá tuviera un fondo de verdad. Según esa teoría, Prieto necesitaba la conquista de una plaza importante para poder negociar desde una posición de fuerza una tregua o armisticio con el general Franco. Es posible que desconociera la nueva correlación de fuerzas, de la misma manera que había subestimado la ascensión del Partido Comunista en la República. Quizá lo que no entendía Prieto es que Franco ya no dependía de Alemania e Italia solo para la provisión de hombres y armas, como había ocurrido en los primeros días del conflicto, sino que ahora estaba unido a aquellos dos países por un gran movimiento que pretendía cambiar el mundo. En otras palabras, Franco ya no podía negociar una tregua,

aunque lo hubiera deseado, porque ahora formaba parte de un movimiento internacional, y ya no dependía de sí mismo, sino de sus socios.

En aquel año y medio de guerra había ocurrido en España una polarización de las dos partes en el conflicto: una parte, la República, escorándose cada vez más hacia un tipo de régimen comunista, y la otra, la nacional, inclinándose a favor de un tipo de régimen fascista. El totalitarismo, por tanto, parecía inevitable en el horizonte político español, ganara quien ganara aquella guerra. Pero, habiendo dicho esto, convendría hacer algunas matizaciones. A pesar de que tanto Falange Española como el Partido Comunista habían crecido espectacularmente durante aquellos meses y contaban ya con cientos de miles de afiliados, no se habían hecho, ni de lejos, con el control político de ninguna de las dos Españas. Es sintomático que Franco castigase al líder falangista Manuel Hedilla con el exilio cuando este se atrevió a hacer objeciones a su política en zona nacional. Franco quería dejar claro que allí seguía mandando el Ejército, por encima de cualquier otra facción. La Iglesia, por otra parte, había vuelto a su antigua preeminencia, y el exiliado cardenal Segura había regresado con todos los honores para ocupar el arzobispado de Sevilla. Y los grandes terratenientes y propietarios que apoyaban al general Franco no habían sufrido ningún tipo de expropiación de sus propiedades, como habría ocurrido en un régimen totalitario.

Pero, naturalmente, hay muchos tipos de regímenes totalitarios. El de la Alemania nazi deja muy escasa libertad al individuo. El régimen fascista de Metaxas en Grecia o el de Oliveira en Portugal, en cambio, tratan de combinar la iniciativa privada, propia del capitalismo, con el control de las grandes empresas por parte del Estado, propio del fascismo. El régimen del general Franco en la España nacional parece apuntar hacia este tipo de solución, más que hacia el fascismo en estado puro, como sucede en Alemania.

En aquella Europa de 1937 había nacido lo que podríamos llamar un «capitalismo rebelde». Aquella rebeldía, encabezada por Alemania e Italia, pretendía reorganizar y redistribuir los medios de producción para poder así competir y aventajar a las que, hasta aquel momento, habían sido las dos grandes potencias europeas, Francia y Gran Bretaña. A esta rebeldía se habían sumado una serie de pequeños estados como Grecia, Portugal y ahora la España del general Franco. Se trataba, por tanto, de un gran movimiento a nivel internacional, encabezado y coordinado desde la Alemania nazi. Por eso decía antes que Franco, aunque hubiera querido, no podía pactar ningún armisticio, en la medida en que ya no dependía de sí mismo.

No me parece del todo irrelevante añadir aquí que, por aquellas fechas,

diciembre de 1937, Londres acababa de nombrar a *sir* Robert como «principal agente de Gran Bretaña en la España nacional», con destino a la ciudad de Salamanca. En Barcelona se conformaban con tener un «encargado de negocios». El gobierno de su majestad comenzaba a orientarse en la dirección en la que soplaba el viento.

Pero volvamos de nuevo a Teruel, esa población de unos veinte mil habitantes y cinco mil soldados que la custodiaban. La historia de Teruel en los primeros días de la guerra había sido como tantas otras historias de tantas otras ciudades españolas. Los nacionales tomaron el poder y comenzó un baño de sangre. La izquierda habla de dos mil personas asesinadas en Teruel en aquellos primeros días, aunque yo me inclino por una cifra menor, varios centenares como mínimo. Parece ser que algunas de estas ejecuciones eran públicas y se efectuaban en la plaza del Torico en presencia de varios centenares de espectadores. Se ejecutaba a personas de ambos sexos. Un concejal republicano del Ayuntamiento me comentaba que, de los siete concejales de izquierda, solo dos seguían con vida, y fue porque ambos consiguieron huir a territorio de la República.

Yo entré en la ciudad veinticuatro horas después de que lo hicieran las tropas de Líster y solo pude ver el cadáver de un hombre tendido en la cuneta. Parece ser que Líster entró en la ciudad por una carretera y permitió a la población civil que lo deseara salir por la otra. Se intentó a toda costa evitar las represalias. Algunos edificios de la ciudad —como el Banco de España, el Gobierno Civil, el convento de Santa Clara y el seminario— continuaban en manos de los fascistas, que ofrecían tenaz resistencia.

Durante dos semanas continué allí para ofrecer a mis lectores ingleses el drama de aquella población perdida en las montañas del centro de España, cuyo nombre corría ya de boca en boca por todo el mundo.

Cada noche regresaba a Valencia para poder mandar mi crónica a Londres. Un día pude ver cómo arrestaban al director de la cárcel de Teruel, que se había escondido durante unos días y tenía un aspecto lamentable. No sé lo que harían con él.

Otro día encontramos una tienda con centenares de jamones colgados del techo. Dos soldados la custodiaban. El dueño nos ofreció un jamón y nos pidió que lleváramos a su hijo con nosotros a Valencia aquella noche, haciéndole pasar por periodista. Me imagino que aquel joven debía de pertenecer a la Falange o algún partido de derechas, pero no nos importó llevarle cuando comprendimos que de lo que se trataba era de salvarle el pellejo. Recuerdo también que

celebramos la Nochebuena en un establo (parece apropiado) donde los soldados habían organizado una gran hoguera. Sacaron las guitarras y se organizó una improvisada rondalla al estilo de Aragón. Así pasamos la noche, entre jotas y villancicos, y me sentí mucho más cercano al verdadero espíritu navideño que si hubiera estado en París o en cualquier otra capital europea, participando en algún cotillón. Más tarde, envuelto en mantas en el coche, no conseguía conciliar el sueño: me preguntaba dónde me encontraría yo en la Nochebuena del año siguiente: en realidad lo que me cuestionaba es dónde se encontraría el mundo al año siguiente, si la humanidad se habría desquiciado por completo —parecía llevar ese camino— o si, por el contrario, se habría embarcado en una nueva senda de paz y de conciliación, si no era ya hora de que volviéramos de una vez los ojos hacia un pequeño establo para ver lo que allí había ocurrido hacía casi dos mil años.

En los primeros días después de la ocupación, Teruel parecía un lugar relativamente tranquilo y seguro, sobre todo si se evitaba pasar cerca de aquellos lugares donde los fascistas aún resistían. Pero la paz duró poco tiempo. Pronto comenzaron a llegar cazas Fiat que ametrallaban las carreteras pasando en vuelo rasante, y unos días después, pesados bombarderos Junker que dejaban caer toneladas de bombas sobre la ya castigada ciudad. Preparaban el camino para la contraofensiva del ejército nacional.

Corría el rumor de que italianos y alemanes estaban en contra de aquella contraofensiva y hubieran preferido esperar hasta la primavera para atacar en una punta de lanza que habría de llevar el ejército nacional hasta el mar Mediterráneo. Podrían esperarse unos meses para reconquistar Teruel, que, además, no tenía ninguna importancia estratégica. Pero me imagino que Franco era de otra opinión y pensaba que no podía mostrar ningún signo de debilidad o flaqueza si no quería que los créditos que le concedían los banqueros de París, Londres o Nueva York se interrumpieran. A veces las consideraciones políticas pesaban más en esta guerra que la estrategia militar.

Lo cierto es que, si la Nochebuena había resultado casi idílica, la Nochevieja fue un infierno. Las fuerzas republicanas, que no cedieron un palmo de terreno, rechazaron el ataque frontal de las fuerzas nacionales sobre la ciudad. Los cazas y los bombarderos ametrallaban y bombardeaban una y otra vez las posiciones republicanas, hasta que la ventisca que se había levantado a media mañana hizo que la visibilidad fuera casi nula. Constituía un espectáculo dantesco contemplar a aquellos hombres luchando contra el enemigo y a la vez contra los elementos, como si la furia en el combate hubiera desencadenado esa otra furia en forma de

nieve y ventisca que ahora caía sobre ellos. Yo tenía tina visión privilegiada de aquel tremendo espectáculo. Aquel día me había quedado en puerto Escandón porque la artillería nacional amenazaba todas las carreteras de acceso a Teruel. Desde allí divisaba las baterías de Franco lanzando lenguas de fuego sobre la ciudad, o los pesados bombarderos alemanes dejando caer su mortífera carga antes de alejarse lentamente. Las tropas nacionales consiguieron llegar a dos kilómetros de la ciudad, pero no pudieron pasar de allí, tal era la desesperada defensa de los republicanos. Debió de ser un duro golpe para los fascistas que todavía resistían en el centro de Teruel.

Más tarde nos enteramos de que en el valle habían muerto dos colegas «del otro lado», corresponsales en la España de Franco. Se trataba de Edward Neil, de la Associated Press, y Bradish Jonson, del *Spur*, además de Harold Philby, del *Times*, que resultó herido. Parece ser que una bomba cayó junto al coche en el que viajaban.

La tormenta de viento y nieve duró dos días más y cuando concluyó había lugares que tenían más de un metro de nieve. El tráfico por carretera se había interrumpido y unos seiscientos vehículos quedaron atrapados en la nieve. Ya que no podíamos movernos de allí, Sefton Delmer y yo decidimos bajar hasta la ciudad para descubrir lo que ocurría. Los nacionales tuvieron la gentileza de no bombardear nuestro vehículo mientras nos acercábamos a la ciudad. A ambos lados de la carretera veíamos los cuerpos de mulas muertas petrificados por el frío. Cuando entramos en Teruel comprobamos que sus habitantes no tenían un minuto de respiro. Los cazas y los bombarderos nacionales pasaban una y otra vez sobre nuestras cabezas y la artillería nos obsequiaba con sus proyectiles. Pero al llegar junto a los edificios del seminario y del convento de Santa Clara pudimos comprobar que era allí, efectivamente, donde «el demonio tenía su guarida», como decimos en mi país. Las bombas y los proyectiles no caían ya solo de arriba, sino de todas partes, en una batalla que parecía no tener fin. Pudimos ver a los carabineros —sus elegantes trajes verdes hechos jirones— lanzando granadas a los sótanos de aquellos edificios religiosos, mientras los rebeldes que se escondían allí les devolvían el fuego, en medio de las ruinas de los edificios.

Ascendimos a la única torre de Teruel que no estaba en ruinas para contemplar el escenario de aquella batalla. Los nacionales habían tomado la Muela de Teruel, pero su ímpetu pareció flaquear cuando se disponían a asaltar la ciudad. Mientras tanto la guerra continuaba en aquel otro frente que había dentro de la misma población. Indalecio Prieto había insistido en minimizar el

número de víctimas entre la población civil, lo que significaba que aquellos edificios que aún resistían debían ser tomados en combate cuerpo a cuerpo y no utilizar minas u otros medios de destrucción masiva. De cualquier manera, el convento de Santa Clara se había derruido, pero al parecer mil setecientas personas resistían en los sótanos sin luz ni agua. Otras tres mil resistían en el edificio del Banco de España. El 7 de enero el teniente coronel Rey d'Harcourt, el oficial de más rango del ejército nacional en el interior de Teruel, decidió rendirse y las miles de personas que permanecían en los edificios fueron evacuadas.

Se ha criticado mucho la decisión de D'Harcourt, especialmente por los oficiales del ejército nacional que rodeaban Teruel. Pero ¿qué otra cosa podía hacer ante los miles de civiles —mujeres, niños y ancianos— que tenía a su cargo y que no disponían de agua potable ni de comida? Sin duda, habrían muerto mucho antes de que el ejército de Franco entrara en la ciudad para rescatarles, lo que no ocurrió hasta el 22 de febrero. El colofón a esta historia de Rey d'Harcourt fue la triste muerte que encontró camino de la frontera francesa, fusilado al final de la guerra.

La batalla de Teruel continuó durante las seis semanas siguientes. Prieto se vio obligado a llevar las Brigadas Internacionales, aunque al principio había asegurado que aquella sería una batalla exclusivamente «española». Así fue como llegaron a Teruel la Brigada Lincoln, la Mackenzie-Papineau (canadienses) y el recién bautizado Batallón Attlee, de los ingleses. Muchos de estos jóvenes perdieron la vida en los desolados cerros y montañas que rodean la ciudad de Teruel, tratando de evitar lo inevitable.

Uno de los grandes problemas a los que hubo de enfrentarse el ejército republicano en la batalla de Teruel fue el de las comunicaciones. No me refiero solo a que el terreno es extraordinariamente montañoso y abrupto y las buenas carreteras escasas, sino al hecho de que los defensores de la ciudad resistieron durante semanas, como ya he señalado, en el seminario y el convento de Santa Clara. Estos edificios ocupan una posición ventajosa en lo alto de la ciudad, ya que dominan los caminos de acceso a ella por la carretera de Valencia y por la de Cuenca. Los soldados del ejército nacional que se refugiaron en ellos podían, por tanto, hostigar, desde las ventanas y terrazas del edificio, a las tropas, los vehículos y los tanques que pretendían entrar en la ciudad. Como ya he señalado antes, Prieto había prohibido el uso de minas, gases lacrimógenos, fuego u otros medios de destrucción masiva, de forma que, durante las tres semanas que duró el «desalojo» de aquellos edificios, las tropas republicanas debían dar grandes

rodeos para evitar los disparos de los fascistas. Por ejemplo, si se quería desplazar una pieza de artillería hasta la Muela de Teruel, que dista solo unos kilómetros del centro de la ciudad, para evitar el fuego enemigo había que llevarla hasta Puebla de Valverde y de allí hasta Vilel, para finalmente ascender hasta la Muela. Un corto recorrido de unos kilómetros se había convertido en un calvario de setenta o más.

Yo, desde luego, puedo asegurar que recorrí varios miles de kilómetros en el mes que estuve en Teruel cubriendo la refriega. Recuerdo que el primer chófer que tuve era de Santander y me contó la lucha por aquella ciudad en el mes de julio de 1936, cuando otros republicanos de izquierda y él habían impedido la entrada en la ciudad de un pequeño destacamento militar estacionado en las afueras. Recuerdo a otro joven, un ferviente anarquista de veintiún años. Decía que no fumaba, no bebía y no se acostaba con mujeres y que aquello era parte del credo anarquista. Pasaba el rato leyendo discursos de Bakunin y de Sorel. Nos dijo que había estado un tiempo en el frente de Aragón, pero que tuvo que regresar a Barcelona porque «las montañas le daban neurastenia». A pesar de todas sus virtudes, no tenía gran destreza manejando el volante y nosotros le comentamos que, sin duda alguna, la castidad producía flaqueza e inseguridad y le perjudicaba a la hora de coger el coche.

Conocí a otro anarquista en el puerto Escandón. Se trataba de un ferroviario de Valencia. Había pertenecido a la tristemente célebre Columna de Hierro. Esta brigada anarquista partió de Barcelona con una unidad de doscientos guardias civiles leales a la República con el objeto de detener a los nacionales que se habían apoderado de Teruel al comienzo de la guerra, y parecían dispuestos a continuar su avance hasta Valencia. Cuando llegaron a Puebla de Valverde, a unos veinte kilómetros de Teruel, el jefe de la guardia civil sacó su revólver, gritó: «¡Viva Franco!», y respaldado por sus hombres, conminó a los anarquistas a que se rindieran. La columna anarquista se dispersó por el campo en desbandada y muchos de ellos lograron huir, pero la Guardia Civil mató a setenta u ochenta anarquistas.

Todo ello quizá ayude a explicar la mala fama que, a partir de aquel momento, se fue ganando la Columna de Hierro. Sus integrantes se dedicaron durante un tiempo a vivir en el campo, expoliando a los campesinos y matando a los curas. La policía acabó en Valencia con uno de sus líderes, apodado *Seisdedos*, por actos delictivos, y la Columna de Hierro acudió al entierro de su jefe con tanquetas y ametralladoras. También acudió la policía de Valencia junto con un nutrido grupo de comunistas, y parece ser que el rifirrafe que se armó fue

muy considerable. Se habla de sesenta personas muertas en aquel famoso entierro. No se conocen otras fechorías de la Columna de Hierro, pero el joven anarquista que estaba con nosotros en puerto Escandón evidentemente echaba de menos «aquellos buenos días» que había pasado con la famosa columna. «Francamente —me contaba—, yo dejé el ejército cuando introdujeron todas aquellas bobadas de saludar a los superiores, ser disciplinado y acatar órdenes. Aquello ya no tenía nada que ver con la libertad revolucionaria que nos prometieron al principio. ¿Cómo puede haber revolución si no hay libertad?».

Yo sigo pensando —ya sé que muchos no lo creen así— que las raíces del anarquismo español se hallan en el analfabetismo de la población rural. El único líder anarquista de talla que hubo en la Guerra Civil fue Buenaventura Durruti, y al parecer murió de los disparos de los propios anarquistas. Durruti era catalán pero de origen andaluz. Estuvo en el frente de Aragón al mando de un batallón anarquista y, cansado de los robos y la delincuencia de algunos de sus hombres, los juntó a todos, escogió a algunas cabezas de turco y los mató delante del resto de sus compañeros. A partir de aquel momento, muchos anarquistas desconfiaban de él y, naturalmente, él desconfiaba de los anarquistas, de manera que no iba a ningún lado sin sus guardaespaldas, que le acompañaban a todas partes con sus ametralladoras y subfusiles en el mejor estilo de Hollywood. Luchó por última vez en Madrid, en el frente de la Ciudad Universitaria. Nadie ha aclarado si murió de una bala perdida, si le mataron los comunistas o le disparó su propia gente, como parece lo más probable.

XXVI

La batalla de Aragón

CONTRA todo pronóstico, la ofensiva nacional no se detuvo en Teruel, sino que continuó su camino en busca del Mediterráneo. Franco abrió un frente de unos doscientos kilómetros, desde los Pirineos hasta Montalbán. Y en este vasto frente, lanzó tres ataques en punta de lanza: desde Huesca por las faldas del Pirineo; desde Zaragoza hacia Lérida, y desde Zaragoza por el valle del Ebro hacia el mar. Aquella ofensiva en pleno invierno cogió totalmente por sorpresa al ejército republicano. Las tropas que habían participado en la defensa de Teruel estaban totalmente agotadas y no habían tenido tiempo de reponer el material de guerra perdido. Yo mismo había visto a unidades del ejército republicano que entraban en combate cuando la mitad de los hombres no disponían de un fusil, no hablo ya de granadas o de ametralladoras.

Solamente en el aire la República parecía disponer de suficientes aparatos, aunque no creo que el número de bombarderos excediera en esos momentos de los ciento cincuenta, y tenían que lidiar con una aviación fascista que superaba los quinientos bombarderos. Según las cifras que se hicieron públicas en Alemania después de finalizar la guerra de España, en ella participaron ciento treinta oficiales y cinco mil soldados alemanes, «técnicos», pilotos y tanquistas en su mayor parte. Si a esto añadimos los pilotos nacionales y los italianos, podemos hacernos una idea del potencial aéreo del general Franco.

La punta de lanza más importante en aquel tridente que desplegaba el ejército nacional se dirigía hacia el Mediterráneo. Participaban en esta ofensiva dos divisiones italianas y dos divisiones mixtas, es decir, italo-españolas, pero bajo mando italiano. Eran tropas de refresco, que no habían participado en la

batalla de Teruel. Aquellas tropas, excelentemente equipadas, disponían de camionetas, tanquetas y tanques ligeros para facilitar el rápido avance de la ofensiva. Las cuatro divisiones sumaban la friolera de sesenta mil hombres. El comandante en jefe era el general Berti, y el segundo en el mando, el general Manzini.

Para dar una idea de la rapidez del avance de aquella ofensiva, baste decir que en pocos días la República había perdido tres mil kilómetros cuadrados y el frente de Aragón simplemente se había colapsado.

A pesar de que en algunos puntos de aquel frente los republicanos habían resistido perfectamente el avance de las tropas nacionales, debieron retirarse precipitadamente para no encontrarse en posiciones aisladas, flanqueadas por las velocísimas tropas nacionales, que parecían competir en una suerte de carrera para ver quién llegaba antes al mar. El efecto de aquel golpe en la moral del ejército republicano no pudo ser más devastador, sobre todo en aquellos momentos en que Barcelona —y toda la República— celebraba el hundimiento del crucero *Baleares,* uno de los buques estrella de la marina de Franco.

La marina republicana lo había tenido muy difícil en aquella guerra. Cuando sus naves salían de la base naval de Cartagena solía escoltarlas algún barco alemán e italiano, que sin duda espiaba cada uno de sus movimientos y transmitía su posición exacta al ejército nacional. Y no había nada que pudieran hacer contra aquellos buques escolta nazis, porque si los hubieran atacado, eso habría sido un acto de agresión internacional. En alguna ocasión, como en el bombardeo naval de la ciudad de Málaga, la marina republicana había perseguido a unidades que parecían pertenecer a la marina nacional y que no llevaban bandera alguna. Cuando se encontraron ya en alta mar y fuera de las aguas territoriales, izaron la bandera italiana.

En esta ocasión, la marina republicana tuvo más suerte. Eludió la «escolta» alemana y se presentó de improviso frente a la flota de Franco. La flota republicana se componía de dos cruceros, el *Libertad* y el *Méndez Núñez,* y un destructor. Ante ellos estaba lo más granado de la marina nacional, los cruceros *Almirante Cervera, Canarias y Baleares*. Amparándose en la oscuridad de la noche, los barcos republicanos consiguieron una posición favorable respecto a los nacionales y concentraron su fuego de torpedo en el costado del *Baleares*, que fue alcanzado de lleno, hizo explosión y se hundió. Satisfecha con aquel golpe de suerte, la flota republicana regresó a Cartagena sin sufrir baja ni daño alguno.

Todavía no me explico por qué los otros navíos nacionales no acudieron en

ayuda del *Baleares* ni persiguieron a la flota republicana. Posiblemente se debió a la oscuridad, y los almirantes del *Canarias* y del *Cervera* pensarían que se trataba de muchos más barcos de los que en realidad tenían delante. No he leído una versión nacional de esta batalla naval, así es que no puedo cotejarla con la información que se publicó en la República. En cualquier caso, parece ser que los primeros en acudir en auxilio del *Baleares* fueron dos barcos ingleses, el *Boreas* y el *Kempenfeldt*, que estaban patrullando aquellas aguas en cumplimiento del Tratado de No Intervención. A las cuatro de la madrugada dijeron haber avistado un barco en llamas y a punto de hundirse. Se dirigieron al lugar y pudieron rescatar a cuatrocientos hombres de un total de más de mil que constituía la dotación del *Baleares*. Después de esto se dirigieron hacia donde se encontraba el *Canarias* para transferir aquellos hombres, muchos de los cuales estaban heridos.

Al día siguiente, exaltado por aquel éxito tan inesperado, el propio Indalecio Prieto se reunía con la prensa y nos ofrecía champán para que brindáramos con él. Nos enseñó unas fotos que mostraban al *Canarias* recibiendo a los supervivientes del naufragio del *Baleares* y rodeado de mucho humo. Prieto y el vicealmirante Bouza, presente en aquella reunión, insistían en que aquella foto probaba que el *Canarias* también había sido alcanzado por los torpedos republicanos. Yo le contesté que aquel humo parecía proceder de las chimeneas del barco, pero el vicealmirante insistía en que tenía que venir de algún incendio declarado en la sala de máquinas. De cualquier manera, aquel era un gran éxito para una República que, desde hacía ya bastante tiempo, no tenía nada que celebrar.

Si echábamos cuentas, la marina de la República disponía de dos cruceros, el *Cervantes* y el *Méndez Núñez*, doce destructores, seis lanchas torpederas y cinco submarinos. Los nacionales tenían tres cruceros, el *Canarias*, el *Almirante Cervera* y el *Navarra* (este último construido durante la guerra con ayuda alemana), dos destructores, cinco lanchas torpederas y cuatro submarinos. Nadie sabía de dónde procedían aquellos submarinos. Desde luego, no tenían ninguno cuando empezó la guerra. Tampoco estaba muy claro de dónde procedían algunos destructores. Parece ser que Italia se los había vendido al general Franco. ¡Imagínense la que se habría armado si se hubiera anunciado que la Unión Soviética vendía un destructor a la República!

La marina era, en todo caso, el único cuerpo del ejército en el que la República aventajaba a los nacionales. Pero aquella ventaja no se traducía en una hegemonía en el mar, porque la marina republicana tenía que lidiar no solo con

la de Franco, sino también con la de Italia y Alemania. La marina de la República no podía luchar en solitario con aquel bloqueo naval que la Sociedad de Naciones había impuesto a España y que Italia y Alemania, con tanta astucia, aprovechaban. Mientras que el Atlántico era un mar abierto para los intereses de Franco, el Mediterráneo era un mar cerrado para aquella República que dominaba toda la costa del Levante español, pero que no podía sacar ningún beneficio de ello.

Aquel pequeño éxito del hundimiento del *Baleares* apenas nos distrajo de los problemas con los que se enfrentaba la República entonces. Uno de ellos era determinar la posición exacta del frente, que fluctuaba más que la cotización de las acciones en Bolsa. Otro era el persistente bombardeo de Barcelona que acompañaba a la ofensiva de Franco en Aragón. Parecía haber aprendido del estratega Douhet, que sostenía que la forma más segura de asegurarse la victoria en una batalla era golpear al enemigo en la retaguardia, para que, de esta manera, el movimiento de tropas hacia el frente se paralizara.

No era aquella la primera ocasión en la que se bombardeaba Barcelona. El 25 de enero de aquel año, un bombardeo en el centro de la ciudad había causado más de cien muertos. Unos días más tarde, escuadrones italianos estacionados en Mallorca habían matado en un bombardeo a más de trescientas personas, incluidos ochenta niños que se encontraban en un orfanato.

Pero la verdadera prueba del método Douhet llegó el 16 de marzo, cuando la ciudad comenzó a ser bombardeada a intervalos de tres horas. La aviación italiana realizó un total de diecisiete incursiones que concluyeron dos días después. La cifra de muertos alcanzó los mil trescientos y la de heridos superó los dos mil.

Recuerdo que un mediodía cayó una bomba muy cerca de donde yo me encontraba, y pudimos contemplar, atónitos, cómo se derrumbaban a un tiempo cuatro grandes edificios. Al principio pensamos que se trataba de un nuevo invento, de una bomba con una capacidad destructora como jamás se había conocido hasta aquel momento. Después supimos que lo ocurrido era que la bomba había caído sobre un camión repleto de dinamita que se encontraba en plena calle y que produjo el efecto devastador que todos habíamos presenciado. En aquella terrorífica explosión murieron más de cuatrocientas personas, y cuando las ambulancias se acercaban para recoger los cadáveres, se comprobaba que no había cadáveres, sino trozos de cuerpos diseminados por todas partes. La explosión se había producido a la hora de comer, cuando muchas personas salían de sus oficinas y estaban en la calle.

El pánico comenzó a cundir en Barcelona. La gente, aterrorizada, abandonaba la ciudad a cientos y a miles, y buscaban refugio en el campo. Pero el sentimiento que prevalecía entre los ciudadanos no era el pánico, sino la indignación, la furia ante aquellos bombardeos cuyos únicos objetivos eran civiles y no militares. Aquellas oleadas de bombas que concluyeron, como ya he dicho, el viernes 18 de marzo, obligaron a la República a trasladar los cazas que tenía destinados en el frente de Aragón para defender la ciudad. A partir de ese momento había una patrulla aérea sobre los cielos de Barcelona. Pero no fue aquello lo que hizo que Franco suspendiera los bombardeos, sino el grito de horror que se levantó en la prensa de todo el mundo. Hasta Franco se dio cuenta de que debía mejorar su imagen si quería entrar en Barcelona con un mínimo de dignidad.

Desde mi punto de vista, el experimento Douhet fue un total y absoluto fracaso, aunque se había realizado a muy pequeña escala y en circunstancias muy especiales. Los aviones habían accedido a la ciudad por el mar sin encontrar apenas resistencia antiaérea. Sin embargo, los dos objetivos del «experimento Douhet» no se cumplieron: las comunicaciones de Barcelona con el frente de Aragón no se habían interrumpido y la gente no había abandonado la ciudad, presa del pánico. Es cierto que varios miles de personas dormían en los descampados y que algunas se habían refugiado en casas de campo, pero la gran mayoría de los ciudadanos permanecían en Barcelona, con mucho miedo en el cuerpo, pero también con mucho odio hacia las personas que habían ordenado aquel bombardeo tan incomprensible sobre la población civil. Si de lo que se trataba era de hundir la moral de la población civil —que ya estaba por los suelos por las noticias que llegaban del frente y por la escasa ayuda de la comunidad internacional—, yo diría que consiguió el efecto contrario: los ciudadanos vieron su orgullo tan absurdamente pisoteado que reaccionaron poniéndose aún más de parte de la República.

La misma noche en que comenzaron aquellos bombardeos intensivos sobre Barcelona presencié una procesión de miles de personas que recorría el paseo de Gracia en dirección a la parte alta de la ciudad.

Se concentraron en torno al palacio de Pedralbes, donde en aquellos momentos el presidente Azaña presidía un consejo de ministros. Había circulado la noticia de que el presidente Azaña quería proponer un armisticio, auspiciado por las potencias occidentales, Francia e Inglaterra, que actuarían de intermediarias entre ambas partes. La propuesta era que tanto Azaña como Franco dimitieran de sus puestos de jefes de Estado y en su lugar se nombraría

un gabinete neutral presidido por un político aceptable para ambas partes, como podría ser el profesor Julián Besteiro.

El Partido Comunista había convocado a sus militantes a la manifestación para protestar por aquella petición de armisticio y fue secundado por los anarquistas y buena parte del Partido Socialista. Cuentan las malas lenguas que un ministro, alarmado por aquella multitud que se concentraba en el exterior del palacio, vio llegar por la avenida Diagonal a varias unidades de los guardias de asalto y exclamó, aliviado: «¡Menos mal! ¡Aquí llega la Guardia de Asalto!». Lo que no sabía el ministro es que la Guardia de Asalto acudía para sumarse a la manifestación. Finalmente, y después de una violenta discusión, se impuso el criterio de que la guerra debía continuar y el doctor Negrín recibió a una delegación de los manifestantes para informarles del acuerdo que se había tomado.

Pedir un armisticio a Franco en aquellas circunstancias equivalía a pedir la luna, y lo malo era que muchos republicanos no se daban cuenta y caían una y otra vez en el mismo error. No había otra alternativa que continuar la guerra hasta el final con la esperanza de que un brusco cambio en la situación internacional favoreciera la posición republicana. Incluso la rendición incondicional era para la República un callejón sin salida, porque suponía, seguramente, la muerte para miles de personas, la cárcel para decenas de miles de personas, y la certeza de que España ya no volvería a ser un país democrático durante varias generaciones.

Yo me imagino que cuando el señor Besteiro representó a la República española en la coronación de Jorge VI, debió de tantear a las autoridades de mi país sobre la posibilidad de un armisticio. Desde luego, fue recibido por Anthony Eden, y le contó todo lo que Eden deseaba escuchar. También se entrevistó con Léon Blum y le contaría todo lo que el socialista francés quería oír. De aquellos encuentros nacería, digo yo, la idea de un armisticio. Me temo que, con la mejor intención del mundo, Besteiro estuvo engañando a aquellos señores, pintando un panorama que simplemente no se correspondía con la realidad. Y no lo hacía de mala fe, sino porque él mismo no acababa de entender lo que estaba ocurriendo en España, tanto en la zona republicana como en la nacional. La dinámica de los acontecimientos había llevado a esas dos Españas a tal extremo que ya no era posible ningún tipo de entendimiento, simplemente se trataba de saber cuál de las dos Españas acabaría imponiéndose sobre la otra. El profesor Besteiro constituye un perfecto ejemplo de cómo se puede ser honrado, culto, total y absolutamente dedicado a su país y, sin embargo, no saber lo que está ocurriendo

en él. Pertenecía a otro tiempo, casi diría que a otro siglo. Esto, naturalmente, con independencia de su talla humana, que demostró quedándose en Madrid y con los madrileños hasta el final mismo de la guerra.

Lo que entonces nos preocupaba no era ese imposible armisticio, sino una línea de frente que se nos venía, literalmente, encima. El ejército republicano había pasado de ocupar posiciones muy cercanas a las ciudades de Huesca y Zaragoza y, en el Pirineo, las puertas mismas de Jaca, a retirarse en desbandada ante aquella ofensiva de los nacionales. Estos barrían toda aquella zona como si fueran un gran vendaval y ocasionaban la primera gran ola de refugiados de la guerra. El avance había sido tan rápido que muchas tropas y civiles leales a la República se encontraron, de la noche a la mañana, en territorio nacional, sin posibilidad de retroceder al republicano. Muchos optaron por cruzar los Pirineos hacia Francia, pero aquello era casi peor que enfrentarse a las tropas nacionales, porque los pasos de montaña estaban cubiertos de nieve en ese mes de marzo y por lo general aquellas personas no iban equipadas para emprender aquella travesía. Parece ser que los restos de una división —unos cuatro mil hombres—, cuando llegaron a Francia, fueron entrevistados por las autoridades francesas para ser repatriados. Podían escoger entre el regreso al ejército republicano o la incorporación al ejército nacional. Solo ciento sesenta y ocho soldados entre cuatro mil eligieron esta segunda opción.

Yo me encontraba en Lérida, dispuesto a presenciar la batalla por aquella ciudad. Pero el espectáculo más deprimente no estaba en la población misma, sino fuera de ella, en las carreteras por donde fluía un río interminable de refugiados, acarreando sus pertenencias en sus carretas de mulas. Entonces llegaban los aviones nacionales y, en vuelos rasantes, comenzaban a ametrallarlos, dejando una estela de cadáveres de hombres y animales y un reguero de sangre.

La batalla de Lérida llevó una semana y si duró tanto fue gracias al arrojo de uno de los personajes más pintorescos del ejército republicano. Me refiero a Valentín González, apodado *El Campesino*. Procedía en efecto de una familia de campesinos de Extremadura y parecía realmente un labrador, corpulento, bronceado, saludable de aspecto y algo lento en sus andares. Pero había algo extraño en su mirada, un brillo en los ojos que atraía con una fuerza magnética parecida a la mirada de un loco. Pertenecía al Partido Comunista y había sido en su juventud enlace sindical y, según cuentan, agitador político. Se estrenó en la guerra en Guadalajara, donde jugó un papel importante. Apareció de nuevo en la batalla de Teruel, donde parece que fue el último en abandonar la ciudad antes de

que entraran en ella las tropas nacionales. Estas habían rodeado la ciudad y nadie se explicaba cómo *El Campesino* había conseguido salir de ella con todos sus hombres y había cruzado por la noche las líneas nacionales sin que le descubrieran.

Visité los cuarteles del batallón de la Guardia de Asalto que comandaba y me impresionó el aseo y la limpieza tanto de sus hombres como del lugar. Me impresionaron también el entrenamiento y la disciplina de sus soldados. Claro que aquello se debía en parte a la eficiencia de su lugarteniente, el joven comandante Medina. El carismático *Campesino* y aquel joven universitario, tan escrupuloso y metódico, formaban un buen equipo.

De Teruel, el batallón de *El Campesino* había regresado a Madrid para disfrutar de un bien merecido descanso. Y allí estaban de nuevo, a finales del mes de marzo, dispuestos a detener aquel tren expreso que parecía entonces el ejército nacional. Salí a inspeccionar las defensas de Lérida antes de que llegaran los nacionales y pude comprobar que no existían. ¡Una ciudad tan importante y nadie se había molestado en levantar una línea de defensa! El único obstáculo al avance de las tropas nacionales era el río Cinca: los republicanos habían volado el puente sobre el río en Fraga, a pocos kilómetros de Lérida, y habían abierto las compuertas de los embalses en los Pirineos, de manera que el río bajaba muy crecido. Cuando las tropas nacionales llegaron a él hubieron de improvisar un puente de barcas.

El Campesino les esperaba a la entrada de Lérida, en un puesto de mando que había improvisado en los sótanos de un banco. Me dijo que «podría resistir si llegaba la artillería y los tanques que estaba esperando».

No llegaron. Cuando el ejército nacional se acercó a la ciudad bombardearon el puente de hierro que cruza el río y que había sido previamente minado. La explosión fue tan devastadora que una parte de aquel puente de hierro cayó sobre el refugio donde se encontraba *El Campesino*, que resultó herido de cierta gravedad, y tuvo que ser retirado del frente. La estrella de *El Campesino* se eclipsó a partir de aquel momento. Más adelante le dieron el mando de una división, pero le retiraron a Medina, su hombre de confianza, y pronto fue relevado del mando. Quizá *El Campesino* no fuera más que un carismático líder de guerrillas, pero sin las dotes ni la capacidad para comandar un ejército moderno.

Lérida cayó el 3 de abril, pero la tenaz resistencia al ejército nacional —la primera que había encontrado desde que iniciara aquella ofensiva— dio al gobierno de la República un pequeño respiro para poder reorganizar sus tropas.

De regreso a Barcelona recogimos en el coche a un ferroviario que había ido a Lérida para llevarse de allí cualquier locomotora que todavía quedase en la estación de ferrocarril. Al comprobar que no había ninguna, salió de la ciudad antes de que cayera en manos de los nacionales. Lo encontré andando por la carretera y le ofrecí llevarle en el coche. Era un veterano de unos sesenta años de edad. Le pregunté por sus ideas políticas. «No tengo ideas políticas y no pertenezco a ningún partido —me contestó—. Pero lo que no entiendo es por qué los que tienen tanto se han levantado para luchar contra nosotros, que tenemos tan poco». Aquel hombre, en su aparente ignorancia, había acertado a definir mejor que nadie lo que era la guerra española.

Aquel 3 de abril fue, desde luego, un día negro para la República, porque también cayó Gandesa, en el frente del Ebro. Las Brigadas Internacionales se encargaron de la defensa de esta estratégica plaza, situada en las cercanías del gran río y clave para su protección. La prueba de su heroica resistencia fue el número de bajas: trescientos americanos de la Brigada Lincoln y ciento veinticinco ingleses del Batallón Attlee. Los brigadistas alemanes sufrieron también bajas similares.

Richard Mowrer y yo habíamos estado inspeccionando las líneas del frente pocas horas antes de que llegaran las tropas italianas. Las Brigadas Internacionales habían tomado posiciones en la carretera que sale de Gandesa en dirección a Caspe. Se habían situado en lo alto de un cerro y su posición parecía buena. Regresamos aquella misma noche a Barcelona para poder mandar la crónica. Recuerdo que recogimos en nuestro automóvil a unas mujeres refugiadas que insistieron en subir con su cabra. Ante la mirada de horror de Mowrer, las mujeres nos convencieron de que el animal estaba enseñado y no haría sus necesidades en nuestro coche.

Aquellas mujeres venían andando desde Belchite. Más adelante nos cruzamos con jóvenes brigadistas de la Lincoln y compatriotas del Batallón Attlee que se dirigían al frente de Gandesa. Andaban en largas hileras a ambos lados de la carretera, con caras de cansancio. Algunos levantaban la vista al paso de nuestro vehículo y nos miraban con envidia. Supongo que pensaban: «¡Qué bonito es ser periodista y regresar cada noche a la ciudad, y darse un buen baño y salir a tomarse una copa y a conocer mujeres!». Pero la mayoría estaban tan agotados que ni siquiera podían levantar la vista, concentrando todo su esfuerzo en poner un pie delante del otro. Se dirigían hacia un frente que, como tal, apenas existía, sin una estrategia definida y sin apenas oficiales para transmitir órdenes. En definitiva, se dirigían hacia la boca del lobo. Como ya he señalado,

trescientos de aquellos jóvenes que marchaban por la carretera para reunirse con sus compañeros perecerían pocas horas después.

Nadie había previsto el rápido avance de aquellas fuerzas motorizadas de los italianos que, en lugar de tomar las plazas, se limitaban a flanquearlas dejando al enemigo totalmente fuera de posición. Los brigadistas que habíamos visto marchando por la carretera, a las órdenes del americano Bob Merryman, habían llegado al cruce de carreteras antes de entrar en Gandesa y habían visto unas tanquetas situadas cerca de aquel lugar.

Suponiendo, lógicamente, que aquellos tanques eran republicanos, se habían dirigido hacia ellos para saber dónde estaban las posiciones de las Brigadas y habían sido recibidos por fuego cruzado de tanques y ametralladoras. No podían imaginarse que la vanguardia de las fuerzas enemigas había dejado atrás Gandesa y se internaba en lo que ellos creían que era terreno republicano.

Lo mismo les había ocurrido a los que habían tomado posiciones en la carretera de Caspe. Se habían encontrado de pronto rodeados por el enemigo, sin otra ruta de retirada que campo a través hacia el propio río, que describe un gran arco en torno a la población de Gandesa. Unos centenares consiguieron llegar hasta el Ebro en una marcha por el campo de muchos kilómetros. Pero ya no había puentes para cruzarlo, porque todos habían sido dinamitados en previsión de la ofensiva nacional. Tampoco quedaban barcas, así es que muchos de ellos trataron de cruzar el río a nado, lo cual no era fácil en aquella época del año, cuando iba crecido y con fuerte corriente. Los que estaban heridos o no sabían nadar se escondieron en cuevas cerca de la orilla o en casas de campesinos que les ofrecían ayuda. La odisea de aquellos hombres tendrá que ser narrada algún día.

El desastre de Gandesa no se debió solamente a los movimientos relámpago de las fuerzas motorizadas italianas, sino sobre todo a la falta de información del ejército republicano sobre el enemigo. La República no disponía de aviones de observación para seguir los movimientos de las tropas nacionales. Gracias a la aviación alemana, Franco disponía de excelentes aparatos capaces de tomar fotos aéreas con gran precisión y de transmitir por radio al minuto el movimiento del ejército enemigo. Pero, aparte de estas deficiencias técnicas, también las hubo humanas, y en este caso hay que aludir a la responsabilidad al general Rojo, que no había previsto el rápido avance de los italianos y había llevado a aquellos brigadistas a un callejón sin salida.

Indalecio Prieto presentó la dimisión como ministro de la Guerra, supongo que a raíz de esos desastres del 3 de abril, Negrín rehízo su gabinete y, además

de primer ministro, se adjudicó dicha cartera. Los sindicatos volvieron a tener un papel relevante en el gobierno con la inclusión de un anarquista llamado Blanco y del socialista González Peña, el líder sindical que había encabezado la rebelión de Asturias.

Las once carteras se repartieron de la siguiente manera: cuatro para los republicanos, tres para los socialistas, una para los comunistas, una para los anarquistas y dos para los nacionalistas.

No sé si fue como resultado del cambio en el gobierno, pero el ejército pareció remozarse en aquellos días: los camiones circulaban ondeando grandes banderas republicanas, se apreciaba un nuevo entusiasmo entre la tropa y, lo más importante, la ofensiva nacional parecía haberse detenido. No nos hacíamos ilusiones y sabíamos muy bien que las tropas nacionales debían de estar agotadas después de un mes de marcha incesante, pero de momento el avance sobre el Ebro se había detenido. No así el que discurría por el interior de Cataluña, cerca de la línea de los Pirineos. El 6 de abril caía Balaguer y unos días después Tremp. Ello suponía un verdadero desastre para la República, porque allí era donde se encontraban las centrales eléctricas que abastecían de electricidad a Barcelona y su cinturón industrial y a casi toda Cataluña. A toda prisa, se pusieron en marcha las centrales que operaban con máquinas de vapor y se solicitó la ayuda de Andorra y Francia, porque los cables de alta tensión llegaban hasta la frontera. Pero en aquellos momentos nadie parecía dispuesto a ayudar a la República española.

XXVII

Enrique Líster

EL día 8 de abril me encontraba con Richard Mowrer en un pueblo cerca de Cherta, en la carretera de Alcañiz a Tortosa. Recuerdo que era un perfecto día de primavera, el sol ya calentaba y una suave brisa acariciaba los árboles y las flores a mi alrededor. Aquel idílico escenario parecía poco apropiado para el violento combate que Líster y sus hombres habían sostenido durante varios días con las tropas italianas que trataban a toda costa de abrirse paso hasta la costa mediterránea y dividir así la República en dos mitades.

Richard y yo nos encontrábamos en un establo, devorando, si mal no recuerdo, un pedazo de carne asada y disfrutando del vino del país, mientras, a pocos metros de distancia, Líster sostenía una conversación con Tagüeña, uno de sus más preciados oficiales, que resistía el avance italiano en el mismo Cherta. Yo me preguntaba dónde había aprendido a apreciar la buena comida un cantero como Líster. Y es que su cocinero había servido en el *wagon-lits* de los grandes expresos, y ya se sabe que allí trabajan los mejores cocineros. Por eso —fuera en Guadalajara, o en el Jarama, o en Teruel, o aquí en Cherta— yo procuraba dejarme caer por el cuartel de Líster a la hora de comer y siempre había algo interesante.

Líster hablaba por teléfono a su oficial con voz imperiosa: «¿Por dónde atacan los italianos? Coge el mapa y dame exactamente su posición. ¿Dónde están tus tanques? Bueno, pues no tienes más que avanzar los tanques por esa carretera unos centenares de metros y pillarás el flanco de los italianos. ¿Qué dices? ¿Que hay muchos aviones italianos en el aire? ¡Eso a ti no te debe importar! Lleva tus tanques hasta ese bosque que hay más adelante en la

carretera para que se resguarden. ¿Cómo? ¿Que te vas a pegar un tiro? ¡No digas estupideces y haz lo que te digo! Enseguida voy para allá».

Yo me reía porque conocía bien a Tagüeña y sabía que era incapaz de pegarse un tiro. Con sus grandes gafas de concha, tenía Tagüeña un cierto aire intelectual. Había sido un líder destacado del sindicato estudiantil en la Universidad. Ahora, con media división bajo sus órdenes, estaba haciendo un excelente trabajo al impedir el avance de los legionarios de la Columna Littorio, la flor y nata del Ejército italiano. Sus hombres apenas habían dormido en tres semanas.

Yo me preguntaba cómo podía recibir aquel joven universitario órdenes de un humilde cantero gallego. Líster no había pasado de la educación primaria en la escuela, y solo años más tarde, en Rusia, recibió algún tipo de educación superior. La vida de Enrique Líster había sido tan acelerada que apenas tuvo tiempo para educarse. Pero lo cierto es que allí estaba, en la vanguardia misma del ejército republicano, comandando lo que quedaba de una división con gran aplomo y buen juicio. Contaba, eso sí, con los consejos de un oficial ruso que le acompañaba a todas partes y que, a su vez, se hacía acompañar de una rubia secretaria de formas rotundas. Todos los oficiales rusos que conocí en el frente se hacían acompañar de secretarias, y aquello parecía dar buenos resultados. Claro que a veces estas secretarias caían en manos de los nacionales y, según me contaron, hablaban más de la cuenta. En todo caso, aquel oficial ruso estaba allí, más que para aconsejar, para supervisar el trabajo de Líster y supongo que también para impedir que cometiera algún error garrafal.

Porque era evidente que Líster tenía un talento natural para aquel trabajo. Cuando hablaba con nosotros nos contaba lo justo para que entendiéramos lo que estaba ocurriendo en la batalla, pero nunca nos daba ningún tipo de información que pudiera alertar al enemigo sobre sus intenciones. Gracias al comunismo, gracias al Partido Comunista, había tenido la oportunidad de hacerse con una escueta educación, al menos en el terreno militar. Había recibido su formación en la Alta Escuela Militar de Moscú, como tantos otros jóvenes talentos del ejército de la República, toda una generación que ahora estaba dando lo mejor de sí en aquella guerra. Y yo me preguntaba por qué nosotros, en los países democráticos occidentales, no habíamos sido capaces de hacer lo mismo. Nuestras magníficas escuelas y universidades no habían creado nada parecido, tal vez, me decía yo, porque nosotros producíamos grandes especialistas, pero no grandes líderes, tal vez porque a las democracias no les interesaba especialmente el liderazgo. Sin embargo, en aquel mundo a la deriva en el que estábamos

viviendo, ¿no era el liderazgo lo que más se necesitaba, y no era precisamente esa carencia de líderes en las democracias occidentales el síntoma más evidente de su decadencia?

Cuando cesó la alarma aérea que nos había retenido en aquel establo cerca de Cherta, regresamos a Tortosa, o mejor dicho, lo que quedaba de ella. Hacía ya unas semanas que se había convertido en una ciudad fantasma. Después de unos bombardeos que mataron a unas cincuenta personas, sus habitantes habían decidido abandonarla. Los aparatos italianos seguían llegando a diario desde sus bases en Mallorca y soltaban sobre ella su cargamento de bombas, pero solo molestaban a la guarnición que la custodiaba y a las unidades que cruzaban la ciudad y su famoso puente sobre el río Ebro.

Cuando cruzamos ese gran puente de hierro por la mañana para dirigirnos hacia Cherta vimos allí a un joven centinela en una garita, con su uniforme recién estrenado relumbrando a la luz del sol. Recuerdo que le comenté a mi colega lo apuesto que parecía con su indumentaria. Cuando regresamos, ya casi de noche, los aparatos Caproni se acababan de retirar después de realizar su incursión diaria y allí, junto a la garita del puente, había un amasijo de carne y ropa teñida de sangre. Supongo que en algún lugar una madre estaba esperando a su hijo sin imaginarse que lo que quedaba de él ya no tenía apariencia humana.

Curiosamente, la estructura del puente no había sufrido daños importantes y pudimos cruzarlo con toda tranquilidad. Era un puente de hierro muy sólido y se precisaban bombas de doscientos o trescientos kilogramos para derruirlo. Los italianos esperaron a sobrepasar Cherta (ya dije antes que no tomaban las plazas, sino que simplemente las dejaban atrás) y entonces sí, entonces mandaron sus grandes bombarderos que bombardearon el puente en cadena, y aun así tardaron varias horas en derrumbarlo. Pero quedaban el viejo puente de piedra y el puente del ferrocarril todavía en pie.

A pesar de aquellos bombardeos sobre Tortosa, el tráfico intenso que cruzaba la ciudad no se interrumpía. En parte se trataba de transporte militar que se desplazaba de Barcelona a Valencia, pero también había muchos camiones franceses que venían por las naranjas. En Valencia estaban en plena cosecha y los franceses traían buenos francos que cambiaban a precios inverosímiles por pesetas de la República, y regresaban a su país con los camiones repletos de naranjas y un negocio tan redondo que valía la pena exponerse a las bombas de Franco.

El 15 de abril las tropas de Franco entraron en Vinaroz, con lo que se cumplía el objetivo más importante de aquella ofensiva: la llegada al

Mediterráneo del ejército nacional y, por consiguiente, la división del territorio de la República en dos mitades. La ofensiva del Norte, que se internaba directamente en Cataluña, se había interrumpido al topar con las dos barreras naturales, los ríos Ebro y Cinca, de manera que la línea del frente ascendía hasta el oeste de la Seo de Urgell. Franco no parecía tener prisa por conquistar Cataluña y continuó su ofensiva en dirección Sur, hacia Castellón de la Plana y Valencia.

Por estas fechas, los franceses decidieron abrir sus fronteras al tráfico de armas destinadas a la República. Los tanques y la artillería pesada rusos que habían quedado durante meses bloqueados en la frontera pudieron por fin entrar en España. Aquello era como dar nueva vida a un moribundo y el ejército republicano pareció resucitar. Naturalmente, el gesto de Francia hacia la República llegaba demasiado tarde. De haber contado con ese material un par de meses antes, el paseo militar que las tropas nacionales se habían dado desde Zaragoza hasta el Mediterráneo no habría sido tal. Pero, en fin, nunca es tarde si la dicha es buena, y aquellas breves semanas en las que permaneció abierta la frontera francesa supieron a gloria en la República.

XXVIII

Ofensiva sobre Valencia

DURANTE aquella primavera y los comienzos del verano de 1938, Franco prosiguió su ofensiva hacia el Sur, pero sin mucho éxito. Basta decir que, como ya hemos señalado, Franco había tomado Vinaroz el 15 de abril pero tardó dos meses más en entrar en Castellón de la Plana, a escasos cien kilómetros de distancia. Si se compara con la ofensiva de Aragón en los meses anteriores, se comprobará que el ejército nacional avanzaba por la costa mediterránea a paso de tortuga. La conquista de Castellón era necesaria para Franco porque todavía no disponía de un puerto en aquella zona del Mediterráneo. El Grao de Castellón, situado a algunos kilómetros de la propia ciudad, se convertía así en objetivo prioritario.

Las razones de aquella lenta progresión de los nacionales son múltiples. Una de ellas era la zona montañosa que debían cruzar las tropas, el Maestrazgo, que permitía al ejército republicano, a las órdenes del coronel Menéndez, oponer tenaz resistencia a su avance. Menéndez había estado en Teruel y ponía en práctica todo lo que allí había aprendido respecto al combate en terreno montañoso. También hay que tener en cuenta el rearme del ejército republicano, así como el cansancio de las tropas nacionales después de aquella desenfrenada carrera hacia el mar. Sea por lo que fuere, era evidente que los nacionales estaban encontrando muchas más dificultades de las previstas en el avance hacia Valencia.

En el mes de julio viajé a esta capital en avión para poder seguir de cerca un nuevo frente abierto por las tropas nacionales que avanzaban desde Teruel. Antes de que pudieran llegar a la costa, las fuerzas republicanas que se habían hecho

fuertes en la sierra de Espadán detuvieron aquella ofensiva. Desde Nules, en el interior, hasta Sagunto, en la costa, la República había establecido una línea defensiva que el ejército nacional no había conseguido superar. Uno de los responsables de aquel éxito era el joven Durán, un oficial del ejército republicano, músico y compositor en la vida civil, y parece que también había hecho sus pinitos en el cine. Extraño aprendizaje para llegar a militar, pero así eran tantos y tantos oficiales de la República.

La nueva ofensiva lanzada desde Teruel se debía, evidentemente, a la excelente defensa de la costa levantina que tanto dificultaba el avance nacional. La doble cuña de Franco, una desde la costa y otra desde el interior, pretendía hacer saltar por los aires aquella defensa para poder acceder así a la capital levantina. Debo reconocer que mi labor en aquel frente fue una de las más agradables que he tenido en el transcurso de la guerra. Solíamos desplazarnos desde Valencia al frente a primeras horas de la mañana y regresábamos hacia las tres de la tarde. Después de comer escribíamos nuestras crónicas, las mandábamos por radio a Londres y todavía teníamos tiempo de acercarnos al Perelló para darnos un baño. Disfrutábamos además del paisaje de la huerta valenciana, que se parece un poco a la campiña holandesa por el agua y las acequias, pero es mucho más rica en colorido. Cuando llegábamos al Perelló, a pocos kilómetros de Valencia, íbamos a la casa del cónsul americano, que nos permitía cambiarnos en ella y, después de un buen baño, nos obsequiaba con un whisky en la terraza. Allí estábamos, contemplando el azul intenso del Mediterráneo desde una tumbona y con un whisky en la mano sin poder creer que unas horas antes habíamos estado tirados en alguna trinchera.

Supongo que la vida y las necesidades de un corresponsal de prensa en aquella guerra eran muy diferentes a como habían sido en conflictos anteriores. Antes, los corresponsales se incorporaban plenamente al ejército con el que estaban y mandaban sus crónicas a través de los medios de comunicación que les facilitaba el propio ejército. Muchos de aquellos periodistas eran expertos en temas militares. Todo esto había cambiado con la guerra española. Ahora el factor más importante que debía tenerse en cuenta era la prisa. Tan fundamental era salir por la mañana al frente para enterarse de lo que pasaba como volver a media tarde para escribir a toda velocidad lo que habíamos visto. Ya no escribíamos largas crónicas donde se analizaba la situación, sino mensajes breves, con frases cortas que describían lo que estaba ocurriendo, pero rara vez profundizaban en la materia. Y es que la mayoría de nosotros no éramos expertos en temas militares y para casi todos aquella era su primera experiencia en un

frente. Claro, que se aprendía muy deprisa.

Recuerdo un día, tumbados en la arena de la playa del Perelló, que hablábamos entre nosotros sobre el miedo que sentíamos cada mañana cuando nos dirigíamos al frente. La verdad es que pocas veces nos acercábamos a la primera línea de fuego. Nos solíamos quedar en puestos de observación, al alcance, eso sí, de las baterías enemigas, además del fuego de la aviación. El riesgo no podía ser muy grande, pero a mí no me importaba confesar que cada vez que me acercaba al frente se me hacía un nudo en el estómago y otro en la garganta. Y cuando teníamos que abandonar el coche al divisar algún aparato enemigo descendiendo sobre nosotros, me daba un ataque de pánico, no tanto por las bombas que podían lanzar, sino por las ametralladoras que barrían la carretera.

Ser un buen corresponsal de guerra en aquellas circunstancias era un trabajo tremendamente difícil. Por un lado, se necesitaba alguien con músculos de acero y una resistencia física a toda prueba. Pero tan importante como sus reflejos físicos eran sus reflejos emocionales, la capacidad de percibir y sentir lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Y tan decisiva como sus reflejos emocionales era su inteligencia, su capacidad para analizar cualquier situación, para criticar las diferentes estrategias en el combate. Como lo era también su habilidad para sacar partido de cualquier hecho, de dramatizar cualquier situación, para que aquella crónica que estaba escribiendo, sin apartarse de la verdad, fuera capaz de causar algún impacto en el ánimo del lector que la leyera.

A mí me sucedía, por ejemplo, que cuanto más en forma me encontraba, más nervioso me ponía al acercarme a la línea de fuego. Si estaba cansado, me relajaba y ya nada me importaba. Naturalmente, el miedo y la ansiedad se olvidaban también con el vino y las mujeres que frecuentábamos, pero no había una regla fija. Algunos de mis colegas soportaban perfectamente un largo período de tensión y castidad y otros en cambio se derrumbaban.

Aquella ofensiva sobre Valencia desde Teruel fue uno de los errores más graves que cometió Franco desde que comenzó la guerra. El gobierno estimaba que los nacionales sufrieron veinte mil bajas en una sola semana, y aunque la cifra seguramente estaba inflada, da una idea bastante exacta de la carnicería que sufrieron dichas tropas. Los italianos estaban al frente de aquella ofensiva, con las divisiones Littorio, 23 de Marzo y Flechas Azules, donde había soldados españoles e italianos bajo mando italiano. Apoyaban esa infantería nada menos que seiscientas piezas de artillería y cuatrocientos aviones en el aire, de procedencia italo-alemana. Contra tan impresionante maquinaria de guerra

parecía que poco podrían hacer los aguerridos defensores de aquella tierra. Y, efectivamente, el principio de la ofensiva se pareció mucho a la de Guadalajara. El 15 de julio los nacionales tomaron sin mayores problemas la localidad de Sarrión.

El avance continuó hacia Mora de Rubielos, que pocas horas después caía también en manos de los nacionales, pero no sin una heroica resistencia de una unidad de carabineros que consiguió salir de allí cuando estaba ya rodeada por las tropas enemigas. Esto ocurría en el flanco derecho de la ofensiva nacional.

En el flanco izquierdo, los nacionales se habían internado en la sierra de Toro, un terreno casi impracticable. Allí se habían enfrentado a los anarquistas de la Columna de Hierro, de la que ya hemos hablado, y, al parecer, habían dado buena cuenta de ellos.

La situación no se presentaba nada bien para la República cuando yo inspeccioné ese frente el 16 de julio. Todo el mundo parecía estar en retirada y lo que caía del cielo era un auténtico diluvio de bombas. Se bombardeaba no solo la línea del frente, sino pueblos que a veces estaban a treinta kilómetros de distancia. La verdad es que yo no entendía muy bien lo que Franco pretendía conseguir con aquellos bombardeos indiscriminados sobre la población civil, que yo ya había presenciado en Barcelona, pero que nunca antes había visto, al menos a tal escala, en una zona agreste y rural como aquella. Si lo que pretendía era desmoralizar a la población civil, estaba consiguiendo todo lo contrario. Un día, cuando entré en la vieja y pintoresca Segorbe, ahora reducida a escombros, pude ver a un grupo de chicas que se afanaban en recoger chatarra entre las ruinas de la ciudad. La subían a un camión para llevarla a Valencia, donde, según me contaron, la llevaban a una fábrica que la reciclaba y convertía en material de guerra. Aquellas chicas no pensaban en huir, sino todo lo contrario, en prolongar la resistencia hasta el final. En aquellas circunstancias, las mujeres de la República supieron estar a la altura de los hombres.

Con el frente prácticamente colapsado, solo quedaba un resquicio para la esperanza. Se trataba de una línea de fortificaciones que se extendía desde Viver a la sierra de Espada, último obstáculo con el que las tropas nacionales se habrían de enfrentar antes de enfilar la llanura de Valencia. No sé quién diseñó y construyó aquellas fortificaciones, pero sin duda hizo un buen trabajo. En primer lugar, porque dominaban todos los caminos y carreteras por los que inevitablemente habría de discurrir el avance del ejército nacional. En segundo lugar, porque estaban excavados en la tierra y en la roca de aquellos lugares, de manera que pudieran resistir los impactos cercanos de bombas de más de media

tonelada.

El 18 de julio aquella última línea de defensa estaba lista para el combate. Los italianos, convencidos de que las tropas republicanas estaban no ya en retirada, sino en franca huida, no se molestaron en comprobar la consistencia de aquella última línea defensiva que tenían delante. Como había ocurrido en Guadalajara, cometieron un gravísimo error. Avanzaban en oleadas solo para ser abatidos por las ametralladoras republicanas que dominaban las alturas. Los nacionales no se esperaban aquella resistencia y llevaron toda su artillería para concentrar su fuego en la línea defensiva republicana. Yo presencié el combate desde las alturas de un cerro cercano. Las columnas de humo producidas por los obuses nacionales se multiplicaban por las faldas de las montañas en un frente que se extendía a lo largo de unos treinta kilómetros. Y después llegaba la aviación y pasaba y repasaba las posiciones republicanas dejando caer su pesada carga, y uno entonces se preguntaba si podía quedar alguien con vida en aquella línea de defensa. Supongo que la misma pregunta se hacían las tropas italianas: no era posible que quedara vida humana en aquellas alturas tan castigadas por su aviación. Cuando cesaba el ataque aéreo y se dispersaba el humo, las tropas italianas se desplegaban para comenzar un nuevo ataque, pero de nuevo surgían, no se sabía de dónde, las ametralladoras republicanas, que barrían a placer desde las alturas a los atacantes. Y esto ocurría una y otra vez. La aviación nacional volaba entonces más bajo con objeto de afinar el tiro contra aquella línea defensiva aparentemente inexpugnable. Y lo increíble era que las fuerzas republicanas no disponían de baterías antiaéreas en aquel sector, de manera que la aviación podía bombardearlas a placer. Llegaban los bombarderos protegidos por docenas de pequeños cazas, aunque realmente no necesitaban protección alguna porque la aviación republicana era casi inexistente. Yo llegué a contar casi cien aparatos en el aire a un tiempo, pero aquella demostración de poderío y fuerza se estrellaba contra los riscos donde se escondían, no se sabe muy bien cómo, los defensores de la República.

Cinco días después de iniciarse el combate, las posiciones continuaban siendo las mismas. Supongo que se estaba escribiendo un nuevo capítulo en la historia militar. Un terreno escabroso, unas excelentes fortificaciones y unas decenas de ametralladoras eran capaces de paralizar toda una maquinaria moderna de guerra, que disponía de una superioridad abrumadora (yo calculo que de ocho a uno) en todos los terrenos: infantería, artillería, tanques, aviación, etc. Supongo que si la República hubiera dispuesto de buenos estrategas, lo primero que se les hubiera ocurrido habría sido reforzar aquella línea de defensa

que tan excelentes resultados les había dado. Habrían traído tropas de refresco de Barcelona para tratar de consolidar aquellas posiciones, esperando a que Franco atacara de nuevo para ocasionarle una nueva masacre.

En lugar de esto, optaron por la solución contraria: iniciaron una nueva ofensiva en el Ebro. Supongo que lo que pretendían era salvar la ciudad de Valencia, sin darse cuenta de que Valencia se estaba salvando sola.

Efectivamente, había organizado su propia defensa, sin ayuda alguna de las Brigadas Internacionales o de tropas enviadas desde Madrid. Con algún refuerzo, los que estaban salvando Valencia eran las propias tropas valencianas, comandadas por un tal coronel Menéndez y un cuerpo de oficiales jóvenes que habían recibido su instrucción en la Academia Militar de Barcelona antes de comenzar la guerra.

Pienso que si Franco no hubiera conquistado Teruel en el mes de febrero, aquella rápida ofensiva del ejército nacional no se habría producido y Franco no habría podido llegar al mar en el mes de abril y haberse situado a las puertas de Valencia en el mes de julio. Pero, como antes he señalado, la apertura de la frontera francesa en el mes de junio había resultado decisiva para la República, que había conseguido rearmarse en pocas semanas. Esto explicaba el lento avance de Franco por la costa desde Vinaroz y también el parón de su ejército en aquella segunda ofensiva desde Teruel.

La República tenía ahora armas para defenderse, pero esas armas no eran inagotables. La frontera francesa se había cerrado de nuevo y nadie podía vaticinar cuándo se abriría. Franco, en cambio, disponía de un arsenal, porque sabía que toda pieza destruida sería pronto sustituida por el material de guerra que entraba por los puertos del Norte.

Supongo que si el general Rojo hubiera estado en Valencia en lugar de encontrarse en Barcelona, habría entendido mejor la situación. El que estaba en peligro no era el ejército republicano, que mantenía sus posiciones, sino el del general Franco. Este y sus aliados italianos habían perdido el veinte por ciento de sus hombres y los que todavía continuaban vivos estaban totalmente agotados por el calor, la falta de agua y aquel combate que tan cuesta arriba —en todos los sentidos— se les había puesto. Como ya he dicho, si la República hubiera actuado con inteligencia, habría reforzado aquella línea de defensa en torno a la ciudad de Valencia y esperado a que Franco atacara y se estrellara de nuevo en ella.

Supongo que el general Rojo y el doctor Negrín, que, como digo, se encontraban muy lejos del lugar, en Barcelona, sucumbieron a la tentación de

encontrarse con un ejército descansado, listo para el ataque y relativamente bien armado y pertrechado. Supongo también que actuaban con la noble intención de distraer el ataque de Franco en Valencia abriendo un nuevo frente. Como ya he dicho, pretendían salvar esta capital sin darse cuenta de que se estaba salvando sola.

Aquel nuevo envite del ejército republicano le debió de parecer de perlas al general Franco. Suspendió la ofensiva sobre Valencia —que tantas bajas y sinsabores le había costado— y dirigió sus tropas hacia el Ebro.

La batalla por Valencia concluyó así tan súbitamente como había comenzado. Demostró que las tropas motorizadas hispano-italianas no eran invencibles, si se contaba con buenas fortificaciones y un mínimo de armamento. Los oficiales y la tropa se sentían orgullosos de que hubieran sido los propios valencianos los que habían detenido al general Franco, sin ayuda alguna de tropas extranjeras, y creían que aquello convencería al fin a las potencias occidentales para apoyar a la República. Me miraban cuando decían eso y yo les sonreía para seguirles la corriente, pero en mi fuero interno me sorprendía su total ingenuidad.

La República se enfrentaba ahora a un nuevo problema. Ya no eran solo las armas, sino también la comida lo que comenzaba a escasear. Desde hacía meses, los alimentos no llegaban a Madrid y las raciones que se repartían habían disminuido en número y en tamaño, produciéndose una situación de semihambruna en la capital. El cierre de la frontera francesa en lo que a armas se refiere no afectaba a los productos alimenticios que continuaban llegando por tierra a Cataluña. Pero el transporte de esos productos más allá de Cataluña era muy complicado, sobre todo ahora que las comunicaciones terrestres con Valencia habían sido cortadas por el ejército nacional. El Tratado de No Intervención se había convertido en el mejor aliado del general Franco.

Cuando pasé por Alicante antes de dirigirme a Valencia para presenciar aquella ofensiva, contemplé los restos de cuatro buques ingleses atracados en el puerto. Habían sido destruidos, según me contaron, en una noche de luna llena por un solo bombardero que había hecho muchas pasadas para escoger sus objetivos. Teniendo en cuenta que Alicante apenas contaba con baterías antiaéreas, el bombardero se podía permitir el lujo de acercarse, buscar sus objetivos y bombardear con total impunidad. El centro de la ciudad de Alicante tampoco había escapado a los bombardeos fascistas y en una ocasión murieron hasta trescientas personas.

Si no me equivoco, un total de veintisiete barcos británicos habían sido

hundidos cuando se encontraban atracados en puertos de la República, y unos ciento setenta habían resultado seriamente dañados. Los franceses habían perdido trece barcos y tenían cuarenta y dos dañados. Los bombardeos sobre aquellos buques los realizaban los llamados «cazabombarderos», como el Junker Sturz tipo JU 87. Se trata de aparatos de un solo motor pero capaces de transportar bombas de media tonelada bajo el fuselaje. Al descender sobre su objetivo usa unos alerones en las alas para frenar el descenso y dar tiempo para afinar la puntería. Tiene la ventaja de que puede descender hasta una altura muy baja, eludiendo así las baterías antiaéreas. Un avión de este tipo descendió sobre Barcelona y dejó caer una bomba en una central eléctrica. Afortunadamente, la bomba no explotó, pero esa precisión solo se podía realizar con aparatos de aquel tipo.

Hasta el 3 de abril de 1938 Barcelona había sufrido casi cien bombardeos y, como digo, fue su puerto, como los otros de la República, el lugar más afectado. Sin embargo, los trabajadores portuarios jamás interrumpieron su trabajo, demostrando un gran heroísmo. Muchos eran viejos, ya que los más jóvenes habían marchado al frente. La democracia tenía sus pegas, entre ellas la burocracia, y se tenían que pasar diversos controles antes de que la mercancía pudiera ser desembarcada. Parece que hasta veinte organizaciones distintas ejercían diversos controles sobre el puerto, dificultando aún más el desembarco de mercancías, lo cual hacía más heroica la labor de los estibadores del puerto.

Naturalmente, el gobierno de la República podía haber tomado represalias contra aquellos bombardeos.

Burgos estaba a tiro de piedra de Madrid. Pero Indalecio Prieto se mostraba contrario a tomar represalias y solo en alguna ocasión, como tras los terribles bombardeos de Barcelona, había ordenado bombardear determinados objetivos; en aquel caso, la ciudad de Salamanca. Naturalmente, pienso que Prieto había hecho muy bien al prohibir las represalias y el bombardeo de objetivos civiles, porque yo había comprobado en zona republicana el odio y la ira que generaban esos actos. Franco y sus asesores no se percataban suficientemente del aborrecimiento que la gente sentía hacia él, incluso personas que en principio no habían tomado partido en la guerra. Ganara quien ganara la contienda, aquel odio que se palpaba hacia Franco tardaría años, quizá generaciones, en disiparse.

Si antes distinguía entre objetivos civiles y militares y decía que el bombardeo de los puertos del levante español por parte de los nacionales era «más o menos legítimo», no me refería a la ley internacional. Según esa ley, ningún barco extranjero podía ser atacado en un puerto siempre y cuando

estuviera allí por «razones comerciales legítimas». En tanto no se demostrara lo contrario, las «razones comerciales» de aquellos barcos extranjeros eran perfectamente «legítimas». Pero a la comunidad internacional no le interesaba en aquellos momentos mostrar una fuerte oposición a aquellos bombardeos de las aviaciones italiana y alemana, y así las potencias occidentales les dejaban hacer, aunque fueran sus propios barcos los que las sufrieran directamente.

Pude entrevistarme con muchos oficiales y miembros de la tripulación de los barcos británicos que atracaban en puertos españoles. No pocos de ellos habían ido a España por dinero, pero puedo asegurar que también muchos de aquellos hombres de nuestra marina mercante estaban allí por sus propias convicciones, asumían aquellos riesgos porque apoyaban la causa de la República. Siempre que hablaba con gente como ellos pensaba que no todo estaba perdido en mi país y, sobre todo, que la absoluta indiferencia del gobierno de su majestad hacia España no representaba los sentimientos de muchos de mis compatriotas.

Con mis propios ojos contemplé lo que le ocurrió a un mercante inglés en el puerto de Gandía. Este encantador puertecito situado al sur de Valencia pertenecía a una compañía inglesa y lo dirigía míster Apfel, un señor que llevaba siempre el sombrero bombín puesto. En el puerto había un único mercante, el *Dellwyn*, el resto eran barcos pesqueros y embarcaciones deportivas. En los tinglados no pude ver más que fertilizantes. El *Dellwyn* llevaba una carga de carbón destinada a la fábrica de gas de la localidad, ya que el comercio de carbón estaba autorizado por el Tratado de No Intervención. Había un oficial controlador y el barco llevaba la enseña de haber sido inspeccionado por los controladores. Pero todo aquello no sirvió de nada. En la noche del 27 de julio el *Dellwyn* fue hundido por un hidroavión alemán que tenía su base en la bahía de Pollensa, en Mallorca. Durante cinco noches consecutivas aquel hidroavión se había acercado a Gandía para destruir al *Dellwyn*, pero siempre erraba el tiro. En la quinta noche acertó de lleno y lo mandó a pique. Pero lo más grotesco de aquella historia es que el destructor británico *H. M. S. Hero* se hallaba fondeado a media milla del puerto de Gandía, y sus oficiales contemplaban cada noche las evoluciones del hidroavión alemán y las bombas que dejaba caer en torno al *Dellwyn* sin poder hacer nada para socorrerlo.

Más que una tragedia, aquello empezaba a parecer una ópera bufa.

XXIX

La batalla del Ebro

LA buena noticia en la República en aquel verano de 1938 es que, al fin, se había conseguido formar y forjar un verdadero ejército, capaz de enfrentarse con dignidad al de Franco. La mala noticia era que no había nada que comer. En otras palabras, teníamos buenos soldados, pero con armas escasas y poca comida.

Yo estuve unos días en Madrid en aquel verano de 1938 y pude comprobar que la situación había empeorado ostensiblemente desde mi última visita. La ración diaria que se distribuía a la gente eran unas judías con un pedazo de pan. En agosto comenzó a funcionar la línea de tren que unía la capital con Valencia vía Tarancón.

Pero la comida que llegaba desde Valencia comenzaba también a escasear y apenas servía para aprovisionar el ejército de cuatrocientos mil hombres que la República tenía en la zona centro. La población de Madrid parecía haber encogido y estaba claro que aquella situación no se podía prolongar indefinidamente.

La situación en Barcelona no era mucho mejor. Los trenes de cercanías que salían a diario de la ciudad iban atestados de gente, que a veces se subían en el techo de los vagones para no quedarse en el andén. Esas personas salían de la ciudad cada día en busca de comida. No llevaban dinero encima, sino pastillas de jabón, sobres de azúcar, paquetes de café, productos que los campesinos necesitaban. Se trataba en muchos casos de chicas jóvenes que se dirigían a pequeños pueblos o aldeas para mercadear esos productos. De noche las veías regresando con un saco de patatas colgado de la espalda, andando kilómetros

para coger el tren de vuelta en la estación más cercana. Y cuando al fin aparecía el tren tenían que luchar por subirse a bordo, o a veces viajaban colgadas en las escalerillas, el saco de patatas bamboleando a sus espaldas. Pero allí no concluía su odisea. En ocasiones, los aviones fascistas que habían estado bombardeando el puerto se dirigían hacia aquellos trenes para descargar las bombas y municiones que les habían sobrado, y los viajeros saltaban de los trenes y corrían despavoridos en busca de algún refugio. Y si aquellas chicas lograban regresar a sus hogares con el saco de patatas tan laboriosamente conseguido, tampoco podían esperar dormir tranquilas: lo más probable es que las sirenas sonaran una y otra vez alertando de nuevos ataques aéreos, a veces hasta cinco o seis veces en una noche.

La producción de material de guerra en las pocas fábricas que la República tenía en Cataluña era lenta y laboriosa. En primer lugar porque las fábricas eran objetivos militares y estaban continuamente amenazadas por la aviación enemiga y el trabajo había de interrumpirse con frecuencia. En segundo lugar, porque no había suficiente electricidad. En tercer lugar, porque la dinamita y otros materiales explosivos con los que se fabricaban las bombas venían de fuera y entraban siempre de contrabando. Solía utilizarse el pequeño y bien protegido puerto de Vallcarca, situado en el macizo del Garraf, al sur de Barcelona, para estos menesteres. Al amparo de la noche solía llegar a este diminuto puerto algún mercante, a menudo con bandera inglesa o procedente del norte de África. En un santiamén se procedía a descargar la preciosa mercancía y el barco, si no había sido aún detectado, continuaba viaje por la costa. Todavía faltaba transportar aquella peligrosa carga de dinamita hasta la fábrica de bombas y municiones. Compárese esta odisea con las facilidades que se le daban a Franco, que recibía en los puertos del norte de España las bombas empaquetadas en Colonia o en Hamburgo, sin que nadie se atreviera a interceptar aquellos barcos que surcaban el mar del Norte.

Un oficial del ejército me contó que la partida de obuses para mortero que recibieron en el Ebro era defectuosa, de manera que los morteros republicanos apenas funcionaron en aquella batalla, excepto cuando se hacían con un arsenal de obuses abandonado por el ejército nacional. Lo mismo podríamos decir de los aviones que se fabricaban en la República, que dependían de ciertas piezas que se fabricaban fuera de España, de manera que la producción se podía detener durante semanas a la espera de aquellas piezas.

Otro de los artículos que escaseaba en la República era el jabón. Ya sé que puede no parecer objeto de primera necesidad, pero la limpieza jugaba un papel

importante en la moral de la tropa, así como de la población civil. Lo cierto es que la grasa para fabricar jabón se destinaba a las fábricas de material de guerra.

También las finanzas de la República comenzaban a flaquear. En el mes de febrero de 1936, antes de comenzar la guerra, el Banco de España tenía unas reservas de oro, plata y bronce estimadas en unos tres mil millones de pesetas. Digo estimadas porque el precio de la onza de oro variaba considerablemente por aquellas fechas. Además de estas reservas, el gobierno se había hecho con depósitos bancarios y propiedades de gente considerada hostil a la República. Finalmente, había pedido a los ciudadanos que se desprendieran de todos los objetos de oro que poseyeran en un último intento de mantener a flote las finanzas. Ocurría que los gastos del Estado aumentaban a velocidades astronómicas. Los seguros de los barcos extranjeros que llegaban a los puertos españoles se habían multiplicado por cien, debido a los riesgos que debían correr para alcanzar la República.

Yo tenía la impresión de que el Estado todavía contaba con dinero, pero su provisión de fondos comenzaba a agotarse. Calculaba que en aquellos dos años y pico de guerra la República había gastado una cantidad que rondaba los cuatro mil millones de pesetas. Se explicaba perfectamente si tenemos en cuenta las cantidades extravagantes que pagaba por el material de guerra que compraba, mucho del cual nunca llegaba a su destino o acababa en manos del enemigo o en el fondo del mar. Las finanzas de la República comenzaban a flaquear y se oían rumores de que estaba tanteando un préstamo en el extranjero. Sea como fuere, la verdad es que la República había estado en guerra durante dos años sin pedir la ayuda de nadie, lo cual tenía una enorme importancia política, porque significaba que no estaba hipotecada a ningún país.

Las finanzas del general Franco eran mucho más sorprendentes, aunque debo confesar que no tengo datos fidedignos para contrastar lo que voy a decir y me sirvo de simples conjeturas. Franco estaba en desventaja con respecto a la República porque no disponía de las reservas de oro del Banco de España. Aparentemente, su provisión de fondos consistía en las contribuciones de sus propios seguidores y de las propiedades confiscadas en el territorio nacional. Pero, a pesar de su aparente debilidad económica, resulta que la peseta de Franco —la peseta que se expedía en territorio nacional— alcanzaba una cotización mucho más alta que la republicana. Cada libra esterlina se cambiaba por cincuenta pesetas de Franco, en el cambio oficial, y por cien, en el mercado negro. A la vez, cada libra esterlina se cambiaba por cien pesetas republicanas, al cambio oficial, y por trescientas o cuatrocientas en el mercado negro. Pero la

verdadera razón de la fortaleza financiera de Franco era que no funcionaba con dinero real, sino con créditos. Al concluir la guerra española, un periódico italiano cifró la deuda de Franco con respecto a su país en dos mil millones de pesetas. No tengo la más remota idea de si aquella cifra se aproximaba a la realidad, pero quedaba claro que Franco había vivido del crédito durante todo el conflicto.

La cantidad de moneda que circulaba en España al empezar la guerra ascendía a unos cinco mil millones de pesetas y al finalizar la contienda había aumentado a siete mil millones, solo en territorio republicano. La inflación de la peseta en dicho territorio se debía, en gran medida, al espectacular incremento de la paga tanto de los soldados como de los obreros. Un soldado de las fuerzas republicanas recibía diez pesetas diarias y en el Ejército de Franco, cincuenta céntimos diarios. La gente en la República llevaba mucho dinero en el bolsillo y era frecuente oír a alguien preguntar en una tienda: «¿Qué tenéis para vender?».

Pero la inflación no era suficiente para explicar la devaluación de la peseta republicana. Podía deberse también a que muchas personas ricas se habían pasado al territorio nacional llevando consigo grandes cantidades de pesetas republicanas que cambiaban a cualquier precio. Es posible también que Franco, que puso en circulación una nueva moneda, sacara al mercado internacional grandes cantidades de las antiguas pesetas de la República. Sea por lo que fuere, lo cierto es que la peseta republicana se vendía a precio de saldo fuera de España.

Pero la razón más importante de esta devaluación de la peseta en los mercados internacionales es que nadie apostaba ya por la República. El dinero no habla, pero escucha, escucha a aquellas personas que tienen el poder en un determinado país. Si Londres o París hubieran tomado medidas contra la intervención de Italia y Alemania en la guerra española, o simplemente hubieran permitido la apertura de la frontera francesa para que la República se pudiera aprovisionar, el dinero habría escuchado, habría tomado nota, y la peseta republicana habría subido como la espuma. Pero lo que se escuchó fue el silencio cómplice de las dos potencias, y el dinero tomó nota de aquel silencio y apostó, con toda la lógica del mundo, por la peseta de Franco.

Supongo que mis lectores deben de estar ya hartos de que vuelva una y otra vez sobre este asunto. Quizá fuera que me sentía, de alguna manera, culpable de aquello, sobre todo hacia el final de la guerra, cuando veía a aquellas gentes cansadas, hambrientas y con el mundo entero en contra, y todavía te miraban como si tú, o tu país, pudieras hacer algo por ellas. Yo hablaba a diario con

decenas de personas, en los tranvías, en los trenes, en los coches que nos llevaban al frente; hablaba con soldados, con diplomáticos, con partidarios y con detractores de Franco, y siempre tuve la certeza de que, para la inmensa mayoría de las personas, la lucha por la República y su régimen de libertades había valido la pena. Se quejaban mucho de todo lo que estaba ocurriendo, de todo lo que estaban sufriendo, pero nunca de la causa por la que estaban luchando. Y esta lucha que hoy en día parece definitivamente perdida no solo en España, sino fuera de ella, no habrá sido en vano, de eso estoy totalmente convencido. Porque en España se plantaron unas semillas que germinarán de nuevo, aunque no sepa decir cuándo ni dónde.

Mi admiración hacia la República y, sobre todo, hacia la fe que la gente todavía tenía en ella, no me impedía ver el lado más oscuro del régimen. Me refiero, por ejemplo, al barco *Uruguay*, atracado en el puerto de Barcelona y con cuatrocientos prisioneros nacionales en sus bodegas. Supongo que a muchos de ellos se les aplicaba el «tercer grado» para obtener la máxima información, además de estar sometidos a diario al bombardeo de su propia aviación. El *Uruguay* no contribuía precisamente a dar una buena imagen de la República. De todos modos, hay que decir que en aquellos últimos meses de la guerra no se estaba produciendo nada parecido a la barbarie que se desató al iniciarse la contienda. Para dar un ejemplo, en Barcelona asistí a varias sesiones del llamado Tribunal del Pueblo, compuesto por un magistrado y dos civiles, que se ocupaba de casos de «deslealtad a la República» y de traición, y me pareció que se hacía justicia, si bien habría preferido que se hubiera actuado con menos celeridad y con más tiempo para aportar pruebas, llamar a testigos y dictar sentencia.

Pero en aquel verano de 1938 era consciente sobre todo del tremendo sufrimiento humano que aquella guerra estaba causando. Me paraba por la calle, al verme con pinta de extranjero, una viuda para preguntarme por la guerra y cuánto tiempo tardarían las tropas de Franco en entrar en Barcelona. Después me contaba que a su marido lo habían matado los «rojos» en los primeros días de la revolución y por eso quería saber cuándo entrarían «los suyos» en la ciudad. Llegaba al hotel y la camarera quería que le contase los últimos triunfos del ejército republicano. A ella la Falange le había matado a sus dos hermanos, asesinados en Pamplona poco después del Alzamiento.

Las cosas eran más simples en el frente, porque todo se reducía al enfrentamiento entre dos ejércitos.

Yo habría preferido que aquel enfrentamiento hubiera sido más equilibrado, que las fuerzas en liza hubieran tenido las mismas posibilidades para alcanzar la

victoria final. El ejército republicano tenía motivos para estar orgulloso por la ofensiva que había lanzado en el Ebro. No era ninguna broma cruzar aquel río de una anchura de más de cien metros, un caudal muy grande incluso en verano y una corriente bastante rápida. Para dificultar aún más la operación, las márgenes del río eran escarpadas.

En la noche del 25 de julio, la vanguardia de las tropas republicanas cruzó el río a nado y en combate cuerpo a cuerpo sorprendió a las tropas nacionales que se encontraban en la otra orilla. Se construyeron a toda prisa puentes de pontones con grandes barcas para que cruzara el grueso del ejército, y en cuestión de cuarenta y ocho horas las fuerzas republicanas ocupaban posiciones clave en las montañas que van desde Mequinenza, donde al Ebro se le junta el Segre, hasta Miravet. Se abría, pues, un frente de unos sesenta kilómetros.

Trazaba un gran arco en torno al Ebro que llegaba a su máximo diámetro en torno a Gandesa, a unos cuarenta kilómetros del río. Gandesa no se había tomado de nuevo, sino que el ejército republicano había ocupado posiciones en los montes que la rodean por el Nordeste.

Comenzaba así lo que después se llamaría la «batalla de los observatorios». Desde sus posiciones en las montañas, los republicanos podían seguir paso a paso los movimientos del ejército nacional. Las tropas de los nacionales, sobre todo las del general Yagüe, tardaron bastantes días en situarse en un frente que se extendía a lo largo de sesenta kilómetros. Franco, tan tranquilo y meticuloso como siempre, parecía no tener prisa en iniciar la contraofensiva. Después de una discusión con su alto estado mayor, cuentan que exclamó: «No entienden mi estrategia, no la entienden. ¡Tenemos la flor y nata del ejército republicano encerrado en un espacio de treinta y cinco kilómetros y no lo entienden!».

Se hizo una tentativa de cruzar el río en Amposta, justamente donde se abre formando el delta, por parte de las Brigadas Internacionales de franceses y de alemanes mandados por el comandante Hans. Según la información que recibíamos Burgos, murieron trescientos brigadistas, cien se ahogaron y otros trescientos fueron capturados por los nacionales. Aquello tenía todo el aspecto de haber sido una maniobra de distracción por parte de la República, para impedir que Franco desplazara las tropas de aquel sector hacia la parte más alta del río, donde se estaba produciendo la verdadera ofensiva. En cualquier caso, esta acción fue un éxito total y en muy pocas horas el ejército de la República se había hecho fuerte en las altas montañas del otro lado del río.

El éxito del ataque se explicaba por su rapidez, como en el caso del asalto de Líster a Teruel. Unas pocas ametralladoras de Franco bien situadas al otro lado

del río habrían sido suficientes para impedir el cruce de aquel ejército de cincuenta mil hombres y al menos doscientas piezas de artillería. Todavía era más sorprendente saber que la operación había sido ejecutada por oficiales que, en su gran mayoría, eran *amateurs*, es decir, no habían recibido formación en una academia militar.

Ese no era el caso del jefe de aquella acción, el coronel Modesto, un madrileño pequeñito pero muy dinámico. Modesto había pasado tres años en la Legión, donde alcanzó la graduación de cabo. Carpintero de profesión, había actuado en varias ocasiones como enlace sindical y, como tantos otros, huyó a Rusia después del fracaso de la huelga revolucionaria de 1934. Al igual que Líster, en Moscú había recibido la educación militar que se impartía a todos los «revolucionarios» que llegaban de países extranjeros. Líster también formaba parte de aquella ofensiva. A él y a su Quinto Regimiento se le había encomendado el flanco sur, y del flanco norte se había hecho cargo el joven Tagüeña, que tan buen papel había hecho en Cherta, al resistir durante dos semanas el avance de la División Littorio en la ofensiva nacional del mes de marzo.

Como ya he señalado, a mí aquella ofensiva no me parecía una buena idea, teniendo en cuenta el estado de extrema debilidad de la República. Pero la decisión política la habían tomado el general Rojo y el gabinete de Juan Negrín, y nada tenía que ver con la brillantísima ejecución de aquella operación relámpago y con la ocupación de posiciones firmes del ejército republicano a la espera de la contraofensiva de los nacionales.

En cuestión de horas, la aviación de estos últimos comenzaba a bombardear sin apenas tomarse un descanso los puentes de barcas por donde había pasado el ejército republicano. Desde la mañana hasta la noche, la aviación de Franco machacaba ambas márgenes del río. Un observador pudo contar hasta ciento sesenta aparatos de Franco en el aire a un mismo tiempo. Poca cosa se podía hacer para molestarles en su tarea. Las baterías antiaéreas de la República eran pocas y muy espaciadas a lo largo de aquel frente, y los escasos cazas que tenía la República apenas podían hacer mella en aquellos escuadrones de bombarderos nacionales que a veces reunían hasta cincuenta aparatos. Sin embargo, la tarea de la aviación nacional no era tan sencilla como pudiera parecer. Se ha calculado que se necesitan de promedio unas quinientas toneladas de bombas para destruir uno de esos puentes de pontón, y eso en pesetas equivalía a la friolera de veinte millones. Por mucho que los aviadores de Franco afinaran su puntería, continuaba siendo un ejercicio muy difícil acertar en un puente con una bomba.

También hay que decir que los republicanos hacían lo posible para despistar a los pilotos nacionales, y habían tendido en distintos puntos del Ebro falsos pontones hechos de cuerdas y ropa, que conseguían engañar a los nacionales, que los contemplaban desde el aire y los tiroteaban a placer. Pienso que todo lo que los bombarderos han ganado en los últimos tiempos en velocidad lo han perdido en la precisión en el tiro, porque la bomba debe soltarse mucho antes y el margen de error es, por tanto, mucho mayor.

Los nacionales abrieron las compuertas de varios embalses de afluentes del Ebro en los Pirineos, con lo cual muchos de aquellos pontones fueron barridos por la corriente del río. Pero ni la aviación enemiga ni las crecidas del Ebro eran capaces de acabar con el entusiasmo de un equipo de ingenieros que se encargaba de construir aquellos improvisados puentes y de sustituir los destruidos por nuevos ingenios de su invención.

Hablando del Ebro, no puedo dejar de contar una anécdota que nos ocurrió a un grupo de corresponsales cuando tratábamos de cruzarlo. Queríamos entrevistar a Enrique Líster, que con su división ocupaba posiciones al otro lado del río. Subimos a una barca cuatro corresponsales de prensa, Vincent Sheehan, Herbert Matthews, Ernest Hemingway y yo. En plena travesía nos dimos cuenta de que la corriente arrastraba nuestra barca hacia los restos de un puente que había sido destruido por la aviación nacional, con riesgo de naufragar entre aquellos cascotes. Añádase a esto los aparatos nacionales, que hacían rápidas pasadas sobre nuestras cabezas, y se comprenderá que nuestra posición no era nada cómoda. El soldado que remaba no parecía tener mucha idea de lo que estaba haciendo, así que Hemingway lo apartó de un manotazo, se sentó en su lugar, empuñó los remos y comenzó a remar con furia hasta que llegamos a la otra orilla. Así era el escritor americano: ponía el corazón en todo lo que hacía, lo mismo si se trataba de enseñar a unos milicianos a emplazar una pieza de artillería que de sacar de un apuro a un grupo de incautos colegas.

La batalla del Ebro que comenzó en el mes de julio no concluiría hasta el mes de noviembre. La República perdió diez mil hombres y cincuenta mil resultaron heridos antes de que el frente cediera al avance de las tropas nacionales. Estas escuetas cifras dan idea por sí solas del heroísmo de aquel ejército que resistió impávido incluso cuando sabía que no le quedaba ya ningún puente en pie para emprender la retirada, si exceptuamos el de hierro en Mora de Ebro, que milagrosamente sobrevivió a todos aquellos bombardeos.

Pienso que una de las pérdidas más importantes que sufrió el ejército republicano durante aquella larga batalla fue la de las Brigadas Internacionales,

que se habían incorporado a la 35 División bajo las órdenes del coronel Medina. Hubo en España unos doce mil brigadistas, y me imagino que en el frente del Ebro combatirían unos cinco mil. La decisión de prescindir de ellos la tomó el doctor Negrín cuando anunció, ante la asamblea de la Sociedad de Naciones, que la República había decidido retirar a todos los voluntarios extranjeros de forma unilateral, es decir, sin esperar la misma medida por parte de Franco. Barcelona les dio una impresionante y calurosa despedida el 28 de octubre, cuando los brigadistas marcharon por última vez por las avenidas principales de la ciudad. Aquello parecía el principio del fin. Unos días después moría en Palma de Mallorca el hermano piloto del general Franco. Aquel hombre que había apostado por la República antes de que esta se declarara y después se había sumado al ejército nacional, moría antes de ver entrar las tropas nacionales en Barcelona.

XXX

Juan Negrín

LOS individuos que pertenecen a la clase «intelectual» rara vez se sienten a gusto en una situación que se podría describir como «revolucionaria», aunque hayan sido justamente ellos mismos los que hayan ayudado a crear esa situación. Una cosa es tener ideas revolucionarias y otra muy distinta es afrontarlas en la realidad; una cosa es soñar con la revolución y otra muy distinta es ver cómo esa revolución se materializa ante tus propios ojos. Buen ejemplo de todo esto fue el de aquel grupo de intelectuales madrileños que ayudaron a derrocar la monarquía y a traer la República a España: José Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Miguel de Unamuno. Ya en la época de la República su importancia fue menguando, su papel como portavoces del mundo de la cultura fue decreciendo. Y al comenzar la Guerra Civil pareció como si se los hubiese tragado la tierra. Hubo desde luego notables excepciones, entre ellas la del propio Unamuno, que por su misma naturaleza era un ser incapaz de callarse por nada y por nadie. Hasta el mismo día de su muerte, ocurrida en Salamanca a finales de 1936, estuvo despotricando contra todo y contra todos, primero contra los republicanos y después contra los nacionales.

Hay otra excepción a esta regla que ya he señalado, aunque se tratara la de un intelectual menos conocido que los antes citados. Me refiero al doctor Juan Negrín. Este hombre fue la persona más interesante que conocí en toda la guerra. Y la pregunta que yo me hacía entonces, y que no me he dejado de hacer desde entonces, era la siguiente: ¿qué demonios hacía ese canario bonachón y *bou vivant* que desde siempre había mirado con desprecio la política, que había sido elegido diputado un par de veces pero que jamás había pronunciado un discurso

parlamentario, qué hacía aquel hombre al frente de la República en su hora más crítica?

Desde que llegué a Madrid en 1929, había coincidido muchas veces con Negrín en la tertulia de intelectuales que solía reunirse en el bar Los Italianos. Aunque parezca mentira, Negrín había recibido una educación totalmente germana. Fue a Alemania con su familia cuando tenía doce años y permaneció allí hasta los veinticinco. Naturalmente, se trataba de la Alemania anterior a la Gran Guerra. De cualquier manera, Negrín recibió la excelente educación que su padre, un próspero terrateniente canario, se podía permitir. A su regreso a España ganó la cátedra de Fisiología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, y ya en los años de la República fue secretario del rector y se implicó directamente en la construcción de la nueva Ciudad Universitaria. Tenía además una consulta privada y un laboratorio de análisis médicos. Para entonces ya estaba casado y tenía tres hijos.

En los cinco años en los que fue diputado en Cortes durante la República jamás se le ocurrió pronunciar un discurso. Cuando fue jefe del gobierno durante la guerra y tuvo que hablar ante la Cámara para explicar su política, lo primero que dijo fue: «¡Gracias a Dios que no soy político ni pienso serlo jamás!».

De estatura mediana, anchas espaldas, gafas de concha negra que se le comían media cara, una mirada y sonrisa joviales, quizá lo más notable de Juan Negrín fuera su inmensa capacidad de trabajo, a pesar de llevar una vida muy irregular: podía estar de copas con sus amigos hasta las cuatro de la mañana, pero a las ocho y media cogía su coche y a las nueve en punto estaba en su despacho de la Ciudad Universitaria. Otra característica suya era la capacidad de acercarse a la gente y, como buen médico, su interés por las personas que le rodeaban: al chico que le vendía el periódico y que ocultaba los ojos tras unas gafas le preguntaba por la vista y le alargaba una tarjeta de algún oftalmólogo amigo suyo. Y cuando visitaba algún pueblo remoto insistía en entrar en las casas para ver las condiciones en las que vivía aquella gente y trataba de ayudarles en lo que podía. Aquel fue el Juan Negrín que yo conocí.

Durante los primeros días de la guerra y la revolución, los intelectuales que antes he citado, al contemplar los crímenes cometidos por algunos revolucionarios, o la expropiación de las tierras, o al comprobar que los juicios de los tribunales populares eran «sumarísimos», se echaron atrás y gritaron aquello de «¡No es eso, no es eso!». Juan Negrín en cambio se echó hacia adelante: se fue al frente del Guadarrama para organizar los servicios médicos y hospitalarios, y todavía tuvo tiempo, según parece, de dirigir a los milicianos que

acudían a aquel frente. De nada servía lamentarse de los terribles crímenes que se cometieron en Madrid en los primeros días de la guerra, entre otras cosas porque lo mismo estaba sucediendo en el lado nacional, y nada se podía hacer al respecto en aquellos momentos. De lo que se trataba entonces era, ni más ni menos, de salvar la República y Negrín fue de los pocos intelectuales que comprendió perfectamente la situación y puso manos a la obra. La actividad de hombres como Negrín salvó a Madrid —y, por tanto, a la República— en aquellos primeros meses de la guerra.

Negrín fue ministro de Hacienda en el gobierno de Largo Caballero de septiembre de 1936. Se enteró de que le habían nombrado ministro mientras organizaba la evacuación de Talavera de la Reina ante la inminente llegada de las tropas de Franco. En mayo de 1937 fue nombrado presidente del gobierno gracias al apoyo de Indalecio Prieto, y en abril de 1938 se hizo cargo también de la cartera de Defensa, convirtiéndose así en el líder indiscutible de la República hasta la desaparición del régimen.

Dos circunstancias ayudaron a Juan Negrín a mantenerse en el poder en esta última época de la República. En primer lugar, el apoyo del Partido Comunista, sin el cual era imposible gobernar, y en segundo lugar, el apoyo, a veces a regañadientes, de su propio partido, el Socialista. Los socialistas se hallaban tan divididos que, en cualquier caso, les habría sido imposible ponerse de acuerdo respecto a otro candidato. Por un lado, estaba Largo Caballero, apartado del poder y rodeado de su gente: Araquistáin, Rodolfo Llopis, Wenceslao Carrillo. Caballero coqueteaba con los anarquistas, pero nunca consiguió llegar a ningún pacto serio con ellos. Por otro lado, estaba Indalecio Prieto. Por otro, Ramón González Peña, el líder de la revolución de Asturias, y aún me dejo en el tintero a Julián Besteiro, que vivía en una suerte de retiro o exilio —no se sabía muy bien— en Madrid.

Corresponde a los estudiosos historiadores del futuro averiguar por qué y cómo se produjo aquel desmoronamiento del socialismo democrático no solo en España, sino también en otros lugares de Europa —especialmente en Austria y en Alemania— a lo largo de los años treinta. Lo tenían todo: una poderosa organización, unos líderes inteligentes y bien preparados, unos programas políticos para encandilar a las masas de trabajadores industriales que les apoyaban. El Partido Socialista español fue el que más éxitos obtuvo en estos años: organizó la huelga nacional y la revolución de Asturias en 1934 y fue decisivo en el levantamiento popular contra el golpe militar de Franco en 1936. Pero dos años más tarde, en 1938, se había venido abajo y sus tres máximas

figuras —Caballero, Besteiro y Prieto— se habían retirado de la política.

Quedaba Julián Álvarez del Vayo. Se trataba de otro joven intelectual con educación alemana, ya que había cursado estudios en la Universidad de Leipzig. Dominaba los idiomas —alemán, francés, inglés— y era experto en relaciones internacionales, especialmente después de los años que había pasado en Berlín y en Ginebra trabajando como periodista. Por eso Largo Caballero le ofreció la cartera de Asuntos Exteriores en su gobierno. Además de ministro, fue el jefe de los comisarios políticos, con rango de general del ejército.

Salió del gobierno con la caída de Largo Caballero en mayo de 1937, pero volvió a entrar en abril de 1938 con Juan Negrín. De todos los socialistas, pienso que Álvarez del Vayo es el que mejor comprendía la situación y más podía sintonizar con lo que en aquellos momentos estaba ocurriendo en el país. Creo que nadie mejor que él podía representar la diplomacia española en esa época tan crítica para la República. Naturalmente, el hecho de que Londres y París hicieran oídos sordos a lo que él decía en nada empaña su labor. Ni siquiera le ayudaba el tener un embajador en Londres tan capaz como Pablo de Azcárate. Estaba claro que aquella no era la hora de la diplomacia.

Quizá el mayor problema que tuvo Juan Negrín en aquellos últimos meses es que apenas podía contar con gente de su propio partido para ayudarle con la ingente cantidad de problemas que se le venían encima.

Negrín parecía un hombre-orquesta en aquel gobierno. Se había hecho cargo de la presidencia de gobierno, pero además, de las carteras de Guerra, Marina, Aviación, Industria e incluso Hacienda, ya que el ministro titular, Méndez Aspe, no tomaba ninguna decisión sin consultarla con él. Y por si esto fuera poco, tenía frecuentes roces con el gobierno de la Generalitat de Lluís Companys. Negrín y Companys vivían una suerte de gobierno de «cohabitación» en Barcelona, y en cualquier acto oficial había que interpretar *Els Segadors* junto al *Himno de Riego*. En esto los catalanes eran muy susceptibles, aunque no parecía el momento más adecuado de preocuparse por aquellas nimiedades.

Como ya he señalado, los que estuvieron detrás de Juan Negrín en todo momento fueron los comunistas. Hacia el final de la guerra sus afiliados sobrepasaban ya los trescientos mil, y era la fuerza política más importante en la España republicana. Tenían además el apoyo de las Juventudes Socialistas y de otras organizaciones, como el Socorro Rojo Internacional. Su poder en los sindicatos era grande a través de una organización llamada Grupo Revolucionario Socialista. Controlaban, directa o indirectamente, gran parte de los periódicos que se publicaban en aquellos días. Tenían además la gran virtud

de no airear los trapos sucios, de manera que si se peleaban entre ellos nosotros no nos enterábamos. Finalmente contaban con un buen equipo de gente relativamente joven, como Dolores Ibárruri, José Díaz, Jesús Hernández y Manuel Uribe, que presentaban una imagen cohesionada.

Negrín contaba con todo el aparato del Partido Comunista para hacer llegar sus mensajes al pueblo. Si se trataba, pongamos por caso, de movilizar más hombres para el frente y de hacer que las mujeres ocuparan sus puestos de trabajo, aquella propuesta tenía que llegar a todos los rincones de la República para ser explicada, discutida y asumida por cada comunidad. El aparato del Partido Comunista se ponía entonces en marcha y proporcionaba los medios para difundir y discutir la propuesta.

El Ejército también había dado todo su apoyo a Juan Negrín. Este trató de reorganizarlo, pero hubo de enfrentarse a muchas dificultades políticas. Dentro del Ejército había, como en otros sectores, muchos celos con respecto a los comunistas, que eran los «niños bonitos» en aquellos momentos. Si, por ejemplo, la ofensiva del Ebro se dejaba en manos de comunistas como Modesto y Líster, el flanco norte de aquella ofensiva, para compensar, tenía que estar en manos de un hombre de distinta filiación política, como Juan Perea, que había comandado una columna de milicianos anarquistas en Somosierra al comenzar la guerra.

Poco se puede decir de los partidos republicanos, como la Izquierda de Azaña y la Unión de Martínez Barrio, porque habían sido «decapitados» ya antes de que empezara la guerra: ¡Azaña y Martínez Barrio habían asumido las funciones de presidente y portavoz de las Cortes, con lo cual queda dicho todo! Debo añadir en honor a Martínez Barrio que cuando las Brigadas Internacionales establecieron sus campos de entrenamiento en Albacete fue él quien se encargó de coordinar aquel campamento con la ciudad, para facilitar todo lo que los brigadistas necesitaban. Pero son hechos puntuales y aislados. ¿Y qué decir de los propios catalanes de Esquerra Republicana? Pues, simplemente, que se comportaban como si aquello no fuera con ellos.

Naturalmente, la atonía, el desinterés y la falta absoluta de iniciativa por parte de los partidos republicanos se debía fundamentalmente a la falta de apoyo de las potencias occidentales. El silencio de estas potencias había contagiado a los liberales españoles, los hombres que habían traído la República a España y, por tanto, la democracia. Ahora el mundo les volvía la espalda y ellos también se encerraban en un mutismo, en un profundo silencio. Habían acudido a los países democráticos en busca de soluciones para sus problemas y les habían dado con

la puerta en las narices. O quizá fuera que las democracias de la vieja Europa ya no tenían soluciones, que había que mirar hacia otros líderes, como el presidente Roosevelt en América, para encontrarlas. Pero América quedaba demasiado lejos y el tiempo de la República española se iba agotando.

Allí estaba España dispuesta a dar el salto desde unas estructuras feudales que habían dominado en el pasado hacia un futuro ya moderno, hacia un campo ya mecanizado. Pero nadie en el mundo parecía dispuesto a echarle una mano. Quizá porque nosotros los ingleses ya no teníamos soluciones a todos esos problemas, o por nuestro supremo egoísmo, que siempre nos ha caracterizado, o porque pensábamos que la democracia era una suerte de *statú quo* que debía mantenerse y no una forma creativa de enfrentarse al mundo y sus problemas. En realidad no sé cuáles eran las razones de nuestra total indiferencia hacia la República española, solo sé que pronto pagaremos por ello.

XXXI

El colapso del frente

EL frío era agudo en el exterior. El coche patinaba en el hielo de la carretera cuando nos dirigíamos hacia la iglesia para asistir a la misa del gallo. Pero dentro de aquella pequeña iglesia católica en el norte de Inglaterra se estaba muy calentito. Placía la friolera de catorce años que no la pisaba, catorce años que me habían llevado por todos los rincones de Europa. Pero aquella Nochebuena necesitaba volver a casa. La última que pasé en aquella iglesia yo era el monaguillo que ayudaba al sacerdote en la misa; ahora era un respetable señor casado.

En el sermón, el sacerdote habló de España: «Oímos tantas versiones distintas de lo que está ocurriendo en España que ya no sabemos qué pensar. Pero una cosa sí sabemos, y es que el pueblo español está sufriendo, y lo único que ahora podemos hacer por ellos es rezar para que tanto dolor desaparezca pronto».

Los católicos ingleses habían oído tantas y tan contradictorias versiones que ya no sabían muy bien lo que pensar, y aquel sacerdote tenía al menos la honradez de reconocerlo. Desgraciadamente, en los últimos meses la prensa católica inglesa se había ido inclinando más y más del lado de Franco y aquello había producido un desconcierto lógico entre los católicos ingleses.

Mientras asistía a aquella misa del gallo, pensaba en la Iglesia, en el papel que había representado durante siglos y en el que ahora desempeñaba. ¿Qué partido tomaría Cristo en aquella contienda? ¿No estaría donde siempre estuvo, del lado de los pobres y de los humildes? Ya sé que se me dirá que miles de religiosos —sacerdotes, monjas, frailes— fueron asesinados en los primeros días

de la guerra.

Pero Cristo habría querido saber por qué se habían producido aquellos asesinatos, habría querido saber si su Iglesia había cumplido con su cometido en los años —y en los siglos— anteriores a aquella guerra. No me imagino a Cristo del lado del dinero y del poder. Y así habíamos llegado a la extraña paradoja que se vivía en aquellos días tanto fuera como dentro de España: cualquier persona que estuviera a favor de los pobres y de los oprimidos era inmediatamente tachada de anticatólica.

Veinticuatro horas más tarde estaba de nuevo en España. Había precipitado mi regreso por las alarmantes noticias que me llegaban: en la madrugada del 23 de diciembre Franco había lanzado la gran ofensiva sobre Cataluña, con unos doscientos mil soldados y la División Littorio como punta de lanza. Y la verdad es que desde el comienzo de aquella ofensiva le había favorecido la suerte. Había escogido cruzar el río Segre, que actuaba de frontera entre los dos ejércitos, en un punto al sur de Lérida, frente a unas posiciones republicanas defendidas por una división de carabineros. Ya he dicho antes que los carabineros estaban controlados por los socialistas y no tenían comisarios políticos en sus unidades. Por las razones que fuere, en cuanto empezaron a caer las primeras bombas, los oficiales que estaban al mando decidieron subirse a sus coches y largarse con viento fresco. Naturalmente, los soldados, al comprobar que sus oficiales habían desaparecido, decidieron hacer lo mismo y comenzaron la retirada. De esta forma tan simple pudo el ejército de Franco cruzar el río Segre sin que nadie le molestara. Aquello colapsaba todo el frente, porque las tropas que defendían posiciones más abajo del río se vieron totalmente desbordadas por el avance nacional y comenzaron a retirarse también.

Para tratar de apagar aquel incendio, la República llevó al bombero de siempre, Enrique Líster. Con su Quinto Regimiento trató de tapar el boquete que los nacionales habían abierto en la línea del frente, y desde la Nochebuena hasta el 3 de enero ocupó las colinas detrás del Segre, en torno al pueblo de Castelldans, y resistió el avance de las tropas italianas.

Hasta que no regresé a España no me di cuenta de la extrema gravedad de la situación. Supongo que me aferraba a la esperanza de que, en vista de la ofensiva de las tropas nacionales, Francia abriría de nuevo sus fronteras, como lo había hecho en la ofensiva anterior. No me había percatado de que en aquellos momentos tanto Londres como París se habían puesto ya abiertamente del lado de Franco, no por las virtudes de este, sino porque consideraban que la República española era ya decididamente «roja». Franco, al fin y al cabo,

representaba para ellos la «ley y el orden», aunque fuera un orden nazi, pero aquello, pensaban mis ingenuos compatriotas, se arreglaría después de la guerra, concediéndole a Franco una serie de créditos que sin duda alguna harían que volviera España al redil de las naciones democráticas. Esas eran las cuentas de la lechera que en aquellos momentos se hacían los gobiernos de Francia y Gran Bretaña, aunque debo añadir, en honor a la verdad, que aquellas «cuentas» no eran compartidas por todos los políticos conservadores del momento. Pienso sobre todo en Anthony Edén y en Winston Churchill, pero ellos eran minoría en el Partido Conservador.

Mientras tanto, cientos de piezas de artillería esperaban en el puerto de Marsella, además de ametralladoras y munición. Pero no había manera de transportar aquel material de guerra por mar, la única manera autorizada por las autoridades francesas. Marsella estaba llena de espías que inmediatamente darían aviso de cualquier barco que zarpara de los muelles, y sería cuestión de horas, no de días, para que aquel barco fuera bombardeado desde el aire o perseguido por la flota de Franco y sus aliados. También había aviones esperando en los muelles de Marsella, pero estaban en partes y nadie podía ensamblarlos hasta que no llegaran a su destino.

Marsella se hallaba muy lejos, y yo me encontraba con Herbert Mathews y Willie Forrest en Castelldans, en pleno fragor del combate. Líster había establecido su centro de operaciones en una cueva a un kilómetro de la línea del frente. Sus hombres habían tomado posiciones en los cerros que dominaban el valle del Segre y aguantaban como podían la lluvia de fuego de la artillería italiana que subía desde el valle, así como la que los aviones nacionales les enviaban desde el cielo. Las baterías republicanas apenas podían responder a aquel diluvio. Líster, casi siempre locuaz y comunicativo, estaba aquella mañana de un humor de perros. Apenas nos dedicó un «buenos días» cuando nos vio. Afortunadamente, su comisario político, Santiago Álvarez, estaba algo más locuaz. Nos dijo que los hombres de su regimiento aguantaban con mucho esfuerzo sus posiciones en Castelldans, y que la división italiana estaba realizando la maniobra que solía realizar, desbordarles por el flanco, y se dirigía en dirección sur hacia Borjas Blancas. Corrimos al coche bajo un diluvio de bombas y obuses, comprobamos que el automóvil no había sufrido daño alguno, cruzamos el pueblo ya totalmente desierto de Castelldans y enfilamos la carretera hacia Borjas Blancas. Cuando llegamos a este pueblo vimos que había sido totalmente destruido por la aviación nacional, todo para nada, porque aquel pueblo no constituía un objetivo militar y la población civil lo había abandonado

hacía ya varios días. Nos congratulamos de haber escapado con vida de aquella lluvia de fuego y nos sentamos en la cuneta de la carretera para celebrarlo. ¡Hay que ver lo bien que sienta un bocadillo y un vaso de vino en esas circunstancias! Desde la carretera podíamos ver las explosiones de las bombas que caían por los lugares que acabábamos de pasar, y supongo que sentíamos una dicha infinita de estar vivos. Aquella misma noche del 3 de enero cayó Castelldans y al día siguiente, Borjas Blancas y Artesa de Segre, ambas localidades en la intersección de importantes carreteras.

A esas alturas, éramos ya expertos en retiradas y no nos impresionaban tanto las largas filas de refugiados, los soldados maltrechos y el caos y la confusión que todo ello generaba en caminos y carreteras. Pero pronto nos dimos cuenta de que aquella retirada era diferente de las que habíamos visto en otras ocasiones, porque aquella era la retirada sin posible retorno, la retirada definitiva. En las montañas que defienden y protegen el campo de Tarragona el joven coronel Tagüeña nos hablaba ya con total franqueza y libertad: «Tenemos una o dos ametralladoras para cada batallón. Nos quedan solo unos treinta cañones en toda la división, pero ayer únicamente funcionaban tres, aunque el equipo de reparación hace milagros. Ayer trajeron un tanque que se había incendiado. Sacamos los restos de los dos tanquistas que todavía se encontraban en su interior, lo limpiamos, lo reparamos y hoy el tanque está de nuevo en servicio. Así están las cosas en este frente».

Las ligeras columnas motorizadas italianas rompían el frente por veinte lugares distintos y habría hecho falta un gran dispositivo aéreo y artillería móvil para poder detener aquel avance. Lo único que se le puede achacar al general Rojo es el no haber presagiado aquella ofensiva. En las semanas que siguieron a la batalla del Ebro podría haber llevado tropas y material de guerra desde Valencia y desde la zona Centro en general.

A pesar de que la marina y la aviación nacionales ejercían una gran vigilancia sobre la costa mediterránea, pienso que un destructor al amparo de la noche podía haberla burlado. Naturalmente, aquello habría debilitado el frente de Valencia, en aquellos momentos inactivo, pero era un riesgo que, en circunstancias extremas, había que correr. Todo el mundo sabía que la República no resistiría después de la caída de Barcelona.

Pienso también —puestos a pensar en errores que pudieran haberse cometido — que después de la batalla del Ebro habría sido mejor retrasar las posiciones y esperar la ofensiva de Franco en una línea imaginaria que podríamos trazar de Norte a Sur, desde Pons, pasando por Bellpuig, hasta Montblanch, cercano ya a

la costa. Esta línea de frente tenía, a mi modo de ver, más fácil defensa que el Segre, y aunque suponía entregar al enemigo una gran extensión de territorio, tenía la ventaja de estar más cerca de Barcelona y, por tanto, ser más adecuada para el acceso de tropas de refresco. Pero, naturalmente, todo esto son conjeturas, y en último término la República no disponía de una línea Maginot, sino de simples búnkers, trincheras y nidos de ametralladoras.

Tan confiado estaba Franco en su ofensiva que se había permitido el lujo de usar la caballería en la parte sur del Ebro, cerca ya del delta. Excepto en guerra de guerrillas, y siempre en terreno muy accidentado, la caballería es hoy una reliquia del pasado. Al descubierto, el caballo es un blanco mucho más fácil que la infantería, totalmente vulnerable a los cazas desde el aire o a un simple nido de artillería desde tierra. Por eso aquel escuadrón de caballería comandado por el general Monasterio suponía casi un desplante por parte de Franco, como si tratara de decirnos que aquella guerra se había convertido en un desfile militar.

Durante la guerra, solo en Teruel se había utilizado la caballería con éxito. Las fuerzas de la República se habían hecho fuertes al norte de la provincia, en la sierra de Palomera. Pero Franco había conseguido abrir una brecha en el frente un poco más abajo, y por allí entró la caballería, a las órdenes de Monasterio, descendió hasta el pueblo de Perales y a continuación pilló al ejército republicano por la retaguardia. El abrupto terreno y la celeridad con que se efectuó la operación dieron el éxito al uso de la caballería, pero en general esta se utilizaba para operaciones «de limpieza», es decir, para repasar un terreno por el que ya habían pasado las tropas de vanguardia. Recuerdo una ocasión en Nules, cerca de Valencia, donde las tropas nacionales habían entrado después de horas de intenso bombardeo. Llegó entonces un escuadrón de la caballería nacional con el objetivo de perseguir a las tropas republicanas que se batían en retirada. Pero justamente en aquel momento apareció una escuadrilla de cazas republicanos que barría el campo con sus ametralladoras, y los pobres caballos huían despavoridos.

Y desde luego la caballería nacional no volvió a aparecer por aquel frente.

Creo que el general Gambara, que estaba al mando de las fuerzas italianas en aquella ofensiva de los nacionales, merece un reconocimiento. Por mucho que las tropas republicanas estuvieran en estado de total precariedad, el frente no se habría derrumbado si no hubiera sido por aquella absoluta y desconcertante movilidad de las tropas italianas, que tenían la virtud de aparecer —y desaparecer— donde menos se las esperaba. Estábamos asistiendo, me parecía, a una nueva idea de la guerra, donde el concepto «línea del frente» era ya cosa del

pasado.

Líster estaba de acuerdo conmigo. Un día en el Ebro me dijo: «Lo que más me ha preocupado en esta guerra han sido las tropas italianas». Al insistir yo en el tema, añadió: «Esas unidades móviles que se desplazan a tanta velocidad no solo apoyan a los tanques y a los carros blindados, sino que disponen de hombres con fusiles automáticos y ametralladoras ligeras. Pueden aparecer en poco tiempo en cualquier lugar y tienen una gran capacidad de fuego. Se trata además de unidades que están frescas porque acaban de entrar en combate y pillan a mis hombres muy cansados».

Esas unidades móviles apenas intervinieron en la batalla del Ebro, pero jugaron un papel decisivo en la ofensiva de Cataluña. No me extraña que, al final de esa ofensiva, las unidades italianas se adjudicaran la captura de entre veinte y cuarenta mil prisioneros, la toma de ciento cincuenta pueblos y de seis ciudades importantes. No sé si fueron las primeras en entrar en Barcelona, pero desde luego sí lo hicieron en Tarragona, la segunda ciudad de Cataluña. Todo sucedía a la velocidad del rayo.

No dispongo de la información necesaria para conocer la composición exacta del ejército italiano —la División Littorio, las Flechas Negras, las Flechas Azules, las Flechas Verdes— ni mucho menos la proporción de infantería motorizada, tanques, tanquetas, carros blindados y unidades de artillería motorizada que se utilizaron para conseguir un despliegue tan efectivo en un tipo de terreno que, aunque accidentado y montañoso, no presentaba grandes elevaciones ni dificultades insuperables para aquel ejército móvil. Me imagino que el número de soldados italianos se elevaba a cuarenta mil, con otros veinte mil hombres dedicados al transporte, artillería y tropas de reserva, aunque hasta el momento no se han publicado estadísticas de esta ofensiva. Los italianos han admitido cinco mil bajas, pero insisten en que muchas de ellas eran de las tropas españolas que los acompañaban.

Naturalmente, no quiero quitarles mérito a las tropas nacionales en aquella última ofensiva. Me consta que los tercios de Navarra se batieron con gran coraje, pero a grandes rasgos la ofensiva fue un duelo entre los ejércitos de Líster y Gambara, que se vieron las caras primero en Castelldans, después en Montblanch, en Vilafranca del Penedés y finalmente en el Llobregat, a las puertas mismas de Barcelona.

Tagüeña resistió también maravillosamente en las montañas que circundan Valls, y nadie le hubiera movido de allí si no hubiera sido desbordado por su flanco derecho; con la caída de Valls quedaba descolgado y con el riesgo de

verse aislado.

Los italianos habían contado con cuatrocientos cañones en aquella ofensiva, que se desplazaban por medio de tractores. No creo que el ejército republicano dispusiera de más de sesenta antes de comenzar la batalla del Ebro, y muchos estaban ya inservibles cuando Franco inició la marcha sobre Cataluña. No tengo idea del número de tanques de que disponían los italianos, pero no podían bajar de los doscientos, todos ellos ligeros marca Whippet, a los que habría que añadir un buen número de tanques alemanes, marca Mercedes. Las tropas republicanas disponían de muy pocos tanques y todos de fabricación soviética. El gobierno contaba con camiones especiales para transportar estos tanques por carretera. Recuerdo que al principio aquellos tanques eran tripulados por soldados rusos, pero pronto estos fueron sustituidos en su mayor parte por taxistas madrileños, que hicieron un excelente papel en los combates. Supongo que no podrían quedar más de treinta de esos tanques cuando Franco inició la ofensiva, a finales del mes de diciembre.

No creo que sea necesario describir el avance de Franco paso a paso. Baste decir que Tarragona cayó el 15 de enero y Barcelona el 26 de enero. El general Rojo se dio cuenta demasiado tarde de que debía llevar hombres y material de guerra desde Valencia, y cuando al fin llegaron a Barcelona era ya tarde para que aquellos refuerzos fueran efectivos. Tampoco sirvió de nada la orden de alistamiento para todos los hombres entre los diecisiete y los cincuenta y cinco años. Supongo que la República tomó aquella medida simplemente para impedir disturbios en las ciudades. Aquella movilización de última hora resultó desastrosa. Lo único que consiguió fue atestar de gente los trenes y los transportes públicos y crear nuevas unidades a las que no se podía entrenar, ni siquiera alimentar.

A veces uno recuerda las cosas más insólitas en situaciones tan dramáticas como aquella. Me acuerdo, por ejemplo, de cuatro máquinas apisonadoras que se desplazaban por la carretera de Valls hacia Barcelona a la aterradora velocidad de cinco kilómetros por hora. Y recuerdo que me encontré aquellas mismas máquinas y a aquellos mismos hombres que las conducían en Caldetas, en la carretera de la costa catalana hacia la frontera, dos semanas más tarde. Dos soldados republicanos caminaban hacia el exilio en compañía de una vaca. Los soldados estaban tan agotados que la vaca marchaba más deprisa que ellos, y uno se tenía que poner delante del animal para frenar su paso. Pero quizá lo que más recuerde sea la sensación de desamparo, de miseria y de tristeza que se respiraba en las calles de Barcelona en aquellos días del mes de enero. Las calles estaban

vacías y los camiones, cargados hasta arriba, a veces de gente, otras de muebles y utensilios, enfilaban la carretera de la costa hacia la frontera. La gente hablaba en voz muy baja, en un susurro, como si un enemigo invisible estuviera acechando y escuchando. Todavía no podían hacerse a la idea de que todo estaba perdido, a pesar de que las baterías del general Franco resonaban ya a las afueras de la ciudad.

XXXII

Las Cortes en las mazmorras

¡QUÉ extrañamente apropiado era todo aquello! ¡La última sesión de las Cortes de la República se celebraba en una mazmorra! ¡La democracia prisionera, la democracia amordazada, la democracia torturada!

¡Qué sabia elección la de aquel tétrico lugar para el último encuentro de los diputados que habían representado y defendido la democracia, antes de que se produjera la diáspora, antes de que la República pasara a ser un capítulo más en la larga —y ciertamente variada— Historia de España!

Hacía mucho frío en el castillo de Figueras aquella noche del 1 de febrero de 1939, hacía frío, pero sobre todo había humedad, una humedad que se calaba hasta los huesos y te encogía el alma. En aquellas mazmorras donde nos encontrábamos, en los sótanos del castillo de Figueras habían estado encerradas gentes de derechas durante la guerra, y antes, gentes de izquierdas, después de la huelga general de 1934. Ahora todo estaba limpio y silencioso, las paredes recién encaladas, aguardando el acontecimiento que se iba a producir allí aquella noche. Era un lugar seguro, a resguardo de las bombas de Franco, cuyo ejército pisaba los talones de aquella dramática retirada republicana hacia la frontera francesa.

Las Cortes españolas se reunían en ese lugar en la noche del 1 de febrero, tal como ordenaba la Constitución. Yo había asistido a su primera sesión y ahora me disponía a asistir a la última.

Durante la guerra, las Cortes se habían reunido en Madrid, después en Valencia —en aquella maravillosa Lonja que se había decorado con grandes tapices para la ocasión—, después en un monasterio en Montjuich, e incluso en

un banco en Sabadell. Unas Cortes nómadas, unas Cortes perseguidas con saña por los enemigos de las Cortes, unas Cortes que en definitiva no habían conseguido echar raíces en aquel país que ahora se disponía a expulsarlas. Unas Cortes que también habían sido culpables, porque nunca fueron capaces de hablar con voz firme y clara, como el pueblo, sin duda alguna, hubiera deseado.

Su presidente, Diego Martínez Barrio, estaba sentado junto a una mesa envuelta en la bandera republicana. Frente a él había sesenta y tres diputados de los cuatrocientos setenta y tres que tenía aquella Cámara. Dio la palabra a Juan Negrín, que, como no era orador, leyó su discurso. Ponía tres condiciones para la paz: 1) Total independencia y autonomía del territorio español. 2) Garantías para que el pueblo español pudiera escoger su propio destino. 3) Garantías de que no se perseguiría a los perdedores en la posguerra. Hablaba, naturalmente, para la Historia. Algo parecido a la muerte flotaba en el ambiente de la sala aquella noche. Le susurré al oído del escritor ruso Ilya Ehrenburg, que tenía junto a mí: «Esto parece una tumba». «Lo es —me respondió—. Es la tumba de la democracia, pero no solo la de España, sino la de toda Europa».

Todo ese día habíamos estado esperando en Figueras los bombardeos de Franco. Llegaron a la mañana siguiente y mataron a unas sesenta personas. La ciudad, lindando casi con la frontera francesa, estaba atestada de refugiados. Habíamos estado en las oficinas del gobierno cumpliendo con el ritual de la censura, como si aquella fuera una crónica más entre las miles que habíamos estado enviando a lo largo de tres años de guerra, sobre todo para rendir tributo al equipo de personas que ni siquiera en aquellas dramáticas circunstancias eran capaces de abandonar sus puestos de trabajo. Si allí estaban ellos, allí estábamos también nosotros.

Realmente no fue en Figueras donde percibí el ocaso de la democracia, sino al cruzar la frontera y llegar a Francia. Muchas veces los periodistas nos quejamos de nuestro trabajo y decimos que preferiríamos ser limpiabotas, pero en el fondo estamos encantados con nosotros mismos y con nuestra labor. Sin embargo, ha habido una sola historia en toda mi vida que hubiera preferido no tener que escribir jamás: lo que sucedió aquel día que llegué a la frontera francesa. Hoy sigo pensando que lo que mis ojos vieron ese día no fue la realidad, que fue simplemente una pesadilla, un mal sueño. Un sueño del que podría despertarme con una buena ducha de agua fría.

La primera oleada de refugiados —que alcanzaría la cifra final de cuatrocientos mil— llegó al pequeño pueblo fronterizo francés de Le Perthus el 30 de enero. Recuerdo que la carretera estaba atestada de carretas, camiones,

ambulancias, carros de mulas y cualquier otro vehículo de ruedas que se pueda uno imaginar.

Los franceses no dejaban pasar ningún tipo de vehículo, de ahí el gigantesco atasco. Corría el rumor de que las tropas de Franco habían entrado ya en Figueras, y aquel rumor había producido una estampida de la gente hacia la frontera. Al principio, todo el mundo era admitido, pero al prefecto de los Pirineos Orientales, *monsieur* Didkowsky, se le ocurrió cambiar de opinión. Decidió admitir solo a mujeres y niños, excluyendo así a los miles y miles de soldados republicanos que en aquellos momentos se agolpaban en la frontera. Hay que decir, en honor a la verdad, que los jefes del ejército republicano habían pedido a las autoridades francesas que no admitieran a soldados, por la sencilla razón de que Franco no había llegado aún a Gerona y, por tanto, estaba muy lejos de Figueras. Pero todo esto la gente no lo sabía.

En cualquier caso, la tragedia estaba servida. Yo estaba allí, en aquel puesto fronterizo aquella noche junto con el brigadier Molesworth, enviado especial de la Sociedad de Naciones, y no podíamos dar crédito a lo que estábamos contemplando: veíamos llegar a aquellos soldados hasta el puesto fronterizo, algunos simplemente destrozados por el cansancio, otros hambrientos, otros heridos de gravedad, algunos con miembros de su cuerpo gangrenados, todos cubiertos de suciedad, barro y miseria, y veíamos cómo los guardias fronterizos franceses los mandaban de vuelta, de vuelta hacia ningún lado. A todo esto había comenzado a llover, primero suavemente, pero cada vez con más intensidad, de manera que aquellas cortinas de agua no hacían sino aumentar el espectáculo dantesco al que, absolutamente impotentes y horrorizados, asistíamos. De nada sirvió que Molesworth protestara ante la gendarmería. Se encogieron de hombros y dijeron que estaban «cumpliendo órdenes».

Yo, desesperado, no sabía lo que debía hacer. Regresé a la Junquera, el último pueblo español, y fui en busca del comandante. Me dijo que doce bebés habían muerto aquella noche por dormir a la intemperie. Las calles estaban llenas de gente que dormía o que había pasado ya a mejor vida. Volví a la frontera y me dirigí a Perpiñán. Pensé que la ciudad entera se estaría preparando para recibir aquella oleada de refugiados, que las escuelas se estarían acondicionando para atenderles, que las iglesias se habrían abierto en plena noche para acogerles, que se habrían preparado cantinas y cocinas de campaña para dar de comer a toda aquella gente, que cines y teatros habrían suspendido sus funciones.

Me equivocaba. Al llegar a Perpiñán pude comprobar no solo que los cines

estaban abiertos aquella noche, sino que, además, estaban muy concurridos. Y las calles se encontraban llenas de personas que paseaban, que hablaban, que se reían, que se divertían. Iban bien vestidas y parecían bien alimentadas. Entraban en los bares y en los cafés, y se dirigían a los *music halls* para contemplar el espectáculo de varietés que se ofrecía aquella noche. Desde la calle, podía oír la inconfundible música del acordeón francés. Aquel espectáculo era, en el fondo, mucho más tétrico y dantesco que el que acababa de ver en la frontera, porque estaba contemplando a una humanidad que había perdido el corazón, a unos seres humanos que habían dejado de ser humanos.

Llegados a este punto, sería totalmente injusto olvidarnos de aquellas personas —francesas y no francesas— que se volcaron con los refugiados. El mismo prefecto de los Pirineos no hacía más que cumplir órdenes de París, pero, por su propia iniciativa, había traído a un equipo de médicos que se ocupaban de los heridos más graves en la fortaleza de Bellegarde, encima de Le Perthus. Las mujeres de ese pueblo organizaron una cantina para dar sopa caliente al mayor número de refugiados posible. El obispo de Perpiñán mandó un comunicado a los medios de comunicación instando a los católicos franceses a ayudar a los refugiados españoles. El párroco del pueblecito de Prats de Molló abrió las puertas de su iglesia aquella noche para que entraran los refugiados. Pero fueron, como digo, actos individuales, que en ningún caso podían disimular lo que ya era evidente: la crueldad del gobierno francés hacia aquellos miles de refugiados españoles y la indiferencia de la población francesa en general, como si todo aquello no fuera con ellos.

Unos días más tarde Francia decidió abrir sus fronteras, aunque fue un gesto tardío y obligado por las circunstancias. ¿Qué otra cosa podían hacer los franceses con aquellas masas de refugiados que se agolpaban en sus fronteras? ¿Cómo podían impedir aquella invasión si no era por la fuerza de las armas?

Yo recordaba el medio millón de refugiados holandeses que llegaron a Bélgica porque no querían vivir en su país ocupado por los alemanes en 1914 y la cálida acogida de los belgas. ¡Qué distinto del trato de los franceses a sus vecinos españoles!

Y lo peor estaba todavía por llegar. Cuando aquellos desgraciados pudieron cruzar al fin la frontera se les llevó a unos «campos» junto al mar. Aquellos campos eran solo eso, campos pantanosos que se inundaban con las lluvias o eran azotados por tormentas de arena cuando se levantaba el viento en la playa.

Apenas había alguna cabaña donde refugiarse. Los hombres tenían que cavar agujeros en la arena; vivían en guaridas como animales para protegerse de las

lluvias y del frío. No existía agua potable en aquellos campos, de manera que pronto cundió la disentería entre la población de refugiados. El servicio médico era prácticamente inexistente, de manera que semanas después de haber llegado muchos heridos todavía no habían sido atendidos. Algunas mujeres y niños fueron recogidos en otros lugares, pero muchas sufrieron los rigores de aquellos mal llamados «campos de refugiados» y bien llamados «campos de concentración». No había más que ver a los soldados senegaleses que patrullaban con porras de madera y a la caballería del Ejército francés, que recorría aquellos recintos blandiendo el sable a la menor provocación, para que no quedara ninguna duda del lugar donde nos encontrábamos. Y así, un mes después de que la guerra hubiera concluido, gente que en su vida anterior eran abogados, o arquitectos, o médicos, se habían convertido en esta nueva vida en Argeles o en Saint-Cyprien —los nombres de aquellas ratoneras— en alimañas que vivían en madrigueras que ellos mismos se habían construido —como si fueran topos— en la arena. Deambulaban todo el día con aspecto desaliñado y abatido, sin saber dónde meterse cuando llegaron las lluvias de la primavera.

Nunca me había sentido tan deprimido, porque ese medio millón de hombres que deambulaba perdido por aquellos campos representaba el punto al que el género humano había llegado, señalaba no hacia un pasado evidente —la guerra española—, sino, por extraño que pudiera parecer, hacia un futuro, una visión de futuro en el que todos los verdaderos demócratas acabaríamos así, encerrados en grandes campos de concentración, encerrados y aislados para no contaminar con nuestras ideas al resto de la humanidad.

Ya no hablo de caridad cristiana, pero ¿qué impedía a las autoridades francesas o inglesas ofrecer trabajo a todos aquellos hombres, excepto el temor de que con sus ideas contaminaran a los otros trabajadores?

Las potencias europeas sí se preocuparon de salvaguardar una cosa en la guerra española: los cuadros del Museo del Prado. Expertos en arte se trasladaron a Madrid para supervisar el embalaje y la protección de los cuadros, y todo el mundo sabía que seiscientos cuadros habían llegado hasta la frontera francesa después de una larga odisea. Así que no era cierto que la suerte de los españoles les fuera indiferente: todo el mundo se alegraba de saber que los cuadros de Francisco de Goya, Diego Velázquez, El Greco o Zurbarán habían llegado hasta la frontera y se encontraban en buen estado, o de que habían salido de Perpiñán con dirección a Ginebra el 13 de febrero y no habían sufrido daño alguno. ¡Lástima de que todos aquellos caballeros hubieran muerto hacía cientos de años! Como señalaba al principio, la guerra española me había dado ocasión

de escribir centenares de historias, algunas de ellas infinitamente tristes y dolorosas, pero desde luego ninguna tan sórdida, ninguna tan miserable, ninguna tan degradante para el ser humano como las que escribía en aquellos días desde el sur de Francia, historias que no quería escribir simplemente porque sentía vergüenza ajena. Se puede abandonar un pueblo a su suerte, como habían hecho Francia e Inglaterra con España, pero lo que no se puede hacer es pisotear su honor y su dignidad, precisamente aquello que más valoraba el pueblo español.

XXXIII

El fin de la República

RECUERDO una escena que presencié de niño en una granja inglesa: el granjero se disponía a matar a un pato, pero cuando ya le había dado varias cuchilladas el pato se le escapó de las manos y comenzó a correr frenéticamente por el corral dejando atrás un largo reguero de sangre. Los chavales que estábamos presenciando aquella matanza quisimos ayudar al granjero, que no conseguía atrapar al ave y lanzamos sobre el pato una lluvia de piedras y otros objetos que teníamos a mano. Pero el animal se resistía a morir y tuvimos que atraparlo y reducirlo entre todos para que al fin pereciera.

La República española era todavía joven en 1939: todavía no había cumplido los ocho años. Más joven desde luego que la República de Weimar en Alemania, que llegó a cumplir los quince, o que la República de Austria, que tenía veinte, o la checa, que había llegado a los veintiuno aquella primavera. La República checa también estaba viviendo en aquella primavera de 1939 sus últimos días, pero parecía que aceptaba su muerte y los checos parecían resignados a vivir sin ella. El problema de la República española era el mismo que el del pato de aquella granja: no se resignaba a aceptar su suerte, se resistía a morir.

Después de la caída de Cataluña, el doctor Negrín salió en avión para Madrid con todo su gabinete, dispuesto a buscar soluciones donde ya no las había, entre otras cosas porque la población estaba al borde de la hambruna y porque los dos años en que el gobierno había permanecido alejado de la capital lo habían distanciado de la gente. En cualquier caso, quedaban casi medio millón de hombres teóricamente en pie de guerra en la zona Centro, y el gobierno pensaba que algo se podía hacer todavía con aquella fuerza.

El 5 de marzo se produjo el *putsch* del general Miaja, del coronel Casado y de Julián Besteiro contra el gobierno de Negrín. A pesar de sus buenas intenciones, aquel *putsch* no podía haber llegado en peor momento y tuvo nefastas consecuencias para la República o lo que quedaba de ella. Porque las razones del golpe de Estado habían sido las de negociar una rendición con Franco, cuando este llevaba meses —o años— insistiendo en que no había nada que negociar, que la única salida para la República era simplemente la de deponer las armas, la rendición incondicional. Tampoco entiendo los pretextos de Miaja y Casado alegando que Negrín presidía un gobierno «comunista», cuando solo había un ministro que pertenecía al Partido Comunista. Era cierto que el ejército republicano había estado mayoritariamente bajo mandos comunistas, pero eso era porque Líster, Modesto y Galán eran los mejores generales que hubiera podido tener el Ejército español en aquellas circunstancias. Nadie protestó cuando Líster llevaba sus tropas a la victoria en Teruel, en Guadalajara o en el Ebro. Parecía ridículo rasgarse ahora las vestiduras porque aquellos grandes estrategas fueran «comunistas».

Desgraciadamente, el golpe de Besteiro y los militares impidió poner en marcha el plan de retirada que Negrín y su gobierno estaban organizando: era todavía posible abrir un corredor desde Madrid hasta Cartagena, donde los barcos de la República permanecían anclados. Aquel corredor habría permitido la huida de miles de republicanos de Madrid para embarcarse en ese puerto. El ejército de la República disponía de efectivos para cubrir aquella retirada en dirección a Valencia y Cartagena con suficientes garantías como para asegurar un mínimo de protección a la población civil que decidiera salir de la capital en dirección a la costa. Franco, por otra parte, parecía dispuesto a dejar salir a todos esos miles de personas, que solo podrían causarle problemas en caso de permanecer en España.

Para entonces, el pueblo de Madrid, que una vez más pasaba a la Historia por la defensa apasionada de su ciudad, estaba física, moral y materialmente agotado. Dos años de bombardeos, de hambre, de un trabajo en ocasiones febril, de vivir casi siempre al borde de la desesperación, habían causado estragos en una población que ya no era ni sombra de lo que fue al principio de la guerra. No es que la gente no estuviera dispuesta a defenderse, es que ya ni siquiera estaba dispuesta a ponerse en pie. Contemplarían la entrada de las tropas de Franco con la completa indiferencia que solo da el agotamiento más absoluto.

El nuevo gobierno, si podemos llamarlo así, dio órdenes de arrestar al doctor Negrín y a sus ministros. Afortunadamente para ellos, huyeron en avión desde

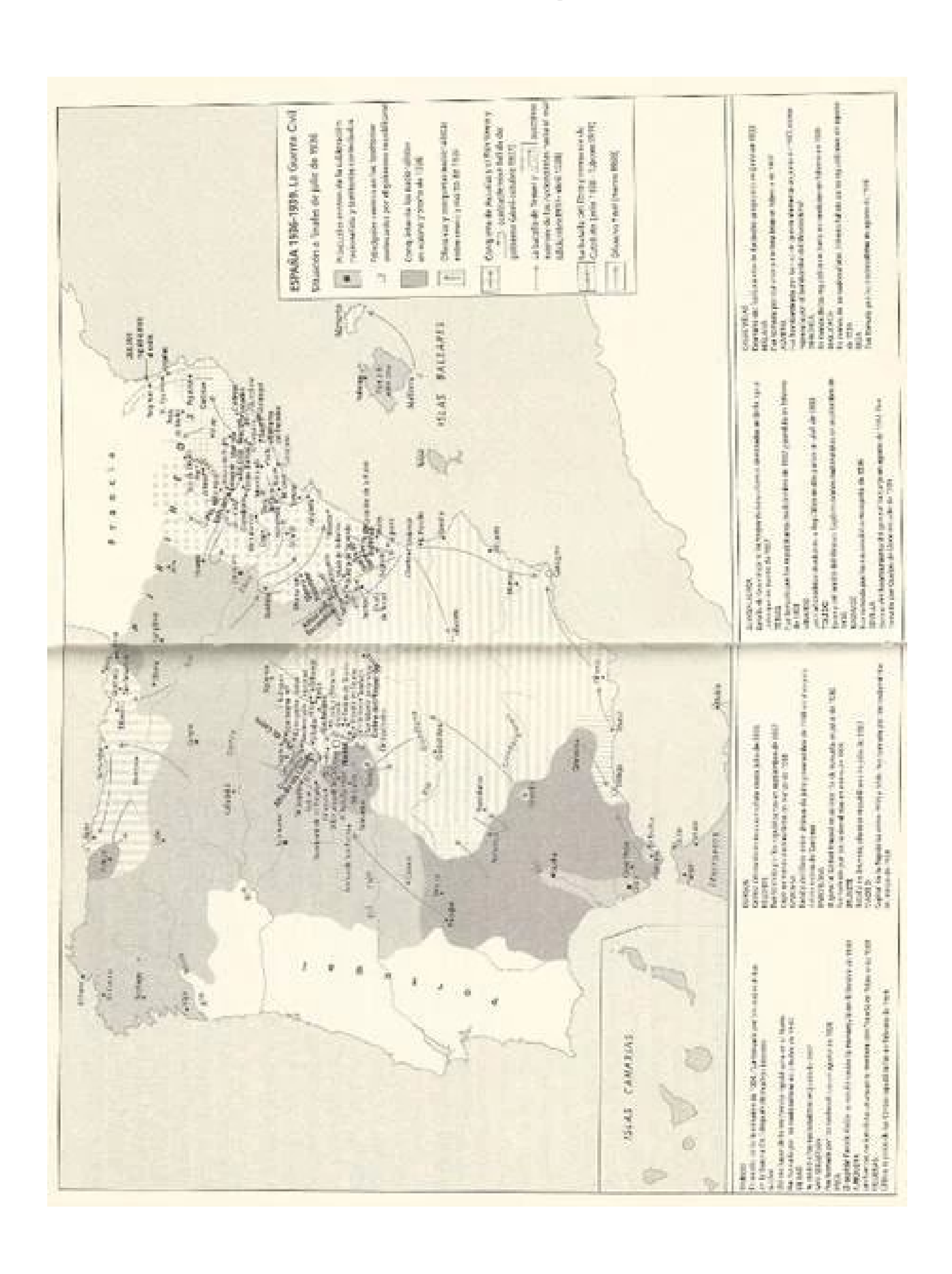
Alicante, donde habían instalado su cuartel general. La mayor parte de los líderes comunistas, como Dolores Ibárruri o Enrique Líster, consiguieron escapar también de aquella «purga».

En la base naval de Cartagena reinaba en aquellos últimos días de la República el más absoluto caos. Primero se produjo un intento de levantamiento de oficiales afectos a Franco. Negrín mandó tropas para sofocar aquella rebelión, pero entonces se produjo el golpe de Estado de Madrid, con lo cual las tropas se volvieron contra sí mismas. La flota republicana optó por levar anclas y puso rumbo hacia Bizerta, en Túnez. Yo había estado en Cartagena el mes de agosto del año anterior y me había sorprendido agradablemente el buen aspecto de la marinería. La flota cayó bajo control socialista y evidentemente los comisarios políticos de este partido habían realizado una buena labor. No digo que en aquellas circunstancias la flota pudiera hacer mucho, pero creo que antes de zarpar de Cartagena podrían haberse llevado a unos miles de republicanos para que huyeran de la represión de Franco.

Muy pocos consiguieron escapar. En Valencia, Alicante y otras ciudades costeras reinaba el caos más absoluto y pronto cayeron en manos de Franco. Sus tropas entraron en Madrid el 29 de marzo, con el consentimiento de las democracias occidentales, que no hacían esfuerzo alguno por acoger aquella riada de refugiados que primero había salido por la frontera de Cataluña y ahora lo hacía por mar y aire desde diversos puntos de España.

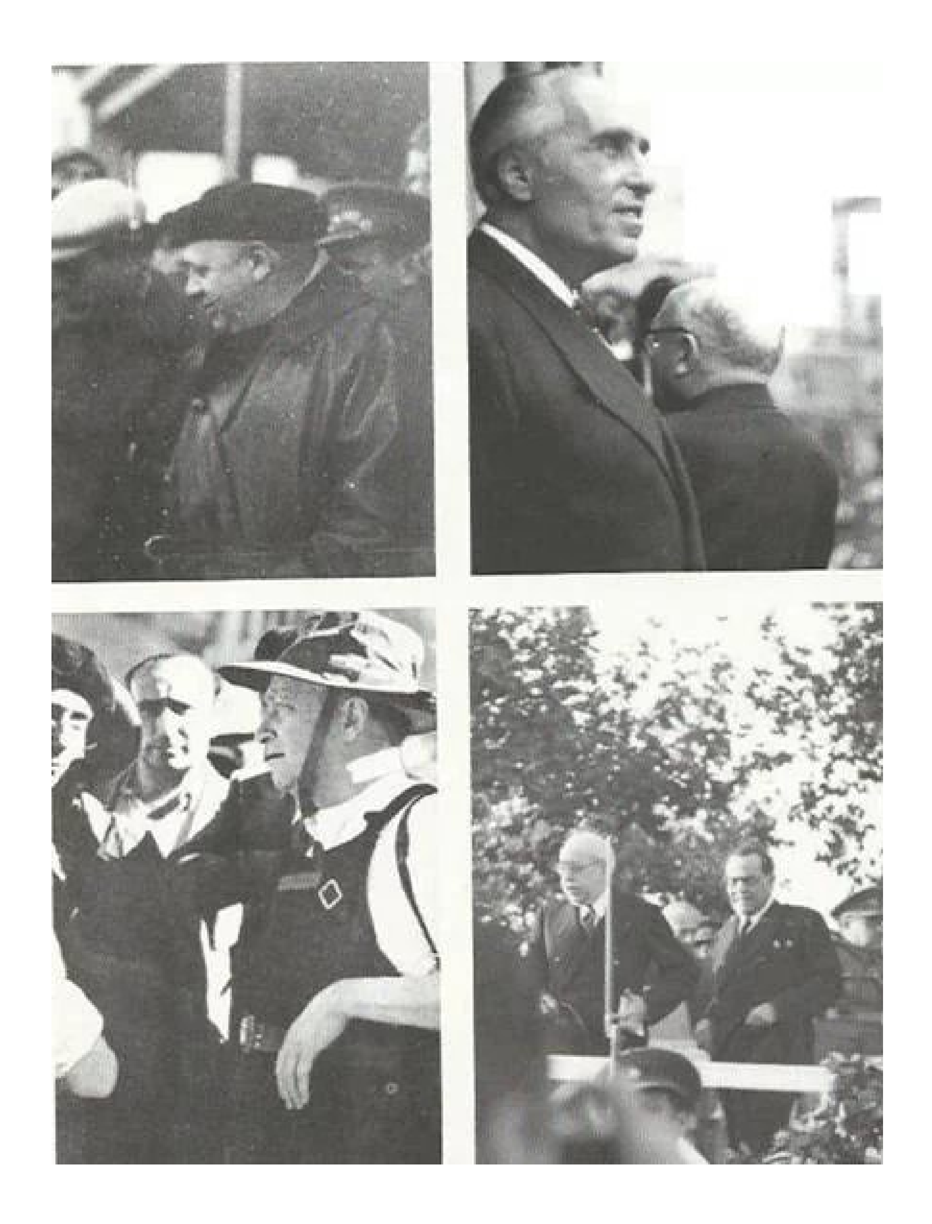
El 1 de abril de 1939 el general Franco decretó el fin de la guerra. La República había muerto. Descanse en paz.

MAPA DE ESPAÑA



IMÁGENES

PERSONAJES



Buckley tuvo ocasión de estar muy cerca de políticos como Alcalá Zamora, Azaña. Besteiro, Indalecio Prieto y Largo Caballero, directos protagonista de los acontecimientos que tuvieron lugar en la década que estuvo en España como corresponsal.



Luis Quintanilla, reconocido pintor santanderino (1893-1978) y amigo personal de Buckley desde su llegada a Esparta. Participó activamente en la defensa de Madrid y en otras acciones bélicas.



El alemán Comandante Hans fue uno de los más emblemáticos mandos de las Brigadas Internacionales. Participó, entre otras acciones militares, en las batallas de Guadalajara y del Ebro.

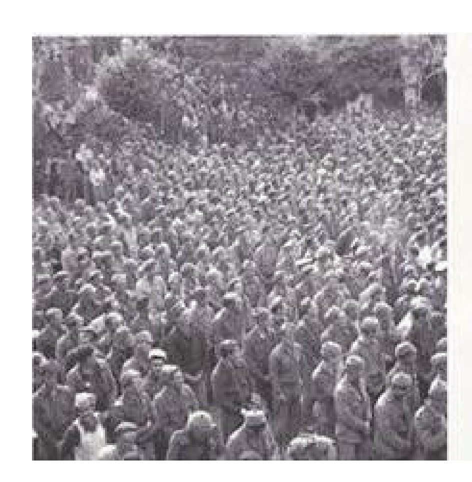


De entre todos los reporteros que siguieron la guerra de España, el escritor estadounidense Ernest Hemingway fue, sin duda, el más conocido. Buen conocedor del país desde años antes» simpatizó con las ideas republicanas.



Pero Hemingway fue sólo uno de los muchos periodistas que siguieron las batallas desde muy cerca. En la imagen, Gustav Regler y Ludwig Renn, en la batalla de Guadalajara.

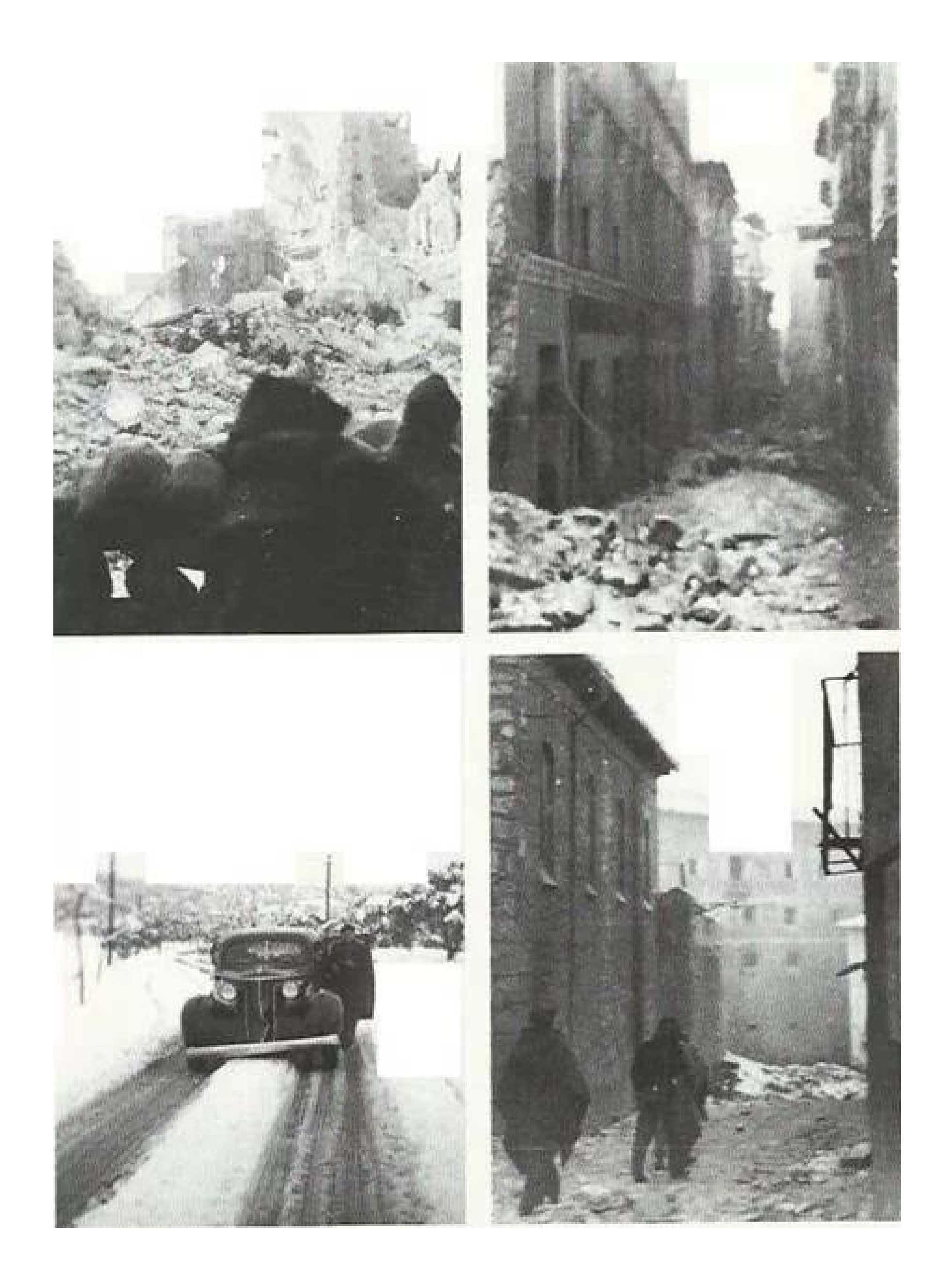
LAS BRIGADAS INTERNACIONALES







Compuestas por voluntarios de diversas procedencias (franceses, alemanes, estadounidenses…), las Brigadas Internacionales participaron activamente en la Guerra Civil, desde su llegada a España en noviembre de 1936 hasta su despedida en noviembre de 1938. Varios fueron los lugares escenario de la despedida de las Brigadas Internacionales, aunque fue en Barcelona, el 28 de octubre, donde se celebró el acto más multitudinario. Los brigadistas marcharon por última vez por las avenidas principales de la ciudad.



Distintas imágenes de una de las batallas mis importantes de la Guerra Civil: la batalla de Teruel, que tuvo lugar entre diciembre de 1937 y febrero de 1938 Henry Buckley y Herbert Matthews proporcionaron las mejores crónicas de la batalla desde el lado republicano.

BATALLAS

Durante la guerra, Buckley fue testigo directo de las batallas que tuvieron lugar en el centro y noreste de la Península.



Imágenes tomadas por Henry Buckey durante la batalla librada en el Ebro. Arriba, el Ebro a su paso por Tortosa, así como el sistema utilizado para cruzarlo. En el centro, grupo de corresponsales que cruzaron el Ebro para entrevistar a Enrique Líster de derecha a Ernest Hemingway Abajo, el autor y Hemingway después de atravesar el río, no sin dificultades.

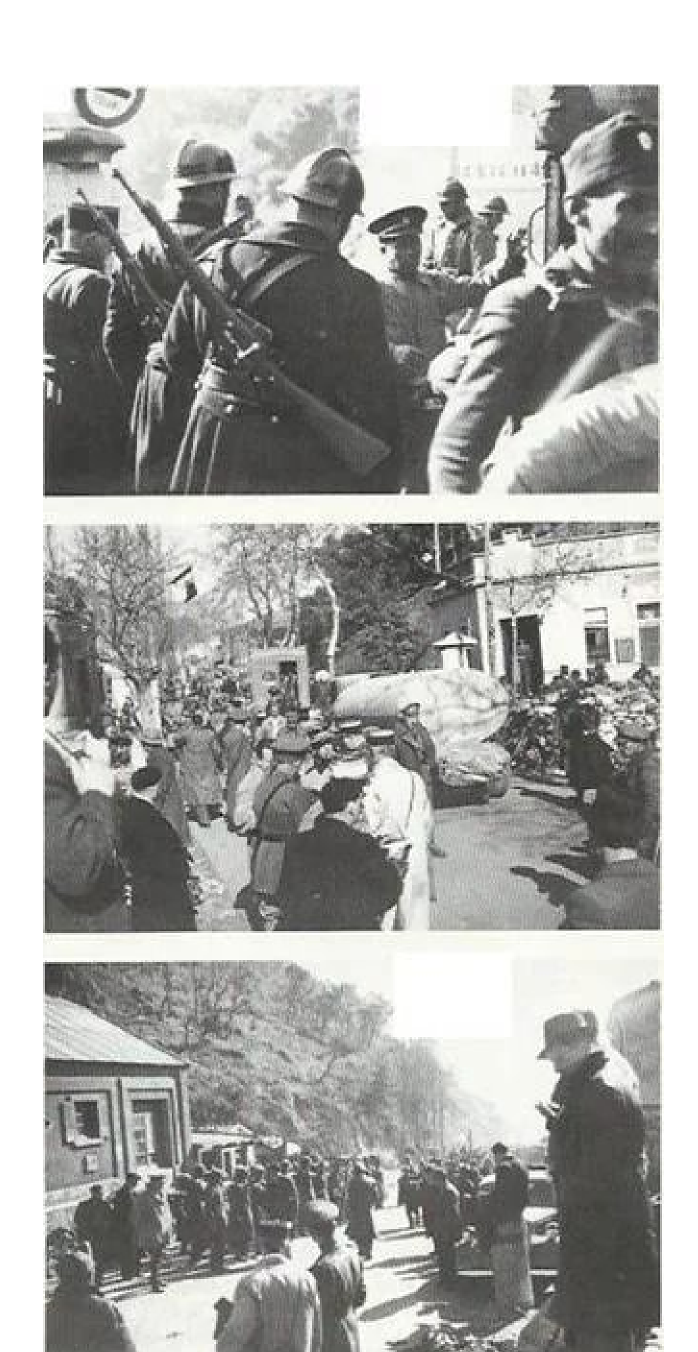
REFUGIADOS






Los combates producían inevitablemente un angustioso rio de refugiados que abandonaban sus lugares de origen, sus casas y sus pertenencias. Algunos, en el mejor de los casos, regresaban cuando las tropas de uno u otro bando imponían su primacía.

EL EXILIO



Henry Buckley abandonó España en 1939 con miles y miles de refugiados que pasaron a Francia. En el mes de marzo, los pasos de montaña estaban cubiertos de nieve y los refugiados no estaban equipados para emprender la travesía. La primera oleada de refugiados, que alcanzaría la cifra final de cuatrocientos mil llegó al pequeño pueblo fronterizo francés de Le Perthus el 30 de enero.



Recuerdo que la carretera estaba atestada «las carretas, camiones, ambulancias, carros de mulas y cualquier otro vehículo de ruedas que se pueda uno imaginar. Cuando los refugiados pudieron cruzar al fin la frontera, las autoridades francesas los llevaron a unos «campos» que estaban junto al mar, unos terrenos pantanosos que se inundaban con las lluvias o eran azotados por tormentas de arena cuando se levantaba el viento en la playa, desprovistos de las mínimas condiciones para vivir en ellos.

LA FAMILIA BUCKLEY



Casado con la española María Planas, Henry Buckley se instaló en España en 1949. En estas dos imágenes aparece el autor con su esposa y sus hijos George, Patrick y Ramón.

RESEÑA BIOGRÁFICA



HENRY BUCKLEY, (1904 — 1972) llegó a España en 1929 desde Paris y Berlín y escribió crónicas sobre el país hasta 1939. Fue un testigo excepcional. Vivió la caída de la monarquía, el establecimiento de la República y la Guerra Civil.

Era católico, pero pronto se hizo muy crítico de la oscurantista Iglesia española. En una referencia al periódico tradicionalista, «El Siglo Futuro», escribió en el libro que más vale llamarlo «El Siglo XVI» porque poco había

cambiado en la Iglesia desde entonces. Hacia el final del libro confesó estar avergonzado del «uso que se le está dando a la cruz» y dejó de ir a misa con regularidad.

En los dos años antes del establecimiento de la República, llega a la conclusión que va a ser muy difícil establecer una democracia y una sociedad más justa debido a la existencia de «una economía feudal sin una fuerte clase media y mercantil capaz de tomar el control y reformar y reconfigurar la maquinaria económica para que encaje con las necesidades del siglo XX. No había otro país en Europa en esta época donde una persona rica pudiera obtener tantos rendimientos por su dinero y pagar tan pocos impuestos como España. Era un país pobre con muchos ricos».

Acompañó a Francisco Largo Caballero en los frentes de la Sierra Guadarrama y a Enrique Líster en los de Guadalajara, visitó a Lluís Companys en la cárcel Modelo, indagó en la vida del contrabandista Juan March (sin conocerle), es testigo del asedio del Alcázar de Toledo, visitó con regularidad los depósitos de cadáveres en Madrid para contar el número de muertos.

La política de no intervención de Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos lo hizo enojar. «Por omisión, ayudaron a estrangular a la República».

Nacido en Inglaterra en 1904, hizo sus primeras crónicas periodísticas en París y se trasladó en 1929 a España, donde permaneció hasta el final de la Guerra Civil como corresponsal de The Daily Telegraph. Durante la Segunda Guerra Mundial, cubrió toda la campaña del norte de África y la invasión aliada de Italia como corresponsal de la agencia de noticias Reuters, hasta que fue gravemente herido por un obús alemán en la batalla de Anzio. En 1949, después de cubrir corresponsalías en Berlín y Roma, Buckley regresó a Madrid como director de Reuters. España fue la gran pasión de su vida y aquí permaneció hasta su muerte en 1972.

Título original: *Life and Death of the Spanish Republic*
Henry Buckley, 1940
Editorial: Espasa Libros, S.L.
ISBN: 9788467015959

